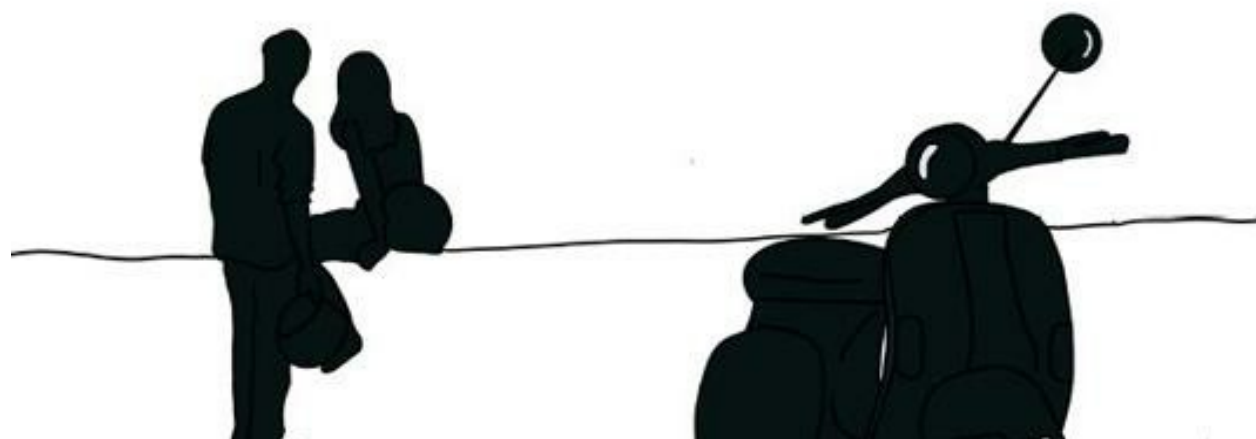


Cuando decidas quedarte



• PATRICIA MORENO

*Cuando
decidas
quedarte*



PATRICIA MORENO

Cuando decidas quedarte, una obra de Patricia Moreno

Primera edición: julio de 2024

Impreso en QUARES SALESFORCE, S.L

©2024, Patricia Moreno

Celia P. (@correccionescelia) por la corrección

©2024, María Eugenia Chávez Vlassich (@eushi.art) por la ilustración de la portada e ilustración interna.

©2024, canva @thaitae, por el recurso gráfico de los separadores de escena y número de páginas

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, ya sea en forma impresa, electrónica o de otro tipo, sin el permiso previo por escrito del titular del derecho de autor.

Cualquier uso no autorizado de esta obra constituye una violación de las leyes de derechos de autor y puede ser objeto de acción legal.

Esta obra es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, lugares o eventos es pura coincidencia

ISBN: 978-84-09-63361-6

Depósito legal: B 14669-2024

A Helena, por ser más que mi hermana. Por ser un pilar en mi vida y dejarme coger una parte de ti para mis protagonistas



Prólogo

Yo:
¡Felicidades!

Me mordí el labio, nerviosa, y dudé...

Dallen había cumplido su palabra y me había estado enviando mensajes diarios. Aunque al inicio no quería contestarle —aún estaba demasiado dolida como para perdonarlo—, me di cuenta de que poco a poco los iba esperando. Cada mañana, cada noche... Como un vínculo que se iba fortaleciendo a cada palabra, a cada espera.

Así que, tras un mes de silencio, lo hice; contesté y empezamos a hablar como si no hubiera pasado nada. Como si ese horrible acontecimiento se hubiera quedado en una terrible pesadilla.

Yo:
¿Quieres que hagamos una videollamada hoy?

Le di a enviar y lancé el móvil dentro de mi bolso, como si me quemara en las manos. Después de todo lo que habíamos pasado, de las noches enteras chateando sin parar, aún sentía esos nervios acomodándose en mi estómago solo de pensar en volver a ver esos ojos verdes y esa media sonrisa que me cortaba la respiración.

Cogí aire y empujé la puerta de madera del hostel donde estaba alojada, saludé al chico pelirrojo que estaba al otro lado del mostrador, y me dejé caer en uno de los sofás del vestíbulo.

—¿Eres Nora Evans? —Me giré hacia la voz, sobresaltada, y vi al recepcionista de pie, a mi lado.

—Yo misma.

—Creo que has perdido esto: —Alargó su mano y me entregó mi cartera naranja.

—¡No me había dado cuenta! —exclamé abriéndola para comprobar que estaba mi documentación—. ¡Mil gracias!

El chico me sonrió. Pensé que iba a volver a su lugar de trabajo, pero en su lugar, preguntó:

—¿Qué haces aquí? —Fruncí el entrecejo, un poco confundida por la pregunta tan directa.

—¿Perdón? —Soltó una carcajada sonora y zarandeó sus manos, excusándose.

—No quería parecer un metomentodo. Es solo que la mayoría de gente que se aloja en sitios como este trabajan o estudian, y se quedan hasta que encuentran pisos a los que irse. En cambio, tú llevas aquí tres meses, creo, pero pareces una turista, y no eres una de esas niñas ricas, porque entonces no estarías aquí...

—Sí que me has analizado —sonreí y guardé la cartera en mi bolso. El recepcionista me devolvió la sonrisa.

—Trabajo en el hostel de mis padres. Como ves, tengo que buscarme alguna afición para no morirme del aburrimiento. —Me reí y él aprovechó para sentarse a mi lado.

—¿Y bien? —insistió.

—Necesitaba irme y encontrarme a mí misma —confesé—. O al menos intentarlo.

Al decir aquello, una sensación de culpabilidad me golpeó por dentro: Me había prometido a mí misma irme para alejarme de todo, pero sobre todo de Dallen y descubrir qué era lo que

quería hacer. Pero lo único que había hecho durante esos meses había sido hacer fotografías y hablar con él.

—¿Y por dónde has empezado? —su voz me sacó de mis pensamientos.

—Por descubrir qué es lo que me gusta hacer... Creo.

—¿Y qué es?

Hice una mueca y saqué de mi bolso un sobre con fotografías que acababa de revelar de la cámara analógica que me había regalado Emilia, la mujer de la casa de los girasoles, y se lo enseñé:

—Esto.

El chico sacó las fotografías del sobre y las fue pasando una a una, con delicadeza:

—Son muy buenas.

—Gracias —respondí con un hilo de voz.

Aunque había intentado sanar esa parte de mí, todavía me sentía un poco abrumada cuando alababan algo en lo que yo no me consideraba ni siquiera del montón.

—¿Estudias fotografía? —Negué con la cabeza.

—Me he tomado un poco de tiempo para mí. Empezaré la universidad en septiembre. —Me devolvió las fotos y las volví a guardar en mi bolso—. Esto es... un *hobby*, solamente.

—¿Vuelves a tu país?

Dudé. Ese era el plan que hice antes de irme. Ocho meses para mí, para reencontrarme. Pero la verdad era que los planes habían empezado a tambalearse en este último mes.

—¿Y tú? —pregunté para evitar responder a la pregunta—. ¿Qué haces?

El chico se rascó la nuca y contestó:

—Me tocaría empezar segundo, pero me da que en septiembre voy a repetir la mitad de las asignaturas.

—¿Por el trabajo?

—¡Qué va!, mis padres me obligan a estar aquí como castigo. Dicen que salgo demasiado de fiesta.

Me reí porque me recordó demasiado a Leo y a Tessa. Aunque la profunda marca azulada de debajo de sus ojos en contraste con su pálida piel, me hizo sospechar que seguramente salía mucho más que ellos. Quise decírselo, pero nuestra conversación se vio cortada por el sonido de una notificación en mi teléfono.

De repente me olvidé del mundo, saqué el teléfono como si me quemara en las manos, esperando que fuera él. Pero la desilusión inundó mi pecho al leer el nombre de «Tessa» en la pantalla:

Tess:

Norita, tengo una buena noticia y una mala. ¿Cuál quieres primero?

Yo:

La mala.

Tess:

Vale, empezaré por la buena.

Yo:

¡Oye!

Tess:

La buena es que ya he encontrado el piso perfecto.

Sonreí. Al poco de estar aquí, Tessa me confesó que había decidido dejar la universidad y mudarse conmigo. No me dio siquiera la opción de oponerme; a cambio, me prometió que ella se encargaría de la búsqueda. Y menos mal, porque los pocos que le había enviado yo, los había desestimado enseguida.

Yo:

¿Y cuál es la mala?

Tess:

Que vamos a ser tres.

Sentí como se me paraba el corazón: durante el segundo en el que leí su mensaje, mi cerebro lo enlazó directamente con él. ¿Quizás había hablado con ella y era otra de sus estrategias para juntarnos?

Abrí la conversación con Dallen y el tic azul, que me indicaba que había ignorado mi mensaje, tiró por tierra todas esas expectativas que acababa de montarme en mi cabeza. Pero enseguida esa sensación fue eclipsada por un aviso de mis peores miedos. «¿Y si le había ocurrido algo?».

Yo:

¿Has conocido a alguien?

Pregunté, un poco desinflada.

Tess:

Leo y Simon han roto.

El mensaje de Tessa me hizo deshacerme de esa sensación que me estaba circulando por el cuerpo.

Yo:

¡No me lo puedo creer!

¿Qué ha pasado?

Tess:

Leo te lo contará cuando esté preparado.

Pero agárrate que vienen curvas.

El crujir del sofá antiguo que hizo ese chico al levantarse, me recordó que no estaba sola y que el recepcionista había seguido a mi lado todo ese tiempo.

—¡Perdona! —Él zarandeo su pelo pelirrojo que bailó sobre su frente.

—Voy a seguir muriéndome de aburrimiento ahí detrás: —Señaló el pequeño mostrador.

—¡Espera! —grité, aunque todavía no se había ido—. No me has dicho tu nombre.

El chico sonrió y se fue hasta la recepción para escribir algo en un papel que después me acercó. En él estaba su nombre y un número de teléfono:

—Si necesitas un amigo en esta ciudad, puedes escribirme. Si de verdad has venido hasta aquí para encontrarte, no vas a hacerlo sentada en ese sofá. —Sonreí y lo miré fijamente a los ojos.

—Te tomo la palabra, Paul.

Con esa emoción de empezar a hacer cosas por mi cuenta, sola, sin miedo, busqué de nuevo el nombre de Dallen entre mis contactos.

Me daba igual esa mala sensación que me había dado, me daba igual ese miedo que tenía de vernos las caras de nuevo, me sentía llena de felicidad y con la necesidad de compartirla con él. De celebrarlo, de decirle que lo había conseguido, que poco a poco estaba sobreviviendo a mi viaje y lo llamé.

Me daba igual lo caro que me iba a resultar, me daban igual las horas, solo quería que el sonido de su voz acallara esos miedos que crecían a cada segundo de silencio. Pero no solo no lo hicieron, sino que se materializaron delante de mí como una gran sombra negra cuando una voz metalizada sustituyó la suya:

—El teléfono al que llama no existe...

Capítulo uno

NORA

Cinco meses después

—¿Me repites a qué hora llegas?

Metí el último pantalón en la maleta como pude por la gran cantidad de regalos que llevaba, y me giré hacia la imagen de Tessa en mi portátil. Su pelo tenía un tono morado, aunque algo más pastel de como lo había visto la última vez, y degradado, siendo más intenso en las puntas y viéndose su color castaño original en las raíces. Creo que era la primera vez que le duraba tanto tiempo un mismo color.

—Diría que a las seis, después te lo confirmo —contesté girándome de nuevo hacia la cómoda, para asegurarme de que no me dejaba nada.

Había tenido que comprarme una maleta más grande, porque después de casi ocho meses en aquella ciudad, todas mis pertenencias se habían duplicado. Lo peor era que no era consciente de todo lo que había comprado de más hasta ese momento.

—¿A las seis de la mañana?!

Me acerqué a la mesa para mirarla con más atención. Su maquillaje estaba ligeramente corrido, sus mejillas coloradas y la comisura de sus labios se arqueaba en una divertida sonrisa.

Hice un cálculo mental de las horas de diferencia entre ambas y me di cuenta de que estaba volviendo de una noche de borrachera.

—No, tonta, de la tarde. Si tengo casi ocho horas de vuelo, ¿cómo quieres que llegue a las seis de la mañana si ahora son tus dos y media de la madrugada?

Tessa puso los ojos en blanco y acto seguido me señaló amenazante con su dedo índice, como si pudiera pasar a través de la pantalla:

—Estás muy descarada, Norita. Londres no te ha sentado nada bien. Quiero la hoja de reclamaciones.

—Y tú has bebido un poco demasiado esta noche —repliqué divertida mientras Tessa me dedicaba otra de sus muecas.

—Quería mantenerme despierta para hablar contigo y así me lo pagas. —Me reí y le di la espalda para poder cerrar la maleta a presión, sin éxito incluso sentándome encima—. Creo que necesitas ayuda con eso.

Suspiré resignada y me quedé sentada encima de la maleta medio abierta. Estaba cansada y ansiosa por el viaje. En todos esos meses había luchado contra el recuerdo de Dallen, pero hacía una semana que su imagen me golpeaba cuando menos me lo esperaba. Como si me hubiera pasado meses dándole la espalda a la dura realidad y ahora el destino me obligara a enfrentarlo.

—¡Por fin estás cien por cien para mí! —aplaudió mi amiga.

—Hacer la maleta es uno de los pasos importantes para volver, Tess.

—Lo sé y no sabes las ganas que tengo de que lo hagas. Han sido demasiados meses y, entre tú y yo, Leo me saca de mis casillas.

Me reí y negué con la cabeza.

—¡Miedo me dais!

—Te lo prometo. Te necesito aquí para que lo neutralices.

Al pensar en Leo y en el año pasado, no pude evitar que la imagen de él se me cruzara por la cabeza. Me mojé los labios cavilando si era buena idea o no preguntar sobre Dallen. No les había contado nada, ni siquiera durante el tiempo en el que volvimos a ser amigos. Lo último que sabía de él era que tenía pensado hacer un viaje por el país. Así que no tenía ni idea de si se había ido o, si en cambio, seguía en la misma ciudad en la que iba a aterrizar ese día.

—Bueno, Norita, me muero de sueño, así que... —empezó a decir mientras estiraba todo su cuerpo con un bostezo.

—¡Eespeeera!

—¿Qué pasa?

Se había dado cuenta de que quería preguntarle algo importante porque parecía que el sueño se le hubiera ido de repente. Inspiré hondo y cerré los ojos, acumulando todo el valor necesario para preguntarlo. Si quería calmar mis nervios antes de coger ese vuelo necesitaba saberlo. Necesitaba saber a qué me enfrentaba.

—Verás... Quería preguntarte si... —balbuceé—. Si Dallen...

Tessa abrió mucho los ojos y apretó los labios. Ignoré su gesto y agradecí que no me hiciera terminar la frase.

—¿Quieres saber si Dallen está aquí? —Asentí y apenas pestañeeé para no perderme ni una sola palabra de su respuesta.

—Pensaba que lo habías superado... —empezó a decir sin responder a mi pregunta—. ¿No has tenido ninguna noticia sobre él en estos meses?

—En realidad —jugueteé con mis dedos en mi regazo mientras me armaba de valor—. A los pocos días de estar aquí, me escribió.

Las cejas de Tessa se arquearon, sin duda era algo que no sabía. Y si ella no lo sabía, Leo tampoco. Y eso solo podía significar que Dallen no había hablado de mí en todo ese tiempo. Un extraño vacío se apoderó de mi pecho...

—¿Hablaste con él y no me contaste nada?!

—En realidad... Estuvimos hablando todo un mes.

Su ceño se frunció y acercó su rostro a la pantalla.

—¿Y me lo sueltas ahora?! —Puse los ojos en blanco.

—Tess, da igual ahora, porque desapareció y no he sabido nada de él en cinco meses.

—Para darte igual sí que lo tienes bien calculado... —Tessa cruzó sus brazos encima de su pecho y volvió hacia atrás.

—Pero ¿no te ha dicho nada?

Antes de que pudiera seguir con la pregunta, unos nudillos tocaron en la puerta de mi habitación, interrumpiéndonos. Me levanté de golpe, sabiendo quién había detrás de ella, e hice un amago para cerrar la pantalla de ordenador.

—Es él, ¿verdad? —preguntó casi chillando y retorciéndose en su silla como si de esa forma fuera capaz de ver más allá de su pantalla—. Ni se te ocurra colgarme, ¡Quiero verlo!

—¡Hasta dentro de unas horas, Tess! —E, ignorando sus súplicas, cerré el portátil y abrí la puerta de mi habitación.

Apoyado en el marco de la puerta estaba Paul. El chico de media melena pelirroja que me había ayudado a olvidar, o al menos a distraerme. Su mirada pasó de mí a mi enorme maleta sin cerrar y, con una sonrisa, preguntó:

—¿Necesitas ayuda?

—¡Por favor! —Lo dejé entrar y la cerró con tanta facilidad que me sentí un poco decepcionada con mi debilidad.

—Se te da bien esto de cerrar maletas.

—Para eso vivo en este lugar de la muerte: para cerrar maletas y conocer a chicas perdidas. — Sonreí—. ¿Estás lista?

Di un último vistazo a la habitación —asegurándome de que no me dejaba nada— y asentí.

Paul había sido un gran apoyo en esa extraña ciudad en la que no conocía a nadie. Al inicio tenía pesadillas donde aparecía aquella mujer tirada en el suelo. Pero lo peor no eran esas pesadillas. Las peores eran en las que aparecía Dallen mirándome con aquellos ojos verdes hasta dejarme sin respiración, en las que volvía a besarme y me despertaba sabiendo que aquello no volvería a pasar jamás. En las que llamaba una y otra vez a su teléfono para darme de bruces contra la fría realidad.

Era casi una tortura, intentaba no pensar en él durante todo el día, pero llegaba la noche y parecía que mi subconsciente disfrutara al hacerme sufrir de aquella manera. Aunque no recordarlo durante el día también era difícil. Estaba enfadada con él. Estaba furiosa.

Un beso húmedo en mis labios cerrados me hizo salir de mi ensoñación.

—¿Y esto?

Paul sonrió y se inclinó para levantar la maleta.

—Me apetecía. —Me pasé las yemas de mis dedos por los labios y él se quedó un instante en silencio mirando en esa dirección—. No tendría que sorprenderte después de estos meses.

Clavé mi mirada en él y un extraño nudo se formó en mi vientre. Paul había estado a mi lado todo ese tiempo como amigo. Sabía que yo le gustaba, porque lo confesó una noche que bebió un poco de más. Pero yo no sabía si lo que sentía por él era algo más que cariño y apego. La verdad es que no creía que me pudiera enamorar de nadie, al menos en una temporada.

Pero, después de un mes sin tener noticias de Dallen, toqué fondo y Paul fue mi salvavidas en un mar revuelto. Así que desconecté mi cerebro y me dejé llevar. Nunca hablamos de esas pocas noches en las que el vacío que yo sentía era tan grande, que la única forma de no caer en el abismo había sido aceptando sus besos.

Y, por primera vez en mi vida, era agradable poder estar con alguien con el que no tenía que preocuparme de secretos ni mentiras... Con el que no sentía celos, con el que no se me removía el cuerpo.

Pero nunca me había dado un beso en pleno día.

—¿Te ha molestado? —preguntó al ver que apenas me había movido de mi sitio.

—No, no... —Desconecté mi mirada de la suya y me apresuré a coger mi bolso con toda la documentación—. Solo me ha sorprendido, eso es todo.

No dijo nada más, con la naturalidad con la que lo hacía todo, Paul levantó la maleta del suelo y se dio la vuelta para llevársela hasta el coche. Me quedé observando cómo se alejaba con ella y me permití unos segundos para despedirme de esa habitación, de esa aventura que había tenido el valor de empezar.

Cuando salí, me estaba esperando con la puerta del copiloto abierta. «¿Por qué no había podido enamorarme de él?». Hubiese sido tan fácil... ¡Y mira que lo había intentado!. Cada vez que se preocupaba por mí, cada noche en la que él bebía de más y me mandaba directas que yo no quería captar, cada mañana tras estar con él y sentir que el vacío volvía a adueñarse de mi cuerpo. Pero no podía, no podía porque simplemente no era él.

«¿Por qué siempre tenía que aparecer Dallen cuando pensaba en Paul?» Quizás me sentía tan

bien con él precisamente por eso, no tenían nada que ver. Paul era lo que necesitaba y Dallen era... Suspiré enfadada por pensar en él más de un minuto y entré en el coche para despejarme de una vez por todas.

—¿Quieres que vayamos a tomar un café por aquí o lo tomamos directamente en el aeropuerto? —preguntó al sentarse en el asiento del conductor.

—¿Lo dices por mí o por ti?

Levantó la comisura de sus labios y se colocó las gafas de sol antes de que pudiera fijarme de nuevo en sus ojeras.

—No me vendría mal uno doble.

—¿Saliste ayer? —Volvió a sonreír y yo negué con la cabeza—. Cada vez entiendo más a tus padres.

—No me has contestado.

—Mejor en el aeropuerto, no quiero perder el vuelo.

—Tampoco estaría tan mal, ¿no? —Paul me miró por encima de sus gafas y yo me limité a sonreír.

Condujo en silencio hacia el aeropuerto. Una de las pocas cosas que no me gustaban de él eran los silencios en el coche. Detestaba poner la radio y no le gustaba hablar mientras conducía; decía que se distraía y que no quería accidentes. Así que me quedaba en silencio, perdiendo mi mirada y haciendo volar mis pensamientos a través de la ventanilla. Algo que detestaba, porque lo único que no quería hacer era precisamente eso, pensar.

Por eso me sorprendió escucharlo hablar de repente:

—¿Compartirás piso con aquella amiga tuya del pelo raro? —Lo miré sorprendida.

—Pensaba que no te gustaba hablar en el coche.

Paul me miró de reojo y pude notar como sus nudillos apretaban el volante, nervioso.

—Puedo hacer una excepción en tu último día.

—¿Me vas a echar de menos? —bromeé.

Paul se secó una de las manos en el pantalón y giró la cabeza para mirar por el retrovisor antes de adelantar.

—¿Se llamaba Tessa? —Fruncí el ceño mientras intentaba descifrar la razón de su nerviosismo.

—Sí. Con ella y Leo.

—Leo era...

—El de la foto, rubio.

Vi cómo tragaba saliva antes de preguntarme sin mirarme ni siquiera de reojo:

—¿Y allí también está...?

Me giré hacia la ventanilla. Él me había visto derrumbada, me había visto llorar hasta quedarme sin lágrimas y no me había quedado otra que contarle que un chico me rompió el corazón, solo eso. Nunca le había dado detalles de quién era.

—No lo sé, ni quiero saberlo.

Paul se dio cuenta de que me había molestado la pregunta porque enseguida se aclaró la garganta y cambió de tema:

—Ya estamos llegando y mira qué despejado está. Has tenido suerte.

Miré el cartel que anunciaba la entrada del aeropuerto, dejando que los nervios me subieran hasta el pecho.

Le había dado muchísimas vueltas a la idea de volver. Al fin y al cabo, era la ciudad de Dallen

y no estaba preparada para encontrármelo. Pero no quería volver a casa de mi madre, no después del avance que había hecho. Sería como ir tres pasos hacia atrás y no me lo podía permitir. Entramos en el aeropuerto con el tiempo justo para poder tomar un café rápido antes de pasar el control. Yo me senté en una de las mesas, mientras Paul se acercaba con mi café americano sin azúcar y uno doble para él. Mi tolerancia a la cafeína había subido en esos ocho meses y me había pasado al lado oscuro del café solo. Pero a Paul parecía no importarle que me tomara tantos cafés, si Dallen me viera seguro que...

—Te voy a echar de menos —dije, antes de que su imagen volviera a aparecer por enésima vez ese día.

—Conocerte ha sido de las mejores cosas que me han pasado este año.

—Teniendo en cuenta que has suspendido todas las asignaturas... —Paul se rio y dio un trago de su bebida—. ¿Qué te han dicho tus padres?

—Digamos que hemos llegado a una especie de acuerdo.

—¿Un acuerdo?

Su sonrisa se amplió.

—Una oportunidad para redimirme.

—¿Vas a dejar de salir de fiesta? —pregunté. Si había una persona que podía superar a Tessa y Leo juntos, ese era Paul.

—Nunca. Aunque... —Clavó su mirada en mí, mientras me terminaba el café y calló de golpe.

—¿Qué? —pregunté.

Dejó su taza sobre la mesa y soltó una risa silenciosa.

—Vas a perder el vuelo.

Abrí los ojos, sorprendida ante su comentario, y miré el reloj. Aún iba bien de tiempo, pero prefería no tener que correr. Así que ignoré la voz interior que me susurraba que no era aquello lo que me quería decir y me despedí de él con un abrazo. Un abrazo que no me removió nada...

Capítulo dos

NORA

Busqué a Tessa entre toda aquella multitud que se apelotonaba en la zona de «llegadas» del aeropuerto, pero no la encontré. Bufé, molesta, y miré de nuevo el reloj de forma impaciente. Después de toda la insistencia en vernos, era capaz de haberse dormido.

Marqué su número de teléfono y, para mi sorpresa, me respondió al primer tono. Una nueva preocupación cruzó mi mente: que no estuviera conduciendo.

—Tessa, ¿Dónde estás?

—¡Estoy aquí! —exclamó, un poco fuera de sí—. Estaría arriba, abrazándote, saltando de alegría contigo... Si un idiota no me hubiese dado en todo el morro del coche —pronunció la palabra «idiota» con énfasis, como si escupiera veneno al decirla.

—¿Has tenido un accidente?! —grité, abriéndome paso entre la gente que se abrazaba a mi alrededor.

Escuché que alguien le replicaba y ella gritaba de nuevo algo inteligible, apartando su boca del altavoz.

—¿Estás en el *parking*? —pregunté de nuevo, en un intento de cortar la discusión con el desconocido.

Pero mi amiga estaba demasiado absorta como para prestarme atención:

—¡Claro que ha sido un accidente! —su voz sonaba fuerte, aunque se había alejado del teléfono—. ¿Qué va a ser, si no?, ¿premeditado? ¿Has estado esperando a que pasara justo por detrás para salir de tu plaza?

—¡Estaba aparcando! Eres tú la que no ha esperado a que terminara.

Vale, aquello empezaba a ponerse mal si podía entender la voz de ese chico.

—¿Cuánto hace que te sacaste el carné? Voy a denunciar a tu autoescuela.

—Tess, dime dónde estás exactamente. —Escuché un ruido y su voz volvió a sonar más fuerte. Por fin se había acordado de mí.

—Norita, estoy en el *parking* menos uno, zona azul, me verás porque... ¡es el único coche abollado al lado de un terco idiota!

—Ten piedad... —rogué mientras salía a toda prisa hacia donde me había indicado.

Tessa tenía razón y no fue difícil verlos. Pero no por el coche, sino porque sus gritos se escuchaban desde el ascensor y habían atraído miradas curiosas a su alrededor.

Al acercarme, vi al chico con el que estaba discutiendo. El rojo teñía sus mejillas pecosas, aunque no sabía descifrar si era de timidez o de ira, mientras intentaba firmar los papeles del parte. Por suerte, todo indicaba que se había dado cuenta de que era imposible luchar contra Tessa, e intentaba no hacer contacto visual mientras ella seguía refunfuñando.

Di un vistazo rápido a su coche y fruncí el ceño. Tessa había exagerado; el coche tenía un pequeño golpe en la parte delantera, pero nada del otro mundo. Y mucho menos para montar un espectáculo así.

Al verme, se le cambió la expresión y corrió hacia mí para rodearme entre sus brazos en un abrazo asfixiante.

—¡Por fin! —exclamó dejando mi pobre oído sordo—. Ocho meses son demasiados. No vuelvas a irte tan lejos nunca más.

Intercambié una mirada de circunstancia con el chico que nos miraba con el parte ya firmado en la mano.

—Creo que el pobre atormentado quiere darte algo. —Volví a respirar de nuevo cuando me soltó y se giró hacia él.

—Ten... —El chico de pelo castaño y sin rastro de la rojez en su piel, le acercó el papel de mala gana. Tessa se lo arrancó de las manos.

—Vigila. La próxima vez no seré tan benevolente.

—Amargada... —murmuró él al darse la vuelta.

Pareció darse cuenta de que yo lo había escuchado, porque sus mejillas pecosas volvieron a enrojecerse y se largó corriendo hacia el ascensor, por si acaso volvía a recibir una serie de insultos por parte de mi amiga.

Por suerte, Tessa estaba demasiado concentrada en mí, si no, no hubiéramos salido ni en un siglo de aquel sitio. Pero, aunque su temperamento era como una olla *express* a punto de explotar, la tormenta se iba tan rápido como había llegado. Aturdiendo a la otra persona si no estaba acostumbrada. Al salir de allí, camino a nuestro nuevo piso, su expresión se relajó.

—¿Cómo ha ido la despedida con el británico?

—Si solo me ha traído al aeropuerto.

—No me refiero a hoy, Norita. —Me miró y me guiñó un ojo, en esos ocho meses no había cambiado en nada. Y eso me hacía sentir como en casa—. ¿Antes de ayer?, ¿en la cama?, ¿en el sofá?

Negué con la cabeza.

—¿En un arbusto en un parque? No te pega nada, Norita.

—Nada, Tessa. No hicimos nada en ningún sitio. —Recordé el beso que me había dejado un poco sorprendida, pero no quise contárselo.

—Qué aburrida eres. Pensaba que habías ido a Londres a descubrirte sexualmente.

Puse los ojos en blanco y ella me pellizcó el brazo con picardía antes de volver a centrarse en la carretera.

—Necesitaba un poco de tranquilidad en mi vida —retomé la conversación—. No más mareas emocionales.

—Pero en algún momento te lo tiraste, ¿no?

—Sí, Tess... —enfaticé ese «sí»—. Pero pocas veces, nuestra relación era más bien de amigos con derecho a roce. Tessa hizo una mueca y me miró de reojo.

—Cuando las relaciones son de amigos con derechos, normalmente suele haber mucho más roce. —Separó las manos del volante y simuló que eran una balanza—. Nunca pesa más la amistad que el sexo. No funciona así.

—Pues en nuestro caso, sí.

—Pobre chaval... —se mofó volviendo a colocar las manos en el volante—. Se habrá matado a pa...

—¡Tess! —la acallé antes de que soltara una barbaridad por su boca— Tú no solo no has cambiado, sino que has empeorado.

Soltó una carcajada que me hizo agarrarme al asiento.

—Me he desmadrado por culpa de Leo.

—Será eso...

Su mirada pasó nerviosa de la carretera a mí un par de veces.

—¿Ocurre algo? —Negó con la cabeza, con demasiado ímpetu y me sonrió.

—¿Te dije que Leo está de «ocupa» en el piso? Suerte que lo alquilé con tres habitaciones.

—Sí, me dijiste que él ya me daría los detalles, pero nunca me explicó por qué.

—Quería contártelo en persona. Aunque te adelanto que esos dos tienen más dramas que una telenovela turca. Hemos comprado pizza y llenado la nevera de cervezas. —Me miró con una sonrisa traviesa—. Tranquila, nada de alcohol para ti.

—Bueno, la verdad es que... —Tessa frenó el coche de golpe y tuve que cogerme del borde del asiento para calmar la sensación de haber estado a punto de morir—. ¡¿Estás loca?! ¡¿Qué haces?!

Un coche nos pitó y el conductor nos levantó el dedo corazón al pasar por nuestro lado.

—¿No me digas que te has pasado al lado oscuro?, ¡tú, Norita! La sensata del grupo. —Los ojos de Tessa no podían estar más abiertos.

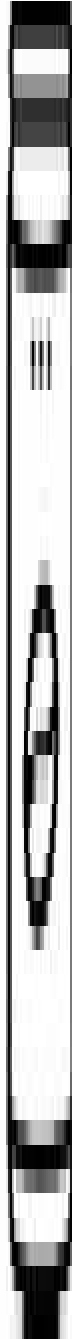
Puse los ojos en blanco y contesté:

—Sigo igual. Pero algunos cócteles no me disgustan tanto. —Tessa abrió la boca, pero yo continué—: ¿Ahora podemos volver de una pieza a casa? Empiezo a pensar que el accidente de antes ha sido culpa tuya.

—Esto no va a quedar así —sonrió victoriosa—. Esto tenemos que celebrarlo.

—Me voy a arrepentir de aceptar vivir con vosotros, ¿verdad? —murmuré con terror en la voz. Tessa me miró de nuevo y esbozó una sonrisa malvada que confirmó todos mis temores.

—No te puedes llegar a hacer una idea de cuanto, Norita.



El piso que habían alquilado era pequeño, y más si lo comparaba con el que habíamos compartido el año pasado. Aunque suficiente para los tres.

—Tu habitación es esa de ahí. —Señaló la puerta que tenía enfrente, justo al lado de la televisión—. Y estas dos de aquí son las nuestras.

Me giré hacia las otras dos puertas y reconocí la suya porque estaba abierta y tenía un montón de ropa tirada por todas partes.

—¿Qué es esto? —pregunté al acercarme a mi puerta. Habían colgado un cartel con mi nombre en mayúsculas junto a un dibujo de nosotros tres, hecho con muñequitos de palitos. El mío tenía un café en la mano del tamaño de mi cabeza.

—El toque artístico de Leo no da para más —comentó Tessa acompañándolo de una carcajada sonora.

—Al menos quise tener un detalle para su bienvenida.

Me giré al reconocer la voz de mi amigo, de ese chico que me impulsó a cometer la locura más grande de mi vida y de la que estaría eternamente agradecida.

—¡Leo! —Corrí hacia él y me lancé a sus brazos. Me devolvió el abrazo y me levantó unos centímetros del suelo para acto seguido soltarme.

—¡Canija! —Se separó de mí, sujetándome por los hombros para mirarme—. ¿Te has cortado el pelo?

—Un poco —contesté tocándome las puntas.

—Y te has dejado flequillo.

—Bueno, no es flequillo, flequillo, un poco abierto. ¿Te gusta?

—Me encantas. Estás cambiada, pero para bien.

—Tú también estás cambiado —contesté yo. Se había dejado crecer un poco el pelo, dejando ver unas pequeñas ondas doradas.

—Necesitaba un cambio —Leo sonrió y movió la cabeza de forma coqueta para que pudiera apreciar como uno de sus rizos rebotaba contra su frente.

—Lo sé. Tienes muchas cosas que explicarme.

—La noche es larga, canija.

Sonreí. A veces sentirse en casa era eso: un perfume reconocible, escuchar ese mote de nuevo entre sus labios y un cálido abrazo.

—Bueno, bueno, vale. —Tessa separó a Leo—. Me voy a poner celosa de esta bienvenida. La mía no ha sido así.

—Porque me quiere más a mí —replicó mi amigo.

—Lo que pasa es que esta de aquí se estaba peleando con un chico en el parking.

Leo alzó las cejas. Tessa rodó los ojos y murmuró algo como «un encontronazo con un idiota» sin darle importancia.

Me hicieron un café que me llamaba a gritos y nos sentamos en el sofá para explicarles cómo habían sido todos esos meses para mí. Obvié la parte en la que había vuelto a tomar el contacto con Dallen y les expliqué que al inicio estaba sola hasta que conocí a Paul y me presentó a su grupo de amigos.

—Daba igual si conocías a gente o no —dijo Leo al terminar de explicar mi relato—. Lo importante era que querías superar ese miedo de hacer las cosas sola, de irte sin tener a nadie de la mano. Y lo has hecho.

Sonreí satisfecha y me acerqué mi taza a los labios.

—Pues sí. En otra ocasión lo hubiera pasado realmente mal, pero no fue así.

—¿A qué te refieres?

—Que todo su grupo era como juntaros a vosotros dos por mil. —Tessa me fulminó con la mirada y Leo se mordió el labio para aguantarse la risa.

—¿Y aun así saliste con ellos?

Me encogí de hombros.

—Eran majos, y una vez que me dio igual que pensaran que era la rara por no querer beber hasta perder el control como ellos, lo disfruté.

—Increíble —soltó mi amigo dejando la boca abierta y dejé que Tessa me rodeara con su brazo.

—¡Qué tarde es! —exclamó Tessa al mirar el reloj—. Voy a calentar el horno.

Aprovechando que Tessa se había ido a la cocina, metí las cosas en mi nuevo cuarto con la intención de poder deshacer las maletas y empezar a colocar la ropa. Pero no iba a ser tan sencillo.

—¿En serio te vas a poner a deshacer todo esto? —preguntó Tessa al volver.

—Ocho meses —recalcó Leo—. Ocho meses sin vernos y lo que más te apetece hacer es colgar pantalones.

Rodé los ojos y pasé por su lado hasta dejarme caer de nuevo en el sofá. Estaba cansada del viaje y no me apetecía discutir con ellos, más que nada porque sabía que tenía las de perder.

—Está bien, no hace falta dramatizar. —Di unas palmadas en el sofá a ambos lados de mi cuerpo—. Venga, contadme las novedades.

Los dos corrieron hacia el sofá como niños pequeños. Tessa se sentó a mi lado y Leo en la butaca que había un poco encarada a nosotras.

—El sábado hago la inauguración oficial del local —anunció Leo con una sonrisa triunfante. Arqueeé las cejas y su sonrisa desapareció de golpe—. ¿No te lo conté?

Zarandeeé la cabeza. Habían pasado tantas cosas esos meses que me había olvidado por completo de los planes de futuro de Leo.

—Pensaba que era algo a largo plazo. Que querías montar un local de noche, pero no que lo harías este verano. ¿De dónde has sacado el dinero?

Leo amplió su sonrisa.

—Encontré a un socio y una muy buena oportunidad. Y ya sabes lo que opino de las oportunidades...

—Oportunidad, oportunidad... El sitio estaba a punto de derrumbarse.

—¿Lo habéis reformado de cero?

—Bueno, Brandon es un manitas.

—¿Brandon? —pregunté y Tessa hizo una sonrisa sugerente.

—El socio.

Entrecerré los ojos analizando la bomba que acababa de soltar Leo.

—Eres rico —es lo único que pude articular mientras mi cerebro analizaba toda esa información. Mi amigo hizo una mueca y Tessa empezó a reírse—, y vives aquí. ¿Por qué?

—Gratis —puntualizó Tessa.

—Soy humilde —comentó divertido—. Además, no soy rico. Mis padres lo son.

—¿Y te han dado el dinero para invertirlo en un local de música y alcohol?

Leo se rascó la nuca y desvió la mirada hacia la cocina. El salón se había impregnado del aroma a mozzarella y tomate derretido.

—Técnicamente soy socio minoritario —puntualizó—. Y no lo saben.

Abrí mucho los ojos, sorprendida. Tessa apretó la boca en forma de «u» para, acto seguido, desaparecer de la escena para salvar la pizza que daba señales de estar a punto de quemarse.

—Espera... ¿les has robado? —exclamé horrorizada— Pero, ¿cuánto dinero tienen para no darse de cuenta de algo así?

—A ver, no. Ese dinero en teoría es mío —aclaró—. Es decir, me hicieron una cuenta para la Universidad y la gestiono yo desde que cumplí la mayoría de edad.

—Pero tú no vas a la universidad —contesté confusa.

—Ese es un pequeño dato sin importancia —dijo con una especie de sonrisa culpable.

—¿Qué pasará cuando se enteren?

Sin contestarme, se levantó para coger una de las diez mil botellas de cerveza que había en la nevera. Solo la había visto durante una milésima de segundo, pero juraría que no contenía nada más que no fuera alcohol.

—Espero que para entonces yo ya seré rico y pueda enviarlos a tomar viento. —No me miró, pero pude ver que aquel era un tema difícil de compartir un jueves cualquiera, así que no insistí más—. ¿Quieres una cerveza? Tessa me ha dicho que te has pasado al lado oscuro.

Atravesé a Tessa con mi mirada asesina y ella arrugó la nariz, delatándose.

—Y tú, ¿no vas a volver a estudiar? —Tessa destensó el rostro y suspiró, negando con la cabeza.

—No, lo he dejado. A partir del viernes voy a ser la empleada de este joven emprendedor. —Tessa rodeó los hombros de Leo con su brazo y sonrió orgullosa.

Los miré a ambos antes de preguntar:

—¿Y ya estáis seguros de esto?

—Para nada —contestó Leo entre risas—. Pero de algún modo tengo que pagarle el alquiler. Y no quiere que lo haga con especias.

—¡Sí, hombre! Mi sueldo no es negociable —objetó divertida Tessa, en el momento en el que dejaba las pizzas encima de la mesita del sofá—. ¡A comer, pollitos míos!

La primera pizza, aunque estaba un poco quemada, la devoramos sin decirnos una palabra. A partir de la segunda ya me contaron sus planes, emocionados. Se notaba que Leo había encontrado su sueño y no había tenido miedo de lanzarse a la piscina. Y, en cierto modo, lo envidié.

Aunque había algo de lo que no se había atrevido a hablarme aún y a mí me picaba demasiado la curiosidad como para dejar que sacara él el tema.

—Leo... —llamé su atención con mi voz más dulce—, ¿qué ha pasado con Simon?

Dejó la botella de cerveza con un golpe seco sobre la mesa, y soltó un suspiro profundo.

—Has abierto la caja de pandora —añadió Tessa antes de llevarse la suya a sus labios.

—Te lo resumiré.

Leo abrió su *Instagram* y cambió su perfil a uno con otro nombre y con una foto de un tío que no era él.

—¿Te has hecho una cuenta falsa?

—Espera.

Buscó el nombre de Simon y deslizó el móvil hacia mí. No me hizo falta mirar todas las fotos para darme cuenta de lo que había querido decir Tessa. Prácticamente todas las fotos eran con una chica de piel morena y ojos almendrados.

—¿Simon es bisexual? —pregunté confusa.

Leo se encogió de hombros y me hizo un gesto para recuperar su teléfono.

—Pero el problema no es ese, el problema es que parece una maldita tapadera.

—¿Por?

—Ella es la hija de unos conocidos de sus padres. Antes de mudarnos definitivamente a nuestro piso, se fue quince días a Grecia con ellos —explicó con rencor en la voz—. Me prometió que contaría lo nuestro durante el viaje, pero al volver no solo no había contado nada, sino que se había dado cuenta de que se había enamorado de ella.

—¿En quince días? —pregunté, perpleja. Leo desvió la mirada y por un instante sentí que no quería darle más vueltas al asunto.

—Creo que solo está huyendo, una vez más, para variar.

Me acerqué a él y apoyé mi mano en su rodilla, su mirada se cruzó con la mía y me sonrió.

—Lo siento mucho, Leo.

—No lo sientas. Ya aparecerá otro.

Aunque quería sonar despreocupado y optimista, yo lo conocía y veía la tristeza que escondía detrás de sus muros.

—U otros —intervino Tessa, ajena a todo—. Desde que lo dejaron esto parece una terminal del aeropuerto en pleno verano.

Abrí la boca, pero antes de que pudiera decir nada Leo le tiró un trozo del borde de la pizza a la cara, que por suerte esquivó.

—No la asustes o se irá a vivir a otro lado. —Se giró inmediatamente hacia mí y añadió—: Es una exagerada, y con los años empeora.

—Llevamos cinco meses viviendo juntos, Leo.

—Han sido como diez.

Tessa puso los ojos en blanco y colocó sus piernas cruzadas encima del sofá. Me miraba fijamente con aquella mirada traviesa que significaba que estaba tramando algo.

—¿Y tú, Norita? ¿Nos vas a contar detalles de tu vida romántica con ese tal Paul?

—¿Quién es Paul? —preguntó sorprendido Leo.

—Nadie —contesté centrándome en otra porción de pizza.

—El amigo ese del que nos hablaba, que babeaba por ella. Dirigí mi mirada hacia Tessa, furiosa.

—¡No babeaba por mí!

Tessa frunció el ceño y se giró hacia Leo.

—¡Ah! El fiestero ese —reaccionó él y acto seguido frunció el entrecejo—¿Pero estás saliendo con él?

—No, solo me dejé llevar... Alguna vez... —cogí otro trozo de pizza y fui a darle un mordisco antes de añadir—: Solo fue alguien que me ayudó a olvidar a otro alguien, nada más.

Tessa y Leo intercambiaron una mirada rápida que no me pasó desapercibida.

—¿Pasa algo? —pregunté frunciendo el ceño y con la boca llena.

—No, nada —contestó Leo rápidamente.

—¿Por qué no os creo?

—Porque eres una mal pensada —añadió mi amiga cogiendo el último trozo de pizza—. Así que...: Paul es historia, Simon está más que enterrado y yo tengo una sequía importante... ¿Salimos?

Di un vistazo a mi habitación que tenía la puerta abierta con las maletas aún por deshacer y respondí:

—He llegado hace nada, no podemos simplemente... ¿ver una peli?

—Tenemos que celebrar que estás aquí, canija —contestó levantándose de la silla de golpe—. Coloca todas tus cosas, ¡y esta noche salimos de fiesta!

—A mí me parece bien. —Tessa se encogió de hombros—. El viernes tendrá que estar pendiente de su negocio de hombre adulto. Tenemos que aprovechar.

Suspiré sacando todo el aire que tenía en mis pulmones. Eso me pasaba por juntarme con dos de las personas más insistentes e intensas del planeta.

En ese instante pensé que me hubiera gustado compartir piso con Gabin. Pero lo último que sabía de él era que seguía hincando codos muy lejos de aquí.

—Está bien —contesté con un suspiro—. Pero a las doce en casa.

—A las dos.

—Doce y media.

—Una y media, cenicienta.

Suspiré y acepté, sabiendo que, de todas formas, no me harían caso.

Me di una ducha totalmente necesaria y me vestí con el vestido negro de espalda al aire que me había comprado el año pasado.

Capítulo tres

NORA

Dudé de si ponerme los zapatos de suela baja, pero al final me decidí por unos tacones, no muy altos, que había empezado a usar estando en Londres y con los que me sentía bien.

Al salir de la habitación, Tessa y Leo me miraron de arriba abajo con las cejas arqueadas.

—Dejad de mirarme así o haréis que me arrepienta —murmuré arrugando la nariz.

—¡Hoy mojas! —Rodé los ojos—. Hasta te has pintado los labios.

—Tess, estás a punto de hacer que me arrepienta —le advertí.

Ella había dicho eso de mí, pero también se había pintado los labios de rojo y hasta se había puesto unos botines con un poco de tacón. Aunque los conjuntaba con una cazadora de cuero que solo le podía quedar bien a ella.

—¿Señoritas? —Leo nos abrió la puerta y se puso a un lado para que pasáramos.

Tessa abrió su coche magullado y en ese instante caí en algo:

—¿Y la furgo, Leo? —Mi amigo abrió la puerta del copiloto y me hizo una señal para que entrara.

—La tuve que vender para añadirlo a mi parte.

—No... —Sentí una punzada en el estómago cuando lo dijo. Aquella furgoneta tenía tantos recuerdos en su interior, que el saber que se había deshecho de ella, me produjo la misma sensación como si me deshiciera de ellos.

Llegamos a esa discoteca pasadas las doce, la hora que quería volver a casa. Aunque en el fondo, ya sabía que eso pasaría.

Tras esperar unos quince minutos en aquella cola interminable, Tessa me arrastró hasta la barra y me pidió un refresco de naranja.

—Voy a dar un vistazo —gritó Leo por encima de la música.

—¿Haces un estudio de mercado para el local? —comenté alzando la voz yo también. Leo me guiñó un ojo y Tessa empezó a partirse de risa.

—Sí, estudio de cama —añadió entre risas—. Lo que sería la «putivuelta» de toda la vida. —Fruncí el ceño y miré directamente a Leo, que me dedicó una mueca divertida y desapareció entre la gente.

—¿Y tú no lo acompañas? —le pregunté a Tessa, casi chillando.

—¡Qué va!, al inicio lo hacía, pero se ve que los espanto. —Me giré hacia ella.

—¿Hace esto cada vez que salís?

—Prácticamente.

—¿No crees que es demasiado? —Tessa se encogió de hombros.

—¿Por? —preguntó— ¿Qué más da si quiere estar con uno distinto cada día mientras les deje las cosas claras?

Apreté los labios y me acerqué mi refresco a los labios con cuidado de no arruinar el labial. No es que me pareciera mal, pero en esos momentos me preguntaba si no era más que un caparazón

para ocultar que realmente estaba dolido por lo de Simon y si no se arrepentiría después. Tessa me lo vio en la cara porque se acercó a mí y me dio un golpecito en la frente con los dedos:

—Deja de dar vueltas a las cosas. Leo está bien. Ha superado lo de Simon.

—Si tú lo dices...

—Además, hoy venimos a bailar.

—Sí, con Leo, y se ha ido. —Tessa frunció los labios.

—No se lo tengas en cuenta. En un rato vuelve, ya lo verás. —Suspiré—. ¿Podemos bailar ya?

—Si no tengo otro remedio...

Y realmente no lo tenía. Me agarró de las manos y me llevó al centro de la pista para empezarme a dar vueltas al son de la música. Intenté apartar el ruido de mi cabeza y me dejé llevar por esa sensación de estar en una burbuja donde no importaba nada. Bailamos, cantamos y reímos hasta dolernos la barriga. No sabía cuánto la había echado de menos hasta ese momento.

Decidimos descansar nuestros pies en unos sofás y vimos a Leo comiéndose la boca con un chico de pelo oscuro y musculoso. Tessa me dio un codazo.

—Creo que no va a volver con nosotras.

—Sigo pensando que está tapando y que le va a estallar de algún modo.

La melodía de una canción de ritmos pegadizos nos interrumpió y Tessa me cogió de la mano para llevarme al centro de la pista de nuevo. La seguí hasta dejar que mi cuerpo fluyera con el suyo entre risas y vueltas. Pero, me desestabilicé en una de ellas, haciéndome chocar sin querer contra alguien.

—Perdona. —El chico con el que me había chocado me dedicó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Si es contigo, puedes chocarte todas las veces que quieras. —Alcé las cejas y Tessa rompió a reír, escupiéndole toda la cerveza que acababa de beber encima de la camiseta.

—¿¿Qué haces?! —gritó el chico, borrando la sonrisa anterior.

Intenté ocultar la mía, pero fue imposible porque Tessa se retorció de risa a mi lado. La cara de la víctima de mi «patosidad» empezó a enrojecerse e hizo un amago para inclinarse hacia mi amiga.

—¡Déjala! —grité, poniéndome en medio de los dos.

Con mis manos encima de sus pectorales mojados, empujé a aquel chico, con la mala suerte de que toda su bebida acabó en mi escote. ¡Vaya primera noche más maravillosa!

El chico miró la mancha de mi vestido y dejó de moverse. Quise gritarle, pero Tessa me cogió del brazo y me sacó de allí antes de que pudiera abrir la boca.

—Tess, no puedes reírte así en la cara de la gente. —Mi amiga, que ya se había calmado, volvió a reírse al recordarlo.

—Norita, es que vaya frase de ligoteo más mala —no podía parar de reír y lo peor es que me lo contagiaba a mí—. Podemos hacer un libro de «Frases de ligoteo infalibles con las que no vas a mojar, pero te mojarán a ti». —Negué con la cabeza.

Ella fue a por más bebidas y yo aproveché para entrar en el baño a limpiarme. Me acerqué al lavamanos para quitar, al menos, la parte pegajosa de aquella bebida, aunque sabía que sería imposible deshacerme de ese olor. Por esas cosas no me gustaban las discotecas, y ahora viviría con un chico que tendría una («¡Genial!»).

Un ruido a mis espaldas me sobresaltó. Me giré casi al instante, no obstante detrás de mí no había nadie y los cubículos parecían vacíos.

—¿Hola? —pregunté con un hilo de voz. —Volví a escuchar algo parecido a un sollozo que

venía del último cubículo. Y me acerqué pensando que podría ser alguna chica llorando o quizás vomitando. —¿Necesitas algo...?

Con cuidado me acerqué a la puerta que no tenía el pestillo puesto y, sin pensarlo, la empujé hasta que chocó con la espalda de alguien.

—¡Joder! —exclamó la chica a la que acababa de golpear.

Y entonces todo se volvió negro: Lo que estaba viendo en ese baño era lo último que esperaba encontrarme aquella noche. Lo último y lo único que no quería encontrarme ni esa noche, ni nunca: A Dallen con otra. A Dallen superándome. A Dallen haciendo que volvieran a resurgir todas esas emociones que pensaba que estaban superadas.

Sus ojos se abrieron y pude perderme en el pánico que se reflejaba en ellos. Sus labios se abrieron y yo reaccioné: Volví a cerrar la puerta y salí corriendo de allí.

Parecía como si se hubiese duplicado la gente, porque mi mente quería ir más deprisa de lo que la situación me lo permitía.

—¡Nora! —«No, no, no. Su voz otra vez no».

Intenté avanzar más rápido, pero lo único que conseguí fue tirar más de una bebida a mi paso.

—¡Lo siento! —me disculpé con una chica que empezó a gritarme, pero no me esperé a escuchar lo que decía, visualicé una escalera que subía al piso de arriba y un letrero fluorescente que indicaba donde estaba la salida de emergencia y corrí en esa dirección.

—¡Nora, espera! —No quería girarme. No quería mirarlo. Solo quería que desapareciera de nuevo. Subí los escalones de dos en dos y cerré la puerta a mis espaldas. Suspiré e intenté acompasar mi respiración agitada. Pero mi pulso empeoró en el momento en el que me di cuenta de que esa salida llevaba a una escalera de salida de incendios. Me acerqué a la trampilla para bajar, pero estaba bloqueada. «¿Quién bloquea la salida de emergencia?».

Di un vistazo a mi alrededor, buscando desesperada otra salida antes de que la puerta se abriera, pero no lo conseguí. Dallen apareció jadeando y el mundo entero se detuvo. Una ola de ira me recorrió el cuerpo al sentir que todos esos meses no habían servido de nada. Que toda esa distancia solo había intensificado los latidos de mi corazón al volverlo a ver. Me aparté todo lo que pude hasta que el frío de la barandilla se me clavó en la espalda desnuda.

—Nora... —Mi nombre en su boca me estremeció. Habían pasado ocho meses desde la última vez que lo había visto. Entonces... «¿Por qué mi cuerpo reaccionaba de esa forma ante su presencia?».

Dallen no apartaba aquellos ojos verdes de mí. Esos ojos que pensaba que no volvería a ver, pero que seguían poniéndome del revés el estómago. Vestía una camisa de cuadros oscuros abierta, arremangada hasta los codos y debajo de esta se podía ver una camiseta negra. Estos meses le habían sentado bien, porque estaba más atractivo que nunca. Humedecí mis labios que se habían secado por los nervios.

Por su expresión, él tampoco esperaba encontrarme aquella noche ahí. Pero al contrario que yo, no parecía tan alterado, solamente sorprendido. Estaba claro que Dallen me había superado. Al fin y al cabo, el que había desaparecido sin ninguna explicación había sido él.

Nos quedamos de pie mirándonos sin abrir la boca a una distancia prudencial, hasta que mis labios decidieron entreabrirse:

—Hola. —«Genial. No podía ir peor».

—Estás aquí —musitó como si no se lo acabara de creer. Los ojos de Dallen bajaron por mi vestido lentamente hasta volver de nuevo a mis ojos. Me removí, nerviosa, al sentir su mirada recorrerme completamente y rompí el contacto visual. Aquel gesto había encendido mi cuerpo a

su paso y ahora sentía que ardía incluso con aquella fría brisa.

—Tú también. —No sé si asintió o gesticuló porque no volví a mirarlo. Solo esperaba que me tragara la tierra o que alguien nos interrumpiera.

Sopesé la idea de sortearlo y huir, cerrarle la puerta y que me perdiera entre la multitud. Pero tenía las de perder: él bloqueaba la puerta y yo iba en tacones.

—¿Cuándo has vuelto? —Me atreví a alzar la vista de nuevo y se me trabó la respiración al cruzarme de nuevo con sus ojos.

—Hoy. —Pareció sorprenderse, aunque tampoco lo podía asegurar del todo porque su expresión apenas variaba.

—No sabía que seguías aquí —agregué, cuando lo que realmente quería decir era: «no he sabido nada de ti en todos estos meses».

Tragué saliva sin poder apartar mi mirada de sus ojos, sus verdes y preciosos ojos. «¿Eran tan preciosos la última vez que los vi?»

—Hace unos meses que volví. —«Nada. Ni rastro alguno de un intento de excusa». Ni explicaciones que me hicieran entender por qué había desaparecido de mi vida. Hacía como si nada. Como si fuéramos dos antiguos amigos que hace años que no se veían.

Lo miré a los ojos con dureza.

—Estás muy guapa —añadió. Mi cuerpo se tensó y el fuego que sentía en mi estómago se asentó en mi garganta. Quería gritarle, quería llorar, quería romperme. Pero me mantenía impassible y en silencio. Como si mi cuerpo se hubiera convertido en una coraza vacía.

Por suerte mis ruegos fueron escuchados y no tuve que contestar. La puerta de detrás de Dallen se entreabrió para dar paso a la chica de pelo rizado que había visto de refilón en el baño. Esta vez sí que le presté más atención, era guapa, de ojos grandes y azules que me miraban con un poco de rencor. Y no la culpaba.

—Estás aquí —dijo con la intención de cogerlo del brazo, pero Dallen dio un paso hacia mí sin mirarla. La chica me lanzó una mirada llena de resentimiento.

—Tranquilo —meforcé a dedicarle la mejor de mis sonrisas forzadas y añadí—: Estás ocupado y yo ya me iba.

—No estoy... —empezó a replicar frunciendo el ceño. «¡Por fin un signo de expresión!».

—Sí —añadí sin dejar de mirarle a los ojos—. Sí lo estás. —No le dejé responder, avancé decidida hacia la puerta con la intención de alejarme de él. Pero, al llegar a su lado, frené de golpe.

Sentirlo tan cerca me desestabilizó un momento, pero busqué las fuerzas para girarme y soltarle:

—Me alegra saber que al menos estás vivo. —Vi el dolor en sus ojos y sus labios entreabiertos se apretaron para tragar saliva. Tuve que usar toda mi fuerza para apartar mi mirada de ellos, obviar que seguía usando el mismo champú que evocaba en mí demasiadas emociones, y salir por aquella puerta con toda la dignidad posible.

Capítulo cuatro

NORA

—Por favor, di algo —suplicó por enésima vez Tessa. La ignoré de nuevo llevándome a la boca la tostada con aceite que me había preparado para desayunar, junto a mi café extralargo con extra también de cafeína. Los necesitaba para asimilar todo lo que había ocurrido la noche anterior.

Leo, a mi lado, echó su cabeza hacia atrás y suspiró. Tuve que contenerme la sonrisa con otro mordisco.

—Lleva más de media hora sin abrir la boca —refunfuñó pasándose las manos por la cara.

—Lo sentimos muchísimo. ¿A que sí, Leo? —De reajo vi como Leo asentía, pero intenté ignorarlo bebiendo otro sorbo largo de café. Dejé la taza sobre la mesa y seguí comiendo lo que me quedaba de mi tostada.

En realidad, no estaba enfadada con ellos, pero me habían ocultado que Dallen había vuelto y que seguramente estaría en aquel bar. Así que se merecían sufrir por lo menos un poco. La imagen de Dallen apareció sin invitación por mi parte y zarandeeé la cabeza para quitarme aquella horrible imagen de mi mente. Pero fue inútil. En lugar de sus ojos lo que vi fue sus labios pegados a los de esa chica. «¡Estúpido Dallen!».

—¡Se acabó! —Leo se levantó de repente y me robó la taza de café, haciendo que aterrizara de golpe.

—¡Mi café! —exclamé viendo cómo se lo llevaba a la cocina. Me levanté y fui tras él.

—Grítanos, enfádate, habla. Pero no nos ignores más o tiraré esto —inclinó la taza por el fregadero y vertió una gota en él.

—Ni se te ocurra tirar el café —lo amenacé—. Era la última cápsula.

—¿Vas a hablarnos?

—Devuélvemelo.

—¿Nos perdonas? —insistió.

—Eso es chantaje. —Vertió una gota más y yo chillé para que se detuviera—. ¡Tú ganas! —Leo me devolvió la taza, con una sonrisa victoriosa, y yo me bebí lo que quedaba de un trago antes de que cambiara de idea y me la volviera a robar.

—Tendríamos que haberte dicho que era muy probable que Dallen estuviera ahí —continuó Tessa.

—Pues sí.

—Pero no hubieras venido —añadió Leo.

—Sabéis que no me gusta que me oculten nada. Prefiero saber que está aquí para poder prepararme mentalmente.

—Lo sabemos... —Tessa volvió a los pucheros y esta vez no pude esconder media sonrisa—. ¿Nos perdonas? —Suspiré y asentí.

—En realidad estoy enfadada conmigo misma por ser tan estúpida y abrir esa puerta. —«¿Quién me mandaba a mí a meterme donde no me llamaban?».

—¿Tan mal fue? —preguntó Tessa dando unos golpes a su lado en el sofá para que me sentara.

—El recuerdo de ese instante me golpeó el pecho de nuevo.

—Fue incluso peor —suspiré al dejarme caer a su lado.

—¿Qué pasó? —preguntó mi amigo al sentarse en la butaca de enfrente.

—Pensaba que estaba sola en el baño y escuché un ruido... —Me avergoncé solo de recordarlo —. Pensé que era alguien vomitando.

Tessa hizo todo lo posible para aguantarse la risa, pero fue en vano.

—No te rías. —Miré a Leo y se mordió los labios para no imitar a mi amiga.

—¿Los viste?

—Abrí la puerta y... —Escondí mi rostro entre mis manos—. Quiero morirme. —La mano de Tessa me apretó la pierna y yo salí de mi escondite. Estaba segura de que estaba roja como un tomate.

—Vi a la chica, no te llegaba ni a la suela de los zapatos. —Ladeé la cabeza y continuó—: A los segundos de salir Dallen, salió ella y até cabos. La entretuve para que no os encontrara, pero era lista...

—No tendrías que haber hecho nada —apoyé mi cabeza en el respaldo del sofá y cerré los ojos —. Me ha superado rápido... Aunque no sé qué esperaba.

—Déjame dudarlo. —Me giré hacia Leo, que me miraba con un posado serio, sin rastro de la risa que se había asomado por sus labios minutos atrás.

Nos quedamos en silencio un instante en el que todas las preguntas fluyeron por mi cabeza en una batalla entre el querer y no querer saber.

—¿Sigues teniendo contacto con él? —fue lo único que logré preguntar. Aunque la respuesta era obvia. Leo dejó salir un suspiro afirmativo.

—Sigue siendo mi amigo, Nora —bajó la mirada como si no quisiera hablar de él, o al menos esa fue la impresión que me dio—. Y lo ha pasado mal. Tienes que saberlo. —Alcé las cejas, sorprendida.

—Pues yo lo he visto muy entero.

—No eres justa, tú también has estado con otro.

—No es lo mismo —contesté cruzando mis brazos por encima de mi pecho.

—¿Cuál es la diferencia?

—Venga, Leo, no la presiones.

—Es que parece que Dallen sea el malo de la película por estar haciendo lo que seguramente Nora ha hecho miles de veces en Londres —el tono de voz de Leo se había vuelto hiriente y ni siquiera entendía por qué.

Tessa se puso de pie y lo amenazó con el dedo:

—¡Él fue el que desapareció sin dar señales de vida! Podría haberse despedido. Después del numerito en el aeropuerto del que nos hizo cómplices —Tessa había alzado más la voz y yo me había encogido en mi sitio. No podía creer que estuvieran discutiendo por mi culpa.

—¡Ella se fue a Londres para olvidarlo! —gritó Leo—. ¿Qué esperaba? ¿Qué la esperaba toda la vida?

No sé en qué momento había empezado a llorar, pero las lágrimas caían silenciosas por mis mejillas y eran imparables. No había podido contenerlas por mucho que me apretara las uñas en mis rodillas. No se dieron cuenta y siguieron discutiendo. Lo peor era que sentía que Leo tenía razón.

—¿Después de todo lo que os ocultó?, ¿después de arriesgar su vida y la vuestra...? ¿Aún lo defiendes? Después de los dolores de cabeza que te ha provocado estos meses. No entiendo

cómo no lo has enviado a tomar viento, Leo.

—¡Es mi amigo, Tess!

—Un amigo no desaparece y se comporta como un auténtico idiota —Tessa ya no gritaba, solamente le hablaba con firmeza—. Y encima la culpa la tiene Nora por irse... ¿No entiendes por qué se fue?

—¡Claro que entiendo que se fuera, joder! —escuché como Leo volvía a dejarse caer en el sofá, pero no quería mirarlo—. Lo único que digo es que no puede sentir celos por alguien que ella misma ha cerrad... ¿Nora?

Enseguida noté la mano de Tessa encima de la mía. Pero apenas la podía mirar porque mis ojos estaban vidriosos por las lágrimas que seguían cayendo desesperadas.

—Canija, lo siento... No quería... —Sentí la presencia de Leo delante de mí y el calor de sus manos en mis rodillas.

—Tranquilo, Leo. —Me sequé las lágrimas con la manga y por fin pude ver su expresión. Parecía aterrado—. Si en el fondo tienes razón, no tengo derecho a enfadarme.

—Claro que lo tienes —añadió Tessa—. No tienes derecho a recriminarle nada, pero tienes derecho a enfadarte. —Me giré hacia ella e intenté sonreír. Tessa relajó la cara.

—Lo que pasa es que este de aquí ya no hablaba de ti, sino de él. Bueno, de Simon. —Leo rodó los ojos y me secó la última lágrima que quedaba en mi rostro.

—Lo siento. —Hice un amago de sonrisa y negué con la cabeza.

—Va a venir el sábado, ¿verdad? —pregunté sabiendo la respuesta. Los dos se miraron y asintieron lentamente—. Genial. Al menos esta vez estaré preparada...

Y, como si estuviera programado, el teléfono de Leo sonó y los tres nos giramos hacia la foto de Dallen en su pantalla.

—Hablando del rey de Roma... —Leo suspiró y se alejó para contestar a la llamada en la intimidad de su habitación.

—¿Qué sentiste al verlo? —dijo Tessa.

—¿Crees que importa? —Noté cómo se me retorció el estómago cada vez que pensaba en él y me enfadé—. No lo sé, me removió todo por dentro. Como si alguien me atravesara el estómago con la mano e hiciera un batido con todo lo que tenía.

—¿Lo quieres? —Otra punzada me atravesó el pecho.

—No lo sé y no me importa, Tess. De verdad. Solo quiero que no me vuelva a hacer daño. —Tessa arrugó la frente y me abrazó.

—Quizás no venga el sábado —dijo al soltarme.

—Espero que no. No sé si estoy preparada para cruzármelo de nuevo.

Leo volvió al comedor en ese instante con cara de circunstancia.

—Vas a estar de suerte. No va a venir el sábado. —No pude contestarle. Porque en ese momento me di cuenta de que era una mentirosa y que lo que le acababa de confesar a Tessa no era lo que deseaba de verdad: Quería que viniera el sábado. Quería volver a verlo.

En ese momento mi móvil se iluminó y de lejos vi que era Paul quien me escribía. Lo intenté ignorar porque no me sentía con fuerzas para hablar con él, pero los mensajes seguían entrando sin parar. Leo se percató, como siempre, y alzó el teléfono para poder leer la pantalla.

—¿Por qué me da la sensación de que no te apetece saber nada del chico inglés? —Suspiré y eché la cabeza para atrás.

—No es eso, es solo que ahora mismo no estoy de humor y no quiero que se preocupe.

Tessa le arrebató el móvil a Leo para leerlo, justo en ese momento volvió a sonar otra

notificación que estaba segura de que pertenecía a él. Sus ojos se abrieron tanto que temí que se le cayeran al suelo. Mi amigo la imitó y su mirada pasó de la pantalla a mí, envuelta en completo pánico. Eso encendió todas mis alarmas.

—¿Qué pasa? —pregunté mientras me incorporaba para ver qué era lo que les había sorprendido. Al instante entendí las reacciones de mis dos amigos:

Paul:

Ayer quería decirte algo, pero no me atreví al final. Ya me conoces.

Paul:

Tengo una sorpresa para ti.

Paul:

Bueno, espero que sea buena. Verás...

Paul:

Quizás no tengas que echarme de menos.

Levanté mi mirada confusa hacia ellos y pregunté:

—¿Qué quiere decir esto? —Leo frunció el ceño y abrió la boca, pero fue Tessa la que habló.

—Que viene para aquí. —Intenté comprender sus palabras.

—Pero ¿cómo lo ha conseguido? No dan las convalidaciones de cursos en el extranjero con tanta facilidad.

Tessa cogió aire y arrugando la nariz soltó:

—Me da que ya lo tenía pensado desde hace meses.

—¿Cómo «meses»?

—Pues... tiene pinta de que al menos desde hace siete meses.

—No puede ser, si con un mes ni siquiera... No.

—¡Sorpresa...! —soltó Leo atento a mi reacción.

—¿Creéis que...? —sopesé por un instante la idea de que hubiera hecho todo esto para estar conmigo, pero deseché la idea—. Tengo que hablar con él.

Me encerré en mi habitación vacía y me senté en la cama con mi portátil encima de mis piernas. Paul aceptó la videollamada al instante. Reconocí la recepción de sus padres y sentí una extraña sensación de *morriña*.

Sus ojos se entrecerraron al mirarme.

—¿Has llorado? —Negué con la cabeza, no quería preocuparlo.

—No he dormido muy bien.

—El *jet-lag* —rio y yo le sonreí—. ¿Y bien? —Alcé las cejas.

—¿Bien?

—¿Me llamas por la bomba que te he soltado? —Me reí y asentí—. Sé que parece una locura, pero ya sabes que mis padres estaban muy cansinos conmigo y me salió esta oportunidad. Al conocerte pensé que era una señal para aceptarla.

Sentí de nuevo el alivio. No era por mí, no venía para estar conmigo. Por un instante me sentí tonta de haber pensado en eso por un segundo.

—Entonces... ¿Te parece bien? —preguntó tras mi silencio.

—No tienes que pedirme permiso. ¿Cuándo tienes el vuelo? —pregunté, cambiando de tema.

—Llego un día antes de las clases, no había otro vuelo mejor que no se me escapara de mi presupuesto.

—¿Y dónde vivirás? —volví a preguntar, esperando que no pidiera quedarse en nuestro sofá.

—He pillado una habitación en una residencia. —Paul desvió la mirada hacia un punto al que no veía y enseguida volvió a la llamada—. Tengo que dejarte, pero te enviaré mi vuelo para que nos veamos.

—Claro. —Paul me sonrió y salió de la pantalla mientras yo me quedaba pensativa. Quizás aquello no era tan mala idea. Paul me había ayudado a olvidar estando allí. ¿Por qué no podía hacer lo mismo aquí?

Al salir al comedor, con un peso menos en el estómago, encontré a Leo jugueteando con el mando entre las manos.

—Leo, lo de antes... —Él zarandeo la cabeza sin darme la oportunidad de continuar hablando.

—Olvídalo. Me he pasado. —Apreté los labios, reprimiendo mis ganas de preguntarle sobre Dallen y el motivo, el porqué de que no viniera el sábado. Aunque, por la mirada que me hizo y lo que me dijo, me leyó el pensamiento.

—No es por ti, canija. —Me mordí el labio.

—¿Estás seguro? —Leo se encogió de hombros.

—Me ha dicho que tiene otros planes urgentes, pero que si puede se pasará al final de la noche. —Odié esa ola de celos que volvió a zarandearme el cuerpo al intentar saber qué era ese plan tan urgente y en si involucraba a la chica de la última noche.

—Creo que ya sé que necesitas —dijo Tessa dirigiéndose a la cocina.

—No necesito alcohol —contesté intuyendo sus intenciones.

—Idiota, no iba a coger alcohol.

—Mentirosa.

—Está bien, no lo iba a coger para ti.

A los pocos minutos volvió con dos cervezas y con un bol de helado de café para mí. La miré con los ojos vidriosos de la emoción.

—Te quiero mucho. —Tessa soltó una carcajada y le pasó la otra cerveza a Leo.

—Lo sé, ahora a perder una hora escogiendo una peli. ¿Vemos una de romance?

—No, quiero desconectar de romance, ¿vemos «*It*»?

—Me parece bien.

—Ni de coña —masculló Leo—. Odio las pelis de miedo.

—Somos dos contra uno —repliqué.

—Me estoy arrepintiendo de vivir con vosotras.

—Sabes que no es verdad.

Y de ese modo me olvidé un poco de Dallen; aunque solo fuera durante las dos horas y cuarto que duró la película.

Capítulo cinco

NORA

Me enfadaba admitir que me había costado muchísimo elegir qué ponerme para la fiesta de inauguración de Leo. Hasta Tessa había perdido un poco la paciencia, sollozando que llegaríamos cuando hubiera acabado lo bueno.

Leo no me había querido dar muchos detalles, por no decir ninguno, lo único que había podido sonsacarle era que había convencido a Dallen para que fuese. Así que en lo único que podía pensar era en que lo volvería a ver y, aunque no tenía intención de cruzar ni una palabra con él, nada de lo que me probaba me parecía perfecto para la ocasión.

Después de muchos cambios de ropa, salí de la habitación con una camiseta blanca de manga corta con los hombros descubiertos y una falda con un poco de vuelo que llegaba por encima de las rodillas.

—Con el anterior estabas bien, pero con este estás en plan: «Lo que me he perdido por ser idiota» —comentó graciosa Tessa, con las llaves ya en la mano.

—¿Estás segura? ¿No son mejores los tejanos? —di una vuelta y la falda se elevó un poco con el giro.

—Ni se te ocurra volver a entrar a tu habitación si quieres sobrevivir a esta noche. —Arrugué la nariz y la seguí hacia fuera del edificio.

Leo se había pasado todo el día en el local, trabajando para que todo fuera como la seda.

—¿No trabajas hoy? —le pregunté cuando ya habíamos aparcado y nos quedaba una calle para llegar.

—Tengo pase prioritario —respondió con burla—. Hoy no trabajo.

—¡Qué bien vives!

—Tengo enchufe directo con uno de los jefes. —Paró en seco delante de la puerta del local cuando casi chocamos con un grupo.

—¿Toda esta gente está esperando para entrar? —pregunté asombrada.

—¿Qué esperabas, Norita? —contestó Tessa ampliando su sonrisa—. Cuando Leo hace algo, lo hace bien. De repente sentí un tirón que me arrastró hasta la puerta, donde un hombre corpulento con un pinganillo en la oreja nos miró con autoridad.

—Mark, busca a Nora Evans y Tessa Patterson. Estamos en la lista *VIP*. —El tal «Mark» consultó una lista que tenía en la mano. Tuve la tentación de alzar la cabeza y buscar si el nombre de Dallen estaba tachado, pero Tessa me pellizcó el brazo antes de que pudiera ver nada.

—Pasad. —El hombre se hizo a un lado y entramos. Provocando una serie de murmullos no muy amigables procedentes del grupo que se había quedado atrás.

—Se hace el borde, pero es majo.

—¡Qué pasada! —exclamé al entrar.

Era mucho más grande de lo que me esperaba. La barra era alargada y se encontraba al lado izquierdo, dejando mucho espacio para circular. Justo al final, unas escaleras con una cinta que impedían que nadie cruzara, subían a un segundo piso desde el que podías ver todo lo que pasaba en la parte de abajo.

—¿Y eso? —pregunté señalando esa misma escalera.

—La zona *VIP*. Aunque todavía no está completa. —Me agarró del codo hasta que en mi campo de visión apareció otra puerta, justo cuando acababa la barra—. Esta es la sala pequeña.

—¿Pequeña? —Tessa rio.

—Increíble, ¿verdad? —Asentí y volví a dar un vistazo a mi alrededor. Me parecía increíble que Leo se estuviera encargando de algo así. Aunque no fuese solo suyo.

—¿Ya sabes qué vas a decirle si lo ves? —Zarandeeé la cabeza y la miré con el ceño fruncido.

—¿A quién?

—A Dallen. —Se me hizo un nudo en el estómago.

—Creo que esconderme detrás de esos... ¿Son árboles de luces? —señalé unos árboles de plástico que iban iluminando sus hojas con distintos colores. Tessa apretó los labios y asintió de forma dramática.

—Ya te lo he dicho. A lo grande. —Sonreí y me senté en uno de los taburetes de la barra.

—Con un poco de suerte no viene —volví a retomar la conversación.

—Claro que va a venir.

—Solo viene porque Leo le ha insistido, puede echarse atrás de la misma forma en la que cambió de decisión. —Tessa soltó una risa ahogada e hizo una señal al camarero que estaba más cercano a nosotras para que viniera.

—Va a venir.

—¿Cómo lo sabes? —Tessa rodó los ojos.

—Norita, no me hagas hablar.

Abrí la boca dispuesta a preguntarle, cuando apareció Leo con una bandeja de chupitos. Cada uno de un color diferente del arcoíris.

—Chicas, invita la casa. —Miré la cantidad de vasos con incredulidad.

—¿No pretenderás que nos bebamos todo esto? —Leo me miró divertido—. Empiezo a pensar que tenéis especial interés en emborracharme.

—Venga, Canija, hazlo por mí.

Me guiñó un ojo y me puso tres vasitos delante, uno verde, uno naranja y otro violeta. Él se quedó el rojo y Tessa con los otros tres. Cogí el verde primero y lo examiné con recelo. Compartimos una última mirada antes de cerrar los ojos y verter todo el líquido en mi garganta.

—¡Siguiente! —gritó Tessa acercándose el segundo vasito mientras yo intentaba aguantar el escozor del primero. Hice una mueca de asco y dejé el vaso sobre la mesa con un golpe.

—¡No me creo que no te haya gustado! —dijo Leo— Pero si es de manzana.

—Una manzana que me ha ardido en la garganta.

—Bébeteste este, verás como pasa mejor. —Tessa me colocó el vasito naranja delante de mis labios con tanta agresividad que tuve que abrirlos y tragar para que no lo derramara por toda mi camiseta. Odiaba darle la razón, pero no solo había pasado mejor, sino que incluso había podido saborearlo. Era melocotón—. ¿Lo ves? —dijo Tessa ampliando su sonrisa y señalándome la cara—. Con este no has puesto cara de asco.

—Aviso: No pienso beber ni uno más de estos. —Leo sonrió y me pidió otro sin alcohol para mí y se lo agradecí.

—¡Brindemos! —Tessa levantó su tercer chupito y yo hice lo mismo con el mío—. Por lo que será nuestro año. —Me reí y choqué con cuidado el vaso con el suyo.

—Porque este será nuestro año.

—Estamos en agosto, Tess.

—Lo dicho. —Nos reímos y dejamos los vasos vacíos sobre la barra.

—Ha venido un montón de gente, Leo —comenté viendo como la sala se iba llenando— ¿Estás nervioso?

—Un poco —confesó, encogiéndose de hombros—. Solo espero que vaya bien. Lo que pase esta noche marcará el inicio de este sitio.

—Irá genial, mira todo lo que has creado —añadió Tessa.

—¿Ya te has adueñado de toda la fama? —Los tres nos giramos hacia la repentina voz aterciopelada que nos había sorprendido y nos quedamos en silencio mientras observábamos a ese hombre de piel tostada y ojos oscuros como si fuera una especie de aparición de un dios egipcio.

—Me has pillado —bromeó Leo y acto seguido le guiñó un ojo—. Planeo quitarte el imperio cuando menos te lo esperes. —Tessa y yo compartimos una mirada rápida.

—Brandon, te presento a Nora, la amiga de la que te hablé. —La sonrisa de ese chico se iluminó, volviéndose casi azul por las luces, y me acercó su mano para que la estrechara.

—Leo me ha hablado mucho de ti.

—¿Ah, sí?

—Bueno, aunque lo raro sería que no lo hubiese hecho, con lo que habla. Si lo llego a saber no me asocio con él. —El aludido soltó una risa y negó con la cabeza. Por lo que nos había dicho, Brandon nos llevaba unos diez años. Pero la persona que teníamos delante no parecía mucho más mayor que Leo. O él se veía muy joven o mi amigo estaba envejeciendo fatal.

—Tessa, ¿seguro que no quieres trabajar hoy? —preguntó con otra sonrisa burlona en la cara — Hay trabajo de sobra.

—Estoy bien, jefe —contestó ella ampliando su sonrisa.

—Tienes una jeta... —Brandon pareció pensar lo mismo, porque se rio y zarandeo la cabeza.

—Vosotras estáis invitadas a todo —dijo Brandon guiñándonos un ojo—. Leo, ¿puedes venir?

—Chicas, os veo luego.

—Vamos a la pista. —Tessa cogió mi mano tras dejar las bebidas sobre la barra y me arrastró hasta el centro de la pista—. Y antes de que digas nada, sí. Mi jefe está como un tren, pero no somos su tipo.

—No había pensado eso.

—Sí, claro. Te he visto los ojos. —Tessa alzó las cejas de forma sugerente—. Casi se te caen de las cuencas.

—Eres...

Dejé que volviera a envolverme entre el sonido de su risa y me dejé llevar por los movimientos que me mecían. De vez en cuando se nos juntaba algún grupo de chicos interesados en restregarse un poco más de lo deseado, pero Tessa tenía una habilidad única para echarlos de nuestro lado. Y yo, de forma sutil, echaba un vistazo por si veía a una silueta de pelo negro y ojos verdes.

—Deja de buscarlo —me recriminó con los ojos medio cerrados.

—No lo busco.

—Y yo no estoy borracha. —Me reí y la seguí hasta la barra de nuevo.

Pedimos dos botellas de agua y me quedé mirando fijamente a Tessa durante unos instantes antes de preguntarle lo que me rondaba por la cabeza desde el inicio de la noche:

—¿Lo has visto? —Tessa puso los ojos en blanco y se apoyó en la barra con sus dos codos.

—¿Ves cómo lo buscas?

—No me refiero a esta noche —insistí. Ella soltó un suspiro y me miró, como si se planteara o no sacarme el tema.

—¿Y si hoy no hablamos de él? —Apreté los labios y di otro vistazo a mi alrededor.

—Necesito saber... Solo para pasar página.

—¿Solo para pasar página? —asentí con la cabeza con demasiada efusividad—. Está bien, aunque no te va a gustar la respuesta.

—Da igual. Suéltalo. —Tessa se giró y apoyó sus codos en la barra.

—Cuando vine para aquí, parecía otro. Supongo que coincide con la época que hablaba contigo, porque estaba insufrible. Siempre de buen humor y pegado al móvil. —Algo se removió dentro de mi estómago.

—¿Cuándo cambió?

—No lo sé. Aunque presiento que Leo sabe algo más. Pasó algo, no tengo ni idea de qué. Pero de repente dejó de aparecer por casa.

—¿También se alejó de vosotros? —Tessa apretó los labios y se encogió de hombros.

—Estuvo un par de semanas que no cogía el teléfono, Leo estaba preocupado. Y cuando volvió a aparecer, parecía otro. Estaba más perdido que Nemo en su película. Bueno, ya lo viste la última noche. —Perdí mi mirada entre la multitud y pensé en lo que me acababa de contar Tessa.

—Algo ha tenido que pasar. —Tessa dio un trago a su botella de agua antes de contestar.

—De verdad que, ni aunque quisiera, podría explicártelo mejor. Leo es el único que lo ve a veces, pero ni eso. Se ha encerrado en su mundo y las pocas veces que se han visto han acabado discutiendo.

—¿En serio?

—Súper en serio. Leo ha estado muy detrás de él. Casi como un hermano mayor. Y Dallen ha sido un poco estúpido.

No supe que decir, me sentía indefensa al escuchar aquello. Una cosa era que se hubiera cansado de esperarme, pero la otra era alejarse incluso de Leo. ¿Qué le había pasado para que llegara a este extremo?

—Sé lo que estás pensando y la respuesta es no.

—¿No?

—No vas a darle otra oportunidad. —Me crucé de brazos.

—No estaba pensando en eso. —Tessa rodó los ojos.

—¿Vamos a la otra sala? —Asentí, pero mis ojos se desviaron hacia las dos únicas personas que estaban apoyadas en la barandilla de cristal del piso de arriba. Leo me descubrió y me saludó con la mano mientras su socio seguía gesticulando a su lado.

—Por cierto... —empecé a decir mientras no podía ignorar la forma relajada en la que se reía Leo— ¿Podemos hablar de Brandon? —Tessa miró hacia donde yo lo hacía y sonrió.

—Pero, Norita, ¡esas hormonas!

—¡No, idiota! —contesté, dándole una palmada en el brazo—. Me refiero a la química que tienen. —Tessa se encogió de hombros.

—No creo que pase nada entre ellos. Ya saben lo que dicen... «Donde tengas la olla, no metas la...»

—¡Tess! —Se rio y me agarró de la mano.

—Venga, Norita, esta noche vamos a olvidarlo todo.

—Te aseguro que tú sí, si sigues bebiendo.

Hizo una mueca, pero consiguió llevarme a esa sala pequeña que, inmediatamente al poner un

pie en ella me teletransportó al año pasado; a la música de Sebastian, los sillones rojos, la barra de madera oscura... De repente me di cuenta de que no había vuelto a saber nada de Sebastian y aquello me entristeció. Que no tuviera una relación con Dallen, no quería decir que no quisiera saber de él.

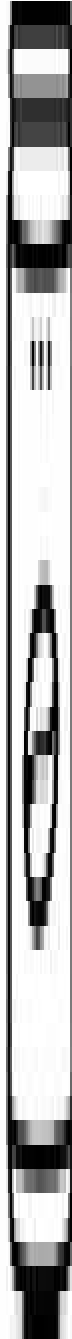
—¿Habéis ido a ver a Sebastian? Me gustaría visitarlo...

—No está. —Arqueeé las cejas y continuó—: Leo me contó que cerró el bar y se fue a cuidar a un familiar.

—¿En serio?

—Sí, algo repentino. —Fruncí los labios, algo no me cuadraba, pero no se dio cuenta y me arrastró hacia el centro de la pista.

Por un instante me pareció sentir como si alguien nos observara y pensé en Leo, pero no volvimos a verlo en toda la noche.



Tras una hora de cantar, saltar y bailar como nunca, me dejé caer en uno de los sofás que rodeaban la sala. Tessa estaba entretenida entre los brazos de un chico moreno con el que ahora bailaba mientras se besaban entre risas. Sentí que el sueño empezaba a vencerme, pero no quería que por mi culpa se perdiera su noche especial, así que me acerqué a ella y, con cuidado, le di unos toques en el hombro para que separase su boca de la de ese chico, que más que besarla parecía que la iba a aspirar.

—Tess, me voy.

—¿Ya? —preguntó buscando con la mirada un reloj que obviamente no existía—. ¿Quieres que volvamos juntas?

—No, tranquila. Pillaré un *Uber*.

—¿Seguro? —Asentí y me giré en el momento en el que el señor musculitos volvía a succionarle los labios.

Aunque odiaba admitirlo, la decepción por no haber visto a Dallen me pesaba. Porque era consciente de que, en el fondo, aunque me había convencido de que no quería saber nada de él, muy en el fondo esperaba una explicación por su parte.

Creía que ya estaba superado y no podía estar más equivocada. Por eso me paré en seco cuando salí del coche. Porque no podía creer lo que estaban viendo mis ojos. Pero, sobre todo, porque ya no esperaba verlo esa noche.

Sentado en el portal, con la cabeza cabizbaja, estaba él. El mismo al que había estado esperando en el local. El mismo que no había aparecido. El mismo que me había acelerado el corazón al mirarme una vez más.

—¿Dallen? —Levantó la mirada lentamente y me di cuenta de que él sí que tenía alcohol en su cuerpo—. ¿Estás bien?

—Nora... —Pero justo al pronunciar mi nombre, su cabeza cayó en picado hacia abajo.

Corrí y me arrodillé a su lado para sujetarle el rostro y comprobar que estaba consciente.

—¿Cuánto has bebido?

—Mucho.

—¿Y qué haces aquí?

—Verte.

Apreté los labios y lo levanté como pude, pasando mis brazos por debajo de sus axilas. Abrí la puerta de casa y lo subí con la ayuda del ascensor. Lo arrastré hacia mi habitación y lo dejé caer encima de mi colchón. «Maldita sea, Dallen. Quería verte, pero no así».

Me acerqué a él para quitarle la chaqueta, pero, cuando estuve a punto de sacarle la segunda manga, me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia su cuerpo, presionándome contra su torso.

—Dallen..., por favor, suéltame —mascullé en su pecho. Olía a cerveza con tanta intensidad que parecía como si se la hubiera tirado por encima.

—Duerme conmigo. —Sentí como si me faltara el oxígeno de repente. Así que, con todas mis fuerzas, me deshice de su abrazo, empujándolo un poco.

—Estás borracho. —Terminé de quitarle la chaqueta y me quedé observándolo mientras cerraba sus ojos.

—Voy a dormir en la habitación de Tessa —contesté, aunque no sabía ni si me escuchaba—. Si me necesitas, avísame.

—Te necesito —contestó al instante, abriendo sus ojos y clavándolos en mí.

Aquel gesto me produjo una extraña sensación que me recorrió toda la piel. Suspiré para deshacerme de aquella picazón y me acerqué de nuevo a él para quitarle los zapatos. Ni siquiera

hizo el amago de ayudarme.

—Corrijo —cogí mi pijama de la cómoda y me acerqué a la puerta—: Si te estás muriendo, avísame. Si me avisas para cualquier otra cosa, desearás estar muriéndote.

Me pareció escuchar cómo se reía y, justo cuando cerré la puerta, escuché que murmuró:

—Te he echado de menos.

Y, con el corazón a punto de explotar, me aparté de la puerta sin saber dónde dormir aquella noche. Mis dos compañeros de piso tenían todos los números para llevarse el ligue a casa, así que le envié un mensaje a Tessa para avisarla y me colé en su cama.

«Maldita sea, llevaba menos de una semana allí y Dallen Coleman ya dormía en mi cama».

Capítulo seis

DALLEN

Abrí los ojos de golpe, como si de repente algo superior a mí me hubiera golpeado la cara. Me incorporé —como pude— y eché un vistazo, pero no reconocí esa habitación. Lo que sí que podía asegurar era que no era la mía. «¡Mierda!».

Me incorporé, maldiciendo el malestar de mi cuerpo, y noté cómo mi cerebro bailaba aún en mi cabeza. «¿Dónde puñetas estaba?». Observé analizando aquellas cuatro paredes para encontrar una pista, pero ahí no había ni una triste foto. Solo una maleta abierta en un rincón de la habitación. Nada, ni una mísera señal de dónde narices me había metido esa vez.

Escuché el ruido de unas llaves y mi cuerpo se tensó al instante. Intenté hacer memoria, pero solo recordaba haber entrado en el local de Leo y verla a ella: Ella bebiendo, ella bailando, ella con aquella falda que se alzaba al vuelo cada vez que Tessa le hacía dar una vuelta. Ella trastocándome de nuevo todo mi maldito mundo. Me pasé las manos por la cara al recordarla: Sin duda, no estar conmigo le había sentado de maravilla. No como a mí.

Me calcé y alcancé la cazadora tejana con la intención de huir de aquella casa lo antes posible. La chica que suponía que me habría traído hasta ahí estaría en el baño, porque no estaba en la cama. Si me iba ahora, no tendría que inventarme una excusa como lo hacía casi cada noche antes de que pasara nada. Porque, aunque me enrollaba con desconocidas, al llegar al momento de la verdad no podía seguir. No sin que me viniera su rostro a la mente y me eclipsara completamente.

Salí de la habitación a hurtadillas y parpadeé dos veces al encontrarme cara a cara con Leo. No sé quién estaba más sorprendido de los dos.

—¿Qué coño haces aquí? —masculó intentando no alzar la voz.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté enfatizando el «tú».

—Vivo aquí, Dallen. —Abrí los ojos y miré el comedor como si no lo hubiera visto hasta ese momento. Tenía razón, ese era el piso de Leo. «¿Cómo no me había dado cuenta antes?».

Él bufó y añadió:

—¿Dónde está Nora?

—¿Nora?

—Sí, Nora, acabas de salir de su habitación, imbécil. —Me giré al instante hacia la puerta por la que había salido. «Maldita sea. ¿Ese era el cuarto de Nora?».

—Te juro que no sé qué hago aquí —dije al girarme de nuevo hacia él. Leo se pasó las manos por el pelo y yo me quedé clavado en el suelo, sin poder decir nada más.

—Joder, Dallen, lo hablamos cuando regresó. Y me juraste que no la liarías. —Fruncí el ceño, furioso, acentuando así mi dolor de cabeza.

—¿Crees que no lo sé? Ya te he dicho que no tengo ni idea de cómo he acabado aquí.

—Pues podrías empezar por no beber hasta perder el conocimiento. —Leo volvió a pasarse las manos por el pelo rizado y alzó la voz sin darse cuenta— ¡Deja de joderte la vida y culparte!, ¡joder!

—Cállate, te va a oír.

—¿Por qué no se lo cuentas? No entiendo qué tiene de malo explicarle qué fue lo que pasó.

«¡No!». El pánico me recorrió todo el cuerpo. No podía contarle lo ocurrido. Ni siquiera él sabía toda la verdad. No lo quería meter a él, ni a nadie. Ya habían sufrido suficiente por mi culpa. Solo quería alejarme para que nadie más sufriera. Solo quería huir de ahí.

—¡Joder! —mascullé escondiendo mi rostro entre mis manos. Me dolía la cabeza y lo último que quería era pensar de nuevo en lo ocurrido. Ahora recordaba por qué hacía tanto que no venía a aquel piso. Últimamente con Leo siempre acabábamos discutiendo por la misma estúpida razón.

—Tiene derecho a saber por qué desapareciste. —Tiré un poco la cabeza hacia atrás y cogí aire antes de contestarle.

«No. No tenía ni idea del daño que podría hacerle saber la verdad».

—Tenías razón. No tendría que haber ido a por ella en el aeropuerto, no tendría que haber roto ese trato... —No terminé la frase al darme cuenta de lo que estaba a punto de decir, chasqué la lengua y cambié de tono—. Y, por lo que he visto, le ha ido genial sin mí.

—Dallen..., sigues bebido... —Escuché ruido en una de las habitaciones y me tensé al pensar que podría ser ella. No quería verla, no así, no hoy. Me acerqué a la salida, pero el brazo de Leo me impidió avanzar.

—No conduzcas así. —Lo miré sin decirle nada—. Quédate a dormir y por la mañana te vas.

—No puedo quedarme, Leo.

—¿Por qué no? —preguntó sin apartar los ojos de los míos—¿Por ella?

—Déjame pasar.

—¿Por la persona que posiblemente te haya salvado la puta vida hoy? —siguió, ignorando mi intento de salir por la puerta.

Inspiré por la nariz de forma sonora y no pude reprimir más mis palabras:

—¡Por qué no he podido sacármela de la cabeza! —solté sin darme cuenta de que había elevado mi tono de voz—. Y si estoy un segundo más aquí no sé cómo voy a controlar mis ganas de cagarla. Porque no voy a poder, Leo. Así que hazte a un lado y deja que me largue de aquí. —Leo me miró con una mezcla de preocupación y enfado. Aunque no me sorprendía, últimamente siempre me miraba así.

—Déjame que te lleve a casa, al menos. —Apartó su brazo y pude llegar a la puerta sin que me lo impidiera.

—Estoy bien, no te preocupes más por mí.

—¿Y qué le digo a ella?

Estaba a punto de irme cuando dijo aquello. Suspiré y, abriendo la puerta lentamente, contesté:

—Dile que soy un idiota y que lo mejor es que no se acerque más a mí. —Hice el amago de irme, pero la voz que sonó a mis espaldas me paralizó por completo.

—No hace falta que me diga nada. Me ha quedado claro. —Me giré lentamente y la vi de nuevo. Delante de mí, con los brazos cruzados sobre el pecho y el pijama de conejitos de pantalones cortos puesto.

Solo necesité su voz y su presencia para que toda mi fuerza de voluntad de alejarme empezara a desmoronarse.

—Mejor os dejo solos. —Leo me echó un último vistazo con los labios apretados y desapareció por la puerta de su habitación.

Los ojos de Nora seguían clavados en los míos, esperando una señal por mi parte que no iba a llegar. Porque no tenía ni idea de qué narices decirle. Porque temía que si daba un paso sería para

besarla.

—¿Por qué dejaste de escribirme? —Tragué saliva. Sabía que la excusa de que era ella la que me había echado de su vida no valdría en este caso. Porque no era verdad—. ¿No vas a decir nada? —insistió. Podía ver la decepción en sus ojos avellana y dolía, ¡vaya si dolía! Aun así, no la culpaba. Hasta yo me decepcionaba a mí mismo.

—¿Qué quieres que te diga? —Su ceño se frunció, como siempre hacía cuando se exasperaba por algo.

—Entonces... ¿Es lo que quieres? —preguntó con un hilo de voz— ¿Que no seamos ni amigos?

«¡Joder, no!», grité por dentro. No quería ser su amigo. Quería dar marcha atrás y evitar que se fuera a ese viaje, contarle toda la verdad y levantarme cada día con su sonrisa en mi pecho. Eso quería. Pero ya no era posible. Ya todo estaba perdido.

Di un paso hacia ella, pero enseguida me detuve al darme cuenta de que si me acercaba un poco más iba a cometer alguna locura. «¿Qué narices me pasaba? ¡Joder! ¿Por qué era tan difícil seguir mis palabras cuando estaba ella delante?». Mi mirada se centró un instante en sus labios mojados antes de contestar.

—Sí —mentí sabiendo que me arrepentiría en el mismo instante de pronunciarlo.

—Entonces no te presentes borracho en mi portal.

—También es el portal de Leo —contesté sin pensarlo. Aunque no me creía ni yo que había venido por él y no por ella.

—Me da igual. No vuelvas. Haz lo que has hecho estos meses. Ignórame como has ignorado mis mensajes y tírate a quien te dé la gana, pero lejos de mí.

Arqueé las cejas. «¿A qué venía eso? Si ni siquiera me había acostado con nadie».

Nos quedamos unos segundos eternos mirándonos a los ojos, sin pestañear. Y entonces en mi cabeza pasó la terrible idea de abalanzarme sobre ella, sujetar su cara con mis manos y besar esos labios.

—Cuídate —dijo con una frialdad que me devolvió de nuevo al mundo real. Me deshice del contacto visual y solté una risa ahogada antes de salir de ese piso: Cuidarme era lo que menos quería hacer en esos momentos.

Corrí escaleras abajo, sintiendo cómo todo mi cuerpo se precipitaba de nuevo hacia ese pozo negro y descargué mi rabia interior con una patada contra la fachada. Lo tenía tan cerca y otra vez lo había perdido. No me la había podido sacar de la cabeza. Pero una cosa era tenerla en la cabeza y otra muy distinta era tenerla delante y saber que no podría besarla nunca más.

Mi mirada se desvió a la *Vespa* azul que me había regalado Sebastian por mi cumpleaños. Y los recuerdos de ese día volvieron a azotarme el estómago por dentro.

Decidí deshacerme de esas sensaciones. Me puse el casco y arranqué. Había pocas cosas que me hacían sentir tan libre, sobre todo en esos momentos. Cuando mi cuerpo fluía a esa velocidad era como si todos mis pensamientos quedaran atrás y no pudieran atraparme ni queriendo. Ese momento de eterna libertad era de las pocas cosas que me hacían sentir vivo de nuevo. Porque, después de aquello, ya nada volvió a tener sentido. Qué iluso había sido al pensar que las cosas podrían salir bien después de todo.

Aparqué la moto al lado del muro medio derruido que rodeaba el faro y caminé con la mirada puesta en ese suelo irregular hasta rodear la estructura y sentarme justo de cara al mar. No lloré. No había vuelto a llorar desde hacía meses. No encontraba la fuente que dejara fluir esas

emociones. Simplemente me sentía vacío en una soledad asfixiante que me arrastraba hasta al fondo si se me pasaba la idea de salir a la superficie a respirar.

Fijé mi mirada en esa oscuridad que hacía casi imposible distinguir dónde terminaba el mar y dónde empezaba el cielo y me quedé en silencio, dejando que el tiempo pasara. Cuando la oscuridad empezó a teñirse de rojo di media vuelta y regresé a mi moto.

Llegué a mi destino casi sin ser consciente del camino, ya que mi cabeza se lo sabía de memoria. Fui directamente a los ascensores y me planté delante del mostrador circular de la primera planta.

—¿Otra vez a esta hora? —comentó la chica morena que tendría más o menos mi edad—. Sabes que las visitas son a partir de las nueve. —Alcé la comisura de mis labios con una media sonrisa.

—¿Puedo entrar? —La recepcionista sacó una hoja y me la acercó.

—¿Tengo que firmar, aunque no sea en horario?

—Sabes que son las normas. —Bufé y rellené la maldita ficha. Cuando se la entregué afirmé con la cabeza y volvió a mirarme con pena. Con aquella pena horrible con la que detestaba que me mirasen.

—Puedes pasar.

—Gracias.

Avancé hasta la última habitación, la que tenía las mejores vistas al mar, y abrí la puerta con un miedo irracional.

Por un momento soñé que se despertaba, que me escucharía entrar y que abriría los ojos para preguntarme qué había pasado. Pero no fue así. Una vez más, la realidad chocó de frente contra mi esperanza. Me acerqué a la ventana y abrí las cortinas para que los primeros rayos de luz subieran por su cuerpo hasta iluminar aquella cara que antaño había estado cubierta por una espesa barba.

—Buenos días, Sebastian. —Me acerqué a él y le apreté la mano con cuidado de no tocar ninguno de esos cables que le mantenían con vida.

Saqué la espuma de afeitar, le rasuré la poca barba que le había salido y me senté a su lado.

—¿Sabes? —bajé la mirada hacia el suelo y entrelacé mis manos—, Nora ha vuelto. —Un dolor punzante me atravesó el pecho al decirlo—. ¡Qué iluso fui!, ¿verdad? —dejé ir una risa llena de dolor y cerré los ojos.

No había dejado de venir desde el día antes de mi cumpleaños, un día que no olvidaría en mi vida. Porque, que estuviera de esta forma, era mi culpa, que no despertara, era mi culpa, que hubiese querido subirse a mi coche de segunda mano, fue mi culpa, que quisiera ir por aquella carretera, fue mi culpa, que aquel coche se estrellara contra nosotros, fue mi culpa.

Supe que fue mi culpa cuando me devolvieron mis pertenencias el día que me dieron el alta y descubrí entre ellas una nota. Una simple tarjeta gris con las letras plateadas que acabaron de romper lo poco que quedaba entero dentro de mí:

Feliz cumpleaños.

Solo eso. Solo dos palabras que cobraron todo el sentido para mí. Dos palabras que no solo me decían que el accidente había sido mi culpa, sino que todo el que se encontrara a mi alrededor sufriría si yo no cumplía mi parte de su plan. Aunque yo le hubiera dado el dinero. Aunque yo me hubiera negado. Había sido un idiota si pensaba que podía deshacerme de un tipo como ese.

Y por ese motivo no podía acercarme de nuevo a ella. Porque él me había prometido que no le pasaría nada si yo mantenía la boca cerrada. Pero no podía mentirle. Y menos aún podía cumplir mi trato. La única opción que me quedaba era... alejarme de ella, otra vez.

Capítulo siete

NORA

Había pasado casi una semana desde la visita inesperada y agridulce de Dallen, y de momento había cumplido su palabra de no aparecer en mi vida. No podía negar que el simple hecho de pensar que estábamos en la misma ciudad y que podíamos cruzarnos en cualquier momento no lo llevaba demasiado bien. Pero había otra cosa que me rondaba la mente y me mantenía ocupada: La llegada de Paul.

—¿Ya estás lista para tu primer día de clase, Norita? —preguntó Tessa mientras le daba la vuelta a una tortita totalmente chamuscada—. ¡Joder!, ¿por qué se me quema todo?

Me reí y robé una del plato. Di un mordisco por la parte que estaba menos oscura y arrugué la nariz al tragar. Sabía realmente mal, pero se había levantado a propósito y no quería herir sus sentimientos.

—Me resulta extraño esto de empezar a estudiar a estas alturas. —Tessa colocó una tortita negra encima de las otras y apretó los labios al ver que le daba otro mordisco a la que tenía aún en la mano

—No te comas eso, te va a sentar mal —apagó el fuego y dejó la última masa negra encima de las otras—. ¿Paul ha hablado contigo? —Afirmé con la cabeza.

—He quedado con él para tomar un café después de la primera clase. —Tessa rodó los ojos y me dio dos palmadas en la espalda a modo de consolación.

—Estate preparada porque este va a por ti.

—No lo conoces, Tess... Solo somos amigos.

—Luego no me digas que no te avisé —cogió una del montón y se la llevó a la boca. Arrugó la nariz en una mueca de asco y tiró el resto a la basura.

—¡Las estaba comiendo!

—Norita, sé que me quieres, pero son incomedibles. —Tessa desbloqueó la pantalla de su teléfono y preguntó—: ¿Y si quiere volver a la relación esa de amigos con pocos derechos? —Rodé los ojos.

—Si se da el caso... Le diré que... —Tessa frunció el ceño.

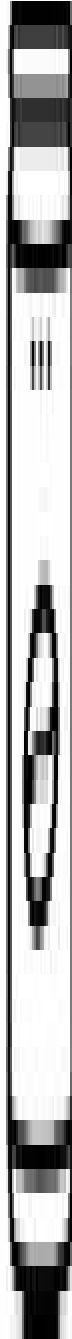
—Eso espero. Que te veo casándote con él solo por no decirle que no quieres mojar su cimbrel.

—¡Tess!

—Pasan los años, pero sigues escandalizándote cuando digo la palabra pe...

—Me voy. —Me acabé la taza de café de un trago y cogí mi bolsa al vuelo antes de abrir la puerta

—¡Eso! ¡Huye! —Me despedí con un grito y bajé corriendo las escaleras.



Llegué a la primera asignatura cuando el profesor ya había empezado y enseguida pude ver a Paul sentado con sus gafas de pasta en la segunda fila. Le saludé con la mano con un tímido «hola» y me senté en el único sitio que vi libre, al lado de una chica de pelo negro y rizado, con unas gafas redondas que le agrandaban aún más los ojos. Intenté concentrarme en lo que decía aquel hombre, pero a penas lo lograba. El miedo que me había infundido Tess martilleaba mi cabeza. ¿Y si tenía razón?

—¿Estás nerviosa por el primer día? —La chica pecosa a mi lado señaló mi mano temblorosa con el boli.

—Un poco —mentí.

—Tengo la solución perfecta. —Sacó un frasco marrón con una etiqueta amarilla de su bolso y me lo ofreció. La miré escandalizada—. ¿Quieres?

—¿Qué es esto? —pregunté atrayendo la mirada de algunos de la fila de delante. —La chica sonrió y negó con la cabeza como si leyera mi mente.

—Son solo una mezcla de hierbas para relajarse. Nada ilegal. —Fruncí el ceño. ¿El primer día de clase y ya me estaban ofreciendo droga?

—No, gracias —intenté sonar calmada, pero mi rostro seguía tenso.

—Madre mía, suerte que no te he ofrecido un porro. —Mi cara debió ser un poema porque la chica empezó a reír por debajo de la nariz—. Que, si quieres, también tengo.

La conversación surrealista con aquella compañera de clase había conseguido que mi mente se distrajera, haciendo que el reloj avanzara más deprisa. Cuando quise darme cuenta ya se había acabado la primera presentación y teníamos unos veinte minutos hasta la siguiente.

—¿Vienes a la cafetería? —Me preguntó la traficante.

Los alumnos empezaron a levantarse de sus asientos creando una especie de caos momentáneo. Mis ojos recorrieron grada abajo hasta Paul, que me hizo un gesto para que nos viéramos fuera mientras él se acercaba al profesor.

—Está bien. —No me apetecía demasiado la idea de seguir a esa chica, pero necesitaba un café con urgencia.

Avanzamos por los largos pasillos llenos de aulas hasta llegar a la cafetería, donde me sorprendió ver que apenas se podía entrar de la cola que había.

—No sé si podremos... —lamenté, intentando mirar por encima de las cabezas para ver si nos iba a dar tiempo de pedir los cafés antes de la segunda hora.

—Podemos faltar, que es solo la presentación. Y si nos preguntan decimos que fue culpa de la edad del pavo de las de delante —se quejó señalando con la cabeza el grupito de chicas que estaban antes que nosotras.

La verdad es que sí que parecían adolescentes a punto de conocer a su ídolo favorito. Reían por debajo de la nariz y murmuraban mientras se alzaban sobre sus puntillas para ver algo que ocurría al inicio.

—¿Qué ocurre? —pregunté, pero la chica solo rodó los ojos.

—Ahora lo verás. Soy Jenny, por cierto.

—Nora —contesté antes de que unos brazos me rodearan por la espalda en un abrazo.

Me giré y me encontré cara a cara con el rostro de Paul. Sus ojeras seguían marcadas, pero lo disimulaban sus nuevas gafas de pasta.

—¡Qué ganas tenía de verte! —Su brazo derecho se desplazó hasta rodear mi cuello y avanzamos por la cola de ese modo.

—¿Has tenido un buen vuelo?

—Uff, un horror. Pero por suerte ya estoy aquí. —Sonreí sin mostrar los dientes.

—Este es Paul —le expliqué a mi compañera.

—Soy Jenny —nos señaló con el dedo—: ¿Sois novios?

—¡No, no! —Me apresuré a decir—. Nos conocimos este verano. —Ella alzó las cejas, con cara de no estar muy convencida.

—¿Y de dónde eres? —le preguntó—. Tu acento no es de aquí.

Paul contestó, pero mi cerebro se desconectó cuando las chicas de delante —que se habían pasado media cola riéndose— se despidieron del camarero y nos dejaron vía libre a nosotros tres.

Clavé la vista al chico que había provocado las risas infantiles y mi corazón paró de latir cuando reconocí aquellos ojos. No podía ser verdad. Por un momento maldije no haber tomado las drogas en gotas de aquella chica.

—¿Qué ocurre, Nora? —escuché que preguntaba Paul. Pero mi cuerpo ya no reaccionaba a ninguna orden ni estímulo.

Nos quedamos mirándonos, prácticamente sin pestañear. Sus ojos se desviaron hacia el brazo de Paul que seguía rodeando mi cuello y, al darme cuenta de lo que parecía, me deshice de él lo más rápido posible.

—¿Lo conoces? —La pregunta de Paul nos hizo aterrizar a ambos, como si hubiera roto una especie de hechizo en el que estábamos sumergidos. Dallen se aclaró la garganta y se colocó bien la gorra con un gesto rápido. Si no fuera porque era Dallen, hubiera jurado que sus mejillas habían cambiado de color.

—¿Qué queréis? —preguntó volviendo a encontrarse con mi mirada en un gesto que me revolvió el estómago.

—¿Nora? —insistió Paul a mi lado.

—No, no lo conozco —contesté de forma automática. Me di cuenta de que había metido la pata cuando las comisuras de los labios de Dallen se alzaron en una media sonrisa. En «SU» media sonrisa.

—He preguntado que qué quieres —contestó él, poniendo énfasis en el «qué».

—Café.

—¿Con leche?

—Americano. —La comisura de sus labios volvió a elevarse en otra sonrisa demasiado irresistible antes de preguntar de nuevo.

—¿Descafeinado? —Quise matarlo con la mirada, pero solo conseguí que su sonrisa se ampliara más.

—No. Con mucha cafeína.

—Yo, una cerveza —pidió Jenny, aunque Dallen asintió sin apartar la mirada de mí.

—Yo, otra. —Paul llamó la atención de Dallen y en sus ojos pude ver que estaba a punto de preguntar otra estupidez. Me volví hacia él antes de que Dallen abriera la boca.

—Me acabo de acordar de que tengo que hablar con el profesor antes de la siguiente clase.

—¿Te acompaño? —preguntó Paul recogiendo las cervezas.

—No, quédate con Jenny. Nos vemos en clase. —Me aparté de la cola, en un intento patoso de controlar los latidos de mi corazón.

—¡¿Y el café?! —escuché que gritaba Jenny.

—¡Quedáoslo! —contesté sin girarme.

Avancé por el pasillo prácticamente vacío hasta llegar al baño. Ahí me enjuagué la cara para

deshacerme de aquella sensación de hormigueo que me había producido el verlo. No podía seguir así. No podía sentir todas aquellas emociones cuando me lo encontraba.

Salí del baño, un poco más calmada, cuando alguien me impidió avanzar, apretándome el brazo. Me giré con resignación, esperando ver de nuevo a Paul para preguntarme si estaba bien, pero en su lugar me encontré con los ojos culpables de mi desequilibrio emocional. Seguía con el delantal marrón, pero se había quitado la gorra y todo él olía a café recién hecho.

—¿No me habías prometido dejarme en paz?

—¿Quién era ese chico? —preguntó, ignorando mi pregunta.

—No te importa. —Me solté de su agarre y avancé hasta la clase dejándolo plantado.

Aún era temprano y apenas había dos alumnos sentados en las primeras filas. Así que subí los escalones hasta la última grada y me senté sin dar importancia —o al menos intentándolo— a que me había seguido y se había sentado justo a mi lado. Había olvidado lo insistente que podía llegar a ser cuando le interesaba algo.

—¿Quién era? —insistió. No quería mirarlo, al menos no directamente. Pero de reojo podía ver como había apoyado su barbilla sobre la palma de su mano, girado totalmente hacia mí. Como si no estuviera en un aula, como si no hubiera prometido alejarse de mí. Como si la última conversación nunca hubiera existido.

—No te importa —repetí intentando centrarme en cualquier otra cosa, menos en el maravilloso aroma a café que desprendía.

—Parecía que te conocía —recalcó sin apartar sus ojos de mí—. Y muy bien, además. —Bufé.

—He dicho que no te importa.

—Dijo la que se puso celosa el otro día... ¿Quién era? —Me giré hacia él de golpe. La comisura de sus labios se elevó sutilmente, pero no se apartó ni un ápice.

—¡Yo no me puse celosa!

—Sí que lo hiciste, y ¿quién era?

—¿Vas a quedarte aquí todo el rato? La clase está a punto de empezar. —Señalé la gente que empezaba a entrar por la puerta y a acomodarse en sus sitios.

—No tengo prisa —contestó.

—¿No estás trabajando?

—Estoy en mi descanso. —Resoplé y clavé mis ojos en los suyos. Estaba tan inmersa en aguantarle la mirada desafiante, que no me di cuenta de que Jenny y Paul se habían sentado a mi lado.

—Ya te he dicho que se conocían seguro —soltó la chica que ahora, aparte de a droga destilada, también olía a cerveza a las once de la mañana.

—Se ve que no —contestó Dallen con una sonrisa divertida en el rostro. —Rodé los ojos y miré hacia Paul, se había sentado al lado de Jenny y apenas me dirigía la mirada. Sin duda no le estaba haciendo gracia esa situación.

—Pues no lo parece —comentó graciosa, sacando su libreta de la bolsa.

Me giré hacia Dallen y sus ojos se clavaron de nuevo en los míos. Estaba más cerca de lo que estaba antes y aquel sutil desplazamiento había conseguido pararme la respiración de nuevo. Su mirada se desvió hacia mis labios y volvieron a subir lentamente. Mis latidos a esas alturas eran incontrolables y el mundo había vuelto a desaparecer a mi alrededor.

Tragué saliva para no perderme en aquel aroma de nuevo y pregunté en un susurro enfadado:

—¿Qué quieres? —Se agrandó la media sonrisa que tenía en el rostro y se acercó todavía más a mí. La punta de su nariz recorrió mi mejilla, erizándome toda la piel de mi cuerpo, hasta llegar

a la altura de mi oído. Apreté mis rodillas, una contra la otra, para controlar los impulsos que me habían provocado ese minúsculo contacto.

—Que me digas quién es ese chico. —Noté cómo sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja al hablar y se apartó dejando toda la piel de mi cuerpo erizada. Intenté fijar la mirada en la pizarra para quitarme de encima aquella sensación de quemazón por todo el cuerpo. Pero era imposible.

—No le cuento mi vida a los desconocidos.

—¿De verdad soy un desconocido? —su aliento acarició de nuevo mi oreja: mi piel estaba tan erizada que casi dolía.

—Eso dijiste.

—¿Y si he cambiado de opinión? —Me giré hacia él con demasiado ímpetu y choqué con su nariz. Me aparté lo más rápido que pude y suspiré. La sonrisa había desaparecido de su rostro, pero su mirada era más profunda e intensa que nunca.

—Vosotros dos —la voz de la profesora me hizo salir de mi burbuja—. Si no os interesa, podéis iros. Nadie os obliga a estar aquí.

—Perdón —musité con la cara al rojo vivo.

—Perdone, me he equivocado de aula. —Dallen se levantó de su silla, aún con el delantal puesto, levantando el murmullo de toda la clase.

Justo antes de irse, con una sonrisa traviesa, añadió, a la vista de todos los alumnos que ahora se centraban en nosotros en lugar de la profesora:

—Nos vemos, mapache. —Los murmullos subieron de intensidad y la profesora tuvo que amenazar a más de uno con abandonar la clase antes de conseguir de nuevo el silencio y la atención.

—Suerte que no os conocíais —insistió la chica con una media sonrisa en el rostro—, porque estás roja como un tomate... —Escondí mi rostro entre mi pelo y me centré en la pizarra, aunque mi mente había abandonado la clase junto a él.

Ya estaba decidida: Iba a matar a Dallen Coleman y su nueva versión desvergonzada.

Capítulo ocho

NORA

No volví a ver a Dallen, aunque tampoco me acerqué a la cafetería para comprobar si seguía allí.

Al volver al piso por la tarde, me encontré a Leo y a Tessa comiendo palomitas en el sofá de casa mientras veían una película romántica.

—Quítad esto, por favor —ordené al dejarme caer entre ellos dos.

—¿Qué tal tu primer día? —preguntó Tessa girándose hacia mí.

—¡Un desastre! —Cerré los ojos y tiré mi cabeza hacia atrás—. Dallen trabaja en la cafetería de la facultad y ha vuelto con una de las tuyas.

Me incorporé para ver sus reacciones y no sé por qué no me sorprendieron. Tessa engulló un montón de palomitas hasta casi ahogarse y Leo empezó a romper en pedazos la etiqueta de su cerveza.

—Lo sabíais.

—No. Bueno, sí —contestó Leo.

—Un poco. Sabíamos que trabajaba, pero no en qué facultad... —añadió Tessa.

—Y no me lo dijisteis.

—A ver, canija —empezó a hablar Leo—. Te habías enfadado un montón con lo de esa noche y... Bueno, pensamos: ¿Qué probabilidad hay de que le toque en la misma facultad que a ella? —Rodeé el sofá y le robé una palomita del bote al dejarme caer entre ellos dos.

—Pues ya veis qué afortunada soy. ¿Ahora dónde voy a satisfacer mis necesidades de café?

—Siempre puedes llevarte un termo.

—Muy gracioso. —Volví a hundir la cabeza entre los dos cojines del respaldo del sofá y escuché cómo Leo volvía a reproducir el final de la película.

—¿Te has enfadado? —preguntó Tess con su tono suave de voz de disculpa.

—No, pero ha sido un infierno.

Leo arqueó las cejas y preguntó:

—¿Tan mal ha ido? —hizo una pausa, pensativo, y añadió—: Pensaba que había dicho que no quería meterse en tu vida.

—Sí, yo también lo creía —contesté enfadada—. Pero se ve que en lo de no saber qué narices pasa por su cerebro no ha cambiado. Me va a volver loca.

Tessa paró la película de nuevo y me puso una mano en la rodilla. Aproveché ese gesto para desahogarme:

—Estuvo un mes hablándome casi cada día, de repente desaparece. Llego aquí y me lo encuentro enrollándose con una cualquiera en un baño público. Me olvido de él. Aparece borracho en nuestro portal diciéndome que me ha echado de menos y cuando se le pasa la borrachera me dice que no quiere saber nada de mí —cogí aire y seguí—: Y, cuando parece que por fin va a desaparecer de mi vida, entra en mi clase, oliendo a café, y se sienta a mi lado para preguntarme qué quién era Paul. ¿Qué narices le importa? —A Leo se le escapó la risa y Tessa intentó aguantarla de la mejor manera posible.

—Norita, ¿te ha puesto cachonda que Dallen oliera a café? —Abrí los ojos y la miré.

—¿En serio te quedas con eso de todo lo que acabo de decir? —Leo seguía riéndose a mi lado.

—¡No lo niegas! —contestó Tessa con la comisura de los labios elevada— ¡Norita se ha puesto cachonda!

—No te rías —solté indignada.

—Joder, canija, has estado con él y ¿aún no lo conoces? —Lo miré extrañada—. Dallen se ha puesto celoso.

—¿Celoso de qué? No tiene sentido. Si ha sido él el que ha dicho que no podemos ser ni amigos.

Leo cogió el mando y antes de volver a reanudar la película añadió:

—¿Y cuándo ha tenido algo de sentido lo que hace Dallen?

Suspiré resignada, cuando recibí un mensaje de Paul para que fuéramos a cenar.

—¿Tenéis algo que hacer esta noche? —pregunté al levantar la mirada de mi pantalla.

—Yo trabajo —contestó Tess con la boca llena—. Aunque, depende del plan, puedo pedirme libre.

—Ni hablar —la cortó Leo. —Tess me guiñó el ojo y cogió un puñado de palomitas.

—Paul quiere ir a cenar.

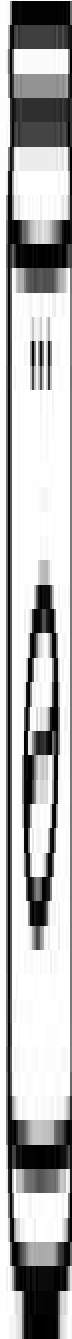
—¿Voy a ser un candelabro? Paso, canija.

—Viene Jenny también, no es una cita...

—¿Quién es Jenny?

—Una chica que hemos conocido hoy. Un poco rara, creo que ha intentado drogarme. —Leo rompió a reír y Tessa se volvió hacia nosotros, como si no nos estuviera escuchando hasta ese preciso instante.

—Entonces voy, tienes que tener un guardaespaldas para seguir intacta.



Quedamos en un restaurante de hamburguesas que solía frecuentar Jenny y que desconocíamos. Tenían una gran variedad y encima estaban a buen precio, algo difícil de encontrar.

Me sorprendió ver lo bien que se había acoplado Paul con Jenny, incluso con Leo. Tanto que parecía que llevara aquí toda la vida. Por un instante lo envidié. A mí me había costado mucho más encajar con sus amigos.

—¿Qué haces aquí entonces? —le preguntó Jenny, tras un rato de explicarle nuestras aventuras en Londres.

—Mis padres estaban un poco desesperados conmigo —añadió—. Salió esta oportunidad y llamaron a unos contactos para que me priorizaran la plaza. Pero yo no las tenía todas conmigo, la verdad. Estaba muy tranquilo con mis amigos.

—¿Y qué cambió? —Paul me miró y me guiñó un ojo.

—Que la conocí a ella —tragué saliva—. Y, bueno, era esto o un internado. —Jenny explotó en una risa muy escandalosa en el momento en el que Leo me enviaba una mirada llena de segundas intenciones.

—Te entiendo, mis padres también esperan grandes cosas de mí —dijo poniendo los ojos en blanco.

Tras ese instante de incomodidad, todo volvió a fluir entre nosotros. Tanto que no nos levantamos de la mesa ni al terminar los postres. Leo les contó su proyecto —algo que entusiasmó a ambos— y Jenny aprovechó para plantearle una colaboración con algunas clases para hacer fiestas universitarias allí.

—¿Y tú? —preguntó Jenny mirándome—. ¿Qué es lo que quieres hacer?

Abrí los ojos y quise que mi boca dejara salir algún sonido, pero me había quedado en blanco ante aquella pregunta. «¿Qué estaba haciendo aquí?». Había empezado a estudiar porque era algo que me quedaba pendiente. Algo que me había aterrado hacer antes de salir de mi pueblo, de mi antigua vida.

—Le encanta la fotografía —contestó Paul por mí, sonriéndome—. Y es muy buena. —Leo arqueó las cejas y me miró.

—Sabía que te gustaba, porque no te separas de esa cámara antigua, pero pensaba que era una afición.

—Ya, bueno, no es que quiera dedicarme a ello... —retorcí mis dedos encima de mi regazo.

—¿Por qué no? —Levanté la mirada hacia Leo.

—No lo sé. Nunca me lo he planteado.

—Pues hay un grupo de fotografía en la facultad. Conozco a un chico de un curso superior que va. Si quieres puedo preguntarle. —Me mordí el labio, indecisa, pero finalmente asentí.

Tras más de una hora hablando de nuestras cosas, Jenny y Paul me insistieron en salir de fiesta con ellos, pero me negué. Lo último que me faltaba era salir también los lunes. Así que, después de que Leo les diera unos pases de bebidas gratis, se fueron los dos alegando que quizás mañana llegarían a la segunda hora.

—Oye, me cae bien Paul. —Sonreí y recogí mis cosas.

—Sé que no tenemos nada en común, pero me ha ayudado mucho.

—Si me lo preguntas, te voy a decir que siente cosas por ti.

—No te lo pregunto. —Leo sonrió y me señaló la puerta del baño.

—Voy un momento, ¿me esperas fuera?

Asentí y salí de ese restaurante. Con las manos en los bolsillos de mi chaqueta empecé a darle vueltas a la posible idea de dedicarme a la fotografía.

—¿Nora? —Me giré hacia esa voz que me sonaba familiar y me encontré cara a cara con aquel chico de pelo con tonos rojizos que había conocido el año pasado.

—¿Simon? —pregunté, acercándome a él.

—¡Has vuelto! —exclamó al verme.

—Sí, hace unas semanas. —Nos miramos y en ese instante me di cuenta de que no iba solo. A su lado estaba la chica que había visto en las fotografías.

—Esta es Claudia —nos presentó.

—Encantada, soy Nora, una antigua amiga.

Simon sonrió y yo lo miré justo en el instante en el que vi como su sonrisa se congelaba, para deshacerse poco a poco en el momento en el que la puerta se abrió y apareció Leo. Hasta la expresión de sus ojos cambió. Ese chico que estaba plantado delante de mí, sin quitarle los ojos de encima a mi amigo, no era el mismo que acababa de encontrarme.

Miré a la chica, que fruncía el ceño, confundida por su cambio como lo estaba yo, y después miré a Leo. Su expresión era de puro hielo: de ese tan frío que puede matar. Su boca permanecía apretada cuando vi cómo tragaba saliva con pesadez. Pero ese instante no duró demasiado; como si no lo hubiera visto, se acercó a mí y, con aquella sonrisa forzada, me dijo:

—¿Nos vamos?

Capítulo nueve

NORA

Las dos semanas siguientes en la universidad no fueron mucho mejores: Sin darme cuenta habíamos hecho un pequeño grupo junto a Paul y Jenny —la chica que resultó no ser una narcotraficante—, y los dos, especialmente ella, tenían una clara tendencia a pasar las horas en la cafetería.

Pero eso no era lo peor. Dallen volvía a ser aquel chico impredecible que no entendía en absoluto. Y había cogido la mala costumbre de desatender la barra y acoplarse a nosotros como si ellos dos fueran sus amigos de toda la vida. Algo que no parecía gustarle en absoluto a su supervisor, pero que a él parecía darle igual.

Pero hoy era su día libre y por eso me sentía mucho más relajada. Me había dado cuenta de que cada vez que se acercaba, o que pensaba que podía aparecer de repente, todo mi cuerpo se tensaba. Era viernes, habíamos acabado nuestra última clase y disfrutábamos de la libertad en la terraza de la cafetería de la facultad, los tres. Sin Dallen a la vista. Y con cafés. Muchos cafés solo para mí.

—Estás hoy muy feliz, ¿no? —preguntó Paul con una leve sonrisa.

—Los viernes son mi día favorito —respondí soltando el aire de golpe.

—Y los míos —añadió Jenny con una risilla—. ¿Leo va a dar alguna fiesta especial hoy?

Esa chica me recordaba un poco a Tessa en muchas cosas, de hecho, se habían caído muy bien las dos veces que se habían visto. La única diferencia era que Jenny era mucho más... ¿Mística? Si se podía llamar así...

Arrugué la nariz pensativa, mientras mezclaba el poco azúcar que le había echado al café.

—Creo que los viernes hace eso de los colores fluorescentes —respondí, intentando recordar el calendario que había dibujado Leo en casa, ocupando casi toda la pared del comedor. Casi cada día intentaba hacer algo especial, así que era difícil aprendérselo de memoria. —La mirada de Jenny se agrandó, emocionada.

—¿Vamos? —preguntó con aquella ilusión típica de los niños.

—¿Hay algún día que no hayáis ido? —pregunté.

—El martes —contestó Paul.

—Y el jueves... —empezó a decir Jenny—. No, el jueves empezamos «de tranquis», y terminamos cerrando ese bar de mala muerte.

—Ibas tan mal que ni te acuerdas —rio Paul—. Venga, Nora, hoy tienes que venir. —Paul arqueó las cejas y me miró, como esperando a que fuera yo quien inclinara la balanza hacia el sí o el no.

—No estoy segura... —añadí sin dejar de mezclar el azúcar ya inexistente. Me giré hacia mi amigo con la intención de preguntarle qué quería hacer él, pero su expresión me congeló las palabras. La forma en la que su mirada se clavaba en algún lugar por encima de mi hombro me erizó la piel.

—¿A dónde vais? —preguntó una voz a mis espaldas que confirmó mis peores sospechas. Dallen arrastró una de las sillas de otra mesa y la colocó justo a mi lado, obligando a Jenny a

apartarse, aunque había sitio de sobra al otro extremo de la mesa. Apreté los labios para controlar mi ira.

—A la fiesta de colores de Leo —contestó Jenny sonriente.

—¿Y tú irás? —La pregunta era para mí, sin duda. Había apoyado su mejilla sobre su mano y me miraba directamente. Dándole la espalda a Jenny.

—¿No tenías el día libre? —pregunté, intentando mantener a raya mi impulso de tirarle el café por encima.

—¿Controlas mis horarios? —Jenny soltó una carcajada y yo intenté no mirarlo directamente a los ojos. Paul no decía nada, pero se notaba que no le hacía demasiada gracia compartir tiempo con él.

—Solo quería un día de tranquilidad. —Di un sorbo al café, intentando ignorar su mirada en mi perfil. Pero, al dejar la taza sobre la mesa, sus manos fueron mucho más rápidas y la apartaron de mi vista.

—Me duele que pienses así, mapache —añadió alejando la taza de mi alcance. Me giré hacía él, furiosa. Únicamente me llamaba así para molestarme y parecía que aquello era su nuevo pasatiempo. Las comisuras de sus labios se elevaron en una sonrisa traviesa cuando nuestras miradas se cruzaron por primera vez.

—Por fin me miras.

—Devuélveme mi café. —Pero mi amenaza pareció no hacer el efecto que deseaba, sino todo lo contrario. Ensanchó más aún su sonrisa y retiró la taza cuando hice el gesto para cogerla.

—Veo que tu adicción por el café ha subido exponencialmente. ¿Desde cuándo tomas café solo? —desvió la mirada hacia el café, rompiendo aquella extraña conexión entre los dos y se acercó mi taza a sus labios— ¡Pero si apenas tiene azúcar!

Hizo una mueca de asco y aproveché ese momento para arrebatarme la taza de sus manos. Nuestros dedos se rozaron por primera vez en todo aquel rato y vi como su mirada volvía a mis mejillas, dándose cuenta del efecto que había ejercido sobre mí. «¿Por qué me sonrojaba por aquella tontería? ¿Y por qué volvía a sonreír?».

—No te importa.

—¿De verdad que no os conocíais? —levanté la mirada de golpe al oír la voz rota de Paul. Me había olvidado de que no estábamos solos.

—¿Estás tonto? —contestó Jenny graciosa— Está claro que sí.

—Pues la verdad es que...

—Claro que no —contesté dándole un pisotón a su pie para que ni se le ocurriese decir nada al respecto. Puso expresión de dolor, pero lo ignoré. Jenny nos miraba con una sonrisa de curiosidad y Paul había bajado la mirada hacia su cerveza.

—¿Y tú, Paul? —Dallen había dejado de mirarme y había puesto de nuevo aquella expresión que no auguraba nada bueno. Fui a darle otro pisotón para que callase, pero su mano fue mucho más rápida y me agarró la rodilla para que no pudiera mover la pierna sin ser descubiertos. El solo contacto de su mano sobre mi piel me hizo dar un respingo en la silla y tuve que concentrarme en el café para que mi sangre fluyera equitativamente por todo mi cuerpo y no se acumulara solo en una zona.

—Yo, ¿qué? —preguntó confuso Paul, enarcando una ceja. La confusión era un efecto que causaba Dallen en todos.

—Sí, tú. ¿De qué conoces a Nora? —moví inconscientemente la pierna y sus dedos apretaron de nuevo mi rodilla provocándome un corte de respiración.

«No. No. No». Miré a Paul para suplicarle que no contara nada, pero ni siquiera me miró. Los dos se debatían en un duelo de miradas, mientras Jenny daba otro trago a su cerveza, divertida. Paul abrió la boca y yo busqué alguna oportunidad para detener aquella conversación sin que se notara.

—La verdad es que Nora y...

—¡AAAAAH! —Dallen se levantó de un salto de la silla con todos los pantalones mojados por mi café—. ¡Joder, está hirviendo! —Me mordí el labio y me levanté dispuesta a interpretar mi mejor escena.

—Lo siento... Soy una patosa —cogí un par de servilletas de papel y se las pasé, pero justo en ese instante sus dedos rodearon mi muñeca, sujetándola con firmeza.

—¿Lo has hecho a propósito? —Sus ojos me atravesaron completamente y me olvidé de cómo era eso de respirar.

«¿Por qué seguía teniendo ese poder sobre mi cuerpo?». Incluso sabiendo que no quería nada de mí. Incluso con todo eso, mis pulsaciones aún respondían de ese modo cuando él era el responsable. Sus ojos, su fina mandíbula y esos labios que había besado tantas veces me llamaban para que me acercara más a ellos. Pero no solo no podía, sino que no quería. No con el «nuevo Dallen», como lo había «bautizado» Tessa.

Me deshice de su mano y me coloqué el pelo detrás de la oreja mientras intentaba bajar las pulsaciones de mi cuerpo.

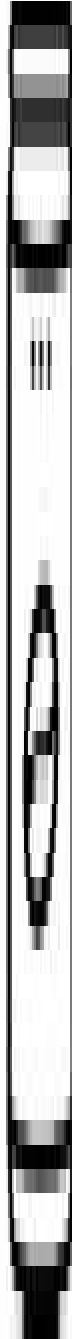
—Jenny, te enviaré por mensaje la hora —comenté intentando no desviar mi mirada al espectáculo de Dallen limpiándose sus partes por encima del pantalón.

—Claro, se lo diré a algunos de la clase, a ver si se animan.

—¿Tú vendrás, Paul? —pregunté un poco avergonzada, no me gustaba que presenciara aquellas escenas tan incómodas, pero me lo ponía difícil. —Su expresión era dura, aunque quisiera esconderlo.

—Claro, te pasaré a buscar.

Dallen levantó la mirada de golpe, como si lo hubieran llamado por su nombre, y temí por un momento que volviera a preguntar algo fuera de su incumbencia. Pero por suerte recibió una llamada que le cambió el semblante por completo y se alejó de nosotros para contestarla. Aproveché ese momento para despedirme y desaparecer de allí antes de que se le ocurriera seguirme.



Después de mucho decidir, salí de mi habitación con unos *jeans* de cintura alta y un top negro de Tessa con los hombros descubiertos, que dejaba parte de mi abdomen a la vista. Me gustaba aquello de compartir piso con mi mejor amiga, sobre todo la parte en la que me apropiaba de su armario.

—Tess, ya estoy... —paré en seco al ver que quien estaba sentado en nuestro sofá no era Tessa, ni Leo, ni Paul—. ¿Qué haces tú aquí?

Dallen toqueteaba el cojín entre sus manos de forma rítmica. Qué diferente se veía ese Dallen con el que había dejado plantado en la cafetería de la facultad. Me miró de abajo a arriba y al llegar a mis ojos levantó las cejas, sorprendido.

—Leo me ha invitado. —En ese momento, como si lo hubiéramos invocado, se escuchó la puerta principal y nuestro amigo se plantó con las llaves en medio del comedor, pasando su mirada de él a mí como en un partido de tenis.

Si era verdad, sin duda se había olvidado.

—¿Qué haces aquí? —Dallen se incorporó de un salto y se acercó a él con prisas.

—Me has dicho que viniera, ¿recuerdas? —La mirada de Leo decía todo lo contrario.

—Ah, sí... Es verdad, por aquello que tengo que darte —empezó a balbucear Leo inseguro. — Lo tengo en mi cuarto...

—Claro. Vamos.

Los dos desaparecieron por la puerta de su habitación y en su lugar apareció Tessa ya arreglada. Con unos pantalones pitillo negros y una camiseta de un grupo de música.

—¿Le has abierto tú? —le pregunté señalando la puerta de Leo.

—Sí, me lo he encontrado dando vueltas en círculo delante del portal. Un poco más y cava un agujero. —Se sentó en el sofá y añadió—. ¿Qué puñetas le pasa?

—No tengo ni idea —miré de nuevo su camiseta y pregunté—: ¿Esta camiseta es nueva? No te la había visto nunca. —De hecho, no le había visto ninguna camiseta de ningún grupo.

—Es de Dustin.

—¿Quién es Dustin?

—El chico de la otra noche. —Intenté hacer memoria y recordé el momento en el que le absorbían la boca en un rincón del local de Leo.

—Ah, el hombre aspirador —contesté divertida; Tessa hizo una mueca—. No sabía que seguíaís en contacto. —se encogió de hombros.

—Hemos estado hablando por mensajes —admitió—. Creo que me gusta.

Aquello sí que me sorprendió. A Tessa nunca le había gustado atarse a nadie, era un espíritu libre en el amor. Y aunque la primera impresión de aquel chico había sido bastante mala, tendría que darle una oportunidad si de verdad empezaba a gustarle.

—¿Va a venir, hoy?

—Sí, lo he invitado a venir con nosotros. Así no es tan...

—¿Formal? —Tessa me guiñó el ojo.

Leo y Dallen no tardaron en volver a salir. Sus ojos se cruzaron con los míos, aguantando la mirada durante el instante en el que mi mente me aconsejaba que me alejara de él por enésima vez. Porque él ya lo había dejado más que claro. Pero entonces... ¿A qué jugaba?

Llamaron al timbre y Leo fue a abrir la puerta mientras yo buscaba mi bolso para irnos. Leo y Tessa fueron los primeros en bajar. Iba a seguirlos, pero, al pasar por el lado de Dallen, volví a sentir el calor de sus dedos alrededor de mi muñeca. Suspiré porque creo que ni en un millón de

años me acabaría de acostumbrar a su contacto.

—¿Ahora qué quieres? —le pregunté con la voz más firme que pude.

—¿Podemos hablar un momento? —Lo miré con los labios apretados. Leo y Tessa estarían ya en el portal y sabía quién nos estaba esperando fuera. Si tardaba más que ellos en salir y nos veía salir juntos... No, no podía hacerle eso.

—Ahora no es el momento, Dallen —intenté zafarme de su mano, pero me cogió con más fuerza acercándome más a él. Su respiración estaba entrecortada, pero es que la mía era inexistente. «¿Por qué me hacía esto?».

—¿Y cuándo será el momento? —Lo miré con dureza. Estaba harta de su juego.

—Quizás por una vez en tu vida cuando tú no lo decidas. —Cogió aire molesto. Aquello, sin duda, no era lo que esperaba escuchar. Pero me daba igual.

—Había olvidado que nuestro momento nunca existe.

Me soltó la mano y me dejó plantada en el rellano de nuestro piso con las palpitaciones en mi garganta. Cerré los ojos y reprimí las ganas de gritar y de gritarle.

Me calmé todo lo que pude y bajé a la calle donde estaba todo el grupo esperándome. Al acercarme a Paul para saludarlo no pude evitar mirar de reojo como Dallen no me quitaba los ojos de encima y volví a sentir aquel puñetazo en mi estómago.

Supongo que me quedaría con las ganas y las dudas de lo que le pasaba por la cabeza a Dallen, como siempre había ocurrido. Si alguna vez había pensado que entre él y yo las cosas podrían ser diferentes, estaba totalmente equivocada, porque hay cosas que no cambian ni en un millón de años ni con miles de kilómetros de distancia.

Se suponía que tenía que ser una noche divertida. Pero me sentía completamente agarrotada. Nos habíamos sentado en los sofás que rodeaban una mesa baja en el piso de arriba del local de Leo,

Capítulo diez

NORA

la zona *VIP* a medio montar. Aquella sala tenía su propia barra y hasta una terraza privada. Por eso teníamos aquella intimidad, que, por una parte, era maravillosa, pero, por otra, me hacía desear estar abajo rodeada de gente para intentar romper aquella aura de incomodidad que se respiraba.

Paul estaba a mi lado y parecía que intentaba marcarle el terreno a Dallen. No paraba de arrimarse a mí y de tocar mi pierna cuando pensaba que no me daba cuenta, como lo hacía en Londres. La única diferencia era que ahora me molestaba y me preguntaba qué pensaría Dallen de todo aquello. Pero Dallen ni me miraba.

Por otro lado, estaban Tessa y aquel «chico aspiradora», Dustin. Había intentado que me cayera bien, de verdad. Sin embargo, Dustin era...

—¿Eres pelirroja? —preguntó en voz alta aquel espécimen. Miré el pelo de Tessa y vi que seguía teniendo un degradado de castaño a lila. Aunque con la luz podía parecer un poco más rojizo en la raíz—. Me gustan las pelirrojas —insistió antes de que Tessa pudiera contestarle. Arquee las cejas y miré a mi amiga que lo miraba sin parpadear: «Dime que no acababa de decir eso».

—En realidad soy castaña.

—Ah, bueno, me gustan las pelirrojas, aunque sean falsas. —«¿Pero de qué planeta había aterrizado ese chico?».

—Mi pelo es lila, Dustin.

Todos se rieron y yo me giré hacia Dallen una vez más —porque esa noche lo había mirado ya como unas doscientas veces—, pero no lo vi, había desaparecido sin darme cuenta. Recordé la última vez que habíamos compartido una discoteca y el horrendo espectáculo del baño vino a mi mente. Lo peor no fue el vacío que sentí, sino la necesidad imperiosa de encontrarlo.

—¿Me acompañas al baño, Tess? —La miré fijamente para que entendiera que era una orden y no una pregunta. Por suerte la pilló al vuelo y asintió mientras se levantaba.

Al bajar por las escaleras pude escuchar como el «chico aspiradora» se reía de un chiste malo que él mismo había contado sobre «por qué las chicas van siempre juntas al baño».

—Dime que no estás pillada de verdad por ese personaje. —Tessa puso los ojos en blanco.

—La verdad es que por mensaje parecía más maduro...

—¿Estás segura de que hablas con la misma persona? —pregunté.

—Pues claro, con quién si no.

—Con alguien al que soborne. Un pelirrojo, tal vez.

—¡Qué idiota eres! —Señaló el baño y soltó—: ¿No querías ir al baño?

—Era una excusa para salir de allí.

—¿Una excusa para salir? o... ¿para buscar a Dallen? —Tessa arquee una ceja—. ¿Qué pasa con vosotros dos? —Suspiré y mis ojos volvieron a actuar por su cuenta, dando un vistazo más a mi alrededor.

—No lo sé. Quería decirme algo antes de salir.

—¿Y no lo has escuchado?

—Tú misma me dijiste que no le diera otra oportunidad.

—Sí, joder. ¿Pero no tienes curiosidad?

—¿Curiosidad de qué? —preguntó una voz a nuestras espaldas. Nos giramos de golpe, con el corazón martillando en el pecho para descubrir a Paul con dos bebidas rosadas en las manos—. Os he traído esto. —Tras darle una a Tessa, me acercó la otra copa a mí.

—No quiero beber —dije al oler aquella extraña combinación.

—No tiene alcohol —insistió y la acepté.

—Gracias.

Nos seguimos moviendo al son de la música mientras iba vaciando aquella bebida con la atenta mirada de Paul, que parecía no querer quitarme la vista de encima esa noche.

—¿Estás bien? —me preguntó acercándose a mi oído.

—Sí, no es mi día.

—Últimamente pocos lo son. —Fruncí el ceño al mirarle.

—¿Qué quieres decir?

Pero Tessa me interrumpió para avisarme que iba a desaparecer con Dustin para incumplir su palabra.

—¿Qué has querido decir, Paul? —insistí cuando mi amiga nos dejó a solas.

—Que desde que he vuelto apenas nos hemos visto. Solo en los ratos de la uni y gracias.

—Tú sales cada noche y yo no quiero seguir ese ritmo. —Su ceño se frunció.

—En Londres tampoco era tu ritmo y bien que nos veíamos.

—Londres era distinto. —Paul soltó una risa ahogada.

—Sí, claro. En Londres no estaba él.

Quise contestarle, pero de repente no me salieron las palabras. No entendía qué me estaba pasando, pero la ira se había diluido y me sentía mejor, en calma. Como si flotara en una nube de algodón.

Sin darme cuenta volví a dar un repaso a nuestro alrededor. Buscando un rastro de aquellos ojos verdes entre la multitud.

—¿A quién buscas? —escuché la voz de Paul como si sonara en eco en mis orejas.

—A nadie —conseguí decir y cerré los ojos. Las palabras me pesaban en mis labios, como si no fueran aire, como si estuvieran hechas de cemento. —El contacto de su mano en mi cintura me estremeció.

—Lo siento, Nora. Es que te he echado de menos. —Sonreí con los ojos cerrados—. ¿Vamos a tu piso? —preguntó. Apretándome más a su cuerpo.

—No quiero —conseguí decir.

—¿Estás bien? ¿Qué has bebido? —su voz envió una alarma a mi cuerpo. «¿Qué había bebido?».

—¡Me habías dicho que no habías bebido!

—No he...

Su voz sonaba lejana, como si mi mente estuviera a kilómetros de distancia de allí. Intenté volver, volver al ruido, volver a la fiesta. Pero lo único que sentí fue el tirón de mi brazo.

—¡Suél...! —intenté gritar. Creí que mi grito había hecho efecto, pero al momento volví a notar sus dedos en mi muñeca. Abrí los ojos para orientarme.

—Te llevo a casa, no puedes estar aquí así.

—¡No quiero ir a casa! ¡Quiero quedarme aquí! —No era consciente de lo mucho que estaba

gritando hasta que vi que todas las personas de nuestro alrededor nos miraban.

Paul pareció perder la paciencia, porque tiró de mí con mucha más fuerza, haciendo que tropezara y me cayera directamente al suelo, raspándome los dos antebrazos por la caída. Mi cabeza empezó a dar muchas más vueltas y cerré los ojos, pero fue peor. Mucho peor.

—¿Qué le has hecho? —Levanté la mirada del suelo y vi a un Paul asustado cogido por el cuello de la camiseta.

Me incorporé —como pude— y, con mucho esfuerzo, aparté la mano de Dallen, que a mi contacto cedió enseguida.

—Estoy bien —aseguré, sintiendo como el conocimiento volvía a intervalos a mí—. Me quedo con él. Puedes irte tú a casa. —Paul pasó de la estupefacción al odio en un segundo.

—Haz lo que te dé la gana, como siempre. —Era la primera vez que me hablaba de ese modo. Con tanto odio. Quizás por eso arqueé las cejas, sorprendida.

Pensé que se quedaría aquí, pero no. Cuando ya había decidido girarse para irse, reculó:

—Sé lo vuestro. Sé que fuiste tú quién le rompió el corazón —empezó a decir mirándolo directamente a él—. Pero pregúntale quién le calentaba la cama las noches de Londres. Quién ha sido el último que la ha besado. Quién ha sido el último que ha estado con ella. —«¡Oh, no! No había podido decir eso».

Sentí como Dallen se tensaba a mi lado. Pero no pude mirarlo. No osaba hacerlo. Paul me dedicó un último vistazo lleno de rencor y cruzó la salida, dejándonos a Dallen y a mí en completo silencio.

Seguía sin atreverme a mirarlo, el efecto de lo que fuera que había bebido parecía haber disminuido, aunque seguía sintiéndome extraña. Me miré las yemas de los dedos y las rocé, sintiendo el contacto mucho más intenso.

—¿Lo quieres? —preguntó con un tono de voz seco. Duro como el hielo que nos rodeaba. Me giré hacia él, pero él seguía con la mirada fija en la puerta y los puños apretados.

—No.

Su mano se relajó y en ese instante sus ojos se encontraron con los míos por primera vez en esa noche, creando aquella chispa que era capaz de erizarme todos los pelos de mi cuerpo. No sabía qué me estaba ocurriendo, pero sentí esa mirada mucho más intensa. Casi podía palparla, saborearla.

Su ceño seguía fruncido, pero incluso así sentí su necesidad de acercarse a mí.

—¿Lo has querido alguna vez? —No parpadeó. No se acercó y creo que ni respiró al preguntar aquello.

Yo, en cambio, parpadeé, cogí aire y tragué saliva al contestar:

—No. —Y me acerqué a él.

Capítulo once

DALLEN

Sonaba «*Closing Time*» cuando contestó aquello. Y sonó la maldita frase que siempre que la escuchaba me hacía pensar en ella. Aunque en ese momento apenas podía prestar atención a la letra, solo podía intentar mantener la cabeza lo más fría posible para no cagarla de nuevo:

«*I know who I want to take me home¹*»

Sus ojos se clavaron en los míos y me fue imposible apartarle la mirada. Tenía algo que me había hipnotizado desde la primera vez que la había visto. Algo que iba mucho más allá de su belleza, algo intangible que me tentaba a deshacerme de todas mis convicciones y querer clavar mi cuerpo contra el suyo contra ese estúpido árbol de plástico.

Su cuerpo se movió decidido hacia mí y el mío dejó de reaccionar, como si hubiera caído preso de un hechizo hipnótico del que no me podría liberar ni queriendo.

Levantó su mano sin apartar los ojos de los míos —llenos de la valentía que me faltaba a mí— y la apoyó encima de mi hombro derecho. Al notar su presión, tragué saliva y cerré los ojos un instante para controlarme: «*Piensa en Sebastian. Piensa en el daño que le has hecho*».

El roce de su nariz con la mía me obligó a abrirlos. Se había puesto de puntillas y había apoyado su otra mano encima de mi otro hombro, para sostenerse ahí. A escasos centímetros de mi cara, de mi cuerpo, de mis ganas de besarla. Respiré hondo intentando salir de ese hechizo.

—Maldita sea, Nora, para.

Con cuidado de no herir sus sentimientos, aparté sus manos y me alejé de ella lo más rápido posible. Sin darle la oportunidad de que viniera detrás de mí. Porque, si me quedaba un segundo más, no creía que tuviera la fuerza suficiente como para no besarla. Y ya había pasado por aquello y no volvería a caer.

No sabía en qué momento había bebido, pero se notaba a leguas que no estaba en condiciones. Si la besaba no solo me estaría aprovechando de ella, sino que no recordaría nada y yo acabaría sintiéndome un payaso más en ese circo. Pasaba.

Había cambiado, Londres le había sentado bien. Había vuelto más segura de sí misma y eso me volvía loco. Me enloquecía cada vez que me encaraba o cada vez que me miraba desafiante. «Maldita sea». Estaba perdido desde el momento en el que volvió a aparecer en mi vida.

La confesión de aquel idiota inglés vino a mi mente como si se tratara de un cuchillo lanzado con fuerza. No era imbécil, sabía que habían tenido algo, pero no esperaba que se lo hubiese llevado a la cama. ¿A quién quería engañar? Claro que lo sabía. Quién no querría irse a la cama con ella. Pero me jodía que lo hubiera hecho, me jodía que hubiera estado con otro, me jodía que me hubiera suplantado tan deprisa cuando yo ni siquiera había podido hacerlo con ninguna de las muchas chicas con las que lo había intentado.

—¡Dallen, espera! —frené cuando sus manos agarraron mi camiseta.

—Nora, vete a casa.

—Nunca lo he querido. —Apreté los labios, aunque aquello me había aliviado, no quería

hacérselo saber.

—Nora, de verdad, me da igual.

—Nunca lo he querido. —Su mano dejó de agarrar mi camiseta y me rodeó hasta plantarse delante de mí. Mirándome con aquellos ojos que seguían brillando—. No como a ti.

Creo que la música dejó de sonar en ese maldito momento. La música, la gente, todo había desaparecido y solo estaba ella mirándome sin mover ni un músculo. Mis ojos bajaron a sus labios.

—No puedo besarte en estas condiciones.

—¿Quieres besarme? —Tragué saliva, mi mirada bajó de nuevo a sus labios.

—Claro que quiero, joder. Me muero de ganas de besarte, pero no así.

—Entonces, bésame.

Creo que entreabrí los labios por inercia cuando su cuerpo se apoyó sobre mi pecho y se alzó lo suficiente como para tentarme todavía más. No podía. Así no.

—Maldita sea, Nora —musité cuando sus ojos se cerraron y sus manos se apretaron más en mi piel.

—Bésame. —Cerré los ojos yo también, con resignación. Dejándome seducir por el roce de sus labios cada vez más cerca de los míos.

—Nora...

La dulce presión de su boca en la mía terminó por callarme. Una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo, como si hubiera estado en letargo todo ese tiempo y ella fuera la única que podía sacarme de allí. Estaba perdido.

Luché contra ese deseo de dejar de escuchar mi conciencia y besarla hasta que desaparecieran todas las personas de nuestro alrededor y me aparté de ella. Sus ojos se abrieron, confundidos, y yo tuve que crear un muro invisible que me alejara lo suficiente de ella para no volver a caer.

—Así no.

—Norita, ¿dónde estabas? —preguntó una Tessa aún más borracha que ella.

Suspiré, todavía con su sabor en mi boca, y me alejé de ellas:

—Quedaos aquí. Voy a avisar a Leo y os llevo a casa.

—Pero no quiero ir a casa.

Fui a replicar, pero enseguida se le olvidó cuando empezó a sonar una canción que reconoció.

—¡Tess! —Se giró hacia ella como si no la hubiera visto en toda la noche.

—¡Nora!

Las dos se cogieron de las manos y empezaron a bailar al son de la canción «*Closer*» de *The Chainsmokers*, entre vueltas y risas. Y yo no pude moverme. Me quedé fascinado al verla bailar con aquella soltura, con aquella fuerza, con aquella sonrisa.

Quería ir a buscar a Leo, pero no podía apartar la mirada de su cuerpo y su pelo que se elevaba con el movimiento y le caía sobre los ojos cada vez que ladeaba la cabeza.

Tessa me miró y sonrió de aquella forma que no aseguraba nada bueno. La conocía lo suficiente como para saber qué podía pasar por su cabeza. Sin dejar de bailar se acercó a mí y me cogió de la mano para arrastrarme hacia ellas.

—No... —mascullé, pero era demasiado tarde. Cuando Tessa quería conseguir algo era imparable.

No sabía por qué mi cuerpo estaba permitiendo eso, pero ahí estaba. Como un imbécil avanzando hacia ella sin poder apartar la mirada de su sonrisa. Su sonrisa, que iba directa a mí.

La mano de Tessa me dejó ir para quedar reemplazada por el calor de los dedos de Nora. No sé

dónde se metió y me dio igual, porque en mi mundo solo estaba ella.

La voz de la cantante volvió a sonar y sus labios se abrieron para cantar con ella:

—«*You... look as good as the day I met you. I forget just why I left you, I was insane*²».

No pude evitar sonreír. No sabía si era consciente de lo que acababa de cantarme, pero yo sí. Y en ese punto ya me daba igual todo. La atraje hacia mí en un impulso incontrolable y su rostro se tensó de golpe cuando su cuerpo chocó con el mío. Pero entonces volvió a sorprenderme. Sus ojos subieron hasta encontrarse con los míos y siguió cantando:

—«*No, I can't stop. So baby pull me closer in the backseat of your Rover*³».

Me acerqué más aún a su oído y le susurré con una sonrisa:

—No puedes seguir cantando esto y quedarte tan tranquila. —Su sonrisa la delató y tuve que contener mis ganas de empotrarla contra aquel estúpido árbol de luces que había puesto Leo en su local.

—¿Y qué vas a hacer? —Sus manos se entrelazaron en mi nuca y sus caderas empezaron a moverse debajo de mis manos. Sin duda me estaba retando y yo tenía las de perder.

—Nada. Porque has bebido, y me gustaría besarte y que recordaras que lo he hecho.

Hizo una mueca, pero su sonrisa volvió a reflejarse en su cara en apenas un instante. «Joder, ¿por qué estaba tan guapa cuando sonreía?».

—Nora...

Tragué saliva y aparté las manos de su cuerpo, muy a mi pesar, cuando terminó la canción. Tenía que irme de allí y enfriar mi cuerpo.

—No os mováis. Vuelvo en diez minutos.

Empezó a sonar otra canción que yo desconocía, pero que parecía encantarle a Tessa, porque apareció corriendo de entre la multitud para acercarse a Nora gritando.

Aproveché aquel momento de distracción para desaparecer de ahí y buscar a Leo. No fue difícil encontrarlo, estaba sentado en uno de los sillones de la parte de arriba con un cóctel rojo en la mano, mientras hablaba con una chica que desconocía. Al verme, se levantó y se acercó a la barandilla, donde me encontraba.

—Sin duda creo que serás el empresario más joven con más fama que conoceré en mi vida. —Leo alzó la comisura de sus labios, pero sin llegar a reír del todo.

—Teniendo en cuenta tu círculo de amigos no me anima demasiado, la verdad —dijo un vistazo hacia la barra—. ¿Quieres algo de beber?

—No, me voy a llevar a las chicas a casa. —Di un vistazo a la pista y me aseguré de que seguían en el mismo sitio bailando.

—Ha cambiado, ¿verdad? —soltó Leo de golpe, mirando hacia donde miraba yo. Al ver mi expresión, añadió—: Ya cambió con nosotros, pero ahora parece una mariposa que ha salido de su capullo.

—Espero que lo de capullo no lo digas por mí —añadí. Últimamente discutíamos mucho y aquella conversación era la más calmada que habíamos tenido hasta entonces.

—Sabes que sí —dijo un sorbo de su copa y me miró fijamente como solo sabía hacerlo él—. ¿A qué estás jugando, Dallen?

Solté un suspiro con una media sonrisa y tiré mi cabeza hacia atrás para dejar de mirarla.

—No lo sé, Leo. —Lo miré a los ojos—. Ella me... me trastoca todo. Todo lo que me prometo hacer, se desmorona cuando la tengo cerca. —Pasé mis manos por mi cara y sentí el contacto de su mano en mi hombro.

—Eres mi mejor amigo —respondió cuando lo volví a mirar—. Y, aunque has sido un

completo capullo estos meses, sabes que puedes contar conmigo.

Tragué saliva al escucharlo. Volví a mirarla y pensé en Sebastian, en el accidente y en el estúpido trato con ese mafioso. Lo miré y por un instante estuve tentado de contarle la verdad del accidente. De contarle que no era que me sintiera culpable por haber sobrevivido, sino porque realmente lo fui. Pero, de nuevo, el miedo de que esta vez fuera él el que acabase en una camilla en un hospital, o peor, me paralizó.

—Dime qué hacer para alejarme de ella —casi se lo rogué. Pero Leo apretó los labios y dio otro trago de su bebida, alargando aquella pausa de manera dramática.

—Diga lo que te diga, vas a acabar haciendo lo que te dé la gana. —Me reí—. Pase lo que pase, me alegro de que Nora haya vuelto —añadió dándome una palmada en la espalda—. Vuelves a ser el Dallen de siempre.

Solté una risa ahogada sabiendo que tenía razón. Esa era la magia de Nora. Leo volvió a la barra para hablar con su socio y yo me perdí entre la multitud, buscándolas de nuevo. Me costó horrores conseguir que quisieran irse de aquella fiesta, pero después de muchos ruegos y un poco de engaño conseguí que se subieran al taxi.

Meter a Tessa en la cama fue fácil. Se quedó frita en el momento en el que su mejilla tocó su almohada. En cambio, Nora... Nora bailaba por la casa con los zapatos en las manos mientras tarareaba una canción que desconocía.

—Nora, venga. Vete a la cama para que pueda irme. —Las comisuras de sus labios se elevaron de una forma que me entraron ganas de todo menos de borrarla.

—Entonces no pararé.

Cogí aire para armarme de paciencia —y calmar mis nervios internos—, y la empujé hacia su habitación:

—Venga, entra. —Refunfuñó, pero me hizo caso y abrió su armario en busca de un pijama que conocía demasiado bien.

—Debería irme —recalqué mientras ella se peleaba con su top, que se resistía a salir de su cabeza.

—Ayúdame —suplicó con la cabeza cubierta por la tela negra y dejando a la vista un sujetador negro sin tirantes.

Suspiré y me acerqué hacia ella para ayudarla a quitarse aquella prenda, intentando que mis ojos no bajaran hacia abajo. «Joder, qué difícil me lo estaba poniendo».

Cuando por fin se quedó en sujetador me giré para darle intimidad mientras terminaba de vestirse. Me rasqué la nuca, nervioso, y me giré cuando escuché que el armario se cerraba.

—Venga, tumbate de una vez. —Ella se metió sin rechistar en la cama, algo que me sorprendió, pero no soltó la manga de mi chaqueta, a la que estaba aferrada.

—Duerme conmigo. —Lo que me faltaba para mi prueba de voluntad.

—No puedo.

—Sí puedes, pero no quieres.

—Si tú supieras lo que quiero en realidad... —murmuré. Suspiré e intenté zafarme de su agarre sin éxito. «¿De dónde sacaba tanta fuerza?».

—Quédate, prometo portarme bien. —«Si el problema es que no quiero que te portes bien, joder».

—Está bien —aquello pareció satisfacerla porque su mano se destensó e hizo un hueco en la

cama para que entrase yo.

Su cama no era de matrimonio, así que iba a tener que dormir pegado a ella con la mente lo suficientemente fría como para no tentarme. Aquello iba a ser una verdadera prueba de valor.

Me saqué la chaqueta y los zapatos y la rodeé con mis brazos por su espalda. Respiré el aroma de su champú y tuve que apartarme un poco más de ella para que no notara lo mucho que me estaba costando poner la mente en blanco.

—Oye, Dallen —murmuró cuando yo ya pensaba que estaba dormida.

—Dime.

—¿Qué querías decirme?

Tragué saliva y su cuerpo se removió rozando mis partes sin querer. Bufé e intenté alejarme más, pero me di con la pared.

—Te lo diré si mañana te acuerdas de esto.

—Me acordaré. —Suspiré y cerré los ojos.

—Déjame dudarlo.

Capítulo doce

NORA

Intenté abrir los ojos, pero sentí que me pesaban como si de mis pestañas colgaran piezas pesadas. Mi cabeza parecía estar llena de alfileres que se me clavaban por dentro y, al abrir por fin mis ojos, se habían vuelto hipersensibles a la poca luz que entraba por la persiana entreabierta.

Entonces me di cuenta: No estaba sola. Un brazo desconocido me rodeaba hasta perderse por debajo de mi pecho. Mis sentidos se desplazaron hasta centrarse en el calor que me producía su cuerpo pegado en mi espalda y en la suave respiración que impactaba sobre mi nuca. Fuera quien fuera, seguía dormido. «¿Qué había hecho?». Intenté recordar la noche anterior, pero lo último que venía a mi mente era estar bailando con Paul.

Calmé mi incipiente nerviosismo y empecé a planear un plan desesperado para salir de aquel espacio asfixiante con éxito, aunque las probabilidades eran escasas por la fuerza con la que su brazo seguía rodeando mi cuerpo. Cogí aire intentando no llenar todos mis pulmones y, con sumo cuidado, retiré la sábana para comprobar que seguía vestida. Y sí, lo estaba, con pijama de conejitos incluido.

Mi cabeza empezó a dar vueltas y por un momento me dio miedo seguirla hasta el abismo al que se profundizaba. Mi respiración empezó a acelerarse y a invadirme el pánico del que había querido esconderme. «¿Cómo había podido ser tan idiota?».

Estaba claro que alguien había metido algo en mi bebida, porque no recordaba qué había hecho la noche anterior y no había probado ni una gota de alcohol. Yo no era de las que se levantaba al día siguiente al lado de alguien que no se acordaba ni haber conocido, yo no... Cerré los ojos y me concentré en mi respiración para calmar mi ansiedad.

De repente me atravesó un recuerdo como si fuera un *flash* que no esperas que salga en el momento de hacer la foto: La imagen de Paul tirando de mi brazo hasta la salida. «Oh, no. Dime que no es Paul. Por favor, que no sea él».

Inspiré de nuevo y, con extrema lentitud —y los ojos cerrados—, me di la vuelta para encarar la verdad: No.

Pensaba que estaba dormido, pero me equivocaba. Unos ojos verdes me miraban sin pestañear con una intensidad que me hizo dejar de respirar por un instante. Un instante que duró hasta que sus labios se entreabrieron y yo no pude evitar centrarme en ellos.

—Estás despierta —murmuró retirando su brazo.

Tenía demasiadas preguntas en la cabeza. Entre ellas, cómo conseguía no pestañear y por qué estaba en mi cama. Pero al abrir la boca noté cómo mi cuerpo me pedía un vaso de agua y un cepillado de dientes exhaustivo y la cerré de golpe. Aquello pareció divertirle, porque sus labios se arquearon en una sonrisa traviesa. Que a mí me dejó más helada todavía. «Oh no, esa sonrisa no».

Tenerlo tan cerca no me estaba ayudando en absoluto a aclarar mis ideas.

—No te acuerdas de nada, ¿verdad? —Fruncí el entrecejo intentando descifrar a qué se refería con eso, pero no pensaba abrir la boca a esa poca distancia.

Dallen soltó una risa ahogada y se incorporó de la cama, deshaciendo aquel imán que no me había permitido alejarme. Cogió su par de zapatos y se sentó al borde para atárselos. Yo me abracé las rodillas mientras lo observaba en silencio.

Su mejilla estaba ligeramente colorada y aún podía distinguir las marcas de la almohada en su piel. Su pelo, aún revuelto, le caía con gracia por la frente y sus labios estaban al rojo vivo, con esa luz casi parecían pintados. Sus labios...

—¿Ha pasado algo entre...? —logré decir.

Dallen se giró hacia mí de nuevo con una expresión diferente, que otra vez no supe identificar. Casi como si estuviera sorprendido. Pero enseguida sonrió, destensando el ambiente.

—Entre tú y yo nada. —Señaló mi ropa que estaba tirada delante del armario y añadió—: Entre tú y esa camiseta, varias cosas de las que avergonzarte.

—¿Me desvestí contigo aquí?

—Tranquila. —Dallen se puso de pie y clavó sus ojos en mi pijama de una forma que me hizo removerme nerviosa en la cama—. Ese pijama y yo hemos vivido cosas mucho más intensas que las de anoche.

Le tiré uno de los cojines a la cara, pero lo cogió al vuelo. Dejó ir una risa leve que me erizó los pelos de todo el cuerpo y lo volvió a dejar en su sitio con un suspiro.

No pude dejar de mirarlo mientras se colocaba su cazadora de espaldas a mí. Aunque lo intentaba, no podía despegar mi mirada de su espalda. Seguía enamorada de él. Pero eso daba igual, mis sentimientos hacia él daban exactamente lo mismo, ya que la realidad me golpeaba mucho más fuerte de lo que lo hacían mis sentimientos: Se iba a volver a alejar. Y prefería estar lejos de él, si eso ocurría.

La puerta se abrió de repente, sin avisar, y apareció la cabeza de Tessa, que no se sorprendió al ver a Dallen allí.

—Paul está subiendo. —Entré en pánico. No podía verlo allí porque seguro que lo malinterpretaba.

—Tienes que irte. —Me levanté de un salto de la cama.

—¿Por qué?

—Porque Paul está aquí.

—¿Y? No hemos hecho nada. —Suspiré y lo empujé hacia la puerta de mi habitación.

—Porque no tendrías que estar aquí —contesté—. Y verte solo empeorará las cosas.

—¿Por qué te importa lo que piense ese idiota? —soltó, frenando de golpe, haciendo que fuera imposible sacarlo de mi habitación.

—¡Porque él ha estado a mi lado cuando tú decidiste desaparecer! —grité, nerviosa, sin ser consciente ni de lo que salía por mis labios—. ¿Puedes dejar de complicarme la vida e irte de mi piso?

Dallen apretó los puños, pero, para mi tranquilidad, no rechistó y se coló en la habitación de Leo dando un portazo que, si no estaba despierto por nuestros gritos, seguro que aquello sí lo espabilaba.

Suspiré aliviada y fui a abrir a Paul. Su mirada bajó, avergonzada, al ver que aún estaba en pijama. Se sentó nervioso en el sofá mientras yo entraba corriendo a la habitación para ponerme algo más decente.

—¿Qué haces aquí? —pregunté al ver cómo entraba en mi habitación cuando me estaba terminando de abrochar el pantalón.

—Vengo a pedirte perdón.

—¿Perdón por qué? —Se removió nervioso.

—Perdí los nervios y dije cosas que no debería. No creo de verdad que siempre hagas lo que te da la gana.

—Lo sé. —contesté aunque no sabía a que se refería. Me acerqué a él y lo cogí de las manos—. No te preocupes.

Paul parecía realmente arrepentido de lo de ayer y yo tenía demasiados vacíos y líos mentales como para añadir «resenti miento» al cóctel.

Me pareció escuchar la puerta abrirse y me apresuré a cerrar la de mi habitación. Pegándome a ella.

—Entonces: ¿estamos bien?

—Sí.

Escuchaba murmullos, pero apenas pude interpretar mi nombre y «duque» o quizás había dicho «dije», hablaban tan bajo que no podía entenderlos. Me apreté más a la puerta.

—En realidad... Vengo a decirte algo más. —Levanté la mirada hasta clavarla en la suya. Era la primera vez que le prestaba atención en todo ese rato—. Me gustas.

Tragué saliva y dejé de escuchar los murmullos. Le gustaba... Tessa tenía razón. Incluso Leo lo había visto.

—Pensaba que era solo puntual... —empecé a decir, confundida—. Que éramos amigos...

—¿Por qué crees que vine hasta aquí, Nora? —Me quedé en blanco. Había dicho que ya lo tenía de antes. Me había dicho que no era por mí. Pero ahora...—. No tienes por qué contestarme ahora —añadió acercándose a mí para salir de mi cuarto—, pero necesitaba decírtelo.

Me aparté y lo seguí en silencio hasta el comedor. Mi mirada viajó hasta la puerta de Leo y me pregunté si Dallen seguiría allí o ya se habría ido.

—¿Puedo preguntarte algo que me está matando desde hace tiempo?

Parecía que había cambiado de opinión porque se había girado hacia mí antes de abrir la puerta. Lo miré extrañada y asentí.

—¿Sigues enamorada de él? —Abrí la boca para contestarle que «no». Pero la cerré al instante al darme cuenta de que lo que iba a soltar no era la verdad.

Antes de decir nada, escuché cómo alguien se atragantaba detrás de la puerta de Leo, y mis sospechas se confirmaron: Dallen no se había ido y nos estaba escuchando.

La mirada de Paul me atravesaba el cráneo. Notaba como su cuerpo estaba en tensión esperando que yo negara su pregunta. «¿Podía hacerlo? ¿Podía negarlo?».

—Paul, no creo que sea el momento...

—Contéstame —me cortó—. Contéstame y prometo no volver a preguntarte nada más sobre él. Necesito saberlo, necesito saber que no es él, que no has vuelto a caer en el mismo error del que te arrepentías en Londres.

Aquellas palabras hicieron diana en mi corazón, rompiéndomelo un poco más de lo que ya lo estaba. No sabía lo que había pasado aquella noche, pero lo que sí sabía era que, si seguíamos con ese juego, si confesaba lo que mi interior gritaba, la que acabaría magullada —de nuevo— sería yo.

—Contéstame, Nora. —Me fijé en Paul. En sus ojos, su expresión divertida, y su eterna paciencia. «¿Podría llegar a enamorarme de él?».

—Quiero intentarlo contigo. —Ni siquiera lo pensé. Lo único que quería era volver a sentirme en esa paz en la que me había acogido en Londres. En pasar página, aunque fuera con otro.

—¿De verdad?

—Sí, pero...

Dio un paso hacia mí y buscó mi mano, justo en el momento en el que la pobre puerta de Leo volvió a abrirse con otro golpe.

—¿Qué hace él aquí? —exclamó Paul, alterado.

Dallen apareció justo delante de la puerta de Leo, con mis compañeros de piso congelados justo detrás de él.

—Ha dormido conmigo —le cortó Leo, pero la risa ahogada de Dallen decía todo lo contrario.

Paul se percató porque insistió:

—¿Ha pasado algo entre vosotros?

—Nada, ya te ha dicho Leo que ha dormido con él.

Los ojos verdes se centraron en mí por primera vez en todo ese rato y cerró la boca en una fina línea. Crisis superada.

Dallen desvió la mirada de mis ojos y me sentí completamente vacía en ese instante. Si había conseguido salvar la situación..., ¿por qué me sentía tan mal?

—¿Qué le has traído? —Paul arqueó las cejas, confuso—. Que qué le has traído para que te perdone. —Tragué saliva para mirar hacia la dirección que miraban los dos chicos.

Encima de la mesita de delante del sofá estaba la bolsa sin abrir que había traído Paul al llegar y de la que ni siquiera me había percatado.

—Unos *muffins* —contestó, arrugando el ceño.

Dallen soltó una risa ahogada y me miró fijamente, obligándome a tragar saliva porque yo sí que sabía por qué lo preguntaba.

—Que los disfrutéis, parejita. —Y, con aquella frase envenenada, dio media vuelta y desapareció del piso, dejándonos a los cuatro envueltos en aquel desagradable silencio.

Miré la bolsa y lo único que pensé fue: «qué suerte que había traído *muffins*, porque me sentía demasiado mal como para que fueran dos latas de café helado».

Capítulo trece

DALLEN

—Llegas tarde —la voz del encargado sonaba ligeramente irritada—. Si vuelves a llegar tarde una vez más esta semana, no hace falta que entres.

Murmuré un «lo siento» mientras me colocaba la gorra y me acercaba a mi otro compañero para el cambio de turno.

Aunque no había querido mirarla, noté su presencia en la mesa de la esquina, esa en la que se sentaban siempre que llovía. A esas alturas no debería sorprenderme que el destino no dejara de cruzarla en mi camino, pero ese lunes lo último que quería era verla. Estaba tan centrado en no hacerlo, que ni siquiera presté atención a lo que me dijo mi compañero antes de irse. Solo esperaba que no fuera un cambio de horario.

Suspiré e intenté con todas mis fuerzas no mirar hacia allí, pero, como siempre, fue inútil. Y, cuando lo hice, cuando por fin me giré hacia ella, apartó la mirada con la excusa de colocarse bien el mechón de pelo que se le soltaba de la oreja.

—El profesor no ha venido, por eso está aquí. —El pelo revuelto de Jenny apareció justo delante de mí.

—Ni me lo había preguntado.

—Ya, claro —su sonrisa se amplió y me señaló con su dedo índice de forma amenazante—. Os vi.

Dejé caer la taza que tenía entre mis manos sobre la barra. Por suerte, la taza permaneció intacta y pude esquivar la mirada penetrante de mi infeliz supervisor.

—¿A qué te refieres? —pregunté bajando la voz.

—¿Qué quieres que sea? —Sus pupilas estaban ligeramente dilatadas y me miraban sin pestañear, divertida—. A ti y a Nora comiéndoo la boca en la fiesta.

«Mierda». Apreté los labios y respiré hondo. Me coloqué bien la gorra en un acto de calmarme y di un fugaz vistazo a su mesa. Ya no me miraba, pero tampoco parecía prestar demasiada atención a lo que le estaba contando ese chico. «¡Cómo odiaba a ese idiota!»

—No digas nada —supliqué—. Sobre todo a Nora.

—¿Nora no se acuerda? —Jenny abrió los ojos, sorprendida—. No me extraña que no beba...

—Prométemelo.

—¿Por qué no quieres que lo sepa? Sabes que sería una oportunidad para separar lo que tengan esos dos, ¿verdad? —Bufé y le puse la botella de cerveza delante que sabía que me iba a pedir.

—Porque, aunque me joda verla con ese, sé que saber que nos besamos estando borracha la mataría. —La respuesta pareció convencerla porque me acercó su mano para estrecharla y así lo hice.

—Tu secreto está a salvo conmigo —se puso de puntillas y se inclinó todo lo que pudo sobre la barra para llegar a mi oído—, pero, entre tú y Paul, tú eres mi favorito.

Le devolví la sonrisa en el momento en el que sus dos pies volvieron a tocar el suelo.

—¿A qué hueles? —Ella agrandó su sonrisa y sus ojos rojos me respondieron por ella—. No deberías hacer esas cosas a las nueve de la mañana.

—Es el único modo de soportar las clases.

Aquello me hizo reír y, sin darme cuenta, me encontré a mí mismo mirando de nuevo a Nora, que había vuelto a mirarme. Suspiré y me deshice de su contacto visual. Otra vez...

Todo estaba mal con ella. Todo era difícil con ella. Pero valía la pena. Solo por sus besos valía la pena. Solo por su risa valía la pena. Solo por cómo era capaz de calmar mis miedos valía la pena. Pero Nora había escogido al idiota de Londres. Así de fácil. Y, en el fondo, por mucho que me jodiera, sabía que era mucho mejor así.

Una chica de pelo rojizo intenso se acercó a mí y me pidió dos cafés con leche. Me di la vuelta para prepararlos y al entregárselos me sorprendió ver a Jenny plantada en el mismo sitio donde la había dejado. La chica pelirroja se fue con los dos cafés y yo me acerqué de nuevo a ella:

—¿No te sientas con ellos? —La chica risueña hizo una mueca y bebió un trago de la cerveza antes de contestar.

—No es que sean muy divertidos ahora mismo. Míralos. —No pude evitar dibujar una sonrisa de satisfacción.

—No sé por qué lo dices.

—¿Qué pasó entre tú y Nora? —preguntó apoyando su cabeza entre sus manos.

Dudé de si contarle mi vida a una desconocida que olía a hierbas medicinales, pero era la única que me había alegrado aquella mañana y estaba cansado de guardármelo todo para mí, así que cedí. O quizás fue que Jenny era de esas personas con las que, sin darte cuenta, acababas contándole hasta tus deseos más oscuros.

—¿Quieres la versión larga o la corta?

—¿La corta? —Me reí de lo irónica que era aquella situación. De mí y de lo que estaba a punto de contarle.

—La corta es fácil: Que los finales felices no están hechos para mí.

—¿Y la larga?

—La larga... —Mis ojos volvieron hacia su mesa, pero había dejado de mirarme. Apuntaba algo en su libreta, mientras el chico inglés seguía hablándole animadamente—. La larga es la historia de un chico que encontró a «su chica» y fue tan idiota como para dejar pasar la oportunidad de ser feliz. —Jenny borró su sonrisa.

—No sabía que estabas tan enamorado de ella —hizo hincapié en la palabra «tan» y yo me reí, confirmando sus sospechas—. Pues que sepas que no creo que no sea para ti. Y sé que ella está hasta las trancas de ti.

—Díselo a su novio. —Ni siquiera me apetecía pronunciar su nombre.

—Se nota a leguas que está loca por ti —sacó todo un arsenal de papel y boquillas y empezó a liarse un cigarro—. Tranquilo, solo es tabaco.

—Es tu vida.

Cuando acabó de liarse su cigarro deformado me miró fijamente como si se debatiera en contarme algo o no.

—Suéltalo ya.

—Nora me cae bien, es una buena chica.

—Pero...

—Paul es un tipo extraño. —Fruñí el ceño, había conseguido atrapar mi atención.

—¿A qué te refieres con extraño?

—No me gusta hablar mal de la gente... —miró a su alrededor y entonces bajó la voz—. Y no quiero meterme donde no me llaman. Solo te diré que tiene algo que me hace querer ondear

banderas rojas a su alrededor. —Apreté los labios y el ceño.

—¿Le ha hecho algo?

Ella negó con la cabeza de forma abrupta y añadió:

—No es eso, o no que yo sepa, pero... Me da mala espina y nunca me equivoco con las personas. Soy medio bruja por parte de madre.

En ese instante se acercó a nosotros un chico que había visto el día de la fiesta y se despidieron de mí para desaparecer a través de la terraza. Se notaba que estaba a punto de empezar otra clase porque el bar se quedó prácticamente vacío y yo aproveché para limpiar las mesas, mientras las palabras de Jenny retumbaban en mi cabeza. Una cosa era que ella lo hubiera escogido y la otra que fuera un verdadero imbécil con ella.

No me había dado cuenta de que Nora era la única persona que seguía en la cafetería tras la hora, hasta que escuché mi nombre de sus labios:

—Dallen, ¿Podemos hablar? —Me giré con el ceño fruncido y clavé mis ojos en los suyos con rabia. Seguía enfadado y ni siquiera sabía si tenía derecho a estarlo. Y aquello me enfadaba más aún.

—Lo dejaste todo muy claro en tu piso. No creo que tengamos nada de qué hablar.

—Dallen, no me acuerdo de casi nada de la fiesta...

—¿Y ese es mi problema? —crucé mis brazos a la altura de mi pecho. Nora apretó los labios, sin duda no le gustaba mi reacción, pero me daba igual.

—Solo quiero saber...: ¿Pasó algo entre tú y yo?

Arquee las cejas al ver cómo desviaba la mirada hacia la bayeta que había dejado encima de la mesa. Como si temiera lo que le pudiera contestar, como si temiera que yo confirmara sus peores pesadillas. Por un momento quise ser egoísta: quise decirle todo lo que me había dicho, quise decirle cómo me había besado y cómo me había hecho sentir. «Joder, no podía ser toda una maldita mentira de borrachera».

—¿Qué es lo que te preocupa? —contesté con firmeza— ¿Qué haya podido pasar algo entre nosotros?, ¿o qué no te acuerdes? —Que no se acordara del beso era una cosa, pero ver su arrepentimiento en el rostro era mucho peor.

—Dallen, por favor...

—Ya te dije que no, Nora. ¿Por qué insistes? —Sus ojos se movieron veloces hasta los míos, y entonces me acerqué más a ella de forma involuntaria—. ¿Es porque en el fondo quieres que haya pasado algo entre nosotros dos? De ese modo tendrías una excusa para dejar al chico que se ve a leguas que no te gusta...

Sus labios se entreabrieron y no pude evitar desviar mi mirada durante un segundo hacia ellos. Al volver a subirla, me acerqué más a ella esperando que se apartara, pero no lo hizo. No contestó. Solo me miraba con aquellos ojos avellana sin pestañear. Y yo ya no razonaba, la mezcla de rabia, ira y miedo actuaban por su cuenta.

Me acerqué aún más a ella, hasta poder respirar su aliento a café mezclado con su perfume de jazmín que me volvía loco. Con la mirada de nuevo en sus labios, susurré:

—¿Quieres que te bese? —Ni siquiera era consciente de las ganas que tenía de que dijese que sí—. Justo ahora está mirando a través de la ventana.

Tardó al menos una milésima de segundo en reaccionar y empujarme. Sus mejillas estaban coloradas, y por cómo subía y bajaba su pecho, le había acelerado la respiración.

—¡Idiota! —exclamó frunciendo el ceño—. Solo estaba preocupada porque... —«¡Era increíble!».

—Aclárate, Nora. ¿Me quieres en tu vida o fuera de ella?

—Podría preguntarte exactamente lo mismo a ti.

Apreté los labios en una firme línea y me incliné hacia la mesa para seguir limpiándola en el momento en el que solté:

—Fui un idiota. Tendría que haberme alejado de ti cuando prometí hacerlo.

Sentí el impacto de algo en mi espalda y me giré de nuevo. Nora hizo una nueva bola de papel con las servilletas y volvió a lanzármela esta vez apuntando a mi hombro.

—¿Qué...?

—¿Y por qué no lo hiciste? ¿Por qué no desapareciste como lo hiciste hace meses? ¿Por qué viniste borracho a mi piso? —su voz iba creciendo a medida que iba lanzando las preguntas al aire y me lanzaba más bolas de papel que iba esquivando—. ¿Por qué no cumples nunca con tus palabras? ¿Por qué no me dejas avanzar de una vez? —Su pecho subía y bajaba, frenético, mientras sus ojos desprendían puro fuego.

—Esta vez lo voy a cumplir.

—¡Genial!

Me giré para volver a mi trabajo y solté al aire con una ira reprimida:

—Adiós.

—Hasta nunca.

Y, sin darme la vuelta para comprobar que se había ido, tiré la bayeta contra la pared con fuerza:

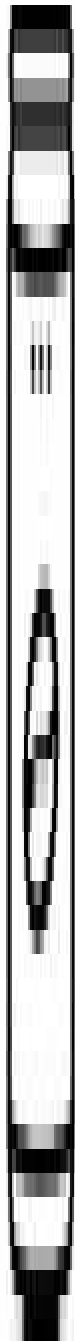
—¡Joder! —Me giré al instante para verificar que nadie me hubiera visto, pero estaba solo en esa sala. Dejé la gorra sobre la mesa con un golpe seco y me pasé las manos por el pelo.

Tenía razón. Me jodía porque tenía razón y había sido un maldito mentiroso. Lo que más hubiera deseado era seguir hablando con ella, irme a Londres como tenía planeado, estar con ella y solo con ella. Pero no podía, no podía porque hacerlo significaría tener que mentirle otra vez. Y no se lo merecía. Por eso me había alejado, por eso quería alejarme.

Pero cuando la veía... Era como si de repente cogiera el control de mis actos otro Dallen. Otro insensato que solo había complicado más las cosas. «¡JODER!».

Me incliné para recoger la bayeta que había caído al suelo y había dejado su marca en toda la pared.

«Me estaba volviendo loco.»



Apenas pude trabajar con normalidad el resto de la mañana. Por suerte ese día era un turno corto. Acabé de recoger y lo dejé todo impecable para que nadie pudiera decirme nada más. Mi paciencia se había agotado y no quedaba ni un solo hueco para más tonterías.

Subí a mi Vespa azul con la ira aún en mis venas, pero con la mente más clara. Desde el accidente con Sebastian no me atrevía a coger la moto estando enfadado. Aunque últimamente me lo ponían difícil.

Llegué al hospital ligeramente más calmado. Las chicas de recepción me saludaron al verme salir del ascensor:

—¡Qué coincidencia! Hoy Sebastian tiene día de visitas. —Enarqué confuso una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Que su amigo ha venido a verle.

—¿Qué amigo? —pregunté clavando las dos manos en el mostrador. La chica se tensó al darse cuenta de que pasaba algo malo.

—Sigue en la habitación... Ha dicho que te conocía...

La dejé con la palabra en la boca y salí disparado hacia su habitación con el corazón golpeándome feroz en el pecho.

—¡Tienes que firmar! —escuché que gritaba mientras me alejaba.

—¡Al salir!

Abrí la puerta de un golpe y no me sorprendió ver aquella figura sentada en la butaca al lado de Sebastian. Algo dentro de mí lo sabía, lo temía. Temía el día que volviera a aparecer. Con su sonrisa oculta bajo ese bigote ridículo.

—Hombre, Dallen. Cuánto tiempo.

—¿Qué haces aquí? —Arqueó las cejas, pero no relajó su sonrisa.

—¿Así es como saludas a un viejo amigo? ¿Dónde están tus modales? —Apreté los puños con fuerza para reducir mis ganas de abalanzarme hacia él y romperle aquella sonrisa de un puñetazo.

—¿A qué has venido? —El hombre descruzó sus piernas y se levantó de la butaca. Se acercó a la ventana y perdió su mirada en ella.

—Unos pajaritos me han dicho que mi hija ha vuelto y vengo a asegurarme de que vas a mantener la boca cerrada. —Se giró hacia mí y su sonrisa volvió a elevarse—. Sebastian está a un paso de perder la vida. ¿No crees? —Tragué saliva y cerré mis dedos en un puño, para intentar ocultar el pánico que me había producido aquello.

—¿Qué es lo que quieres realmente de ella? —Sus cejas se juntaron en una y su risa envolvió el eco de aquella estancia.

—No quiero nada malo, Dallen. Solo soy un padre con deseos de que su hija lo perdone.

—¿Y por qué no te creo?

—Porque eres un chico con la mente sucia —sus labios se deslizaron ligeramente hacia arriba—. Es una pena que no colaboraras, tenía las esperanzas puestas en ti, chico.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Él avanzó hasta llegar justo a mi lado, y, apoyando su mano en mi hombro, añadió:

—Van a empezar a pasar cosas. Y si se te ocurre ir con la verdad y contarle nuestros encuentros... Despídete de él. Esta vez de verdad.

Apreté los puños con fuerza y esperé a que cerrara la puerta para soltar un grito de frustración. Todo se estaba complicando.

Y yo que pensaba que se había olvidado de mí y, en cambio... En cambio, me tenía exactamente donde quería tenerme y yo... Yo tenía que volver a mentirle. Hundí mi rostro entre

mis manos y me dejé caer al suelo con un grito que acabaría de romper todo lo que aún no se había roto en mí.

Capítulo catorce

NORA

Aunque lo intentaba con todas mis fuerzas, no lograba concentrarme en clase, no había manera. Era como si mi mente lograra captar el hilo de la conversación del profesor y, al instante, se dejara seducir por el amargo encuentro que había tenido el día anterior y que me atravesaba el estómago cada vez que aparecía.

Por mucho que me hubiera confirmado que no había pasado nada, tenía un leve recuerdo de unos labios, de un beso que me había removido entera. Si no había sido con él ni con Paul, quería decir que había sido con cualquiera. Y eso me aterraba. Me aterrorizaba mucho más que la idea de que fuera Dallen.

Seguía dándole vueltas a esa noche. Intenté recordar si hubo algún momento en el que dejé mi bebida fuera de mi alcance y fueron varios. Me culpé por ser tan inocente, tan descuidada.

—¿Estás bien?

Me giré hacia Jenny, como si me acabara de despertar de un sueño. Paul había salido la noche anterior también y no había venido a clase por la resaca, así que estábamos nosotras dos al final de la clase.

—¿Qué te preocupa? —Dudé un segundo. Quizás ella había visto algo. Pero a la vez me aterraba descubrir la verdad.

—Nada, estoy bien. —Ella arrugó la nariz, no muy convencida de mi respuesta, pero no insistió.

—¡Por cierto! El otro día me encontré con nuestro tutor. —Fruncí el ceño.

—¿Tenemos tutor? —Jenny se encogió de hombros.

—Se ve que los de primero sí. Para orientarnos y esas cosas. Me preguntó si tenía alguna inquietud, bueno yo o alguno de mis amigos, así que le hablé de ti.

—¿Le hablaste de mí?

—Pues claro, de mi círculo eres la única que tiene alguna afición aparte de salir de fiesta.

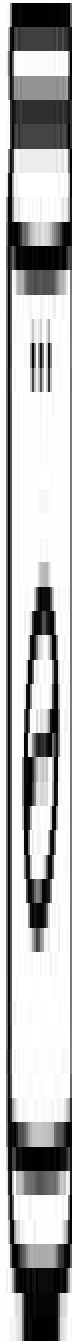
—Mi hobby no es salir de fiesta —dije frunciendo el ceño.

—Lo sé y es una pena —sonrió y bajó la voz cuando el profesor nos envió una mirada amenazadora—. Me ha confirmado que hay un club de fotografía. —Alcé las cejas sorprendida.

—¿De verdad?

—Señoritas, ¿quieren salir de clase y seguir con su charla? —Mis mejillas se enrojecieron y me removí en mi asiento. Jenny me escribió un horario y el aula donde se juntaban en un trozo de hoja y me lo guardé, con un rayito de luz de esperanza en esa mañana tan gris.

Tras terminar las clases, entre toda esa multitud que deseaba salir de allí, me encontré cara a cara con Dallen. Pensé que quizás se le había pasado el enfado y que vendría a pedirme perdón. O al menos a decirme que fuéramos amigos. Pero no. Tras unos segundos de mirarnos en los que apenas no respiré, apartó su mirada con desprecio y desapareció.



Tal como me había prometido, apagué el teléfono y me abracé al cojín del sofá, mientras ponía en bucle el videoclip de «*All too well*» de *Taylor Swift*.

—Estoy empezando a odiar a *Taylor Swift*. —Levanté la vista de la pantalla y vi a Tessa de pie con las manos en jarras sobre sus caderas—. Encima has puesto la versión larga.

—La necesito.

—No, lo que necesitas es despejarte, no regodearte en tu miseria.

—Le he dicho a Paul que me encuentro mal, no puedo salir de aquí.

Tessa me arrebató el mando y apagó la tele. Acto seguido desapareció, para volver con una cerveza.

—No pienso emborracharme —le advertí al verla llegar.

—Tranquila, para ti traigo café —arqueé las cejas y me reí por primera vez en una semana.

Me incorporé para hacerle un hueco en el sofá:

—¿Crees que he hecho bien?

—Eso no puedo decirlo yo. Aunque lo que sí puedo decirte es que nos sorprendiste a todos, Norita. —Le dio un sorbo a la cerveza y siguió—: Y no viste la cara de Dallen. Por un momento pensé que iba a tirar la puerta abajo. ¿Qué se te pasó por la cabeza?

—No lo sé. Solo pensé en lo que me dijiste de un clavo saca a otro clavo... —Tessa arqueó las cejas en mi dirección de nuevo.

—Me refería a un rollo de una noche. No a comprometerte.

—No me he comprometido.

—Te ha faltado poco. —Me miré los dedos de los pies.

—Pensé... Pensé que, si lo intentaba con Paul, no tendría que preocuparme por Dallen. Pero solo he conseguido que me odie y que yo no deje de pensar en él.

—Dallen no te odia.

—Da igual. Estoy hecha un lío y no dejo de pensar en si he hecho bien.

—Bueno, si insistes, añadiré que... —Subió las piernas encima del sofá y siguió—: Paul no te moja las bragas como lo hace él.

—¡Tess!

—Ahora me dirás que es mentira. Dallen crea incendios y Paul... —soltó una carcajada y paró para darle otro sorbo a la cerveza, aún riéndose, añadió—: Paul es capaz de devolverte la virginidad solo con mirarte.

—Eres mala... —musité intentando ocultar mi sonrisa.

—No soy mala, solo pongo en palabras lo que demostrasteis en la pista de baile. —Me congelé. No podía ser. Él había dicho que no había pasado nada, me lo había asegurado dos veces.

—¿Qué pasó? —pregunté. Tessa pareció sorprendida.

—¿No te acuerdas?

Negué con la cabeza y mentí para no tener que explicarle mi teoría del vaso. Al terminar cogió aire, llenándose los pulmones y lo dejó ir con un largo bufido.

—Qué «no» pasó.

—Tess, no me asustes.

—Os devorasteis la boca en medio del local. Un poco más y Leo os da el reservado.

Y en ese instante, como si las palabras de Tessa fueran una llave de una cerradura debajo de mi memoria, me vinieron a la mente las imágenes borrosas de esa noche: sus labios, sus manos y mi confesión. «¡Oh no!».

—Me besé con Dallen —repetí atónita mientras Tessa asentía lentamente.

—Bueno, quizás estoy exagerando un poco —confesó bebiendo otro trago—. Pero os besasteis seguro, y con chispas. Como la vez del bosque. —Mis ojos estaban a punto de salirse de mis cuencas. Dallen me había mentido.

—Me dijo que no había pasado nada.

—A ver... —Tessa rodó sus ojos—. A su favor diré que no pasó nada del otro mundo, pero el beso intenso moja-bragas, ahí estuvo.

—Dormimos juntos —repetí aún en *shock*—. No sabes si... —La mirada de Tessa se endureció.

—No pasó nada, Norita. Fue lo primero que le preguntó Leo cuando tú te fuiste a hablar con Paul. Estaba cabreadísimo.

—¿Leo?

—Hombre, claro. Después de todo, no quiere que te haga daño. Y él insistió en que solo había venido a traernos y que tú le habías suplicado que durmiese contigo.

—¿Que yo qué? —Escondí mi rostro entre mis manos avergonzada. Y la risa de Tessa volvió a inundar el salón.

—Sí, Norita, sí. —Levanté la mirada avergonzada y añadió—: Así que, enfriando todo su calentón por tener a un piconazo como tú en la misma cama y no poder ni tocarla, intentó dormir sin éxito alguno.

—Eso te lo estás inventando.

—Sí. Pero seguro que no voy desencaminada —añadió con otra risa.

—Entonces, ¿eso qué significa?

—Que, respondiendo a tu pregunta inicial: Sí. La has cagado y liado.

—Tú me dijiste que no le diera una segunda oportunidad.

—¿Y desde cuándo me das la razón? Lo único en lo que estoy segura ahora es de que te has tirado en plancha a los brazos de Paul para autoboicotearte la posible relación con Dallen.

Tragué saliva y me quedé absorta, recordando sus manos, sus labios, sus celos, su expresión cuando le confesé que lo quería, y el calor y la seguridad que me habían dado su cuerpo. Y lo entendí. Entendí lo que quería decirme aquella noche, entendí que él quería una segunda oportunidad tanto como en el fondo la quería yo. Y que, con esa decisión, la había tirado por el suelo.

—Es Dustin —soltó Tessa al leer un mensaje que había recibido—. Me dice de vernos.

—Pensaba que después de lo de la última noche no habías querido saber nada más de él. —Tessa asintió y tecleó algo rápido en su móvil antes de volverlo a dejar sobre la mesa.

—Solo es un rollo, pero el otro día me confesó que se ponía tan nervioso al hablar conmigo que le pedía consejo de qué decirme a su hermano.

—¿Quién es su hermano?

—Ni idea.

—¿Cuántos años tiene su hermano?

—Pues juraría que dijo que diecisiete. —Solté una carcajada tan grande que me hizo escupir parte del café que acababa de beber.

—O sea, te has pillado por la labia de un chico de diecisiete, pero te besas con su hermano de veinticinco. —Tessa me lanzó uno de los cojines, que esquivé a la perfección y el teléfono volvió a sonar.

—Mira, parece que te ha escuchado —comentó divertida—. Dice que va a traer a su hermano a

la fiesta del viernes.

—¿Qué fiesta?

—Leo se ha empeñado en ir a un *karaoke*.

—Mira que bien, así podrás escuchar a uno mientras te morreas con el otro.

—Alguien está aprendiendo demasiado rápido.

—Tengo a la mejor maestra.

Capítulo quince

NORA

—Jenny, no estoy muy segura de esto... —murmuré cuando llegamos al pasillo solitario.

Las clases habían terminado y en el campus solo quedaba la gente que dedicaba ese tiempo a estudiar o a los clubs, y mi nueva amiga se había empeñado en llevarme a rastras al de fotografía, donde ahora mismo se habían reunido todos en una de esas reuniones que, según tenía entendido, hacían cada quince días.

—No seas tonta, es tu oportunidad.

—Pero hoy están todos juntos, quizás tendría que ir a buscar al presidente y... —Jenny frenó en seco y colocó ambas manos encima de mis hombros.

—¿Es tu sueño?

—Creo que sí, bueno...

—Con más razón. ¿No me dijiste que te habías ido a Londres para empezar a hacer las cosas que querías hacer sin miedos? —Tragué saliva y asentí.

—No es tan fácil.

—¡Claro que no lo es, boba! —Soltó mis hombros y me sonrió—. No cambiamos así como así solo con una decisión. Quién piense eso es un idiota. En nuestro camino hay retrocesos, hay caídas, hay piedras. Lo importante no es eso, lo importante es tener la meta clara y seguir. Te cueste un día o veinte. Pero seguir.

Abrí los ojos y me quedé muda. Y ella aprovechó mi silencio para tirarme del brazo y colocarme delante de la puerta con el cartel del club enmarcado al lado.

—¿Qué vas a hacer? —Cogí aire y alcé la mano hasta el pomo.

—Entrar, pesada. —No la miré, abrí la puerta y lo último que noté de ella fue unas palmadas en la espalda antes de desaparecer.

Las cabezas de unas seis personas se giraron inmediatamente hacia a mí y yo maldije no haberle rogado a Jenny que me acompañara al menos el primer día. La sala no era muy grande, pero estaba abarrotada de pósteres por colgar, cuadros, fotografías y aparatos que ni reconocía.

—¿Sí? —preguntó una chica con el pelo lleno de trencitas pequeñas con algunas de colores.

—Venía a preguntar por el club...

—¿Estás interesada? —preguntó la chica que estaba a su lado, que era prácticamente idéntica a la que había hablado con la única diferencia que ella tenía su pelo rizado y corto suelto.

—La verdad es que sí. —La chica de las trenzas dio una palmada y se levantó en seguida para acercar otra silla al círculo que habían creado en medio de la sala.

—Soy Shanon, la vicepresidenta. Como has podido averiguar ya, esta es mi gemela, Mane. —Su hermana rodó los ojos y levantó la mano para saludarme—. Amber es la secretaria —una chica de gafas redondas y nariz pequeña me sonrió— y Eli nuestra tesorera.

Me senté justo al lado de ella y aproveché para estrecharle la mano.

—¿Y nosotros dos qué? —Me giré hacia mi derecha donde había dos chicos sentados. El que había hablado era el que estaba justo a mi lado. Tenía la nariz aguileña y los ojos oscuros y señalaba al chico que estaba casi acostado en la silla, con los brazos sobre el pecho en una

postura un poco chulesca—. Discriminación por ser chicos.

—Vosotros no tenéis ningún cargo, podéis presentaros vosotros mismos —contestó la vicepresidenta.

—Voy a quejarme al presi.

—Tú mismo.

—¿Quién es el presidente? —pregunté, atrayendo de nuevo las miradas de todos.

—Se llama Christopher, y es uno de los nuevos profesores. El año pasado teníamos otro, pero se fue sin despedirse siquiera.

—Como ves, le dolió —agregó su hermana con una mueca.

—No es eso, es que parece que este club no le importe a nadie.

—El nuevo está bastante involucrado —replicó la chica de las gafas, llamada Amber.

—Sí, ya lo ves. Otra reunión en la que no aparece.

—Bueno, bueno, qué tal si intentamos crearle una buena impresión a la nueva integrante... — La chica que estaba a mi lado frunció el ceño al mirarme—. ¿Cómo te llamas?

—Nora, Nora Evans.

—Tú vas a primero, ¿no? —Me preguntó el chico que parecía pasar de todo. Afirmé—. Ya decía que me sonabas. Vamos juntos. —Arquéé las cejas porque no lo recordaba en absoluto.

—Sin duda eres fácilmente olvidable —rio Shanon y los demás se unieron a sus risas, mosqueando al pobre chico.

—Bueno, si quieres luego te explico en detalle el funcionamiento del club, pero hoy íbamos a votar por el taller del mes. Tenemos la opción de que vengan a darnos una *masterclass* de edición de fotografía o... de revelado tradicional en el laboratorio de fotografía.

—Ya hicimos revelado el mes pasado —se quejó el chico a mi lado.

—Bueno, pero la práctica hace al maestro.

—También podríamos hacer una salida —agregó Amber—. No hemos hecho ninguna todavía.

—No podemos hacer todo, no con la mierda de horarios que tenemos. ¿Os recuerdo que esta reunión tendría que haberse celebrado la semana pasada?

Aunque solo eran seis, hablaban tan alto como si fuera un grupo de veinte. Y, por extraño que pareciera, aunque estaba rodeada de seis extraños que no se ponían de acuerdo, me sentía bien. *Nota mental: Agradecerle a Jenny ser más pesada que Leo y Tessa juntos.*

La puerta se abrió de golpe y todos callaron de repente. Me giré y lo primero que hice fue cruzarme con los ojos de aquel hombre que, de todos los alumnos, solo me miraba a mí.

—Nora, ¿verdad? —Me sorprendió tanto que supiera siquiera mi nombre que me alcé de la silla para asentir—. Tu amiga me habló de ti, pensaba que vendrías antes.

Un nudo se me creó en el estómago con aquellas palabras mientras el presidente se acercaba a nosotros y dejaba una cartera gris encima de una de las mesas.

—Buenas a todos. Veo que ya habéis empezado.

—No sabíamos si ibas a venir.

El hombre sonrió de lado y se hizo un sitio al lado de la chica de trenzas que acababa de hablar.

—Disculpad mi ausentismo. Pero os prometo que a partir de ahora voy a poder estar más por vosotros. Ya he terminado de cuadrar lo que me impedía centrarme.

Me pareció que decía aquello mirándome directamente a mí y me estremeció. No sé qué tenía ese hombre, pero algo en él me hacía sentir respeto y sumo cuidado. De repente la calma y familiaridad que había sentido minutos atrás había quedado un poco disuelta con esa aparición.

Por suerte la primera impresión quedó enterrada cuando me quedé a solas con él y con Shanon, para que me explicaran todo el funcionamiento del club sin los demás integrantes delante. Christopher nos había animado a hacer una salida de fotografía para tener material suficiente en el caso de que se llegara a hacer una exposición. Todos los del club saltaron de alegría incluso cuando advirtió de que no había nada seguro, pero fue suficiente para calmar esa tensión del ambiente.

Cuando me despedí de ellos dos y salí de la facultad, me encontré a Paul esperándome en uno de los bancos. Cogí aire y me acerqué a él.

—¡Has tardado! —Sus brazos me acercaron a él y posó sus labios encima de los míos en un beso rápido.

—Sí, me he quedado un poco más.

—¿Vamos a cenar? —preguntó ofreciéndome su mano con una sonrisa—. Me muero de hambre.

Miré su mano extendida e intenté respirar con calma, contando como me habían enseñado para que mi corazón no se acelerase. Tenía que hablar con él, tenía que ser sincera.

—¿Vamos? —insistió.

Tenía que terminar con aquello. Pero entonces vi su mirada dulce, su sonrisa agradable y mi mano actuó por iniciativa propia hasta entrelazarse con la suya.

—Vamos.

Y es que Jenny tenía razón en una cosa: Solo los idiotas creen que una vez encuentras tu camino, este va a ser siempre cuesta abajo y liso. Nada más lejos de la realidad: de mi realidad llena de piedras, curvas y bosques que tenían toda la intención de que me perdiera en ellos. Otra vez...

Capítulo dieciséis

NORA

—¿Cuál quieres cantar? —Tessa me plantó la carta de canciones delante de los morros, haciéndome aterrizar de golpe de mi mundo.

Me había vuelto a quedar absorta entre mis pensamientos y mi ansiedad por culpa del aviso de Leo antes de salir de casa; no había tenido mejor idea que soltar que había invitado a Dallen, pero que no le había confirmado nada. Y aquello me mataba, porque, por un lado, mi cuerpo sentía la extraña necesidad de volver a verlo, y por el otro... Por el otro estaba Paul, que se había acoplado al plan y sin duda la combinación de ellos dos era lo último que deseaba ver esa noche.

—No pienso cantar —me negué, apartando esa carpeta de mi cara.

Habían inaugurado un *karaoke* estilo a los de las series coreanas de los que empezaba a ser fan Leo. Y se había empeñado en ir, con nosotras o con quien fuera —como había demostrado invitando a todo el mundo—. La sala estaba en el primer piso, y era una habitación pequeña rodeada de sofás con una mesa en el medio y una pantalla en la pared del fondo con unos micrófonos inalámbricos y una pantalla para seleccionar las canciones.

—Podemos cantar algo juntos —Paul se sumó a las insistencias de Tessa.

—¡Qué idea tan genial! —Ladeé la cabeza y miré a Tessa con mi mirada más amenazante.

—No voy a cantar.

El sonido de la puerta al abrirse cortó la conversación, dando paso a todos los invitados. Incluido a Dallen, que no solo había venido, sino que lo había hecho con Jenny, Dustin y... Me giré de repente hacia Tessa, abriendo los ojos como platos. Si a mí se me había cortado la respiración, a ella le había dado un cortocircuito. Estaba totalmente pálida con los ojos tan abiertos que temí por ellos.

Tragué saliva y me acerqué a su oído:

—¿Ese es el hermano? —Tessa asintió lentamente mientras el chico pecoso de pelo castaño se sentaba justo delante.

—¡Tú! —exclamó el susodicho cuando la reconoció.

—¿Os conocíais? —preguntó Dustin a su lado, confuso.

—¡Es la loca del aeropuerto!

Todos centraron la mirada en Tessa, que estaba roja como un tomate. Pero, tal como esperaba de ella, no dejó que aquella situación la dominara y saltó en su defensa:

—¡Estampaste tu coche contra el mío! —El chico abrió los ojos—. ¡¿Qué querías, que te diera mi número de teléfono para otro choque?! —Las carcajadas de Dustin rompieron el incómodo momento justo en el momento en el que entró Leo con una bandeja llena de chupitos.

—Estás loca —sentenció el chico.

—Y tú eres un riesgo para la sociedad.

—No puedo creer que haya estado ayudando a mi hermano contigo.

—Y yo no puedo creer que puedas coordinar más de dos palabras en una frase, viendo lo que haces con el volante.

Cogí un chupito de la bandeja y lo puse delante de sus ojos para calmarla y distraerla antes de

que matara al pobre chico:

—Mira, Tess. Creo que son de melocotón. —Parecía que mi estrategia funcionaba, porque Tessa había destensado su mandíbula. Pero el hermano parecía tener el deber de decir la última palabra.

—Haz caso a tu amiga y relájate un poco, loca. —Y ese fue el momento en el que vi arder los ojos de Tessa.

De fondo sonaban las voces de Leo y Jenny destrozando la canción de «*Summer nights*» de *Grease* cuando mi cuerpo decidió, por iniciativa propia, interponerse entre ella y el chico desconocido —que sin duda quería morir— en el mismo instante en el que Tessa lanzaba por los aires el interior de su vaso, derramándolo por toda mi camiseta. Escuché las risas del hermano y la mirada de terror de ella en mi escote.

—¡Lo siento!

—Tranquila —le contesté, pero ni siquiera me escuchaba, porque había vuelto a meterse en otra discusión culpando al chico de lo ocurrido. —Salí de la sala y busqué el baño con la mirada hasta que lo encontré al final del pasillo.

—Ten —la voz de Dallen me sobresaltó. Se había acercado a mí con un puñado de servilletas de papel en la mano—. No sé si ayudarán mucho, pero... es algo.

—Gracias —musité sin poder apartar la mirada de sus ojos. En ese instante dejé de sentir la humedad en mi pecho, solo podía pensar en la confesión de Tessa y en mis labios pegados a los de él. Hasta me pareció recordar su sabor como si me estuviera besando en esos instantes.

Puso la mano en la puerta para entrar de nuevo, pero lo frené:

—¿Ya me hablas? —Sus dos ojos verdes me miraron de nuevo y, para mi sorpresa, las comisuras de sus labios se alzaron con una media sonrisa que me paralizó el cuerpo, la razón y todos mis sentidos.

—Creo que no soy capaz de dejar de hablarte. —No me había dado cuenta, pero mi mano ya no sujetaba mi camiseta, sino que sujetaba el borde de la suya. Y no lo soltaba.

—No quiero que dejes de hacerlo.

Mi mente estaba perdida en aquellos ojos y en aquel aroma a champú que me embriagaba. Dallen tragó saliva y colocó su mano encima de mi sujeción. Una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo desde su roce hasta las puntas de mis pies.

—¿Qué tal si dejas de ligar con mi novia? —«Mi novia». Lo había olvidado. Había olvidado a Paul. Había incluso ignorado que se había levantado para ir al baño hacía más de veinte minutos.

Dallen se deshizo de mi mano.

—Solo la estaba ayudando —masculló Dallen molesto.

—Pues para eso ya estoy yo.

—¿No puede tener amigos?

—No con tus intenciones.

—¿Y qué intenciones son esas?

—Ya sabes cuáles son. No te hagas el bueno.

Paul apretó los dientes y me rodeó la cintura con sus brazos en un gesto que no me gustó para nada. Dallen me miró una última vez antes de dar media vuelta y entrar de nuevo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Paul en otro tono, mucho más relajado.

—Tessa me ha tirado la bebida por encima —contesté con la voz entrecortada.

—¿Quieres ir al baño? —Negué con la cabeza.

—Ya está. Entremos.

Lo primero que hice al entrar fue buscarlo con la mirada, pero no me la devolvió. Yo, en cambio, no pude apartarla de su rostro. De sus labios curvándose al escuchar a Leo y de su risa cuando Jenny contó algo que les hizo reír a todos. Estaba encantada en un hechizo del que no podía salir ni queriendo. Y menos aún cuando sus ojos volvieron a encontrarse con los míos. Tenía que acabar con esto.

Pero antes de que pudiera dejar de mirarlo, antes de que pudiera mirar a Paul, antes de que pudiera abrir la boca, los labios de Paul se estrellaron contra los míos con fuerza. Y aquello sí que pudo destruir nuestro contacto visual.

—Paul, para...

—¿Por qué? —susurró, volviendo a acercar sus labios a los míos.

—Aquí no... —supliqué, girando la cabeza para que el segundo beso solo rozara la comisura de mis labios.

—Pero soy tu novio, tengo derecho a... —Y justo cuando su cabeza volvió a acercarse, Tessa me rescató de allí tirándome del brazo.

—Norita, nos toca —gritó mientras me alejaba de él.

—Tess, no quiero cantar.

—¿Prefieres que te deje donde estabas? —susurró para que nadie nos escuchara. Negué con la cabeza y acepté el micrófono.

—Venga, vamos a olvidar un poco a esos idiotas.

Aunque los demás habían cantado desde su asiento, a mí me había obligado a quedarme de pie al fondo. Con todos prestándonos atención. Tess empezó a cantar antes de que yo me diera cuenta de que la canción había empezado. Tragué saliva y la intenté seguir sin apartar la vista de la pantalla que había encima de la mesa con la letra, no quería ver si alguien me miraba. No quería ver los ojos de Dallen de nuevo, no después de lo de antes. Y sabía que me estarían mirando.

—«*But if you think you wanna try. Then consider this an invitation to kiss my ass goodbye⁴...*».

Tessa chocó las caderas con las mías y me hizo girar debajo de su brazo para soltarme. La miré y me reí mientras cantábamos el estribillo con una sonrisa en el rostro. Una sonrisa que me desapareció al mirar hacia el frente. Una sonrisa que se me clavó en el corazón en el momento en el que vi a Dallen sentado en el sofá con Jenny en su regazo, besándolo. No sé si la canción había acabado, o si Tessa seguía cantando, o si Paul me seguía mirando. Pero me dio igual. En ese instante todo me dio igual.

Una presión fugaz me oprimió el pecho con fuerza, como si me robaran todo el aire de un golpe. Me sentía como un astronauta en medio de espacio al que han dejado sin oxígeno. Y ni siquiera lo pensé: Salí disparada de aquella sala que se me estaba haciendo cada vez más pequeña, claustrofóbica.

—¡Norita! —Tessa me agarró del brazo y me arrastró hasta la salida. En ese instante, al sentirme rodeada por aquella magia de ciertas personas que te hacen sentir como en casa, dejé que las lágrimas que había retenido rodaran por mis mejillas y acabaran en el pecho de Tessa.

—Soy una idiota.

—No eres idiota, Norita.

—Sí, lo soy, lo he hecho todo mal.

—Si acaso, los dos lo sois —añadió Leo con una sonrisa.

Sollocé y escondí mi rostro en su pecho de nuevo, mientras sentía las caricias de los dos

apaciguando mis miedos.

—Está claro que yo tenía razón.

—Y quizás deberías dejar a Paul —añadió Leo a mi lado.

—¿Por qué no lo intentas con Dallen? —preguntó mi amiga—. Ignorando la estúpida razón de que yo te dije que no lo hicieras. —Salí de mi escondite y miré a Tessa tras decir aquello.

—Porque tengo miedo.

—¿Y qué puede pasar? —preguntó de nuevo—. ¿Qué te rompa el corazón? Ya lo hizo una vez y no te fue tan mal después de todo.

Apreté los labios y me aparté de ellos. Pensaba que la noche no podía ir peor, pero me equivocaba.

—Jenny me cae bien, no quiero meterme. —Leo puso los ojos en blanco.

—Jenny está como una cuba y cada vez que viene al club se va con uno distinto; créeme, no está enamorada de Dallen.

Tessa puso su mano encima de mi hombro, obligándome a mirarla y añadió lo que a mí me daba miedo pensar:

—Dallen la está besando por despecho, porque te ha visto con Paul. Pero en tus manos está en que se quede solo en un beso y no en nada más.

—¿Qué quieres decir?

—Ay, canija, parece que hayas nacido ayer —contestó Leo con una risa. Pensar en aquella posibilidad me dolió aún más que el beso.

—Antes tengo que aclarar las cosas con Paul.

—Pues vas a tener suerte —añadió Tessa. Me giré hacia donde señalaban y pude ver al susodicho avanzando hacia nosotros con mis cosas en sus manos y cara de pocos amigos.

—¿Quieres que nos quedemos? —preguntó Leo en un susurro.

—No —negué con la cabeza—. Tengo que hacerlo sola.

Capítulo diecisiete

DALLEN

Jenny se apartó de mí y me miró con una sonrisa traviesa en los labios:

—Creo que ha funcionado.

—¿Era necesario comerme la boca para eso? —Se dejó caer a mi lado y bebió de su copa.

—¿No has visto su cara? —Aquello le divertía, en cambio yo no sabía cómo sentirme.

«¿Por qué mentir?, no sabía ni qué narices estaba haciendo y por qué me había dejado llevar por las ideas de esa chica». Después de aquel encuentro surrealista en la cafetería, nuestras charlas se volvieron habituales aquella semana. Hasta que me vi envuelto en su plan perfecto para liberar a Nora de Paul y que yo pudiera darme cuenta de que en realidad estaba por mí.

Sí..., creo que toda la idea surgió cuando le solté, por enésima vez, que Nora ya me había olvidado y sepultado debajo de un bloque de hormigón. Y ella insistió en demostrarme que no era así.

Miré de nuevo hacia la puerta por la que había desaparecido Paul y pensé en salir a ver qué estaría pasando fuera.

—¿Puedes dejar de discutir con ella? —El chico mazado llamó mi atención. A su lado, su copia menos mazada y con la cara plagada de pecas, cruzó sus brazos por encima de su pecho. «¿Qué les pasaba a esos tres?».

—Es que no sé cómo te puede gustar. No es tu tipo.

El mazado se encogió de hombros y añadió:

—Toda la que tenga tetas es mi tipo. Para tirármela qué más da. —Aquello me sacó de mis casillas. Ya me había dado cuenta de que aquel tipo era un idiota, pero Tessa me caía bien y no pensaba tolerar que un tipo como ese se la llevara a la cama.

Me incliné hacia adelante, apoyando mis brazos en mis rodillas y, con la mirada fija en él, lo llamé:

—Tú, «musculitos» —los dos chicos se giraron hacia mí al instante—, la chica de la que habláis es de las mejores chicas que conozco. Y créeme si te digo que no estás a su altura y menos con la inteligencia emocional de un zapato. Así que hazle un favor a ella y a todos y lárgate.

—¿Y quién me va a obligar? —Se puso de pie, amenazante. Los tipos como él me ponían enfermo, solo sabían dialogar con sus puños. Arqueeé las cejas. Lo que menos me apetecía ahora mismo era tener que lidiar con otro idiota.

Antes de que pudiera abrir de nuevo la boca para ponerlo en su lugar, la puerta se abrió y mi cabeza se giró casi al instante, provocándome un latigazo en el cuello. Pero no había rastro ni de ella ni de Paul. Solo eran Tessa y Leo. «¿Estarían aún fuera?».

Hice el amago de levantarme, no obstante, la mano de Jenny me apretó la rodilla, impidiéndomelo.

—No salgas. Espera a que venga ella. —Su mano abandonó mi rodilla y volvió a centrarse en el cigarro que se estaba liando.

—¡Tú, no me ignores!

—Me había olvidado de ti. —Me giré hacia el simio que parecía que le había descolocado que alguien no respondiera a sus provocaciones, pero Tessa se interpuso entre nosotros.

—¿Ocurre algo?

—No, nada —contesté mirando divertido la expresión de aquel chico—. Dustin ha compartido con nosotros lo que más le atrae de ti. Pregúntale, que te lo cuente y nos reímos. Tessa arqueó las cejas, confusa. Pero enseguida expulsó los pensamientos para coger la mano de Jenny.

—¿Podemos hablar un segundo?

—¡Claro! —Jenny me miró y me guiñó un ojo. La muy puñetera tenía razón. Dustin se había largado murmurando algo como «no vale la pena» y el parado de su hermano se había quedado a mi lado en silencio.

—¿No bebes nada? —pregunté para romper un poco el hielo. Y, por qué mentir, para intentar ocupar mi mente y mi impulso de ir tras Nora.

El chico me miró como si me hubiera equivocado al hablar con él. Aún no sabía de dónde había sacado la fuerza para gritarle a Tessa con lo poca cosa que parecía ahora.

—Tengo diecisiete años —contestó—. No puedo beber.

—No he dicho que tenga que ser alcohol. Sus ojos se agrandaron como si le acabara de solucionar el misterio más grande de su corta existencia y le ofrecí mi copa.

—Prueba, no lleva alcohol.

—¿Nunca bebes? —Me reí al escucharlo.

—Si supieras...

Había bebido tanto estos últimos meses... Pero había decidido dejar de hacerlo en cuanto la volví a ver. Había decidido dejar de hacer muchas cosas de las que hacía para no pensar en nada, para no pensar en lo que había perdido, para no pensar en Sebastian. Me había pasado casi todas las noches con la cabeza ida intentando llenar un vacío que era imposible de llenar.

Leo apareció con un par de copas más y se sentó a mi lado, exhausto. Al poco rato volvió Tessa y, para mi sorpresa, acompañada por Dustin. El tiempo pasaba y mi impaciencia se iba agrandando. No veía ni rastro de Nora y temía que se hubiera ido.

—Voy al baño —me excusé y desaparecí de allí mientras Jenny destrozaba una canción que adoraba.

Había decidido contarle toda la verdad. Me había cansado de ocultarle cosas y de esconder mis malditos sentimientos. Después de ver su reacción no tenía nada que perder. Lo intentaría una última vez y, si me rechazaba, me daría por vencido.

Fui directo a la parte de abajo, donde era un bar normal y corriente, por si encontraba a Nora y Paul teniendo algo más de intimidad que en la minúscula sala de *karaoke*.

«¿Podía contarle toda la verdad?». Solo tenía que pedirle al estúpido de ese chico que me dejara hablar con ella un momento. Y ya. Se lo contaría todo y rezaría para que no le pasara nada.

Al pensar en ese hombre gris me pareció ver su reflejo al fondo de la sala. Pero eso era imposible, no podía estar allí ni de coña.

Enfoqué mis ojos hacia el grupo de personas que estaban sentados en los sillones del fondo, al lado de los baños. Y mi ceño se frunció cuando sus ojos negros se toparon con los míos. Era él. Sin duda. Pero parecía distinto... Se había afeitado y su sonrisa perfectamente blanca no se escondía detrás de su bigote. De ese modo parecía mucho más joven. «¡Maldición!».

Busqué rápido a Nora con la mirada, pero no la vi por ningún lugar. Lo que sí vi fue como ese mafioso se disculpaba con la mano del resto del grupo y empezaba a andar hasta donde me

encontraba yo, en perfecto estado de *shock*.

—Qué sorpresa verte —la comisura de sus labios se alzaron en una sonrisa, pero no la acompañaron sus ojos—. He visto que vuelves a tener contacto con Nora. Qué casualidad. ¿No?

—¿Cómo sabías dónde estaba?

—Ha sido una coincidencia, chico. No te emociones. —Tragué saliva y di un vistazo a mi alrededor para comprobar que nadie nos estaba viendo hablar.

—¿Cómo va lo de no abrir el pico? —continuó.

—Pienso contárselo todo —respondí furioso.

—¿De verdad? —Enarcó una ceja y sacó su teléfono. Tecleó de forma rápida algo que no pude ver y guardó el teléfono de nuevo en su bolsillo— ¿Y qué le vas a decir? —Apreté los puños hasta herirme con las uñas en la palma de la mano.

—Todo.

—Conque todo... —contestó sin hacerme mucho caso. Levantó su brazo y apartó un poco la manga de la camisa para fijarse en su reloj de agujas. «¿Qué narices miraba?».

—No voy a permitir que te acerques a ella. —Pasó unos segundos en silencio observando el reloj hasta que se dio por vencido y volvió a bajar el brazo para enfocarse de nuevo en mí.

—Adelante, cuéntaselo todo. Pero antes de hacerlo, yo haría una llamadita al hospital para comprobar que todo está bien. —Sentí cómo se me helaba la sangre y mi corazón dejaba de bombear.

—¿Qué has hecho?

—¿Yo? —su sonrisa emergió de nuevo—. Yo, nada. Solo quiero que entiendas las consecuencias de tus actos. —Dio media vuelta sin despedirse y volvió a su lugar entre aquella gente que desconocía, no sin antes levantar su copa y brindar en el aire hacia mi dirección.

Saqué mi teléfono y marqué el número de la recepción del hospital. Tardaron un poco en responderme, pero cuando lo hicieron identifiqué a la chica que siempre me atendía.

—Soy Dallen Coleman —me apresuré a decir al escuchar su voz.

—Buenas noches, ¿qué ocurre?

—¿Está Sebastian bien? —El silencio que vino a continuación no me gustó para nada—. ¿Está bien?

—Sí, sí... —respondió por fin la chica—. Un momento, por favor.

Quise gritarle que no me colgara, pero enseguida sonó la música que sale cuando te ponen en espera. «Maldita sea». Empecé a dar vueltas en círculos, nervioso, y en un momento mi mirada se cruzó con la del viejo psicópata que me miraba sonriente desde su sofá.

—¿Sigues ahí? —preguntó la chica después de una larga espera.

—Sí. ¿Qué pasa?

—No te alarmes, está todo bien. Sebastian ha sufrido una pequeña parada cardíaca, pero ha sido poco tiempo y ahora está estable.

—¿Quién se lo ha hecho?! —grité—. ¿Quién ha entrado en la habitación?!

—Entiendo que estés alarmado, pero nadie le ha hecho nada, y está estable, no tienes que... —Sin embargo, la colgué antes de que pudiera acabar la frase.

Capítulo dieciocho

NORA

Paul escondió su rostro entre sus dedos y dejó salir un chillido ahogado de su garganta.

—¿Cómo he sido tan idiota?! —exclamó pasándose las manos por su pelo y desviando su mirada hacia la entrada del *karaoke*.

—Paul, yo...

—¡Calla!

Sus ojos se clavaron en mí de una forma en la que nunca lo habían hecho. Fruncí el ceño e intenté recordar aquel Paul, más bueno que el pan, que estaba a mi lado y que nunca me había reprochado nada. Incluso albergando motivos para hacerlo.

En cambio, el chico que tenía delante, el chico que había viajado hasta aquí para estar conmigo, parecía una persona distinta. Y me asustaba pensar que era por mi error.

—No puedo creer que haya sido tan estúpido como para venir hasta aquí... —Caminaba de nuevo en círculos mientras sus manos recorrían su pelo y su cuello con nerviosismo—. Creía que no querías nada serio por la distancia y porque te habían hecho daño. Pensaba que lo que teníamos era especial, aunque no fuéramos nada. Pensaba que, si te recuperabas, me darías una oportunidad. —Sus pasos pararon de golpe y su mirada, de pupilas dilatadas, se fijó en mí de nuevo, erizándome la piel de la nuca.

—Lo siento —murmuré dejando caer una de las lágrimas que amenazaban desde hacía tiempo en salir—. Paul, de verdad que yo no quería esto...

—Lo sé, Nora. —Su rostro cambió como si de repente toda la frustración se hubiera evaporado, y su mano recogió las lágrimas que habían seguido cayendo por mi mejilla—. Sé que tú sientes lo mismo por mí, pero ese idiota te ciega.

—¿Qué? —Arquee las cejas confundida y sus dedos se apretaron aún más en mi rostro—. Paul, no...

—Él fue tu primer amor, el que te rompió el corazón cuando viniste —su voz sonaba apresurada y sus ojos apenas parpadeaban—. Por eso te confunde, pero no le quieres, tú misma lo dijiste. Tú misma dijiste que al que querías era a mí. —Sentí como el corazón se me encogía en ese preciso instante.

—Paul, hace días que quiero...

—Aléjate de él —me cortó. Mis ojos, que se habían desviado hacia la pared, se clavaron de nuevo en los suyos, que seguían abiertos, ansiosos de algo que yo jamás podría darle.

—No... —Cogí aire y di un paso hacia atrás para alejarme de su contacto—. No puedo alejarme de él.

—¡Claro que puedes! —Su rostro se desencajó y avanzó hasta agarrarme de mi muñeca—. ¡Cuando él desaparezca, podemos volver a ser nosotros!

—¡Suéltame! —intenté zafarme de su mano, pero a medida que lo intentaba, él me agarraba con mucha más fuerza—. ¡Me haces daño! —Su otra mano atrapó el brazo que estaba a punto de empujarlo, y una ola de pánico empezó a emerger de mi interior.

—¡Oye, tú! —los dos nos giramos hacia la voz en un acto reflejo—. Déjala ahora mismo.

Brandon, el socio de Leo, avanzaba en dirección a nosotros con los labios fruncidos y la mirada firme. La presión de los dedos de Paul desapareció y mi cuerpo dio dos pasos atrás de forma involuntaria, intentando apartarse de aquella escena que me había desequilibrado.

Paul me miró con los ojos abiertos, asustado, como si no se hubiera dado cuenta de lo que había estado haciendo hasta ese mismo momento.

—Yo, no sé... —murmuró apartando la mirada de mí para centrarla en algún punto del suelo.

—Creo que es mejor que te vayas —insistió Brandon.

—No, yo... Solo estábamos hablando... Yo...

El socio de Leo se giró hacia mí para comprobar hasta qué punto podía interponerse, pero no reaccioné. No era capaz ni de pestañear.

—Lárgate o llamo a la policía —sentenció al ver como Paul volvía a dar dos pasos en mi dirección.

—Nora, yo...

—Vete. —No sé de dónde saqué la fuerza para pedirle aquello. Ni siquiera estaba convencida de que fuera yo la que había hablado, pero ahora mismo quería alejarme de él.

Paul me dedicó una de las miradas más tristes de la historia y desapareció de nuestra vista casi corriendo. En ese momento, respiré. Respiré como si hubiera estado en un extraño sueño todo ese rato y despertara de golpe. Brandon me tocó el hombro con suavidad para captar mi atención.

—¿Qué haces aquí? —pregunté. Aunque que hubiera aparecido era lo mejor que me había pasado esa noche.

—Leo me había invitado, pero quería pasarme antes por el local —me mostró su blanca sonrisa en contraste con su piel—. Y suerte que no he llegado a tiempo, sino no sé qué hubiera pasado.

—Paul es bueno, no sé qué le ha pasado esta noche. —Aunque sí lo sabía: Yo. Yo destrozándolo todo.

—Creo que no lo conoces tan bien como crees. —Suspiré y me dejé caer en la acera.

—Hoy no es mi día. ¡¿Qué digo?! Desde que volví, todo ha sido complicado. —Brandon se sentó justo a mi lado y envolvió sus rodillas con sus brazos.

—Alguien me dijo una vez que los días malos no existen —contestó con la mirada perdida—. Que son como la imagen de un caleidoscopio, solo hace falta rodarlo para ver algo totalmente distinto.

—¿Y cómo le doy la vuelta?

—No lo sé —me dijo devolviéndome la mirada—. Eso es algo que tienes que descubrir tú.

—No sé si me gusta este consejo...

—Leo me advirtió de eso. —Brandon se levantó y con la barbilla me hizo un gesto hacia una figura que reconocí al instante.

—Quizás tu caleidoscopio del día está hacia esa dirección. —Intenté ocultar una media sonrisa inevitable.

—Creo que tú sabes más cosas de las que parece... —Brandon soltó una carcajada y empezó a andar hacia la entrada.

Me gustaba ese chico. Era de aquellos individuos que no hace falta conocer en profundidad para saber que son buenas personas. Que podías saberlo solo por la sensación que dejan al irse. Y él había conseguido que se desvaneciera el nudo del estómago de la escena anterior.

Brandon desapareció por la puerta y mis ojos se desviaron hacia la silueta que me había señalado antes de irse. Dallen acababa de sacar el casco de su moto y estaba a punto de

colocárselo cuando corrí hacia él.

—¡Espera! —Sus ojos verdes se clavaron en mí con aquella intensidad de la que no me acostumbraría ni en un millón de años—. ¿Te vas?

—Sí...

Otra vez sus respuestas cortas y sus miradas sin pestañear que me cerraban el estómago. Y otra vez aquella pregunta en mi interior que me gritaba: «¿Qué estás haciendo?», y a la que no podía darle respuesta.

—¿Vas a casa de Jenny? —Fue lo primero que me pasó por la mente. Ni siquiera sabía por qué se lo había preguntado, quizás para retenerlo, quizás para que pareciera que no le daba importancia a lo que había pasado, quizás porque simplemente esperaba que me dijera que no.

—¿Por qué tendría que ir a casa de Jenny? —preguntó enarcando una ceja.

Su reacción me pilló desprevenida y empecé a sentirme envuelta en una ola de vergüenza. Mis mejillas empezaron a arder en el instante en el que me arrepentí de haberlo seguido hasta allí. Lo mejor era desaparecer y olvidar aquella noche. Girar el caleidoscopio no era tan fácil como pensaba.

—¿Por qué has dicho lo de Jenny? —insistió, dejando el casco encima de la moto y acercándose más a mí.

—Por nada. —Sus ojos se oscurecieron al ladear la cabeza.

—Claro. Tú nunca te enfrentas a nada, es verdad. —No entendía por qué hablaba con ese tono tan áspero, tan afilado como para herirte solo con el roce—. Cuando llega el momento de la verdad, te vas corriendo a los brazos de otro cualquiera. ¿No te espera Paul en la cama? —Y lo conseguía, porque cuando se trataba de herir a alguien, Dallen era todo un experto.

Apreté los labios para controlar mis ganas de llorar y coloqué mis manos en su pecho hasta empujarlo lejos de mí.

—Solo quería que Jenny se apartara de tus labios para poder hablar contigo. ¡Nada más! —grité—; pero puedes volver con ella ahora mismo. ¡No te lo impido!

Di media vuelta para irme. Necesitaba calmarme, necesitaba irme a casa y olvidarme de aquella noche. Pero antes le diría a Brandon que a veces el caleidoscopio está defectuoso.

Esperaba que no me siguiera, como siempre, pero esta vez me sorprendió y lo hizo. Dejándome atrapada entre él y la pared con un movimiento rápido y ágil.

—¿Querías hablar conmigo? Hazlo.

—No quiero hacerlo.

—¿Por qué no? —Un brillo oscuro recorrió sus ojos—. No tengo a Jenny para que te lo impida. —La ira me quemó en las palmas de las manos.

—He cambiado de opinión.

—Nadie cambia de opinión tan rápido. Ni siquiera yo.

Tragué saliva y lo miré directo a los ojos. Su tono de voz se había relajado, pero su cuerpo seguía en tensión. Su mano derecha abandonó la pared y acarició mi mandíbula con cuidado sin quitar los ojos de encima de su recorrido.

—¿Qué era tan importante que no podía esperar esta noche?

—Nada... —Sus labios se curvaron y la descarga eléctrica que sentía por su contacto desapareció.

—«Nada» no se interpone entre...

—¡Oh, cállate! —mis palabras brotaron de mi boca sin que yo pudiera controlarlas—. ¿Querías tirarte a Jenny? ¡Pues lo siento! Siento haberte fastidiado tu gran plan. —Sus cejas se

arquearon.

—¿Estás celosa?

—¿De quién, de Jenny?

—Estás celosa. —Por alguna extraña razón aquello parecía divertirlo, porque su ceño dejaba de estar fruncido y en su lugar las comisuras de sus labios empezaban a elevarse. Sus cambios de humor tan repentinos aún me provocaban dolor de cabeza.

—¡Deja de decir eso!

—Admítelo y dejaré de hacerlo.

—No seas infantil. —La sonrisa de Dallen se amplió y se acercó mucho más a mí. Tanto que estaba segura de que él solo respiraba el aire que había entre los dos y a mí me dejaba sin oxígeno.

—Estás celosa, Nora Evans. Celosa porque querías ser tú la que estaba encima de mí en el local.

—Cállate.

—Celosa porque querías que te besara a ti y no a ella.

Tragué saliva y aquel gesto no pasó desapercibido. Su sonrisa se amplió y sus dedos recorrieron mi labio inferior, provocándome cosquillas que bajaron hasta mis rodillas. Su contacto subió por mi mejilla hasta apartarme un mechón de pelo detrás de la oreja. Erizando toda mi piel a su paso.

—Dilo.

—¿Quieres que te diga que estaba celosa? —Mi corazón latía tan deprisa que era incapaz de pararlo.

—No —contestó acercándose hasta que dejé de mirarle a los ojos. Solo podía fijarme en sus labios que ya no me sonreían—. Quiero que me pidas que te bese.

Su nariz rozó la mía y sentí la electricidad pasar a través de aquel contacto, hasta recorrerme todo el cuerpo. Sus labios estaban a apenas unos milímetros de los míos, y aquella ínfima distancia me estaba matando por dentro.

Sin pensarlo, me dejé llevar y me incliné un poco hacia delante para besarlo, pero él fue más rápido y se apartó el espacio justo para evitar que nuestros labios se tocaran.

—Dilo —susurró casi rozándolos con astucia.

—Claro que quiero que me... —Apenas había terminado de formular mi respuesta cuando sentí el calor y el chispazo de sus labios contra los míos.

No era consciente de lo mucho que los había echado de menos, no era consciente de lo mucho que los necesitaba, de lo mucho que los deseaba, hasta ese preciso momento.

Sus manos rodearon mi cintura y me atrajeron hasta pegarme completamente a su cuerpo. Mis labios se entreabrieron, dejando que profundizara aún más aquel beso. Como respuesta, mis manos se enredaron en su pelo y mis pies se pusieron de puntillas para poder besarlo con más intensidad.

Gimió en mi boca y sus labios se separaron ligeramente de los míos. Tuve que controlar mi respiración para no ahogarme. Sus ojos verdes me miraban sin pestañear y su pecho subía y bajaba, acelerado. Sin duda, él estaba tan confundido y agitado como yo.

—Yo solo quería que fueras tú la que me besara esta noche —murmuró acercándose de nuevo a mis labios, erizándome la piel con su aliento—. Esta y todas las noches desde que te volví a ver.

Y, con aquella confesión, mis labios volvieron a los suyos con más fuerza. Con mucha más

intensidad. Sus manos subieron hasta mi cuello para acercarme a su rostro y las mías recorrieron sus brazos hasta rodear su cuello y perderse en su pelo de nuevo.

Noté el frío de la pared del edificio en mi espalda y su cuerpo se apretó aún más al mío, si es que eso era posible. Sentía como todo mi cuerpo quemaba y a la vez pedía más de él. Sus manos bajaron de mi cuello hasta mi cintura y se colaron por debajo de mi jersey fino, erizándome toda la piel.

—¿Quieres venir a mi piso? —solté sin pensarlo dos veces. Ni una, en realidad, hablaban mis ansias de tenerlo de nuevo para mí.

Sus ojos se cerraron de golpe, como si hubiera dicho algo que le hubiera hecho recapacitar, y se apartó de mí, pasándose las manos por el pelo. Y en ese momento me arrepentí de mi pregunta.

—No es que no quiera, créeme... —sus labios se apretaron y su mirada se desvió hacia la moto, que seguía con el casco encima del asiento—, pero me has pillado mal..., tengo que ir a un sitio.

—Déjame acompañarte.

Sus ojos se agrandaron y no sé si le hizo ilusión o fue presa del pánico. Porque no respondió inmediatamente y tuve que acercarme de nuevo a él para que reaccionara.

—Déjame acompañarte. Sea donde sea... —Sus ojos se clavaron en los míos, dubitativo—. Por favor.

—Está bien —murmuró después de suspirar—, pero ponte esto.

Se acercó hasta la moto y me colocó el casco azul que estaba en el asiento. Él cogió otro, mucho menos seguro que el que me había puesto a mí, ya que solo le cubría la parte de arriba, y me hizo un gesto con la barbilla para que me subiera detrás de él.

Me apreté la correa del casco y pasé mi pierna por encima del asiento, apoyándome en su hombro. Nunca me había subido a una y tenía que admitir que los nervios me estaban traicionando un poco.

Antes de arrancar, Dallen se giró como pudo hacia mí. Y, con una media sonrisa, añadió:

—No hagas contrapeso, déjate llevar.

Tragué saliva, intentando bajar la bola que se me había creado en la garganta al pensar en todo lo que podía hacer mal y, sin estar preparada, arrancó. Mis brazos rodearon su cintura con fuerza y me enganché a su espalda para no caerme. Iba demasiado deprisa, o al menos aquella era la sensación que tenía yo.

—Abre los ojos. —No me había dado cuenta de que estaban cerrados hasta ese instante.

—¡Vas muy deprisa! —dije mientras me apretaba más a él.

—¡Pero si vamos a cincuenta! —su voz sonaba risueña y tuve la necesidad de abrir los ojos para observarlo. Su mano derecha soltó el manillar y acarició las mías, obligándolas a reducir la intensidad con la que lo apretaban—. Me encanta que me abrasces, pero... me voy a quedar sin respiración como sigas así.

Solté un poco la presión y me incorporé lo suficiente como para ver el reflejo de su sonrisa en el retrovisor. Me encantaba esa sonrisa.

—¡Mira al frente! —grité, nerviosa, al ver que sus ojos verdes estaban clavados en mí y no en la carretera.

Su cuerpo se giró ligeramente hacia la derecha y, tal como me había indicado, intenté no hacer contrapeso. Pero mis manos volvieron a apretar su torso por la impresión.

Chillé sin darme cuenta y su risa me obligó a abrir los ojos que había cerrado de nuevo. Y, en ese momento, ocurrió la magia.

Sentí como el aire golpeaba mi cuerpo y, armándome de valor, me separé un poco de su espalda para disfrutar mejor aquella sensación. Cerré los ojos, respiré hondo y los volví a abrir. Una emoción totalmente distinta me recorrió el cuerpo, como si una ola empezara a cubrir todos los poros de mi piel, despertándolos de un sueño profundo.

Me sentía tan viva y libre. Como si de repente todas mis preocupaciones se hubieran quedado en tierra y yo volara. Porque sentía que lo hacía. Sin darme cuenta, de mi garganta salió un nuevo grito, pero esta vez no era de miedo, era distinto, como si fuera de liberación que hizo reír de nuevo a Dallen. «¿Podía una noche durar para siempre?».

Al final, el viaje se me hizo corto, sin embargo, cuando me di cuenta de dónde estábamos, toda la adrenalina se esfumó de golpe. La carretera apenas estaba iluminada, pero pude distinguir el edificio de ladrillos marrones y ventanas negras al que me llevaba antes de estacionar delante de sus puertas.

—¿Por qué me traes al hospital? —Dallen aparcó y con cuidado bajé de la moto, liberando mi cabeza de la presión del casco. No dijo nada, ató el suyo delante y dejó el mío en el compartimiento de atrás.

—Ahora lo entenderás. —Su mirada tenía una pizca de preocupación o de terror, no sabía identificarla, pero no era para nada la que había visto reflejada en el retrovisor—. ¿Sigues queriendo...?

—Por supuesto —le corté. No quería que pensara que me había arrepentido.

Entramos y subimos por el ascensor sin pedir nada a nadie, parecía que se conocía muy bien aquel sitio... Y sin duda lo conocían bien a él, porque hubiese jurado que aquel horario no era uno de visitas.

Al llegar a la planta, una chica joven que estaba de pie al lado de la recepción nos atravesó con la mirada. Aunque, al reconocer a Dallen, su expresión cambió por completo, y hasta me dio la sensación de que contuvo el impulso de levantarse de la silla para recibirlo.

—Sabes que no es horario de visita —le dijo en un tono dulce—, y te he dicho que estaba todo controlado... —Miré extrañada a Dallen, aquella intriga me estaba matando: «¿A quién íbamos a ver?».

—Necesito verlo con mis ojos —suplicó a mi lado—. Por favor..., nos iremos enseguida.

La mujer apretó los labios sopesando si era correcto o no dejarnos entrar, y yo recé para que lo hiciera. Llegados a ese punto, necesitaba saber a quién habían ingresado allí. Dio un vistazo a su alrededor, después miró la hora y con un suspiro, nos dejó pasar.

—Yo no he visto nada.

—Gracias.

—Diez minutos, Dallen.

—Necesito cinco solo. —Dallen entrelazó sus dedos con los míos y me indicó para que lo siguiera.

Mi corazón latía en mi garganta. «¿Dónde me llevaba?».

Su cuerpo tembloroso se paró delante de una de las puertas blancas y, cogiendo aire, la abrió. Pero la que quedó helada en el marco de la puerta fui yo; Sebastian estaba postrado en la cama rodeado de cables y tubos. Pálido y mucho más delgado, dejando que una máquina respirara por él, manteniéndolo con vida.

Mis ojos se inundaron de lágrimas y caminé hacia su cuerpo sin pensarlo.

Capítulo diecinueve

DALLEN

No sabía qué esperaba al llevarla allí, ni siquiera me lo había planteado. Había actuado otra vez por impulso. Quizás quería alargar el tiempo de estar con ella o quizás no quería enfrentarme a esto solo: que alguien estuviera a mi lado si mis peores pesadillas se hacían realidad... Qué mentira más grande, no quería a alguien a mi lado, la quería a ella.

Por eso no sabía qué esperar. No me había dado tiempo. La miré de reojo para no intimidarla y la vi congelada, al lado de la puerta, con sus dos ojos brillantes fijos en Sebastian. Tragué saliva y me dejé caer en la butaca, nervioso por si me había equivocado al llevarla allí.

—¿Desde cuándo? —Suspiré y clavé mis ojos en ella.

—Desde mi cumpleaños.

—¿Por qué no me lo contaste? —Solo era la segunda pregunta y ya no tenía una respuesta que darle.

—Era... complicado.

Desvié mi mirada al rostro irreconocible de Sebastian. El monitor seguía marcando sus pulsaciones con normalidad y aquello me alivió un poco. No podía creer que el malnacido de ese hombre hubiese sido capaz de arrebatármelo.

Los pasos de Nora se pararon justo a mi lado para sujetarle la mano a Sebastian. Creo que ese fue el mejor significado de «parar el tiempo» que ha existido nunca. Fue como si su presencia mejorara aquel lugar, como si le diera un nuevo sentido a aquella sala y la llenara de luz. Y lo mejor era que lo hacía sin ni siquiera intercambiar una palabra, sin ni siquiera sonreír ni darme ánimos. Solo su mera presencia era capaz de iluminarme la vida.

No hubo más preguntas. Se limitó a cogerle la mano y mirarlo hasta que la recepcionista nos vino a buscar.

—Querías saber qué he estado haciendo estos meses, ¿verdad? —Nora me miró, con esos ojos brillando con la luz de la luna y asintió—. ¿Quieres que te lleve a casa...? —Me puse nervioso. Me sentía tan vulnerable que temblaba solo de pensar que me pidiera que la llevara a casa. «Por favor, que diga que no».

Desvió la mirada hacia el casco que colgaba de sus manos y pareció dudar. Tragué saliva y esperé.

«Por favor, que diga que no».

Subió su mirada con firmeza.

—Quiero saberlo todo.

—Entonces, sube. —Me coloqué el casco y subí a la moto.

Cuando el olor a mar nos envolvió a ambos, apagué el motor y las luces. Se me hizo un nudo en la garganta cuando se sacó el casco y me di cuenta de que tenía los ojos rojos. Mi mano se deslizó por voluntad propia hasta secarle una pequeña lágrima que le rodaba por la mejilla. Su cuerpo se estremeció.

—Cuando volví a casa, después del accidente, descubrí que Sebastian me había comprado esta moto como sorpresa. Supongo que quería regalármela al final del día. —Le aparté un mechón rebelde de la frente y seguí—: Esa noche vine aquí por primera vez desde hacía años. Desde la última vez que vi un amanecer con mi madre.

Llené mis pulmones de aquella humedad salada y dejé los cascos sin atar encima de la moto, teniendo la confianza de que nadie los robaría.

—Desde entonces vengo aquí a... —Hice una pausa al ver cómo empezaba a caminar por su cuenta hacia el faro que iba iluminando todo nuestro pedazo de mundo y susurré—: A pensar.

Saqué dos latas de café helado que había comprado en el hospital sin que me viera y la seguí.

Nora se había apoyado en el muro que rodeaba el faro, en el que yo me sentaba siempre solo. En el que me había sentado con mi madre antes de que muriera. Aquello me dio una punzada en el corazón.

Me acerqué a ella y, de un salto, me subí a su lado. El silencio reinó entre nosotros de nuevo. Compartíamos aquel momento como si fuera un viejo amigo sentado entre nosotros dos. Similar a los de nuestro comienzo, a los que yo necesitaba cuando vaciamos la casa de mis abuelos, a los trayectos en los que, a pesar de apenas hablarnos, me sentía tranquilo. Ese silencio tan nuestro.

—¿Qué pasó?

Sus labios dejaron ir aquella frase como si se hubiera escapado de sus pensamientos. Me giré hacia ella y pude ver cómo sus ojos brillaban de nuevo, luchando contra sus lágrimas. Sus mejillas estaban ligeramente rosadas y sus labios volvían a estar apretados, estaba seguro de que estaba intentando reprimir sus ganas de llorar de nuevo. Y aquello me rompió por dentro. Quería abrazarla, quería besarla y que llorara en mi pecho. Pero algo me mantenía fijo en mi sitio.

—Estaba ofuscado con lo del juicio, aunque eso ya lo sabes... —Nora asintió. Claro que lo sabía, en ese momento aún hablábamos—. El día antes de mi cumpleaños Sebastian me obligó a desconectar y pasar un día con él.

Apreté los dedos en el borde del muro al recordar lo ocurrido. Aún me consumía el sentimiento de culpa que me acechaba cada vez que recordaba ese día.

—Yo estaba enfadado, no quería desconectar. Quería tenerlo todo atado y que no fallase nada, quería... —callé antes de confesarle que no quería pensar en ella porque los celos por la distancia me corroían por dentro—. Pero ya sabes cómo es Sebastian...: Imposible decirle que no.

Su cabeza se giró y sus ojos impactaron contra los míos. Por un instante me olvidé de lo que estaba diciendo, así que carraspeé y aparté la vista para concentrarme de nuevo.

—Conducía yo. Me despisté y un coche nos arrolló en un cruce. —No la vi, pero noté cómo aguantó la respiración por unos segundos.

—¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó con la voz temblorosa—. Hubiese vuelto, Dallen. Hubiese estado contigo. No tenías por qué pasar por esto solo. ¿Por qué te alejaste?

—No lo sé, Nora. —Pero sí que lo sabía—. Supongo que porque me di cuenta de que hago daño a todas las personas a las que quiero. Por mi culpa, por mis malas decisiones, todos acaban mal y no quería... —cerré los ojos y bajé el tono de voz a casi un susurro—, no quería que te pasara nada.

No podía mirarla. No podía soportar todo ese dolor que había mantenido alejado. A raya.

—No fue tu culpa.

—Sí, sí lo fue.

Mi tono de voz se elevó y pasé mi mano por el pelo, para intentar controlar mis emociones.

Leo había hecho lo mismo cuando se enteró; repetirme incansablemente que no era mi culpa. Pero ni él ni Nora entendían nada, porque no sabían toda la verdad. Solo la sabía yo y era un peso que me había hundido hasta lo más profundo del pozo. Obligándome a alejarme, a separarme de ellos, a hundirme en mi propia miseria hasta que regresó.

—¿Por eso desapareciste? ¿Por qué creías que me pasaría algo a mí también si estaba contigo?

Mis ojos se clavaron en los suyos y el roce de su mano sobre la mía calmó un poco la tormenta que se estaba originando dentro de mí. «¿Por eso desaparecí?».

Sí... Fue por eso, aunque en ese momento ni siquiera me di cuenta. De repente me vi rodeado de una oscuridad tan intensa que hubiese sido imposible mantener mi promesa ni queriendo. Miré sus ojos, con ese brillo capaz de reflejar la poca luz de aquella luna creciente, y volví a ver al hombre de mis pesadillas en ellos.

—Me convencí de que era mejor para ti no tenerme en tu vida. —Su mirada se endureció.

—No tenías derecho a decidirlo.

Solté una risa ahogada. Me reía de lo estúpida que era aquella situación, de lo absurdo que había sido pensar que algo entre nosotros dos podía ser diferente. Porque allí estaba de nuevo, jugando con las ganas de besarla y mis verdades a medias, otra vez. Repitiendo los mismos errores que la habían obligado a alejarse de mí.

«¿Hay personas destinadas a no estar juntas? Porque si existían, seguro que estábamos entre ellas».

—¿Y por qué cambiaste de opinión? —preguntó tras otro silencio.

Ladeé ligeramente la cabeza, nervioso, y le dediqué una media sonrisa un poco fingida antes de responderle lo más sincero que le había dicho hasta ahora:

—Porque volviste. Y no puedo controlarme cuando estás cerca. Pensaba que podría, pero no.

Sus labios se entreabrieron y tuve que contener mis ganas de volver a besarlos. Para enfriar un poco el ambiente, y mi cuerpo, salté del muro y recogí las latas de café que había dejado en el suelo.

—Las he cogido en el hospital —dije al darle una. Sus ojos se iluminaron y la aceptó con una sonrisa que le llegaba hasta las orejas. Era la primera vez que la veía sonreír desde que habíamos entrado en el hospital.

—Te... —los dos nos miramos al instante con los ojos abiertos— adoro.

Se apresuró a rectificar y yo no pude evitar sonreír cuando sus labios se apoyaron en la boca de la lata con sus mejillas encendidas. Me gustaba pensar que aún seguía siendo capaz de provocarla de ese modo.

—Lo siento —murmuré dando un sorbo a aquel café, apoyando mi espalda en la piedra, mucho más cerca de ella de lo que estaba sentado—. Siento haber desaparecido todo este tiempo.

—¿Vas a volver a hacerlo?

—No, si tú no me lo pides.

Aunque no se lo había contado exactamente todo, creo que nunca me había abierto tanto con alguien como lo acababa de hacer aquella noche estrellada. Por eso esperaba una respuesta a aquello. Pero no decía nada, ni una palabra, seguía sin mostrar indicios de ningún sentimiento.

«¿Dónde habían quedado los besos apasionados al salir del local? ¡Maldición! ¿Por qué no decía nada?».

Si no fuera porque la seguía escuchando respirar, hubiera pensado que se había congelado. Tragué saliva y me pasé la mano por el pelo, intentando calmar mis nervios. Pero ella seguía sin dar señales.

Los recuerdos del reciente beso me perseguían a la misma velocidad que lo hacían los recuerdos de su confesión al idiota ese. La duda me corroía de nuevo. «¿Qué narices había significado ese beso? ¿Y si le preguntaba directamente?».

No. Tenía que darle su espacio. Tenía que darle su tiempo. Quizás había sido una mala idea traerla hasta aquí arriba. Quizás había sido una mala idea dejarla entrar en mi vida de nuevo.

«Maldición».

Fui a dar un sorbo del café para quitarme esos malditos pensamientos de la cabeza, pero la lata estaba vacía y me había quedado sin nada para distraerme. «Joder. La espera me estaba matando...».

—Este sitio me recuerda al acantilado donde nos llevó Leo. —Di un brinco al escucharla hablar—. Me acuerdo de que esa vez nos confesaste que la última vez que habías visto un amanecer había sido en un sitio como ese.

—Sí... —Tanto rato esperando a que hablara para contestar eso.

—¿Has dicho que era este?

—Sí. —Me giré hacia ella y me coloqué casi enfrente. Aunque escondí mis manos en mis bolsillos para ocultar el nerviosismo que me corroía por dentro.

Sabía que tenía que dejar de mirarla, pero no podía. No tenía ni idea de que pasaría después de esa noche y necesitaba atesorar cada una de aquellas imágenes, de aquel momento, como si fuera el último. Quería recordar el brillo de sus ojos mirando el mar, cómo se movía su pelo, revuelto por el casco de la moto en el momento en el que una brisa de aire nos envolvía. Y cómo sus labios dibujaban una sonrisa tímida al darse cuenta de que la estaba mirando. «¿Estaría mal besarla?».

Tenía miedo de preguntarle por Paul. Tenía miedo de preguntarle sobre nosotros, porque tenía miedo de que me dijese lo que no quería escuchar. Que se quedara todo en esa maldita noche. Sus ojos me miraron de nuevo y su sonrisa desapareció.

—¿Es injusto que te diga que me hizo daño no saber de ti?

«Maldita sea, lo que hacía con mi cuerpo con unas simples palabras no era normal».

Nora dijo aquello bajando su mirada hacia sus botas, que levantaba y volvía a bajar de forma acompasada. Tragué saliva y me acerqué un paso a ella:

—Igual de injusto que te diga que, desde que te vi, no he pensado en otra cosa que en volver a besarte.

¡Aquella! Aquella era la expresión que quería volver a ver: Sus ojos sorprendidos, sus mejillas sonrojadas y sus labios entreabiertos buscando una respuesta rápida a mi confesión.

Pero estaba cansado de esperar y dejé de escuchar a mi cerebro. Coloqué mis manos alrededor de su cuerpo, sobre esa fría piedra y acerqué mis labios a escasos centímetros de los suyos. Mi respiración se aceleró antes de inclinarme un poco más y besarla. Sus labios respondieron al instante mientras sus manos agarraban el cuello de mi chaqueta, acercándose más a su cuerpo. «Joder, no quería que aquella maldita noche agri dulce acabase».

Sus piernas se separaron dándome permiso para entremeterme entre sus muslos y mis manos acariciaron su cintura hasta llegar al inicio de su falda. «¿Estaba mal desearla tanto? ¿Incluso sabiendo que estaba con otro? Porque seguía con él, ¿verdad?».

«Joder, ahora no quería pensar en eso. Ahora solo quería pensar en ella». En cómo su cuerpo se acoplaba al mío con aquella perfección. En cómo sus manos se deslizaban por mi pelo mientras su lengua bailaba con la mía.

—Dallen... —escuchar mi nombre en un jadeo me encendió por dentro de una manera

inexplicable.

Pero, con miedo de que me estuviera pidiendo espacio, me separé un poco de ella antes de preguntar casi en un susurro:

—¿Quieres que pare...? —«Por favor, que diga que no. ¡Que diga que no!».

—No quiero, pero... —Suspiré y apoyé mi frente en la suya. No quería que eso acabara. No quería que se separase de mí. Quería que esa noche fuera interminable.

—Paul —contesté, resignado.

Ella asintió y yo dejé que mi alma cayera un poco más abajo. Tenía tantas preguntas que quería hacerle, pero no me atrevía a decirle nada. Lo único que pude hacer fue separarme de su imán y decirle:

—Te llevo a casa.

Capítulo veinte

NORA

—Te pongo en situación —Tessa apareció delante de mí cuando cerré la puerta de casa—: Leo me dijo que estás con fiebre a punto de morirte. He venido a casa corriendo.

—¿Dónde has pasado la noche?

—Eso da igual —se apresuró a decir—. Lo importante es que no estabas.

—Había ido al club.

—¿Con cuarenta de fiebre? ¿Y todo el día?

—El presidente tenía que darnos una buena noticia.

—Pues espero que sea un seguro médico gratuito si les has pasado esto a todos. —Rodé los ojos y dejé mis cosas encima de la mesa antes de arrastrarme hasta el sofá.

—Nos ha invitado a una exposición de fotografía. Y estoy bien.

—¡Y un cuerno!, mírate. ¿Cómo me voy a trabajar yo ahora? —Hice un esfuerzo descomunal para mirarla, seguía de pie, pero más cerca.

—Sabes que Leo no lo aceptará como excusa.

—¿Seguro que estarás bien? —Tessa me volvió a dar un vistazo, con las llaves en la mano, ligeramente preocupada.

—Ve a trabajar, solo es un resfriado.

La noche con Dallen me había pasado factura y había regresado en forma de resfriado cinco días después. En todo ese tiempo no había contestado a las llamadas ni mensajes insistentes de Paul y lo único que había sabido de Dallen era que estaba teniendo problemas con su piso, o eso había dicho Leo cuando le había preguntado por qué pasaba tantas noches ahí.

—Llámame si me necesitas.

—Sí, «mamá».

Ni siquiera me di cuenta de que Tessa cerraba la puerta. Mi mente estaba absorta en el mismo lugar donde había estado durante esos cinco días: no había dejado de pensar en esa noche. En Sebastian, en como Dallen había vuelto a comérselo todo sin compartir la carga. Pero en lo que más había pensado era en sus labios, encima de los míos, en sus ojos recorriéndome el cuerpo con aquella ansia, en sus manos, dándome aquella calidez tan impropia de alguien que parece de hielo.

La notificación de mi teléfono me hizo pensar en que seguramente era Tessa, preguntándome por enésima vez si iba a estar bien, pero me equivocaba. En su lugar ese mensaje fue capaz de provocarme el mismo vértigo que sube por la garganta cuando subes a una montaña rusa.

Dallen:

Leo me ha dicho que no te encuentras bien. ¿Qué te pasa?

Cuando quise darme cuenta, estaba sonriendo y contestándole como si no hubiéramos estado cinco días sin hablar. Como si el dolor de cabeza no existiese o él fuera mi panacea.

Yo:

Culpa de alguien que me llevó al huerto sin ropa de abrigo adecuada.

Por un segundo me arrepentí de escribirle aquello. Lo había hecho sin pensar, embriagada por lo que me hacía sentir. El final de la noche había sido extraño. Me había despedido de él con la mano, mientras él no se había bajado siquiera de la moto.

Tenía que solucionar el tema con Paul antes.

Su estado pasó a «escribiendo» y creo que dejé de respirar durante aquella espera eternamente breve.

Dallen:

Ese alguien es un perverso.

Dallen:

Un perverso con suerte.

Mi corazón dejó de latir con ese nuevo mensaje. «¿Cómo era posible que un simple mensaje fuera capaz de ponerme el estómago del revés?».

Antes de que pudiera contestar, otro mensaje suyo hizo de las suyas con mis emociones.

Dallen:

¿Te importa si voy a verte?

Iba a contestarle que sí cuando el timbre del piso me impidió hacerlo. Salté del sofá y abrí la puerta de entrada, sin esperarme que la persona que estaba delante de mí fuera él. Precisamente él.

—¿Qué haces aquí?

Paul me dedicó una sonrisa tímida y entró en el piso con una bolsa entre las manos, sin darme tiempo a reaccionar. Al menos esperaba que en la bolsa llevara café, porque se había terminado.

—He traído sopa y vino. —No. No era café.

—¿Sopa y vino? —Arquee las cejas y lo observé mientras dejaba un envase de una tienda de comida para llevar y una botella de vino blanco sobre la mesa.

—Jenny me ha dicho que estabas enferma. Por eso la sopa. ¿Has cenado?

Lo que me extrañó más no fue su explicación, sino que abandonó el bote de sopa y llevó la botella con dos vasos a la mesita del sofá. Empezaba a dudar si realmente el tarro era de sopa o estaba vacío.

—¿Qué estabas viendo? —«¿En serio?».

Salí de mis pensamientos intrusivos y avancé hacia él hasta sentarme a su lado en el sofá, rodeada de mi manta. No me gustaba para nada que se hubiera presentado de esa forma, sin avisar, pero no lo culpaba. No le había dejado otra opción al no contestarle los mensajes ni llamadas.

—«*Quiéreme si te atreves*».

—No sabía que te gustaban las películas extranjeras.

—Y no me gustan.

Aquella era la primera película que vi con Dallen y me encantó, aunque fuera una película de lo más extraña. Aunque no sabía si me gustaba por la trama o por el recuerdo de aquella noche.

—¿La vemos? —preguntó sacando el tapón al vino.

El móvil se iluminó de nuevo y lo cogí al vuelo antes de que Paul pudiera ver de quién se trataba. Porque mi cuerpo lo sabía mucho antes de que pudiera leer su nombre.

Dallen:

¿Estás bien? ¿O tengo que ir a rescatarte?

Suspiré, al final no le había enviado mi respuesta y parecía que me hubiera arrepentido de algo. Pero no era así, lo que más quería en ese momento era que Paul se evaporara e intercambiara su cuerpo con él.

Yo:

Paul está aquí.

Vi que escribía, pero dejó de hacerlo sin enviar absolutamente nada. Suspiré y dejé el móvil boca abajo encima de la mesa.

—Paul, tenemos que hablar. —Su cuerpo se tensó a mi lado. Aunque no me miró, yo no quise retrasar más esa conversación pendiente.

No tenía ni idea de qué quería hacer con Dallen. Ni siquiera de lo que él sentía de verdad por mí. Pero lo que sí tenía claro era que no podía seguir mintiéndole a Paul.

—Lo siento —murmuró sin mirarme—. Sé que el otro día te asusté. Había bebido y...

—No es eso —le corté, fijándome en cómo sus ojos apenas pestañeaban—. Te aprecio y te quiero muchísimo, pero...

—¡No sigas! —Paul se levantó y dejó la copa de vino encima de la mesa tras bebérsela de un trago.

—Sí. Tienes que escucharme. —Me levanté y en ese instante se dignó a mirarme.

—No vas a dejarme.

—¿Por qué no? ¿Quieres estar conmigo así?

—Me da igual que sea a medias, si me das una oportunidad me vas a querer. Lo sé por lo que vivimos en Londres. Porque sé que solo tienes que dejar de verlo para que te des cuenta.

—Paul —cogí aire e intenté rozarle la mano, pero la apartó.

—¿No vas a intentarlo siquiera? —Negué con la cabeza con pesar—. Pues nada, en unos meses me vuelvo a mi puta casa y te podrás olvidar de mí, ahora que ya no me necesitas para sobrevivir.

—No digas eso...

—¡Es la verdad! Te molestó que viniera. Y ahora solo quieres deshacerte de mí. ¡Pues vale!

—No, de verdad. Quiero mantener tu amistad. —Sus labios se fruncieron y sus ojos analizaron mi expresión.

—¿Si te pido que hagas algo antes de que me vaya, lo vas a cumplir? —Tragué saliva y él

soltó una risa ahogada—. Lo sabía. Nunca te he importado.

—¡No! —grité al agarrarlo de la manga para que no se fuera—. Dime qué es lo que quieres que haga para que podamos seguir siendo amigos.

Su mirada se enfrió y se zafó de mi agarre.

—¿Lo que sea?

—Lo que sea.

—No quiero que lo intentes con Dallen. No mientras yo siga aquí. No quiero tener que verte tontear con él, besarte con él como si yo nunca hubiera existido. Solo te pido que te esperes a que me vaya. Déjame vivir en mi mentira. Déjame disfrutar de tu amistad unos meses más. ¿No lo harás? ¿Me lo prometes?

No dudé. No podía. No después de aquella petición. Por eso cerré los ojos un instante y al volverlos a abrir contesté:

—No lo haré. Te lo prometo.

Capítulo veintiuno

NORA

—Hoy es jueves, ¿verdad?

—Eso parece.

Tessa y Leo se habían acercado hasta la puerta de mi habitación. Me miraban y comentaban en voz alta, como si yo no estuviera ahí, metida en la cama, con la cabeza escondida en la almohada, esperando a que los días pasasen y lo de la noche anterior se quedase en una pesadilla.

—¿Se habrá dado cuenta de que es jueves? —la voz de Tessa sonaba con sorna.

—Vamos a despertarla.

—No —susurró en un intento de pararlo. —«¿De verdad se pensaban que no los oía?».

—Creo que queda café, con eso seguro que se levanta —puntualizó Tessa.

—No quiero café —sollocé, incorporándome de la cama para acabar con aquel teatro. —Tessa abrió los ojos y Leo frunció el ceño.

—¿No quieres café? —preguntó Leo, ladeando la cabeza.

—No.

—¿Café? —añadió Tessa—. ¿El líquido marrón que bebes cada mañana?

—Sigo sabiendo qué es el café, y no me apetece. —Tessa se acercó a la cama y se sentó en ella con las piernas cruzadas.

—¿Qué ha pasado?

Inspiré y me dejé caer de nuevo en la cama como respuesta.

—Canija, ¿quieres hablarlo?

Clavé la mirada en el techo y suspiré. Había tantas cosas que tenía que explicarles que no sabía ni por dónde empezar. Con un suspiro, me incorporé de la cama. No podía dejarme hundir por toda aquella situación, y, aunque quería explicarles toda la verdad, ahora mismo no me salían las palabras.

—Solo quiero no pensar por un día.

—¿Vas a saltarte las clases? —preguntó Tessa, levantándose.

—Sí.

La sonrisa de Leo se ensanchó y a Tessa pareció que se le iluminaba la cara.

—Me dais miedo... —mascullé maldiciendo el momento en el que había decidido no ir a clase. Tessa abrió el armario y empezó a sacar unos tejanos y el primer jersey que encontró.

—Vístete.

—¿Me vais a contar qué tramáis?

Leo había desaparecido de nuestra vista, pero escuchaba como estaba abriendo todos los cajones de la casa, buscando algo de manera desesperada.

Aproveché para dar un vistazo a los mensajes, pero como era de esperar, Dallen no había contestado al mío. Sentí como si me estrujaran un poco más el corazón que apenas me quedaba en el pecho y me vestí. Por un día intentaría no pensar en ese vacío que me estaba consumiendo desde dentro, como un agujero negro en el espacio.

—¡Lo he encontrado! —exclamó Leo desde el comedor. Me acerqué a Leo y me incliné hacia

el mapa que tenía abierto encima de la mesa del comedor. Era un mapa de los que regalan a los turistas con vales de descuento alrededor, aunque este estaba lleno de círculos rojos y anotaciones ilegibles.

—¿Vamos de turismo? —pregunté sin entender qué había marcado en él. Leo subió su mirada hacia mí y volvió a elevar la comisura de sus labios, tal como lo hacía cuando una idea disparatada le pasaba por la cabeza. «Oh, no...».

—¡La ruta de las cervezas! —Tessa aplaudió entusiasmada y yo fruncí el ceño mientras negaba con la cabeza a cámara lenta.

—Pero si son las diez de la mañana —repliqué.

—¡Mejor, canija! Es una ruta larga y se necesita tiempo.

—¿Un jueves?

—Un jueves es el mejor día.

—¿¿Por la mañana?? —volví a preguntar por si no eran conscientes de que el sol había salido hacía poco.

Tessa, que había desaparecido sin que me diera cuenta, volvió a escena con una taza de café en la mano.

—Ten. A ver si te despiertas y dejas de hacer preguntas tontas. —Lo cogí con pesar, aunque no me apetecía, al tenerlo delante me había entrado el ansia y casi bebí media taza de un trago—. Leo lleva queriendo hacer esta ruta desde que empezó con la idea de abrir el local —empezó a explicar Tessa mientras recogía el mapa—. Esperábamos el momento de hacerla contigo.

—Son los sitios con las mejores cervezas de la ciudad —añadió satisfecho Leo—. Venga, apúntate con nosotros.

Los dos clavaron sus ojos en mí, casi suplicando. Apreté los labios y miré mi taza de café casi vacía. Mi otro plan era quedarme en la cama lamentando mis malas decisiones, así que, después de todo, una ruta de cervezas acompañada de dos completos entusiastas del alcohol no sonaba tan mal.

—Está bien. Pero conduciré yo. —Los dos soltaron gritos de felicidad y me arrastraron con ellos hasta el coche magullado de Tessa.

La primera parada fue en un barrio bastante alejado de nuestro piso, donde no había estado nunca. Los edificios eran bajitos, de máximo dos plantas y parecía que estaba mucho menos concurrido que nuestro barrio. Aparqué justo delante de la primera parada que había marcado Leo en el mapa.

Al bajar del coche fijé mi mirada en un mural de un bosque pintado en la pared y no pude evitar fotografiarlo. Christopher nos había avisado de que la idea de hacer una exposición era un poco más real, y quería tener muchas opciones para escoger la perfecta, si se daba el caso.

—¿Estará abierto? —pregunté al hacer la última fotografía a aquellas calles vacías.

—¡Claro que está abierto! —respondió Leo empujando la puerta.

Leo tenía razón y el local estaba abierto, no obstante, apenas había tres personas dentro, aparte del camarero. Lo que me sorprendió de aquel local tan amplio fue la cantidad de surtidores de cerveza que tenían en la barra, pude contar unos once separados por apenas un centímetro de distancia. El sitio era grande y no parecía un bar, se asemejaba más a una tienda de cervezas que a un local de noche.

Nos acercamos a la barra y nos apiñamos para leer la famosa carta de cervezas.

—¿Vais a probarlas todas de todos los sitios? —Tessa estalló en una carcajada.

—Norita, ¿dónde vas?, que yo hoy trabajo.

Leo sacó una libreta donde ya había anotado algo anteriormente y añadió:

—Solo las mejores.

Arrugué la nariz y volví a leer la carta, la verdad era que no entendía nada de cervezas, pero aquellos nombres no parecían de cervezas convencionales.

—Yo voy a probar la «*Roslinepale*» —pidió Leo al camarero.

—Yo la de piña —añadió Tessa decidida.

—¿Piña?

—La piña siempre es una buena opción.

—¿Y tú? —preguntó el camarero mientras servía la primera cerveza.

—Una taza de café.

—¿En serio, canija?

—Vosotros con vuestra adicción y yo con la mía.

Las dos cervezas llegaron tan rápido como se esfumaron en las gargantas de mis dos acompañantes. Tessa me dejó probar la suya y realmente tenía un regusto a piña que no me desagradó del todo. Pero seguía prefiriendo mi café.

—¿Nos vas a contar qué te ocurre? —preguntó Tessa sin tapujos cuando nos trajeron las bebidas. Leo le envió una mirada amenazadora y me hizo volver a sonreír—. ¿Qué? Al menos ahora sonrío.

—Canija, si no quieres hablarlo no te preocupes. Yo mantengo a raya a esta.

Fijé mi mirada en el café y dudé. No por ellos, no por no querer contárselo, es que en ese instante no sabía ni por dónde empezar:

—No sé... —empecé a decir, pero callé de golpe.

—Canija —Leo me obligó a alzar la mirada—, no hace falta. Vamos a disfrutar de un día los tres, después de mucho tiempo. —Asentí y su sonrisa me dio un poco de luz.

—Yo quiero salseo. Leo, ¿nos vas a contar dónde has estado estas noches? —Me pareció ver que se ponía tenso. Sobre todo en el momento en el que sus manos buscaron mi sobre de azúcar vacío y empezó a trocearlo: Estaba nervioso.

—No me digas que te has enrollado con Brandon —insistió Tessa. Leo soltó una risa ahogada que no supe identificar si nos estaba dando la razón o todo lo contrario.

—Me cae bien ese chico —agregué, recordando la noche en la que vino a mi rescate—. Además, se le ve una persona muy madura.

—Claro que es maduro, si te saca como quince años.

—Diez. —Tessa apretó su boca de piñón y arrugó la nariz de nuevo.

—Piénsatelo bien, Leo —soltó Tessa finalmente—. Ya sabes lo que dicen...: «Donde tengas la olla, no metas la po...».

—Otra vez con la misma frase, Tess, no avanzamos —la corté.

—Espero el momento en el que me dejes decirla entera. —Arqué las cejas y los dos estallaron en una carcajada que destensó el ambiente.

—¿Ha pasado algo entre vosotros? —pregunté, volviendo a la conversación.

—¿Recuerdas esa tensión no resuelta entre Dallen y tú que iba a matarnos a todos de una ola de calor? —Envié mi mirada más asesina a Tessa—. Pues algo así les pasa a estos dos. Pero Leo no lo quiere admitir. —Leo volvió a reírse y apartó con la mano los miles de trocitos que había hecho con el sobre.

—Solo nos llevamos bien.

—Sí, y estos dos decían lo mismo y mira la que liaron en el bosque, un poco más y apuntamos

a los bomberos a la fiesta. —Se me cerró el estómago al recordarlo.

—No ha pasado nada con Brandon.

—¿Entonces? ¿Quién es el que te secuestra? —Leo hizo el gesto de cerrarse la boca con cremallera y Tessa resopló.

Tras ese instante pasamos a hablar del club de fotografía, de la vergüenza que me daba intentarlo pero de las ganas que tenía de hacer las cosas porque me gustan y no por lo que pudiera llegar a pensar la gente. Hablamos de Gabin y cómo estaba pensando en venir para Acción de Gracias, y de mi madre y lo extraña que estaba últimamente. No comentamos nada de Dallen, Paul, Brandon ni el descerebrado de Dustin.

Después de seis bares y un poco más de doce cervezas, llegamos a la última parada en nuestro barrio, Leo lo había organizado de tal forma que habíamos empezado la ruta lo más alejado de nuestro piso, para acabar más cerca por si se quedaban sin conductora en la última ronda.

Al menos era consciente de cómo acabaría, no como Tess, que salió del coche y casi se estampó contra una farola. Habíamos parado a comer un par de *frankfurts* que habían devorado tan rápido como se habían bebido las primeras cervezas al mediodía y yo me estaba tomando mi cuarto café del día, descafeinado.

—Leo —soltó Tessa mientras se apoyaba en su hombro—, creo que hoy no voy a ir a trabajar.

—Ni hablar.

—Leo, estoy borracha.

—Pues corre para que te baje.

—Eres un jefe cruel. —Cerré el coche y me los quedé mirando con los brazos cruzados mientras Tessa empezaba a saltar abriendo los brazos en forma de «T» y volviéndolos a bajar.

—Tess, eso no es verdad, el alcohol no se va al hacer ejercicio.

—Es culpa del jefe malvado —respondió, jadeando por el esfuerzo que le había supuesto ese minuto de ejercicio.

—Venga, siéntate un rato aquí.

Nos quedamos un buen rato sentados en la acera, hasta que Tessa pareció encontrarse mejor y entramos al último local. Alcé la mirada hacia el alto techo y me quedé maravillada por la decoración del lugar. Daba la sensación de retroceder hasta la época medieval. Aunque el local no estaba ambientado de esa manera, las grandes mesas de madera, los candelabros colgantes del techo con velas y la madera oscura te transportaban a aquella época.

El camarero nos trajo lo que supuestamente le había pedido Leo a la mesa, aunque me extrañaba que lo hubiera entendido siquiera, porque nos había traído cuatro cervezas de distinto color en una especie de bandeja para bebidas para que no se volcasen.

—¡Salud! —gritó Leo alzando la más negra.

—Venga, Nora, prueba una, ya no tienes que conducir más —añadió Tessa cogiendo otra más clara. —Me reí porque la cerveza daba tumbos en su mano mientras hablaba y ya había empapado media mesa con ella.

—Alguien tiene que asegurarse de que llegáis bien.

—¡Aburrida! —contestó brindando con la cerveza de Leo y derramando la otra mitad.

—¡Borrachos!

—Eso Tess, yo estoy perfectamente —replicó Leo, que, aunque de primeras parecía decir la verdad, sus mejillas sonrosadas lo delataban.

Di un vistazo a mi móvil mientras ellos dos volvían a describir, de forma poco profesional, la calidad de aquellas cervezas. Me había parecido escuchar la llegada de un mensaje, pero solo

habían sido imaginaciones mías. Suspiré y tiré el móvil con despecho dentro del bolso.

—Norita está triste.

—No estoy triste.

—Ya sé, tengo una idea. —Leo se levantó de la silla y avanzó hacia la barra, con una agilidad que me sorprendió, teniendo en cuenta su nivel de alcohol.

Volvió hacia nosotras con mucha más lentitud, con una bandeja pequeña con tres chupitos de color naranja que miraba como si le fuera la vida en protegerlos.

—No es la bebida especial de Sebastian —comentó con una media sonrisa mientras repartía los chupitos naranjas—. Pero son naranjas.

—¿No era la ruta de las cervezas? —preguntó confusa Tessa—. Sssh —Leo la miró muy seriamente y añadió—: Esta bebida sellará nuestros secretos.

—Cada vez te inventas más la frase.

—Vale. ¿Nos diremos todos los secretos? —preguntó Tessa sin quitar los ojos del líquido naranja brillante.

Leo y yo asentimos al unísono.

—Vale... —bebió de un trago el líquido sin esperarnos y levantó la mirada hacia nosotros—. Me he acostado con Ryan. —Leo y yo tardamos unos segundos en reaccionar.

—¿Que te has acostado con Ryan? —repitió Leo.

—¿Ryan, el hermano de Dustin? —Tessa asentía en cada pregunta.

—¿Ryan, el de diecisiete años? —preguntó Leo como si no estuviéramos hablando del mismo chico.

—Sí...

—¿Ryan, el del accidente de coche?

Tessa dejó de asentir y empezó a retorcerse los dedos en su regazo.

—¿El mismo con el que discutías la última vez?

—¿El de las pecas?

—¿El de diecisiete años? —volvió a decir Leo.

Creo que no había parpadeado en todo ese rato. Tessa se ocultó el rostro entre sus manos avergonzada:

—La he cagado —sollozó entre sus manos.

En cambio, Leo estalló en una carcajada que hizo que la pareja que estaba sentada al otro extremo de nuestra mesa se nos quedara mirando.

—¡Hostia, Tess! ¿Cuándo?

—No te va a gustar —contestó saliendo de su escondite con una sonrisa pícaro. La sonrisa de Leo desapareció por completo al entender por dónde iba.

—¿En el local? —Tessa arrugó la nariz y asintió con la cabeza.

—En los baños...

—¡Madre mía, Tessa! ¿Sabes que tendría que despedirte por eso?

Tessa se encogió un poco de hombros y con la boca pequeña añadió:

—Hemos dicho que se quedaría aquí... Hoy eres Leo, no mi jefe dictador.

—Yo no soy un jefe dictador.

—Estoy enferma, no puedo trabajar.

—Estás borracha, no enferma.

—Sí, por tu culpa.

—¿Cómo pasó? —pregunté, todavía asimilando la información—. Pero si os odiabais.

—Ah. Sigo odiándolo —Tessa se aclaró la garganta y siguió—: me lo encontré la noche siguiente. Bueno, a él y a Dustin. Salí a saludarlo y Ryan se puso en medio, me enfadé con él y al abrirme pasó vi como Dustin le estaba aspirando la boca a otra.

—Por fin viste lo que vi yo. ¿Estás bien? —Tessa se rio y me guiñó un ojo.

—De maravilla. Solo era sexo. Pero me enfadé y Ryan me siguió. Le dije que me dejara en paz, él creo que me llamó desagradecida o algo así... —frunció el ceño y subió la mirada, pensativa—, y lo besé.

Miré a Leo que la observaba con las cejas arqueadas.

—Como amigo te diré que liarte con hermanos es lo peor que puedes hacer y como jefe...

—Como jefe me vas a dar el día libre.

—Te voy a cambiar el horario.

—¡Ni lo sueñes!

Centré la mirada en mi vaso mientras los dos seguían discutiendo y me lo llevé a los labios con los ojos cerrados. Sentí cómo sus miradas se clavaban en mí en el momento en el que el líquido me bajaba por la garganta, por suerte era zumo de melocotón.

—Sigo enamorada de Dallen.

—Di algo que no sepamos.

Me obligué a sonreír y seguí:

—He dejado a Paul, pero me ha pedido que no me acerque a Dallen hasta que se vaya.

—¡Joder con el inglés! —soltó Tessa sin dejar de mirarme.

—No puede obligarte a eso —soltó Leo frunciendo el ceño— ¡Con razón no querías salir de la cama!

Apreté el vaso con fuerza y negué con la cabeza.

—Es mi culpa. Yo le mentí diciéndole que lo quería. Dándole falsas esperanzas. Pensaba que podría quererlo, pensaba que no podía estar con Dallen después de lo que me había hecho, pero me equivoqué. —Crucé mi mirada con la de Leo y me quedé allí, viéndome en su reflejo.

—Lo sabes... —murmuró sin que apenas la escuchara Tessa. Yo afirmé y el suspiró.

—Escúchame, Norita, cada persona es responsable de sus actos y decisiones. Que él viniera hasta aquí, no fue tu responsabilidad. —Leo se pasó las manos por el pelo—. Joder, a tu lado lo mío es una tontería.

—¿Con quién te has enrollado tú? —insistió Tessa, volviendo a la conversación del inicio. Mientras Leo daba un sorbo de su vaso.

—He vuelto a ver a Simon.

Tessa y yo nos miramos al instante para acto seguido soltar:

—¿Simon?

Leo suspiró y empezó a rodar el vaso del chupito por la mesa con sus dedos.

—¿Sigues teniendo novia? —Él me respondió que sí con un movimiento pesado de cabeza.

—Nuestro piso está gafado —soltó Tessa a mi lado—. No hay otra explicación, hay un ente que nos posee y nos hace cometer estupideces, si no, no me lo explico.

—Ya sé qué vamos a hacer. Vamos a hacer una escapada nosotros tres, para relajarnos.

—¿A dónde? —Leo sonrió y sacó su móvil para enseñarnos las fotos de una casita de piedra.

—La segunda residencia de mis padres. Ahora mismo no hay nadie.

—Cada día nos sorprendes más, Leo —rio Tessa—. Pero me parece una idea genial. ¡A desconectar de todos esos líos amorosos!

Leo y yo nos reímos y enseguida se sumó Tessa, que parecía que el alcohol le había vuelto a

subir. Y ese momento quedó interrumpido por otro mensaje, pero esta vez no era Paul...

Desconocido:

Siento avisaros con tan poco tiempo de antelación, pero ha habido un cambio de planes y la inauguración de la galería de fotografía es esta noche, ¿Quién sigue queriendo ir?

Tessa miró por encima de mi hombro:

—¿Quién es?

—El presidente del club.

—¿Y te invita a qué esta noche? —Negué con la cabeza mientras le escribía que yo sí estaba interesada en ir y esperaba el mensaje con la dirección y la hora.

—Parece ser que han cambiado la inauguración a hoy.

Los dos me miraron con las cejas arqueadas, pero no cuestionaron nada más. Y yo volví a casa con un poco menos de peso encima, porque todo el mundo sabe que la carga, cuando es compartida, se lleva mejor.

Capítulo veintidós

DALLEN

—¿Eres consciente de que esto no puede seguir así?

Aunque intentaban no alzar la voz, era inevitable no escuchar la voz de Leo a través de aquella pared de papel. Últimamente, él y Simon utilizaban mi piso de picadero, porque su amante vivía con su novia y Leo no quería que las chicas se enterasen de su lío. Y no me extrañaba que se lo ocultara. Conmigo no hacía falta hacerlo porque era el único al que le daba igual lo que opinara.

Reconocí el murmullo de la voz de mi antiguo compañero de piso, pero no pude identificar qué decía. Sin duda él sí que se molestaba en intentar que yo no me enterara de sus embrollos.

—Me da igual que estés confuso, Simon. Llevas hecho un lío desde la vez que nos enrollamos en ese bosque —la voz de Leo se iba alzando a medida que iba hablando—, y yo no puedo seguir tu ritmo. Simplemente no puedo y no me da la gana.

La puerta se abrió de golpe y Leo salió de la habitación resoplando por la nariz. Se dejó caer a mi lado, en el sofá, y sus ojos fueron directos a la pantalla de mi móvil que tenía entre las manos. Intenté cerrar la aplicación del chat, pero fue mucho más rápido.

—Por mucho que vuelvas a mirar el teléfono, si no suena, no hay mensaje.

—No pagues tu mal día conmigo.

Leo bufó y dejó caer la cabeza hacia atrás. En ese momento escuchamos como el agua de la ducha se encendía, dejándonos algunos minutos de conversación sin interrupciones.

—¿Nora te ha comentado algo? —Leo giró la cabeza hacia mí.

—A ver, no tendría que contarte esto, pero...

—Suéltalo ya.

—Esta mañana no le apetecía el café.

—¿Sigue enferma?

—No, se ha recuperado ya.

A esas alturas no sabía qué imaginarme, que nuestra conversación se limitase a aquellos tres mensajes enviados después de aquella noche, era una cosa, pero que no quisiera ni tomar café era otra muy distinta. Algo había pasado y todo me indicaba que el culpable era aquel «panoli» de Paul.

—No, no puedo —pareció arrepentirse—. No puedo contar nada.

—¿Por qué no? —Leo cogió aire y supe que sabía algo más. Algo que no me iba a gustar ni un pelo.

—Lo prometí. La bebida naranja, ya sabes.

—Maldita sea la tradición que os habéis apropiado. —Sus ojos me miraron con pesar y yo ni siquiera lo pensé, cogí de un vuelo la chaqueta, las llaves de la moto y me dirigí hacia la puerta.

—¿Qué narices crees que haces? —Leo me paró antes de que pudiera cruzar el pasillo.

—Ir a verla.

—No puedes.

—¿Por qué no?

—Porque no puedes hacer lo que te dé la gana siempre, Dallen.

Apreté los labios y lo miré. Lo último que había sabido era que Paul estaba con ella y de repente: Nada, ni un mensaje, ni una llamada, nada.

Y encima estaba mal, ella estaba sufriendo y yo solo quería consolarla.

—Tú sabes algo más —le insistí. Sus ojos se abrieron confirmando mis sospechas, pero por alguna razón no quería decírmelo—. ¡Habla!

—No puedo.

—Sí puedes, pero no te da la gana.

—Dallen, cálmate —dejó ir un suspiro sonoro—. Que ganas de que sea ya fin de semana. —Dejé la chaqueta encima del sofá, resignado, y me giré hacia él.

—¿Qué pasa el fin de semana? —Sus ojos se abrieron, mostrándome aquella expresión tan peculiar que solo ponía cuando había hablado de más.

Alcé la comisura de mis labios y lo encaré:

—¿Leo...?

—Nada.

—Leo...

—Que no pasa nada.

—¿Quieres seguir usando mi casa de picadero? —Leo rodó los ojos ante mi pregunta, pero con ese gesto yo ya sabía que estaba a punto de soltarlo.

—Nos vamos a la casa del lago de mis padres, a desconectar de todo.

—¿Quién? —Leo me miró casi suplicándome que lo dejara estar, pero no pensaba hacerlo.

—Yo...

—Ajá...

—Tessa... —Arquee la ceja esperando que dijera su nombre, pero me miraba con los labios fruncidos, como si no quisiera decirlo.

—¿Y Nora? —pregunté finalmente.

—Y Nora —confirmó con un suspiro.

Así que se iban a pasar fuera todo el fin de semana los tres. En la casa de campo de Leo. Los tres. No había dicho Paul. ¿Quedaría muy obvio si preguntaba por él? Aunque teniendo en cuenta mi reacción de apenas unos minutos no tenía nada que esconderle.

—¿Y...? —Me miraba arrugando la nariz mientras yo me debatía en si era buena idea decirlo o no en voz alta.

—Paul no viene.

—Eso me da igual —respondí intentando ocultar una sonrisa.

—Ya, seguro.

En ese momento apareció Simon con una toalla envolviéndose la parte inferior del cuerpo. Con esa imagen casi me daba la sensación de volver al año pasado. Solo me faltaba Nora esperándome envuelta en una fina sábana en mi colchón.

—Leo, ¿podemos hablar? —preguntó él al escucharnos.

Lo miré y vi su preocupación por la bronca que acababan de tener. Si mi radar de emociones no fallaba, estaba a punto de pedirle perdón por décima vez en lo que llevábamos de mes. De repente vi mi oportunidad y no pude evitar sonreír maliciosamente.

—Oh, no —escuché que murmuraba Leo, pero lo ignoré.

—¿Tienes planes para este finde? —Simon se rascó la barbilla, pensativo.

—No..., creo.

—¿Te apuntas a una reunión de antiguos compañeros de piso en la casa del lago de Leo? —

Arqueó las cejas, confuso.

—No pienso que sea buena idea...

—Venga, solo estaremos los del piso, menos Cordelia, claro, ella ha desaparecido del mapa. La sustituye Tessa.

Simon juntó sus cejas en una y Leo se removió nervioso en el sofá de nuevo. «Venga, di que sí, por favor».

«Por favor».

—Y no tenéis por qué mostrar lo vuestro. Solo es una reunión de antiguos compañeros de piso.

—Bueno..., si a Leo le parece bien...

—¡Genial! —Miré a Leo e ignoré la mirada fulminante que me estaba enviando—. ¿Cuándo nos vamos?

Leo esperó a que su amante se fuera del piso para gritármelo:

—¡¿Cómo me haces esta encerrona?! ¿No has escuchado nuestra conversación? —Me encogí de hombros y me pasé la mano por el pelo.

—Tú eres el experto en acoplarse a los viajes, no yo. —Rodó sus ojos y aproveché ese momento para levantarme de nuevo y coger mis cosas.

—¿Dónde vas?

—A ver a Nora.

—¿No te habías dado por vencido?

—Nunca. —Leo suspiró con fuerza, agotado. Por motivos que desconocía había bebido mucho esa mañana y, a esas horas de la noche, estaba ya de resaca.

—Es inútil —confesó—. No está en casa. —Aquello sí que me tomó por sorpresa.

—¿Y dónde está? —Leo se encogió de hombros antes de contestar.

—Se ha ido a una exposición de fotos con su profesor y otro compañero de clase.

—¿Dónde?

—Ni idea, solo sé que era de fotografía.

Me quedé un instante pensando en cómo descifrar dónde estaba. Aunque era imposible sin saber siquiera un nombre. Me di por vencido y me giré hacia Leo:

—¿Vamos a tu local? Necesito desconectar un rato.

—La mejor idea que has tenido hasta el momento.

Capítulo veintitrés

NORA

Por un lado, me apetecía explorar ese camino que nunca me había llegado a plantear, pero por otro volvía a sentir aquel miedo a lo desconocido que pensaba que había superado. La verdad era que nunca había pensado que podía trabajar de algo que hasta entonces solo pensaba que era una afición. Y, sin embargo, allí estaba: de pie, con la mirada fija en la punta de mis botines y las manos en los bolsillos del abrigo más elegante que había encontrado en el armario, esperando a que llegaran.

Pensaba que vendría todo el club, por eso me sorprendió cuando solo aparecieron el presidente del club, el señor Hunter y Mike, el chico pasota que se suponía que iba a mi curso, pero apenas había coincidido con él. Y mejor, porque las pocas veces que lo habíamos hecho me había parecido insoportable; se hacía el gracioso provocando a algunos profesores con preguntas o respuestas impertinentes, la mayoría de las chicas se reían y le subían el ego con miraditas coquetas, pero para mí solo era un inmaduro que retrasaba el ritmo de la clase. Por eso me sorprendió que el único interesado del club fuera él.

—¿Hace mucho que esperas?

—No, presidente —respondí de forma automática. Sus labios se apretaron en una fina línea, arqueando una sutil sonrisa.

—Ya te he dicho que me puedes llamar Christopher. «Presidente» suena demasiado formal.

—Perdone..., Christopher. —Su sonrisa se amplió y al instante clavó su mirada en la puerta de entrada, que se acababa de abrir para dar paso a dos chicos jóvenes.

—¿Entramos?

Aguantó la puerta para que Mike y yo pudiéramos entrar primero y maravillarnos de aquel ambiente. Era una sala blanca bastante espaciosa, con paneles del mismo color que parecían laberintos llenos de fotografías. De repente los nervios se alejaron y el lugar que dejaron en mi cuerpo se llenó de una extraña sensación que no había sentido hasta ese momento: Plenitud.

Me sentía como si acabara de aterrizar en unos de mis sueños. Ese ambiente, las fotografías enmarcadas en las paredes de aquella sala y la pasión de las conversaciones, me hacían sentir como si estuviera en casa. Como si, de repente, hubiera encontrado mi destino.

—Qué pasada, ¿verdad? —la voz grave de Mike me hizo aterrizar de golpe—. ¿Vamos a verlas de cerca?

—Quizás tendríamos que esperar a...

—Está hablando con un hombre en la entrada. —Mi mirada se dirigió a donde indicaba y comprobé que tenía razón—. Nos alcanzará, si eso.

Asentí y lo seguí hasta una pequeña mesa donde habían puesto un poco de aperitivos y copas de champán.

—¿Quieres? —preguntó levantando una de las copas.

—¡No podemos!

—No sabía que eras tan buena chica —contestó Mike acercándose la copa a sus labios—. No estamos en horario estudiantil, toma —volvió a coger otra copa, pero esta vez me la ofreció—.

Te ayudará a calmar esos nervios.

Apreté los labios y centré mi mirada en aquella copa burbujeante que me había puesto delante. No me apetecía, pero, sin saber cómo, me vi a mí misma aceptando aquella copa y acercándomela a mis labios. Sin querer, volví a tener aquella sensación de déjà vu en la que la presión social era más grande que mis propias necesidades. Mike sonrió victorioso.

—Ahora, acerquémonos a las fotografías.

Asentí y lo seguí hasta el mural que teníamos más cerca. En él había un conjunto de fotografías de colores cálidos y quizás fue aquel detalle el que me fascinó. Porque, aunque el título era «vida cotidiana» y las fotografías no tenían nada que ver, desde retratos hasta una fotografía de una taza de café en una ventana, tenían en común algo apenas imperceptible, como si fuera el aura que las envolvía.

—Qué bonita... —murmuré captando sin querer la atención de Mike.

—¿Cuál te gusta más?

—Pues... —Arrugué la nariz mientras repasaba con los ojos las fotografías, hasta clavar la mirada en una de dos ancianos sujetando la misma taza de café—. Creo que esta. Me gusta como capta el amor que sienten el uno por el otro.

—¿Eres de esas? —preguntó sin sacarme los ojos de encima—. ¿De las que piensa que existe una persona para ti?

Lo miré fijamente mientras él rompía el contacto visual para dar un último trago a su copa. «¿Era de esas?».

—No sé si existe una persona para mí. —Me giré para ver de nuevo la fotografía de los ancianos—. Pero lo que sí sé es que envidio a estos dos desconocidos.

—Curioso... —comentó con un hilo de voz.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Crees en el amor? —La risa de Mike irrumpió en la sala y noté que mis mejillas se sonrojaban al despertar la atención de las personas que había a nuestro alrededor.

—No creo en un único amor. Creo en que en el camino que es la vida, nos vamos encontrando a gente que nos atrae y de la que podemos llegar a pensar que estamos enamorados, pero es pasajero. —Mike se quedó un instante parado mirando el mural para acto seguido zarandear la cabeza como si quisiera sacarse algo de ella—. Voy a por otra copa, ¿quieres una?

Negué con la cabeza y lo seguí con la mirada hasta perderlo entre la multitud. Aproveché ese momento para dejar la mía, intacta, encima de una mesa alta y empecé a recorrer los pasillos llenos de arte, como si caminara por un sueño. Dejé de prestar atención a mi alrededor y me centré solo en experimentar todo lo que me provocaban las fotografías.

—¿Te está gustando la experiencia? —una voz a mi espalda me hizo dar un respingo.

—Presidente...

—¿Qué te he dicho, Nora...?

—Christopher. —Su sonrisa familiar volvió a aparecer.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —insistió.

—Es maravilloso —contesté, rompiendo el contacto visual y pasando mi mirada por toda la sala.

—Me alegra ver que al menos a ti te está sirviendo de algo. —Dio un vistazo rápido a Mike, que volvía con otra copa en la mano—. Tu amigo parece más concentrado en el minibar que en las fotografías.

No pude evitar sonreír porque tenía razón. No veía en él una pasión como la que me estaba despertando a mí y me seguía preguntando cómo había aceptado venir a esto si, sin duda, no le interesaba lo más mínimo.

—Ven —ordenó antes de que Mike llegara a nosotros—. Quiero presentarte a alguien.

Sin poderle replicar, lo seguí entre la multitud hasta encontrarme cara a cara con una mujer de unos treinta años, alta y con el pelo ondulado hasta la cintura.

—Enhorabuena.

—Muchas gracias, Chris. —La mujer clavó la mirada en mí, provocando que los nervios volvieran a poseerme y no me ayudaran para nada a no parecer una cría de diez años.

—Esta es Ana, la protagonista.

—No seas así, las protagonistas son las fotos —contestó con una media sonrisa encantadora.

—Son unas fotos preciosas.

—Muchas gracias, ¿me ha comentado Chris que estás interesada en la fotografía?

Asentí, arrugando uno de los pliegues de mi falda con los dedos.

—Tengo que advertirte que no es fácil, pero vale la pena el esfuerzo.

El tono del móvil de Christopher sonó, cortando la conversación y haciendo que de nuevo la gente se girara hacia nosotros.

—¡Chris! —exclamó la chica poniendo sus brazos en jarras.

—Será un segundo. —Y, con un semblante que no había visto nunca en su rostro, desapareció dejándome a solas con la mujer.

—¿Cómo te llamas? —preguntó captando de nuevo mi atención.

—Nora..., Nora Evans.

—Tienes un nombre bonito.

—G-gracias.

—Tengo que atender a más gente, pero me encantaría poder hablar contigo con más calma y darte mis consejos; si quieres, claro.

—¡Por supuesto! —La mujer sonrió ante mi entusiasmo y yo sentí como la vergüenza me invadía el cuerpo.

Mientras se alejaba a hablar con otras personas pensé en que seguramente no hablaríamos, pero no me importaba. El simple hecho de estar allí, rodeada de arte y de personas que lo amaban con pasión, era suficiente.

Volví a plantarme delante de aquella fotografía de los ancianos de la taza de café en la que, sin poder evitarlo, veía reflejado a una versión mía con Dallen. Como si existieran las vidas paralelas y, en otro universo, nuestra historia hubiese salido bien.

Una realidad distinta, donde no nos hubiéramos escondido nada, donde hubiéramos priorizado nuestros sentimientos, donde no existieran chicos como Paul ni obstáculos que sortear. Una realidad en la que nuestros caminos se cruzaran por casualidad y no volvieran a separarse ni con todas las tormentas del universo.

Pero la verdad era que aquella nunca sería mi realidad.

Capítulo veinticuatro

DALLEN

—Nora me dijo que se lo habías dicho —Leo rompió el silencio que habíamos creado desde que nos habíamos sentado en esos sillones de la zona VIP—. Ya era hora. Aunque dicen que nunca es tarde, ¿no?

No supe que responderle. Me sentía enredado, como si tuviera un gran hilo dentro del que era incapaz de encontrar el inicio. Así que me limité a dar vueltas a la botella entre mis dedos mientras Leo seguía interrogándome con la mirada.

—Pasa algo más, ¿verdad? —Leo suspiró y yo frené la botella—. Te conozco como si fueras mi hermano. Suéltalo ya. —Su mirada en mi perfil me obligó a mirarlo.

Estaba tan agotado que, por un momento, me planteé contárselo. Él tenía contactos, o al menos los tenían sus padres, y yo ya no sabía qué más hacer con eso. Me sentía atado de brazos, pies y manos.

—Si te cuento algo... ¿Me prometes que no vas a decir nada?

—Claro.

—Leo, de verdad, no quiero que nadie se juegue la vida. —Leo se removió.

—Me estás asustando. —Cogí aire y di un trago a la cerveza antes de volverlo a mirar.

—¿No querías saber por qué he sido un completo idiota todo este tiempo?

Leo se tensó de golpe y dejó la botella para prestarme atención. No tenía ni idea de qué estaba haciendo, pero no podía más. Se me estaba escurriendo todo entre los dedos y era incapaz de soportar todo ese peso yo solo. Así que empecé el relato desde el principio, desde cómo mi abuelo había querido contratar los servicios de ese hombre, pero se había echado atrás, y cómo había venido a por mí en su entierro. En cómo yo había caído en su trampa, en cómo me había intentado negar pagándole hasta el último de mis céntimos y en cómo no había servido de nada porque estaba en deuda con él y me tenía atrapado entre la espada y la pared.

Y en todo ese tiempo no dijo nada. Solo me escuchó hasta que terminé y me escondí entre mis brazos.

—Si me hubieras contado antes lo que de verdad tramaba ese tipo... —empezó a decir—. Joder, Dallen, era tu mejor amigo.

—Y lo sigues siendo.

—Sí, pero te largaste a tu pozo de mierda sin darme ninguna explicación. Después de todo lo que habíamos pasado —hizo una pausa y me obligué a mirarlo a los ojos, podía sentir la ira reprimida en ellos—. No tenías derecho a apartarme.

—Yo... —empecé sin saber cómo explicar lo inexplicable— me sentía entre la espada y la pared. No podía involucrarte, no podía involucrarla a ella... Y Sebastian...

Apenas podía formular las frases con coherencia, todas esas emociones y recuerdos me atoraban el cerebro. Aún seguía sintiendo la culpa, estrujándome el cuello como si se tratase de una soga. Una soga llena de pinchos que me apretaba el cuello sin piedad.

—¿Ella lo sabe?

—Solo sabe lo que sabías tú hasta ahora. Y cuando quise contárselo, ese psicópata casi mata a

Sebastian de nuevo. Estoy cagado solo de habértelo contado a ti. —Leo me apretó el hombro.

—Todos cometemos errores —sacó su teléfono del bolsillo y abrió el mensaje que acababa de recibir—. Pero, como vuelvas a encerrarte en tu cueva, te saco a patadas. A partir de ahora no quiero que me escondas nada.

—Nada.

—Ni las veces que vas al baño. —Dejé escapar una sonrisa de mis labios.

—No puedo dejar de pensar en ese hombre, ni en qué trama. Ni cómo pretende acercarse a Nora.

—¿Y si ya lo ha hecho? —Una ola de pánico me recorrió el cuerpo.

—¿A qué te refieres?

—No sabemos nada de ese Paul. Y si es otro pringado como tú.

—Joder, Leo.

—Ya me entiendes, y si...

—¿De verdad lo crees? —Mi amigo se encogió de hombros.

—Lo único que creo es que vas a dejar de martirizarte y vamos a hacer algo al respecto.

—Leo, se lo conté a Sebastian y mira cómo acabó. —Su mano me apretó la rodilla con fuerza.

—¿Y qué prefieres? ¿Ver cómo se acerca a Nora sin tener ni idea de sus intenciones? —Cogí aire y me sentí más liviano, más seguro.

—Tendría que habértelo contado antes.

—Di algo que no sepa —se rio y miró hacia la barra—. Creo que tendría que ir a ver cómo va todo.

—Pero si están mejor si ti.

Le hice una seña con la cabeza hacia la barra, llena de gente. Aunque estaba a tope, parecía que la cola fluía con normalidad. En ese momento me di cuenta de que el socio de Leo se había quedado parado delante de la puerta del personal y no nos quitaba el ojo de encima. Bueno, o quizás no me miraba a mí.

—¿Qué rollo te traes con ese? —pregunté viendo cómo Leo le sostenía la mirada durante unos segundos, antes de que los dos apartaran la vista al mismo tiempo.

—Ningún rollo, Dallen.

—Venga, Leo —remarqué su nombre como había hecho él con el mío—. Reconozco cuando hay tensión sexual no resuelta en el ambiente, créeme. Soy todo un experto.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó medio riéndose—. ¿Que sé que le gusto, pero yo no puedo dejar de pensar en Simon?

—Brandon parece buen chico y Simon es idiota.

—Pero lo quiero.

Leo arremetió de nuevo contra la etiqueta de su cerveza y, con un bufido sonoro, espetó:

—El amor es una mierda.

Justo en ese momento, vi abriéndose paso hasta nosotros a Jenny, la amiga de clase de Nora. Tenía las mejillas sonrosadas y parecía que acababa de darlo todo en la pista por lo acalorada que estaba.

—¡Dal! —gritó eufórica al acercarse a nosotros.

—¿Dal? —preguntó Leo, arqueando la ceja.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, ignorando a Leo.

—Vaya pregunta más idiota —contestó, sentándose justo delante de nosotros. La verdad era que tenía razón.

—Sí, hoy parece que soy bastante idiota.

Leo sonrió de lado e hizo el amago de levantarse del sillón. Pero antes de hacerlo, se giró hacia Jenny con aquella expresión que ponía cuando tramaba algo, que me picó la curiosidad.

—Tú eres muy amiga de Paul, ¿verdad?

—Muy, muy... —Jenny se encogió de hombros—; digamos que tenemos amigos en común.

—¿Amigos aparte de Nora?

Jenny ladeó la cabeza y arrugó la nariz tras la pregunta.

—¿Amigos como Nathaniel Jones? —recalcó Leo con interés.

Fruncí el entrecejo sin entender a qué venía ese interrogatorio. «¿Quién demonios era Nathaniel Jones?». No había oído hablar de él en la vida.

—Sí —contestó desviando la mirada, algo muy poco típico de esa chica, que era de todo menos vergonzosa.

Clavé mi mirada más interrogativa en Leo, pero me ignoró de forma descarada.

—Voy a ver qué tal va todo por ahí dentro. —Se levantó, cortando de cuajo la conversación, y antes de irse, añadió—: A la siguiente copa estás invitada por tu gran ayuda.

Y se fue, sin dar más explicaciones, directo a la zona de la barra donde minutos antes había clavado los ojos. Tenía mucha curiosidad por saber qué tramaba. Pero, por la expresión de Jenny, no sacaría nada si le preguntaba a ella.

La cara de perplejidad de Jenny desapareció cuando Leo se fue y se cambió de sitio para caer a mi lado, inundando aquel espacio de aquel olor tan penetrante a hierba.

—Te noto algo decaído.

—He tenido un mal día.

—¿Alguna novedad con Nora? —Se me escapó una sonrisa que escondía una gran frustración.

—Nada. —Jenny arrugó la nariz, confusa.

—Qué raro, hubiera jurado que después de aquella noche estaríais juntos.

Esa noche... «¡Malditos recuerdos!». Solo quería volver a esa noche y parar el tiempo. Abrazarla, besarla y enviar a tomar viento al idiota ese. Además, no entendía qué pasaba con él y eso me volvía loco. Tantas incógnitas acabarían conmigo.

Pero tenía otras cosas aún más urgentes de las que preocuparme, como qué narices tramaba el psicópata del padre de Nora y si Leo tenía razón. «¿Había vuelto atrás en el tiempo?».

—¿Sigue con Paul? —preguntó Jenny, ladeando la cabeza como si le pesara— Hace días que no los veo juntos.

—Creo que sí...

—La verdad que no lo entiendo —hizo hincapié mientras zarandeaba la cabeza—. Si es obvio que está loca por ti.

—Bueno, pues queda demostrado que no es suficiente.

—¿Quieres que le escriba para que venga?

—No, además está en no sé qué de fotografía.

—Ah, es verdad. —Miré de repente a Jenny, no había pensado que quizás ella sabía dónde estaba ese lugar—. Iba Mike con ella.

—¿Quién es Mike? —Jenny bufó y hundió más aún su cuerpo en el sofá.

—Mike es... el chico más guapo de la clase. ¡Qué digo de la clase...! De la facultad. —Arqueé las cejas.

—Pero tranquilo, es inaccesible. Han sido muchas las que lo han intentado y todas han sido rechazadas.

—Estoy muy tranquilo.

—Qué gracioso eres. —«Un payaso, más bien». Pero eso no iba a decírselo, si no quería otra ronda de preguntas.

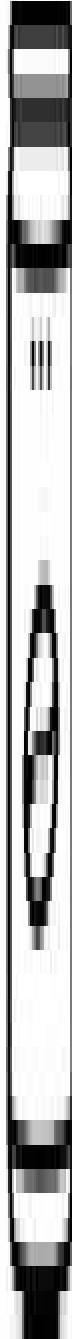
—¿Sabes dónde es la exposición? —insistí. Los ojos de Jenny se abrieron, curiosos.

—Sí, pero... No sé si nos dejaran entrar.

—¿Quieres una cita a solas con ese tal Mike? —Jenny apretó los labios, dubitativa, pero no tardó en saltar del sillón y dar una palmada.

—¡Venga, sí! Me gustan las aventuras nuevas.

Busqué a Leo con la mirada para avisarlo. Pero, para mi sorpresa, no estaba por ninguna parte. Y tampoco veía rastro de Brandon. Sonreí victorioso. Quizás me había hecho caso por una vez en su vida y se había dejado de tonterías. Aunque mañana debería tener una charla con él.



Tardamos un poco más de lo esperado en llegar, porque Jenny se perdió unas cuantas veces. Esa chica tenía muy mala orientación y a mí eso me ponía de los nervios, sobre todo en aquella situación en la que no quería llegar y que ya no estuviera allí.

Aparqué la moto en la acera, justo delante del local. Y me apresuré a ayudar a Jenny a sacarse el casco, que parecía que tenía una batalla personal con él.

—¿Dallen? —la voz de Nora me erizó la nuca, obligándome a girarme de golpe hacia ella.

Nora estaba de pie junto a aquel otro chico que me miraba con la ceja arqueada mientras su mirada pasaba de Jenny a mí como si estuviera en un partido de tenis. «¡Mierda!, no había pensado en que podría malinterpretarlo».

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó con un hilo de voz.

—Buscarte.

—¿A mí?

—A ti.

No dijo nada más, solo frunció el ceño y los labios de un modo que no me gustó en absoluto. Como si le costara tragar.

—¡Mike! —Jenny se abalanzó sobre él, cogiéndolo del brazo sin darle opción a replicar para romper el hielo—. ¿Te apetece que vayamos a tomar algo por ahí?

—Pues no había pensado... —tartamudeó el chico que parecía un poco ido. Jenny lo ignoró y se giró hacia nosotros mientras lo arrastraba del brazo calle abajo.

—¡Pasadlo bien, chicos!

Los seguí con la mirada con una media sonrisa. La conocía poco, pero podía asegurar que aquella chica era muy legal. Aunque no estaba de acuerdo con su estilo de vida.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—Estoy esperando a alguien —contestó sin apenas mirarme a los ojos. «Si no fuera porque estaba con Paul, juraría que estaba celosa».

—Me espero a que llegue. —Al decir aquello solo deseé que la persona que estaba esperando no fuera él.

—Puedo estar sola, sé cuidarme. —«Vale. Sin duda estaba molesta».

—No lo dudo —remarqué—, pero quiero estar un rato contigo, aunque sean dos segundos.

Suspiró mientras metía sus manos en los bolsillos, y a mí me vinieron unas ganas terribles de calentarle la mano yo mismo. Pero me retuve.

—Nora necesito hablar de lo que pasó. —Si antes estaba tensa, con aquella confesión se congeló aún más.

—No hay nada de qué hablar, Dallen.

—Yo creo que sí.

—No. Lo que pasó no tendría que haber pasado —sentenció—. Veníamos de ver a Sebastian, los dos estábamos sensibles y... —«¡Eso era increíble!».

—¿Siempre habrá una excusa para cada beso que nos demos?

Sus ojos me miraron directamente por primera vez un instante antes de volver a apartar la mirada.

—¿De verdad que para ti no fue más que un desliz? —pregunté, deseando que contestara cualquier cosa menos que «sí»— ¿O es otra de nuestras mentiras?

La gente iba saliendo de la sala, quitándonos aquella intimidación de la que habíamos disfrutado. La persona a la que esperaba seguro que estaba a punto de llegar. El tiempo se acababa y nosotros seguíamos subidos a los extremos de aquella noria que no dejaba de girar.

—Dallen, lo siento. —Agarré con firmeza su brazo y la aparté de la multitud. Necesitaba que me mirase de nuevo.

—Deja de repetir eso y respóndeme —mi voz sonaba rasgada, como un ruego lleno de agonía—. Lo necesito.

Tenerla tan cerca y sentirla tan lejos me estaba matando. Oler su perfume a jazmín y no poder abrazarla, mirar esos labios entreabiertos que no podría volver a besar, todo eso me estaba torturando. Sin ser consciente, me acerqué un poco más hacia sus labios. Quería besarla. Lo necesitaba.

—¿Nos vamos? —Aquella voz. Aquella voz tan reconocible me congeló y me hizo apartarme de golpe.

Me giré y mis peores pesadillas se hicieron realidad. Era él. Era el hombre que me había estado chantajeando todo ese tiempo.

—Buenas noches, soy Christopher, presidente del club de fotografía. ¿Te conozco? —Acercó su mano para que la estrechase y obedecí. Estaba en *shock*.

—Dallen —murmuré bajo esos ojos clavados con malicia.

—Vamos, Nora, te llevo a casa. —Nora me regaló una última mirada llena de lástima.

—Buenas noches, Dallen.

Y, casi aguantando la respiración, vi cómo se alejaba con la cabeza baja, aumentando aún más la distancia entre nosotros mientras yo me quedaba como un completo idiota en medio de la calle.

Leo tenía razón: Había llegado tarde.

Capítulo veinticinco

NORA

El viaje, que tenía que ser una escapada de compañeros de piso para desconectar y pasar un poco de tiempo juntos, se había convertido en una quedada grupal.

—Me gustaría saber —empezó a decir Tessa con una sonrisa siniestra en el momento en el que cerré la puerta del copiloto y arrancó. Al menos en nuestro vehículo íbamos nosotros tres— en qué momento hemos invitado a todos los parásitos que nos siguen en el otro coche.

—Que Paul se autoinvitara fue tu culpa. —Tessa se puso una mano en el pecho.

—Iba a solucionarlo.

—Pon las dos manos al volante, Tess. —Mi amiga rodó los ojos y volvió a centrarse en la carretera—. Pensé que sería buena idea invitar a Ryan y Brandon. Para compensar. —Sentí las miradas de los dos atravesándome el cráneo—. Vale, vale. Tendría que haberlo dicho, pero Ryan me había preguntado por ti y Brandon estaba allí y es genial, así que...

—Te voy a matar. —Me reí.

—Lo que no esperaba era que invitaras a Simon. —Me giré hacia Leo—. Si no, no se lo hubiera dicho a Brandon, pero como nos contaste que le habías dado una oportunidad... —Leo carraspeó la lengua.

—No era una oportunidad, simplemente me estaba dejando llevar un poco.

—No sabía ni que seguías con Simon —añadió Tessa.

—Lo confesó el día de las cervezas, Tess... Aunque es normal que no te acuerdes. —Volví a sentarme de frente. No quería marearme.

—No estamos juntos —replicó Leo—. Y tampoco sabe qué ha pasado algo entre Brandon y yo.

—Creo que, para la próxima, tenemos que mejorar el tema de la comunicación.

Tessa dio un volantazo para cambiar de carril y casi se me va el corazón por la boca. Tuve que agarrarme al borde del asiento por precaución. Pero, ese susto no fue suficiente para quitar lo que me rondaba por la cabeza.

—Si tú se lo dijiste a Simon... Paul se autoinvitó... —empecé a hacer cuentas en voz alta—. Ryan y Brandon los invité yo... ¿Quién invitó a Dallen? ¿Tess?

—A mí no me mires. Yo soy la santa del grupo.

No podía explicar con palabras lo que había sentido al verlo bajar de su moto. Mi mirada se fue directa a él y mi respiración dejó de funcionar, pero daba igual, porque el tiempo había dejado de avanzar con normalidad. Sus ojos subieron despacio del suelo, directos a los míos, sin necesidad de buscarme entre el grupo, como si supiera exactamente dónde estaba. Y a mí se me estrujó el corazón y la vida.

Leo carraspeó la lengua a mi espalda.

—A ver... —empezó a hablar— ¿Te acuerdas de nuestra gran capacidad de acoplarnos a todos sus planes?

—Leo... —Me volví a girar hacia él para que viera mi enfado.

—Pues digamos que nos la ha devuelto, canija.

—Genial —volví a girarme y crucé mis brazos por encima de mi pecho.

—Mira la parte positiva.

Tessa entró por un camino de tierra y me agarré al asiento por todos los baches que iba cogiendo con demasiada velocidad.

—¿Que vamos a morir antes de llegar?

—Que después de esto, vamos a poder sobrevivir a todo. —Suspiré y dejé que el nudo en mi estómago se agrandara.

Llegamos los últimos, porque nos perdimos. Aunque más bien había sido por culpa de Tessa, que había ignorado las indicaciones de Leo. Argumentando que ella había ido por ahí el verano pasado y ese no era el camino. Los gritos de Leo diciéndole que era «su casa» no ayudaron a que le prestara ni la más mínima atención.

—Te dije que salieras por la primera salida —repitió Leo mientras nos acercábamos al grupo más aleatorio jamás visto.

Paul y Dallen estaban lo más alejados posible el uno del otro. A Paul no le había hecho ninguna gracia ver que Dallen se había apuntado al viaje, pero, por la expresión de Dallen, él tampoco esperaba encontrarlo allí.

—¡Bienvenidos a la casa del lago! —gritó Leo zarandeando las llaves en el aire.

—¿No es en una de estas en las que empiezan las pelis de terror? —preguntó riendo el chico pecoso.

Tessa puso los ojos en blanco y pasó por su lado, ignorándolo. Ryan bajó la mano que había levantado para saludarla y se me rompió un poco el corazón al ver su expresión.

—Hola, Ryan —le dediqué una sonrisa y él me la devolvió.

—Pensaba que iba a venir más gente.

—¿Te parecemos pocos? —preguntó Simon.

Sabía lo que era entrar en una fiesta sin sentirte parte de nada y no quería que nadie se sintiera igual que yo. Además, me sentía responsable por hacerle aceptar mi invitación un poco forzada.

—Yo también estoy aquí —la voz de Dallen a mi espalda me erizó la piel. Pero su mano en mi hombro fue la que acabó por desintegrar mi cuerpo— ¿No me saludas?

Me giré hacia él y, con los labios apretados, intenté dibujar una sonrisa. «¿Qué mosca le había picado? ¿No había entendido nada de la última vez?».

—Hola, Dallen.

Sus ojos brillaron satisfechos y en ese momento vi pasar a Paul con el ceño fruncido.

—¡Paul! —Me acerqué dejando a Dallen atrás— ¿Habéis llegado bien?

Paul miró hacia mi espalda con el gesto torcido y luego pareció relajarse.

—Brandon conduce bien. —«Genial. Estaba de mal humor. ¿Y ese fin de semana tenía que ser para relajarnos?».

La cabeza de Leo se asomó por la puerta.

—¿Entráis o qué?

No sé en qué momento nos habíamos quedado solo nosotros tres fuera. Agradecí que nos interrumpiera y corrí adentro.

Esa casa era enorme. En la parte de abajo había un comedor tan grande como nuestro piso actual, con una chimenea de leña y tres sofás. Al fondo se podía ver la cocina americana con una isla de un blanco impecable y dos habitaciones. En medio del salón había una escalera de caracol

que comunicaba con tres habitaciones más y otro baño.

—Hay cuatro habitaciones a parte de la mía —comentó Leo—. Así que... —Lo miré suplicándole con la mirada, y una media sonrisa apareció al verme.

—Yo compartiré con Tessa —me apresuré a decir antes de que pudiera hablar—. Será nuestro momento de chicas. —Su sonrisa se amplió.

—Está bien, tú con Tess. —Se giró hacia Paul—: Tú con Simon y Dallen con Ryan.

—¿Y yo? —preguntó Brandon con las cejas arqueadas.

—Tú tendrás el privilegio de dormir solo.

—Yo quiero dormir solo —rechistó Dallen. Leo alzó las cejas.

—Ni hablar.

—Eso ya lo veremos.

«¿Por qué me daba la sensación de que realmente nadie dormiría tal como habíamos acordado?».

Paul, Leo y Simon se quedaron en las habitaciones de abajo y los demás subimos a las de arriba.

La habitación que compartía con Tessa tenía un balcón que daba a una terraza con las vistas al lago. El sol empezaba a esconderse tras los árboles y con ese color las vistas eran espectaculares. Saqué de nuevo mi teléfono e hice una nueva fotografía.

—Creo que saldrán mejor con esto. —Di un respingo al escuchar una voz que no era la de Tessa a mis espaldas. La silueta de Dallen se estaba acercando hacia mí con mi cámara de fotos.

—Pensaba que la había perdido...

—Te la dejaste en la moto. —Sus dedos alargaron el contacto con los míos un poco más de lo normal al entregármela.

—Gracias... —murmuré sin romper el contacto visual.

Silencio y su mirada penetrándome el cráneo. Silencio y su mirada bajando hacia mis labios. Silencio y mi mirada haciendo lo mismo con los suyos que se entreabrieron invitándome a besarlos.

Pero no podía hacerlo. No con Paul en esa casa. No tras prometerle que no pasaría nada con Dallen mientras él siguiera aquí.

—¿Sigues con él? —Su pregunta me atravesó el corazón como si se tratase de una lanza de hielo. Apreté los labios y aparté la mirada de los suyos.

«¿Qué iba a decirle?» Estaba harta de mentirle. Estaba harta de fingir que no sentía lo mismo que él. Pero si lo hacía, si le confesaba la verdad no tendría una excusa para alejarme de él.

—Es... más difícil de lo que parece —contesté finalmente. Pero aquella respuesta pareció no gustarle en absoluto.

—No es una respuesta.

—Sí que lo es.

—No, no lo es. —No podía más con aquella presión. Me sentía asfixiada. Solo deseaba que Paul no me estuviera buscando en esos instantes.

—¿Qué quieres que diga, Dallen? —grité, encarándole. Últimamente, perdía la paciencia con más facilidad.

El rostro de Dallen se endureció y hasta sus ojos parecieron oscurecerse. Me miró un instante con aquella expresión impasible hasta que volvió a abrir su boca para soltarme un simple:

—Que no.

Y, sin darme ni la oportunidad de reaccionar, desapareció de esa habitación.

Capítulo veintiséis

NORA

Después de dejar el equipaje en las habitaciones —y de la intrusión de Dallen—, nos reunimos todos en el salón para repartirnos las pocas tareas para aquel fin de semana.

Yo me las ingenié para ir con Tessa y Brandon a por comida. Como Leo era el único que conocía cómo funcionaba la cocina, se unió al grupo de Ryan y Paul para hacer la cena, y a Dallen y Simon les tocó la limpieza.

—¿Y si cogemos unas pizzas? —preguntó Tessa al pasar por los congelados.

—Me parece una buena idea —comentó Brandon.

—¿Y algo más elaborado? —«Una pizza les llevaría poquísimo tiempo...»—. ¿Un pastel de carne? —Tessa arqueó las cejas.

—Sí, si quieres compramos un pavo y lo rellenamos. —Mi cara de «no es tan mala idea» pareció divertirla, porque enseguida sentí sus carcajadas y una bolsa de patatas chocar con mi cara.

—Pizzas están bien —confirmé, finalmente.

Me desvié al pasillo de los cafés, mientras Tessa escogía las pizzas. No me había dado cuenta de que tenía a Brandon detrás hasta que casi provocó una avalancha de cajas de café sobre su cuerpo. Cogió al vuelo dos de las cajas que estaban a punto de caer al suelo y me dedicó una de sus sonrisas perfectas.

—Nora, yo creo que me iré... —comentó al dejarlas de nuevo en la estantería.

—¿Por qué?

—Ni siquiera sé qué hago aquí.

—No te vayas, también está Tess —alegué, señalándola con la cabeza.

—Tessa es una enchufada. —Me reí y le pasé otro paquete más de café, nunca era demasiado café.

—Siento haber insistido, de verdad. —Negó con la cabeza y, con sus dedos, alzó mi barbilla que se había inclinado hacia el suelo sin darme cuenta.

—Estoy colgado por Leo. —Enarqué una ceja—. Completamente colgado por alguien que no tiene ojos para mí. —Fruncí el ceño tras aquella confesión.

—No es verdad, lo he visto mirarte y se nota que...

—No —discrepó con firmeza—. Las relaciones no son complicadas de igual forma que no lo son las personas. Son complejas. Pero no complicadas.

Me quedé en silencio asimilando aquellas palabras, como si hubieran sido una flecha certera que había dado en el punto exacto de una diana que llevaba escondida dentro.

—Complejas... —añadí casi en un susurro.

—Sí, y Leo está claro que no me ve a mí del mismo modo que a aquel que sí le robó el corazón. —Se giró hacia Tessa que venía hacia nosotros con una torre de pizzas en los brazos—. Sea quien sea...

—Quédate —supliqué—. Necesito a alguien que me ayude a lidiar con lo que tengo yo encima.

Conseguí sacarle una sonrisa y que aceptara quedarse al menos hasta mañana. Me enervaba que Leo hubiera invitado a Simon, después de todo lo que le había hecho pasar. Y más aún sabiendo que Brandon era realmente un partidazo y que estaría más que dispuesto a ofrecerle todo lo que Simon no había podido darle.

Al volver a casa, me sorprendió el buen humor de Dallen. Pensaba que tras el momento de la habitación me ignoraría. Pero no, me aguantó la mirada y sus labios se arquearon en una sonrisa perfecta y victoriosa. Mi cuerpo respondió a aquella sonrisa de una forma de la que no estaba preparada. Y fui yo la que tuvo que desviar la mirada para calmar mis pulsaciones.

Detrás de él vislumbré a Leo susurrando algo a Simon al oído y no perdí mi oportunidad de arrastrarlo hacia un rincón e interrogarlo.

—¿Por qué Dallen está de tan buen humor? —Se habían quedado a solas con Paul y necesitaba saber si habían dicho algo de mí. Leo puso los ojos en blanco, confirmando mis sospechas.

—Digamos que se ha enterado de tu actividad sexual con Paul.

—Pero si no hay actividad sexual.

—Pues eso. —Los colores volvieron a mis mejillas. «¿Dallen estaba contento porque no me había vuelto a acostar con Paul?».

—¿Y de qué hablabas con Simon? —Se encogió de hombros. Era mi oportunidad para sonsacarle más información sobre él y comprobar si Brandon tenía alguna oportunidad con él.

—De nada, canija, le estaba pidiendo un favor.

Abrí la boca para preguntarle «¿qué tipo de favor?», pero en ese momento nos interrumpió Tessa con aquella expresión de picardía y una botella vacía en la mano.

—¿Qué tramas? —preguntó Leo arqueando las cejas. Su sonrisa se ensanchó y Leo abrió los ojos como platos—. Ni hablar.

—Venga, Leo, no seas muermo.

—¿Tú quieres que arda mi casa?

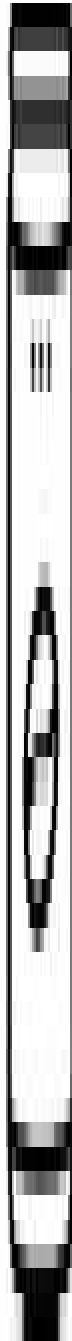
Tessa puso cara de exasperación y remarcó:

—Solo sé que hemos juntado a lo mejorcito de nuestras vidas —sin duda lo había dicho con sarcasmo— y si no le damos un poco de vidilla a esto, la que va a quemar la casa será yo, pero con todos dentro.

—Yo te apoyo, pero no juego, seré la juez.

—Oh, venga, gracias a mí, «Mr. Hielo» y tú rompisteis vuestras barreras. Me lo debes. —Puse los ojos en blanco y empecé a poner platos de plástico sobre la mesa.

Era imposible decirle que no a Tessa y los dos lo sabíamos, así que lo único que podíamos hacer era esperar que nadie se apuntara al juego o que al menos fuera lo más benevolente posible.



La cena fue bastante incómoda, teniendo en cuenta que estaba sentada al lado de Paul, pero la mirada penetrante de Dallen justo enfrente no me dejaba ni tragar. Así que acabé comiéndome apenas dos trozos.

Leo no dejaba de mirar a Paul con los ojos medio cerrados y aquello me hacía pensar en dos opciones: O tramaba algo, o estaba esperando el momento en el que se sobrepasara para cantarle las cuarenta.

Tessa había abierto una botella de vino e iba por la segunda copa, intentando disimular que la presencia de Ryan en ese grupo de amigos no la estaba afectando en absoluto.

—Bueno, chicos —anunció Tessa al terminar aquella cena surrealista—, ¡es la hora de los juegos!

Nos reunió a todos en los sofás y yo aproveché ese momento para deslizarme al lado de Leo y alejarme lo máximo posible de aquellos dos, con la esperanza de que Tessa se sentara a mi lado al acabar el discurso. Mientras ella llamaba la atención de los demás, me acerqué a la oreja de mi amigo y susurré:

—¿Qué tramas? —Leo frunció el entrecejo y le aclaré—: No has dejado de mirar a Paul.

—He estado haciendo unas investigaciones, canija —murmuró lo más bajo posible—. Y, si estoy en lo correcto, no te va a gustar.

Abrí la boca para preguntarle cuáles eran sus sospechas, pero Tessa nos llamó la atención para que la escucháramos.

—Bueno, ya sabéis cómo va este juego —enseñó el papel con las normas—. Quien se niegue tendrá que quitarse una prenda y beber un chupito de tequila. —«¿Tequila? ¿En qué momento había comprado tequila?».

Colocó la botella en medio y, con una sonrisa traviesa, se apartó de mí para sentarse en un extremo. Sentí las palpitaciones en mi garganta al notar quién había sustituido su lugar a mi lado.

—¿Nerviosa? —susurró Dallen a mi lado. Seguía sin entender por qué estaba de tan buen humor esa noche, si a él no le gustaban esos juegos.

—Teniendo en cuenta cómo acabó la última vez un juego de Tessa, sí.

—Pues yo creo que acabó de maravilla.

Tragué saliva para deshacerme de aquel nudo y me centré en el movimiento de la botella, que giró hasta pararse delante de Leo, quien hizo una mueca, y decidió quitarse la camiseta y beber un chupito.

—Necesito ponerme a tono para jugar a esto —argumentó.

Tessa volvió a girar la botella y esta vez le tocó a Simon.

—Verdad —escogió con un hilo de voz. Sin duda él también estaba incómodo. Miré a Tessa y le supliqué con la mirada que fuera benévola.

—¿Tu novia sabe que eres bisexual?

Tessa en todo su esplendor. Aunque, pensándolo mejor, podría haber sido mucho más dura. Simon apretó los labios y echó una mirada fugaz a Leo, que volvía a llenarse otro vaso de tequila sin que le tocara.

Mis ojos se desviaron hacia los de Brandon, que había seguido toda la escena de miradas y fruncía el entrecejo. «¡Ay, madre...! Ahora sí que me iba a matar por traerlo».

—No. —Se incorporó y giró la botella de nuevo.

«Que le toque yo, por favor, que le toque yo...». Sabía que, de todos, él y Brandon serían los que menos podrían pedirme algo de lo que me arrepintiera o me avergonzara. La botella empezó a ralentizarse al pasar delante de mí, pero se paró justo a mi lado. Cerré los ojos, temiendo lo

peor. Simon se aclaró la garganta y, después de que Dallen contestase «verdad», preguntó:

—Si tuvieras que dedicarle una canción a alguien de aquí... ¿Cuál sería? —«Tendría que haberle tocado yo». En cambio, le había tocado a Dallen y me esperaba lo peor. No me hacía falta mirarlo para saber que sus ojos estaban clavados en mi perfil mientras contestaba con demasiada rapidez.

—«*Wrecked*» de *Imagine Dragons*.

—No la conozco —interrumpió Brandon, rascándose la barbilla.

—Eso tiene solución. —Tessa había puesto música de ambiente para que no se crearan demasiados silencios incómodos, aprovechó la ocasión para cambiar y empezar a reproducir la canción que había nombrado Dallen.

Yo tampoco la conocía, y solo esperaba que no fuera demasiado obvia ni obscena. Aunque por el título me esperaba lo peor. Los acordes empezaron a sonar y enseguida entró la voz del cantante, todos estábamos callados, concentrados en aquella melodía pegadiza.

*«The way you smile, the way you walk, the time you took
To teach me all that you had taught
Tell me, how am I supposed to move on?⁵»*

Tragué saliva en el momento en el que empezó a sonar el estribillo con fuerza. Sentía una presión en la garganta que se iba agrandando a medida que avanzaba la canción, como si me quemara por dentro.

*«Oh, I'm a wreck without you here
Yeah, I'm a wreck since you've been gone
I've tried to put this all behind me
I think I was wrecked all along⁶»*

—¡Joder! ¡Menuda indirecta! —soltó Tessa con los ojos abiertos. Le envié mi peor mirada amenazante y añadió—: Sea para quien sea...

Centré mi visión en mis rodillas, intentando evitar las miradas de las dos personas que sabía que no me estaban quitando el ojo de encima y que, sin saberlo, me estaban hundiendo en un charco de barro del que seguro me costaría salir.

*«These days I'm becoming everything that I hate
Wishing you were around but now it's too late
My mind is a place that I can't escape your ghost⁷»*

No sé si fue la presión o el final de aquella canción que me había estrujado el corazón. Pero sin ser dueña de mis actos, mis ojos se giraron para devolverle la mirada a aquellos ojos verdes que seguían mirándome con atención. Mis ojos bajaron a sus labios, hasta que el manotazo de Leo me sacó de mi mundo. Dándome cuenta de que había estado mucho más tiempo del que pensaba en aquella burbuja.

El juego siguió, aunque yo no podía salir de mis pensamientos en bucle. Las voces de Ryan y Tessa sonaban de fondo, pero para mí eran como un eco lejano. Como si estuviera hundida en el océano y no pudiera entender lo que se hablaba en la superficie. Solo levanté la mirada en el momento en el que la botella se paró justo delante de Paul y Leo dijo su nombre: «Oh, no».

Paul lo miró directamente a los ojos y por un momento creí que iba a escupirle a la cara, pero no lo hizo. Se limitó a contestar «reto» sin dejar de apretar sus puños.

—Enséñanos que traes en tu maleta.

—¡Uuuh! —exclamó Tessa— ¿Quieres ver si hay condones, Leo?

—¿O ropa interior de caramelo? —añadió Simon que, por las mejillas sonrosadas, parecía que también había bebido fuera del juego.

—¿Tú eres de los que compra esa clase de ropa interior? —Tessa alzó una ceja—. Siempre he pensado que eso debe ser asqueroso.

—Es lo primero que se me ha pasado por la cabeza.

—Sí, claro, ahora excúsate. ¡Pervertido!

Paul, que ni siquiera había separado sus labios en todo ese rato, se limitó a sacarse la camiseta y beber un trago. Ni siquiera dio la oportunidad de cambiar a «verdad». Los ojos de Leo lo miraban entreabiertos. Y yo los miraba a ambos, intentando encajar unas piezas de un puzzle que no tenía sentido alguno. «¿Qué tramaba Leo? ¿Y qué guardaba Paul en su maleta que fuera tan misterioso?».

—Le ha tocado a Tessa —le comentó Brandon a Paul, que no había estado mirando mientras giraban la botella por él.

—¡Reto!

—Enseña tu último mensaje.

Lo que más me extrañó fue el salto que dio Tessa en su asiento. Se había quedado blanca como el papel. Alguien ha estado enviando mensajes eróticos a un menor...

—Leo, pásame la botella. —Mi amigo se rellenó su chupito y le pasó la botella a Tessa que ya se había quedado en sujetador.

Mi mirada se fue directamente a Ryan, que miraba hacia el suelo, avergonzado. Tendría que hacerle un interrogatorio de segundo grado al llegar a la habitación. Por un instante me había olvidado de la incomodidad del momento anterior. Pero mi sonrisa se evaporó en el momento que la botella se paró delante de mí.

Tessa ensanchó tanto su sonrisa que me dio realmente terror. En realidad, le tocaba preguntar a Paul, pero su mirada estaba perdida y su pierna se movía arriba y abajo golpeando rítmicamente el suelo. Se me encogió un poco el estómago al verlo tan afectado, aquella situación le estaba haciendo daño y era por mi culpa.

—Reto —contesté, esperando que no me hiciera besar de nuevo a Dallen.

—El compañero de tu derecha debe tener su mano aquí —indicó la parte interna del muslo—. Hasta que te vuelva a tocar. —«Estaba de coña...».

—¿Qué tipo de reto es este? —Pero no lo estaba.

—Un reto de aguante, Norita.

Miré a Dallen y sus ojos brillaron al devolverme la mirada. Mis mejillas se habían encendido solo con pensar que me tocaría, no quería imaginar qué pasaría si lo hacía. Al fin y al cabo, el tequila no era tan mala opción.

—¿Aceptas? —preguntó antes de acercarse más a mí. Iba a decirle que no y a quitarme la camiseta, pero mi cabeza se inclinó hacia el «sí» por su cuenta.

Vi cómo tragaba saliva antes de que su mano avanzara despacio por encima de la tela de mi pantalón, que ahora me parecía mucho más fina, hasta llegar a la zona interna de mi muslo. Se me secó la boca al sentir cómo toda aquella zona me quemaba con su contacto, mi abdomen se retorció como si me estuvieran dando pequeñas descargas eléctricas. Apenas pude concentrarme

en nada más. Pasaron un par de rondas y seguíamos igual. La única diferencia era que había mucha más gente en ropa interior y otra botella de tequila abierta.

Los demás hablaban animadamente como si la tensión de la cena hubiera desaparecido. Tessa había hecho magia otra vez.

Quería escuchar cómo Brandon contestaba a su pregunta, pero no podía porque los dedos de Dallen se habían empezado a mover sutilmente dibujándome círculos encima de la piel que me estaban volviendo loca. «¿En qué momento se había acercado tanto a mí?».

Nuestros hombros también se tocaban y yo empezaba a sentir todo mi cuerpo entumecido. Sus dedos iban acariciando mi muslo cada vez con menos vergüenza hasta que su meñique rozó sin querer mucho más arriba y me hizo dar un respingo.

—¿Estás bien? —susurró acercando sus labios a mi oreja.

«No. No lo estaba».

—Perfectamente —mentí intentando controlar mi respiración.

Noté la mirada de Tessa y me giré hacia su sonrisa triunfante. La botella había vuelto hacia mí y su mano se retiró provocándome un sentimiento difícil de explicar, entre el alivio por la situación y el anhelo de que volviese a mis muslos y recorriera todo mi cuerpo.

Brandon me miró, divertido y me preguntó. Pero estaba tan fuera de mí que apenas pude escucharlo.

—¿Nora?

—¿Qué?

—Confiesa la última mentira que dijiste.

Los ojos de Paul se encontraron directamente con los míos. Él era el único al que había mentido últimamente, y por su expresión él también lo sabía. De la misma forma que sabía lo que iba a decir en el momento en el que abrí la boca para contestar.

Capítulo veintisiete

DALLEN

Alguien se había llevado todo el oxígeno de aquel salón, porque apenas podía llenar mis pulmones de aire.

«¿Por qué lo miraba a él? ¿Qué mentira le habría dicho? ¿Le habría dicho algo de mí?».

Clavé las pocas uñas que tenía en mi rodilla. Aún podía sentir el hormigueo en la yema de mis dedos por el contacto con su muslo y aquello me estaba matando por dentro. Tenerla tan cerca y no poder tocarla. Tocarla y no poder besarla.

Aquello había sido una mala idea, se suponía que solo estarían ellos tres y Simon, no que se juntaría el pamplinas de Paul y toda la tropa. Aún me preguntaba que pintaban aquellos dos allí.

Por la cantidad de vasos que llevaba Leo, deducía que a él le había hecho tanta poca gracia lidiar con Brandon y Simon, como a mí con Paul. Y luego estaba ese chico pecoso que me daba pena, sin duda parecía que estaba fuera de lugar. De primeras parecía tímido, no obstante, era de los que a la mínima te cuentan toda su vida. Sin venir a cuento me había confesado que estaba loco por Tessa, pero que ella solo parecía buscarlo cuando pasaban las dos de la mañana: Un clásico.

—Que no lo haría —contestó Nora, sin apartar la mirada del idiota de Paul.

«¿Cómo que “no lo haría”? ¿No hacer el qué? ¿Pensar en mí?».

Aquello no estaría tan mal y contestaría a la respuesta de por qué se le había desfigurado la cara al idiota ese, que se había dado por aludido, porque había desaparecido del salón dando un portazo. Nora soltó un suspiro y fue tras él.

«Maldición. ¿Por qué narices cada vez que jugábamos a ese estúpido juego tenía que correr detrás de alguien? ¿Y ese alguien no era yo?».

Tenía que escuchar qué decían. Sentía la imperiosa necesidad de entender qué narices estaba pasando entre ellos dos. Me levanté, pero Leo me sujetó de la muñeca, evitando que pudiera irme tras ella.

—Me sorprende que tengas fuerzas aún para retenerme.

—Tengo demasiada tolerancia al alcohol.

—Tengo que saber qué dicen.

—Tranquilo, estoy convencido de que te acabarás enterando.

—Creo que tendrías que ir —insistió Brandon con cierta preocupación en el rostro—. La última vez que discutieron, Paul parecía fuera de sí.

—¿Cómo? —Si algo podía ayudar a que me inclinara a ir corriendo hacia la puerta, era esa justificación; miré a Tessa y me pareció que lo apoyaba, afirmando con la cabeza. Y si no era así, me daba igual.

Me escapé de las manos de Leo y me acerqué hacia la puerta con sigilo. Por suerte, había quedado entreabierta y me permitía vigilar sin que se percataran de mi presencia. Así podría actuar si la cosa se desmadraba. «Espiar estaba mal..., ¿verdad?».

El pelo lila de Tessa me hizo cosquillas en la nariz.

—Yo también quiero enterarme.

Alcé una de las comisuras de mis labios y volví a clavar mi mirada en la escena; Nora estaba de espaldas a nosotros, pero podíamos ver la expresión de ira de Paul al detalle. Me acerqué un poco más para poder escucharla y Tessa hizo lo mismo.

—Paul, lo siento.

—Ni siquiera lo intentaste —le recriminó, resoplando por la nariz.

—Lo siento, pero me obligaste. —«¿Cómo que la obligó?».

—¡No te obligué! —Nora permanecía quieta, pero Paul se iba moviendo de un lado al otro, como si no fuera capaz de mantener las manos ni el cuerpo quieto.

—Claro que lo hiciste, Paul. Me obligaste a distanciarme de él si no quería perderte. Y no quiero hacerlo, quiero que sigamos siendo amigos.

Los labios de Paul se apretaron en una fina línea y pareció descomponerse tras aquella confesión. Tessa alzó la cabeza para mirarme de reojo y le devolví una mirada de estupefacción.

«¿Acababa de decir que la había chantajeado para alejarse de mí? ¡Lo mataba! Como fuera verdad, lo mataba yo mismo».

Su cuerpo seguía meciéndose de un lado para el otro de manera descompasada. Parecía una manguera dando tumbos por la presión del agua. Se pasó las manos por la cara y se acercó a Nora, hasta agarrarla por la muñeca. Me tensé con ese contacto, pero la mano de Tessa me calmó.

—Necesito saber algo.

—Lo que quieras.

—Cuando me dijiste que me querías... ¿Era verdad?

«Que diga que no, que diga que no».

Nora pasó su peso de la pierna derecha a la izquierda, nerviosa. Hubiera dado todo para que se diera la vuelta y verle la expresión.

—A mi manera —contestó, bajando la cabeza.

—A tu manera no me vale. —Le cogió del brazo y yo reprimí las ganas de salir a por ella—. ¿Alguna vez me has querido de verdad?

Esta vez su respuesta vino más rápida y con una valentía que me sorprendió:

—No —reconoció—. Te quiero, pero no como tú quieres que te quiera. Te aprecio.

—Maldita sea, Nora. ¡Vine aquí por ti!

—¡Pero yo no te lo pedí!

«Maldito hijo de... Como volviera a chantajearla de ese modo, juro que lo mataba yo mismo».

Se acercó de nuevo un poco más hacia ella. Levantó sus manos temblorosas y las colocó a cada lado de las mejillas de Nora. «Ni se te ocurra».

—Paul... Basta.

Por un momento me pareció que los nudillos de sus dedos se blanqueaban y estuve a punto de salir a rescatar a Nora. Pero no hizo falta, Nora se deshizo de sus manos y dio un paso atrás.

—Has cambiado —manifestó con voz calmada—. No te reconozco.

Los ojos de Paul se abrieron de golpe, como si acabase de despertarse de un sueño lúcido. Miró hacia los lados, desorientado y sacó unas llaves de su bolsillo.

—¿Te vas? —preguntó Nora, dando un paso hacia él.

—Sí. Paso de estar un minuto más contigo.

—Pasa aquí la noche, al menos.

—¿Y ver cómo te lo follas a él? Ni de puta broma. —Nora pareció congelarse.

—¿A quién?

—No te hagas la tonta ni la buena conmigo, no cuela.

—Creo que habla de ti —susurró Tessa con una sonrisa. No sé por qué, pero cada vez me interesaba más esa conversación.

—¿Lo sigues queriendo? —Mi respiración se paró de golpe, deseando escuchar la respuesta a aquello, cuando Tessa me empujó hacia dentro.

—Bueno, basta de cotilleos por hoy.

—Pero quiero escuchar su respuesta.

—Pues se lo preguntas directamente, cotilla.

No puedo explicar la necesidad que se apoderó de repente de mi cuerpo de atravesar esa puerta, pero Tessa se puso en medio con los brazos en jarra.

—Sabes que soy la primera que os animó a dar rienda suelta a toda esa tensión sexual que acumuláis. —Arqueé las cejas, hacía tiempo que no estaba de tan buen humor.

—¿Pero...?

—No la agobies. Dale su tiempo. —Volví a arquear las cejas.

—¿Desde cuándo la he agobiado yo? —Tessa puso los ojos en blanco y me arrastró hacia los sofás de nuevo.

Simon hablaba animadamente con Brandon y a Leo parecía no hacerle ni puñetera gracia. Me acerqué a él y le quité la botella de las manos.

—Basta de beber por hoy. —Leo intentó recuperar la botella sin éxito y se dejó caer hacia atrás en el sofá.

Tessa se sentó justo a mi lado, y no pude evitar fijarme en la mirada poco disimulada que le dirigió el chico de las pecas. Me giré hacia Tessa, pero no se había percatado de nada. O si lo había hecho, disimulaba muy bien.

—Creo que hay un poco de tensión en el ambiente —le susurré divertido. Tessa volvió a poner los ojos en blanco y se incorporó encima de la mesita para llenar todos los vasitos con el tequila que quedaba.

—Vamos a animar esto. ¡Siguiendo juego!

—No creo que esté el ambiente para juegos —añadió Simon.

—Si el ambiente no viene a nosotros... Nosotros traeremos el ambiente.

Abrí la boca para preguntarle en qué juego perverso estaba pensando cuando la puerta se abrió de golpe. No pude evitar comprobar que Paul subía a por sus cosas mientras Nora regresaba con nosotros. Mis ojos subieron por su cuerpo hasta llegar a sus ojos que luchaban por retener un par de lágrimas. Tuve que contenerme de nuevo para no estrujarla entre mis brazos. Sobre todo, porque fue Tessa la que se levantó y lo hizo.

Ella le susurró algo como que se iba y la respuesta de Tessa quedó camuflada por las risas de Simon. De verdad quería acercarme y preguntarle, pero... ¿Por qué no reaccionaban mis piernas?

Al cabo de un rato, Nora volvió de la mano de Tessa y se sentó justo enfrente de mí. La miré, deseando que me devolviera la mirada, que me regalara una señal de cualquier cosa. Pero no lo hizo, sus ojos se posaban por todos lados menos en mí. Aquello me estaba matando.

—Bueno, chicos, después del éxito del otro juego —Nora se removió en el asiento—, vamos a jugar al «yo nunca»

Simon, que estaba rojo por el alcohol y extrañamente animado levantó el vaso:

—Empiezo yo. Yo nunca lo he hecho en un espacio público. —Él, Leo y Brandon bebieron.

—Yo nunca me he pillado por un amor imposible. —«¿Acababa de mirar Brandon a Leo al decir aquello?».

Alcé las cejas y él y el chico pecoso bebieron. Miré a Nora que miraba dubitativa el vaso de zumo hasta que finalmente lo acercó a sus labios. «Espera... ¿Qué?».

Le tocó el turno a Leo, que pareció despertarse de repente y con una expresión que no me gustó para nada, soltó:

—Yo nunca he sido un cabrón mentiroso y he dado falsas expectativas a alguien.

«Joder». Alguien no tenía tanta tolerancia con el alcohol y acababa de soltar un dardo venenoso que sin duda iba para Simon. Si alguien del grupo no se había dado cuenta aún de la tensión que había entre esos dos, en ese momento se dio cuenta solo por la intensidad de las miradas de ambos.

Pero lo que más me sorprendió fue ver a Nora beber de nuevo.

El sonido de las pisadas de Paul bajando la escalera nos sacaron de aquella aura tan incómoda.

—Espera —gritó Brandon con una expresión de derrota en el rostro— ¿Puedo ir contigo?

—Claro. —Paul se quedó de pie, al lado de la puerta de entrada, clavando su estúpida mirada en mí. Como si intentara enviarme toda una horda de asesinos en serie. «Te jodes».

—Brandon, espera. —Leo se había levantado sin darnos cuenta, y perseguía a Brandon por las escaleras.

Paul dio otro portazo al salir. Aquello iba de mal en peor; Nora miraba fijamente cómo sus manos apretaban sus rodillas, el otro chico tecleaba su móvil como si la situación no fuera con él y Tessa... Tessa intentaba mantener un barco lleno de agujeros a flote como fuera.

—¿A quién le toca? —preguntó, mirándome casi con súplica.

Me tocaba a mí y apenas había pensado en nada. Sentí mi pulso en mi garganta al pensar en la posible pregunta. «¿Podía...?».

—Yo nunca... —empecé a decir mirándola a ella— he dejado de amar a alguien de este círculo.

No me miró. Clavó su mirada hacia el vaso y lo apretó con fuerza entre sus dedos de nuevo. «Venga, bebe».

Acerqué el mío a mis labios sin apartar mi mirada de ella. «Bebe».

Ignoré si todos los demás habían bebido, solo la podía ver a ella. Levantó el vaso hasta tenerlo a la altura de sus labios. «Por favor, bebe».

Pero se paró ahí. Su mano bajó hasta la mesa y dejó el vaso con un golpe seco.

—Lo siento —masculó, levantándose y desapareciendo escaleras arriba.

«¿Qué narices...?». Me levanté y Tessa me agarró del brazo:

—Dallen, espera...

—Ni de coña —contesté zafándome de su brazo y corriendo detrás de ella.

Subí los escalones de dos en dos. Mi mente estaba nublada, solo podía escuchar cómo el corazón se me iba a salir del pecho si seguía latiendo con esa fuerza.

—Nora —toqué con el puño un par de veces, pero al no contestarme abrí la puerta sin más. Y la vi.

Estaba de pie, apoyada en la barandilla de la terraza, de espaldas a mí, observando cómo aquel idiota colocaba su maleta en el coche. Caminé lentamente hacia ella y noté que sabía que era yo por cómo se tensaron sus dedos en la barandilla.

—Nora —volví a pronunciar su nombre y pareció que me pesara al hacerlo.

Quería acercarme más a ella, pero me mantuve a una distancia prudencial. Se giró al escucharme y me sorprendió ver que no estaba llorando. No sé por qué pensaba que lo estaría haciendo.

—Se va —comentó finalmente.

—Lo sé.

—Soy una persona horrible —confesó mirándose los pies. Como la primera vez que la vi en aquella fiesta después de ocho meses sin saber nada de ella.

—No eres horrible, él es un...

—No tienes ni idea de nada. —Su mirada se alzó hasta la mía por primera vez desde que había salido detrás del imbécil—. Le mentí, le dije que lo quería solo para que tú no me escucharas decir que te quería a ti, le mentí y se hizo ilusiones por mi culpa.

«Un momento. ¿Acaba de decir que me quería?!»

—Vino aquí por mí y yo no hice más que alimentar sus esperanzas. —Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos. Ella seguía hablando, pero yo solo podía pensar en lo que acababa de confesar sin ni siquiera darse cuenta—. Por mi culpa se ha ido, en medio de la noche, triste, destrozado. Y odiándome.

«¿Por qué estaba feliz cuando me estaba contando todas esas cosas? ¡Ah, sí! Había dicho que me quería».

—Y, por si fuera poco, también te he hecho daño a ti. No paro de hacer daño a la gente que quiero.

«Espera, lo había vuelto a hacer». Las comisuras de mis labios se elevaron y sus cejas se arquearon, sin entender nada.

—¿Por qué sonríes?

—¿Has acabado? —pregunté acercándome a ella, hasta que nuestras puntas de los zapatos chocaron. Tragó saliva sin apartar sus ojos de los míos y asintió.

—Bien. —Y no pude aguantarme más. Coloqué una mano en su nuca y la otra en su espalda para acercarla a mí y plantarle un beso impaciente en los labios.

—Yo también te quiero.

Capítulo veintiocho

NORA

«¿Me estaba besando?». Tardé un par de segundos en reaccionar, pero finalmente mis labios se entreabrieron para dejar paso a su lengua, ansiosa por juntarse con la mía. Su mano me apretó la espalda para acercarme todavía más a él y yo me dejé llevar. No sabía lo mucho que había necesitado sentirme entre sus brazos hasta ese momento, en el que sentí que la fragilidad que había en mi interior salía de mi cuerpo para abrazarme.

Sin darme cuenta, mis brazos rodearon su cuello y mis manos se perdieron por su pelo. Era tan agradable sentir su suavidad entre mis dedos... Sus labios se apartaron de los míos para recorrer la curvatura de mi cuello y tuve que cerrar los ojos y las piernas al sentir aquella electricidad recorrerme por todo el cuerpo. Incliné la cabeza hacia atrás para darle más acceso a sus besos, que siguieron el camino hasta llegar al lóbulo de mi oreja y morderlo con suavidad. Mi piel estaba tan erizada, que casi dolía.

La mano, que seguía en mi espalda, consiguió colarse por debajo de mi camiseta y empezó a acariciar mi piel, rodeándome, hasta introducirse estratégicamente por debajo de mi sujetador. Sus dedos rozaron mi pecho mientras sus labios habían vuelto a los míos. Una especie de quejido salió de ellos en el momento en el que me incliné hacia su cuello y bajé mi mano por su torso hasta llegar a la bragueta de su pantalón. Me apartó un instante con suavidad y en ese instante pude ver cómo sus ojos brillaban de absoluto deseo.

—Si vas a pararme, que sea ahora —farfulló sin desclavar sus ojos verdes de los míos. —Me reí, por primera vez en muchos días, y lo arrastré hacia mis labios de nuevo.

—No pienso hacerlo.

Quizás, en otro momento, hubiera dicho que no. Porque sabía que si abría un poco la puerta que daba rienda suelta a mis pensamientos, la culpa me poseería por completo. Y, por un instante, por un momento, necesitaba dejar de escuchar mi cerebro y hacerle caso a mi cuerpo. Solo quería pensar en esos ojos verdes devorándome con la mirada, en esas manos buscando cada pliegue de mi piel y en esos labios encajando con los míos a la perfección.

Sus dedos abandonaron mi pecho y se deslizaron por mi barriga hasta colocarse por debajo de mi trasero para subirme a sus brazos de nuevo. Aquello me recordó demasiado a nuestro momento en el bosque y mi cuerpo se excitó todavía más. Rodeé su cintura con mis piernas, me agarré fuerte a su cuerpo para no caerme y dejé que me llevara a la cama sin apartar mis labios de los suyos. Como una droga, como un imán imposible de separar.

No me di cuenta de que estábamos ya en la cama hasta que su cuerpo se separó del mío y me sacó la camiseta en apenas un segundo. Yo hice lo mismo con la suya y me permití unos instantes para contemplar su cuerpo desnudo de nuevo. Durante la oscuridad del bosque no había podido hacerlo y necesitaba sentir que aquello que estaba pasando era real. No sabía si iba a repetirse, no sabía si aquella sería la última vez y quería grabarme aquella imagen a fuego en el rincón máspreciado de mi memoria.

Recorrí su abdomen con mi dedo índice, en forma de caricia. Dallen cerró los ojos y tragó saliva cuando me deshice de la cremallera y adentré mi mano por debajo de su pantalón.

—Joder, Nora —gimió, excitándome aún más.

Su respiración se aceleró y sus manos buscaron mis pechos de nuevo, con urgencia. Aparté mis manos y enseguida las atrapó como respuesta a mis caricias, obligándome a inclinarme totalmente sobre el colchón. Clavó sus ojos sobre los míos y pude ver el brillo del deseo en ellos justo antes de volver a besarme.

Cuánto había echado de menos sus besos, su cuerpo y sus caricias. Conseguí acabar de sacarle los pantalones intentando no apartarme de sus labios y él hizo lo mismo con los míos. Me incliné de nuevo, apoyando mis manos en sus hombros para arrastrarlo conmigo de nuevo y sus labios arremetieron de nuevo contra los míos para seguir por mi cuello, por la comisura de mis labios, por mi barbilla...

Hasta que no pude más. Estaba a punto de explotar y necesitaba sentirlo a él dentro. Abrí mis ojos y paré su mano para que entendiera que era lo que quería. Su respuesta fue aquella media sonrisa que era capaz de pararme el corazón.

—¿Ya? —preguntó con picardía mientras se acomodaba encima de mí.

—Hazlo de una vez —exigí cerrando los ojos.

Dallen se apartó de mí un segundo para buscar un sobre plateado de su cartera.

El deseo me ardía tanto que no podía aguantarlo más. Bajó su mano para ayudarse y enseguida lo sentí dentro de mí. Abriéndose paso poco a poco hasta llenarme por completo y calmar aquel deseo que parecía insaciable. El ritmo se incrementó hasta sentir cómo la sensación de electricidad subía desde mi interior hasta liberarse por completo. Explorando de placer como no había hecho con nadie más. Como no había podido hacerlo con Paul. Porque solo él sabía hacerme llegar de ese modo. El ritmo aumentó un poco más hasta que noté como su abdomen se tensaba y su respiración se entrecortaba.

Se dejó caer a mi lado, jadeando junto a mí. Y me miró: sonreía y le brillaban los ojos de una forma que casi no podía explicar, pero me llenaba por dentro como lo había hecho él físicamente minutos antes. Pero si de una cosa estaba convencida era de que yo debía tener exactamente la misma expresión, porque los dos empezamos a reírnos sin poder parar.

—No sabes cuánto deseaba hacer esto —me susurró en el oído, erizándome de nuevo la piel—. Te he echado tanto de menos...

Me apoyé sobre mi codo y me incliné sobre su cuerpo, sintiendo el contacto de nuestra piel desnuda. Sus manos sujetaron mis caderas y dibujó una sonrisa traviesa.

—Tendrás que darme un poco más de tiempo para la segunda ronda, mapache.

—¡Idiota! —me reí y lo besé de nuevo, esta vez más calmada, sin tanta urgencia.

Pero inmediatamente después de ese beso, me golpeó la realidad que había evadido, como si se tratase de un *boomerang*. Me acosté a su lado y fijé mi mirada en el techo.

—¿Estás bien? —preguntó Dallen con un hilo de voz.

—No... —confesé, girando la cabeza hacia él—. ¿Puede alguien sentirse terriblemente bien y mal a la vez?

—Tessa me dijo que te diera espacio y no lo he hecho —contestó apoyando su frente en la mía—. Lo siento. —Negué con la cabeza y forcé una sonrisa.

—No te disculpes, quería hacerlo.

—¡He dicho que no me sigas, imbécil! —la voz de Tessa nos interrumpió desde el pasillo.

Escuchamos la puerta de al lado abrirse con un golpe fuerte y saltamos de la cama a toda velocidad. Busqué mis bragas y Dallen me tiró el sujetador antes de que abrieran la puerta de golpe.

—¿Por qué lo complicas todo? —Dallen me miró con la ceja arqueada al escuchar la voz del chico.

—¿Ese era el pecoso? —Dallen buscaba sus calzoncillos sin éxito por encima de la cama.

—Se llama Ryan —contesté mientras me ataba el sujetador. Justo en ese momento entró Tessa. El rostro se le congeló al ver como Dallen cogía el cojín e intentaba taparse de su vistazo poco disimulado.

—¡Joder!, ¡anda que habéis tardado en ponerlos al lío!

Quise matarla con la mirada, pero Dallen se echó a reír y las dos nos quedamos absortas mientras él recogía sus cosas con una mano y con la otra aguantaba su dignidad.

—Os dejo que habléis.

—Sí, sobre el tamaño de tu...

—¡Tess! —Dallen alzó la comisura de sus labios y se acercó para besarme.

—Buenas noches, mapache. —Tessa se acercó a la cama y vaciló por un segundo.

—¿Habéis cambiado las sábanas? —Tessa arqueó las cejas.

—No nos ha dado tiempo, apenas hemos podido vestirnos.

—Eso ya lo he visto, ya... La verdad es que no está nada mal, Norita.

—Tess...

Abrí el armario en busca de otro juego de sábanas y ella me ayudó a cambiarlas. Al terminar se tiró encima del colchón y ahogó un grito en la almohada que quedaba.

—¿Me vas a explicar qué pasa entre Ryan y tú? —Sus grandes ojos aparecieron por encima del cojín, con un atisbo de vergüenza que quería esconder.

—Que es imbécil.

—Espero que haya un motivo para que lo llames así. —Puso los ojos en blanco y entonces su expresión cambió.

—Quiere... —pareció como si se le trabasen las palabras— quiere que salgamos juntos.

No sé si mi cara de sorpresa era por el hecho de que se sonrojara al decir aquello o por quién se lo había dicho.

—¿Pero lo odias o lo quieres? —Tessa hizo una mueca y se abrazó las rodillas.

—No lo odio...

—Entonces lo quieres.

—Tampoco es eso... —Suspiró y me miró con sus ojos aguamarina—. Me ha dicho que o quiero salir con él o se acaba, que parece que me avergüenzo de él.

Me senté más cerca de ella y coloqué mi mano encima de la suya:

—¿Y cómo te hace sentir pensar que dejarás de verlo? —Fruunció el ceño.

—Mal. —Sonreí.

—Es un buen inicio.

—Es una mierda.

—Sí, el amor suele serlo.

En ese momento la puerta de la habitación se abrió de golpe y apareció Leo, rojo, con el pecho subiéndolo y bajándolo por la respiración acelerada y los ojos muy abiertos, detrás de él divisé a Dallen que me miraba con auténtico terror. Las dos nos incorporamos de golpe.

—¿Qué pasa, Leo? —preguntó Tessa a mi lado.

—Brandon y Paul...

—¿Qué pasa con ellos? —insistí yo, temiendo lo peor.

Leo dio un paso hacia nosotras y se mordió el labio antes de hablar:

—Han tenido un accidente.

Capítulo veintinueve

NORA

Llegamos al hospital en apenas media hora. Dallen no dejaba de sostener mi mano y, cuando mi pierna se movía inquieta, me susurraba que todo iría bien. Aun así, yo no lograba quitarme aquel sentimiento de culpa de mi cuerpo, como un peso que me oprimía y no me dejaba pensar con claridad.

Leo daba vueltas en círculos en la sala de espera. Sabía que se sentiría igual o más culpable que yo por lo de Brandon. Quería decirle algo, pero no me salían las palabras. Era como si se enredaran en mi garganta impidiendo que salieran.

Dallen apretó mis dedos entre los suyos de nuevo y me obligó a mirarlo directamente a los ojos. Durante aquel instante en el que conectaron nuestras miradas sentí cómo el aire volvía a llenar mis pulmones con alivio.

—No es culpa tuya —remarcó leyendo mis pensamientos. Tragué saliva y desvié la mirada a la punta de mis zapatos.

—¡Joder! —Leo golpeó la pared con el puño y se quedó en esa posición. Con la frente apoyada en el muro blanco y su pecho subiéndolo y bajándolo con dificultad.

Tessa se acercó a él y, con suavidad, le puso una mano en el hombro para darle la vuelta y dejar que se desplomara en su hombro. Cerré los ojos y apreté los labios para intentar reprimir las lágrimas que querían salir disparadas de mis ojos, pero fue inútil, empezaron a recorrer mis mejillas de forma silenciosa. Las yemas de los dedos de Dallen recorrieron el rastro que dejaban y, con un gesto rápido, me atrajo hacia él para que pudiera esconderme en la calidez de su abrazo y darle rienda suelta a aquellos sentimientos que me oprimían el pecho.

Aquella espera fue la más eterna y silenciosa que había vivido hasta ahora. Cuando las primeras emociones fuertes empezaban a intercambiarse por el nerviosismo y la impaciencia, la doble puerta se abrió delante de nosotros. Leo fue el primero en levantarse e ir corriendo hacia el doctor que nos buscaba con la mirada.

—Estamos acabando la intervención del paciente Brandon Tucker.

—¿Cómo está? —preguntó impaciente, Leo.

—Están cerrando la operación y todo parece haber ido correctamente. Pero tendremos que valorarlo durante las siguientes horas.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Tessa con un hilo de voz.

—Ha sufrido un traumatismo torácico contundente, pero todo parece indicar que ha tenido suerte y los daños han sido leves.

No había entendido prácticamente nada, pero me había quedado con lo importante. Había sido leve y parecía haber ido todo bien.

—¿Y el otro chico? —pregunté con la voz temblorosa. El doctor se giró hacia mí y apretó los labios en una fina línea.

—El paciente Paul Gardner ha tenido suerte, solo un latigazo cervical.

—¿Podemos entrar a verlo? —El doctor asintió.

—Máximo dos personas.

Di un paso hacia adelante, pero la mano de Dallen me frenó. Me giré hacia él y vi que Leo se había acercado a nosotros.

—Canija, déjanos un momento a nosotros.

—¿Por? —pregunté, pero su expresión me dio a entender que era algo que iba más allá de lo que me podía decir en ese instante.

Aun así, yo apreté la mano de Dallen y le obligué a mirarme:

—¿Me lo explicarás todo luego? No quiero más secretos.

Él se limitó a asentir. Lo dejé ir y me quedé de pie delante de la puerta sin saber qué es lo que estaba pasando.

Capítulo treinta

DALLEN

Avanzamos por un largo pasillo con olor a desinfectante, del que ya estaba acostumbrado, cuando Leo me agarró por el brazo para que ralentizara el paso:

—Déjame hablar a mí. —Asentí. De todas formas, no me apetecía nada lidiar con él—. Recuerda lo que te he contado antes, si no lo hacemos bien, Nora saldrá perjudicada.

Tragué saliva y recordé el momento en el que Simon se había acercado a nosotros para confirmar lo que Leo había estado buscando esa noche.

—¿Tienes un plan?

—Improvisar.

—Genial.

Suspiré y abrí las puertas. Me sorprendió ver a Paul tan bien, teniendo en cuenta cómo había terminado Brandon. Estaba sentado en su camilla con un collarín en el cuello y algunos moratones en los brazos. Su mirada se endureció al vernos.

—¿Y Nora? —fue lo primero que preguntó cuando nos acercamos a su cama.

—Esperando su turno. —Paul soltó una risa ahogada.

—Entiendo. Sus perritos guardianes. —Apreté los puños para contener mis ganas de dejarle el otro ojo a juego.

—Lo sabemos, Paul.

—¿El qué?

—El motivo del accidente. —El chico frunció el entrecejo.

—Ha resbalado el coche, ese ha sido el motivo. No es para tanto.

Vi cómo Leo hacía lo mismo que yo para calmarse y, tras inspirar, volvió a hablar con una calma envidiable:

—Soy uno de los dueños del local donde ibas casi cada día, ¿lo sabes?

—Claro que lo sé.

—Así que también sabes que tengo ojos y oídos en todos lados. —Aquello tuvo que significar algo para él. Porque empezó a empalidecer.

—¿Qué sabes? —preguntó con la voz temblorosa.

—Sé que hiciste migas con un tal Nathaniel, sé que frecuentabas el baño con mucha más regularidad que una persona normal, y sé que drogaste a Nora esa noche.

—¡¿QUÉ?! —mi voz salió de mi cuerpo sin poderla reprimir. Eso era nuevo.

Mi amigo me envió una mirada para que me callase y me mordí la lengua, pero me giré hacia Paul enfocando toda mi ira en él.

Aquella noche. La noche que me había besado no estaba borracha, ella no había bebido. Él la había drogado para vete a saber qué hacer con ella. Me entraron ganas de vomitar solo de pensarlo.

—¿Se lo vas a decir? —fue lo único que dijo ese cabrón. Ni un lo siento, ni arrepentimiento. Solo eso.

—No. —Me giré hacia él con el ceño fruncido. «¿Estaba de coña? Nora tenía que saberlo»—.

Pero a cambio de algo.

—¿De qué?

—De que te vayas. —Paul soltó otra risa floja y bajó la cabeza.

—De todas formas, me van a deportar. —Aquello me hizo sonreír por dentro.

—Da igual, eso puede llevar meses. Te vas a ir antes. Puedes hacer una salida voluntaria del país.

—Necesitaré un abogado.

—Yo tengo uno —fue lo primero que dije y lo único que le hizo mirarme.

—Al final lo has conseguido, ¿eh? No tienes ni idea de lo que sufrió por ti. Pero ahora tú eres el héroe que la salva del drogadicto de su novio, ¿verdad?

—Fue un error. No quise hacerle daño. Solo quería protegerla. Y yo nunca haría nada contra su voluntad. No como tú.

Sus ojos se mantuvieron firmes, hasta que me pareció ver como se rompía por dentro. Se giró de nuevo hacia Leo y, con otro tono de voz más calmado, continuó:

—Hay algo más que no sabes. —Leo se enderezó—. La idea de... —parecía como si le costara pronunciarlo— de ponerle eso a Nora... No fue del todo mía.

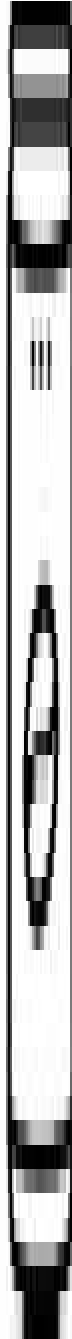
—¿Qué quieres decir?

—Aquella noche, cuando ellas dos bajaron a la pista, fui al baño y... me encontré con alguien que se preocupó por mí. Yo estaba nervioso porque veía que seguía colgada por él. —Me señaló con la cabeza sin mirarme—. Y se lo conté todo. No sé por qué, pero me dio esa seguridad. Tras soltarle el rollo me dijo que tenía algo mejor para mí. Algo que potenciaba el deseo y que solo haría que se diera cuenta de lo que sentía por mí.

—¿Y le creíste? ¿En tu país no se dice eso de no hablar con desconocidos?

—¿Quién te dio eso, Paul? —intervino Leo, mucho más calmado que yo.

—No sé su nombre. Solo me fijé en que iba todo de gris.



—¿Por qué narices quería que drogara a Nora?

Habíamos dejado pasar a Nora, que nos había insistido en entrar sola, y nosotros nos habíamos refugiado en la salida del hospital con la excusa de que nos diera el aire.

—No lo sé. Pero eso me hace confirmar mis sospechas de que lo que quiere no es conocer a su hija y ya está.

—Y la mía de que Paul estaba en el ajo. En cierto modo.

Fijé mi mirada en el cielo oscuro mientras todos mis pensamientos se entrelazaban en mi cabeza. Intentando encontrar un hilo, algo que nos diera las primeras pistas. La primera huella.

—¿No sabes dónde vive? —preguntó Leo a mi lado.

—No... Si no, ya hubiera ido.

—Me contaste que vino al entierro de tu abuelo.

—Sí.

—Pero no fue hasta mucho más tarde que contactaste con él. ¿Cómo? —Bajé la mirada y me giré lentamente hacia él. «¿Cómo no lo había pensado antes?».

—¿Tienes algo que hacer ahora? —Mi amigo levantó las cejas.

—Deberíamos volver a la casa. Estar con Nora.

—Volveremos antes de que amanezca.

—¿Qué tramas? —Saqué el teléfono y escribí a Nora para que se quedara tranquila cuando no nos encontrara allí.

—Desenmascarar a otro sinvergüenza.

Capítulo treinta y uno

NORA

Los ojos de Paul me miraron sorprendidos al entrar en la habitación, pero enseguida apartó la mirada.

—Lo siento... —murmuré, sin saber siquiera qué decirle. Me sentía tan impotente, tan insegura, tan mala amiga..., que no era capaz de articular una palabra a la altura de sus necesidades.

—Has venido. —Sus ojos volvieron a los míos y por un instante volví a ver reflejado a aquel chico que me había ayudado tanto en Londres.

—Lo siento, Paul —repetí—. Por mi culpa... —Paul negó con la cabeza antes de que pudiera acabar la frase.

—He sido un idiota, Nora, pero no por tu culpa. —Se rascó la nuca y se mordió el labio, nervioso.

—No digas eso...

—Nora, fui un imbécil contigo —su voz temblaba—. Pero no era yo del todo, quiero que lo sepas, Nora. Ese Paul... no era yo.

—Lo sé, Paul.

Sentí que había algo que me ocultaba, algo que se me había pasado por alto, algo que Leo había descubierto y por eso había querido hablar con él primero. Así que no quise forzarlo, fuera lo que fuera estaba claro que estaba arrepentido.

—¿Me perdonarás algún día?

—Ya lo he hecho —contesté y, sin pensarlo demasiado, me tiré a sus brazos y hundí mi cabeza en su pecho.

—Siempre estaré loco por ti, chica de la cámara.

Me quedé un rato en esa posición, hasta que las lágrimas cesaron y él me apartó con delicadeza, con aquella delicadeza de hacía meses atrás, de Londres.

—Y ahora... ¿Qué vas a hacer?

—Volver. Cuando mis padres se enteren de esto no estarán muy contentos que digamos.

—¿Te van a reclutar en el hostal de nuevo? —Paul soltó una carcajada, una de verdad. Una que hacía semanas que no veía.

—Creo que va a ser peor que eso.

—¿Cuándo te vas?

—Tengo que cerrar algunos asuntos... Pero no creo que tarde.

Sentí esa sensación de no querer hablar más sobre el tema, y lo respeté. Di media vuelta, pero antes de irme, gritó mi nombre:

—¡Nora!, ¿vas a volver con él? —Me giré y, tras un suspiro, asentí.

—Tenía una razón de peso para desaparecer —me expliqué—. No fue la mejor decisión, pero no quiso herirme. —Paul elevó la comisura de sus labios en una media sonrisa y bajó la mirada hacia sus manos.

—No como yo... —Me pareció escuchar y me rompió el corazón.

—Ven a verme antes de irte. —Pero no supe si iba a venir o no, porque se había quedado con la mirada fija en ese punto, absorto en sus propios pensamientos.

Tras dejar a Ryan en casa, porque había pedido expresamente no volver a la casa del lago maldita de Leo, volvimos en el coche de Tessa, ella, Simon y yo. Dallen me había mandado un mensaje de que le había surgido algo a Leo y que volverían antes de que amaneciera. Supuse que sería algo del local, así que volvimos a esa casa los tres solos.

Tessa fue la primera en hablar tras dejarnos caer en el sofá:

—No me puedo creer lo que ha pasado esta noche. —No contesté, todos los recuerdos de ese día se acumulaban en mi cerebro, sin darme tregua.

—Simon, ¿qué te pidió Leo que hicieras? —pregunté, al caer en ese momento. —Él apretó los labios en una fina línea y se inclinó hacia delante con un suspiro.

—Quería que revisara sus cosas.

—¿Por qué? —preguntó Tessa.

—¿Y qué encontraste? —insistí yo, ignorando la pregunta de mi amiga. Algo dentro de mí lo sabía. Pero su mirada terminó de confirmarlo.

—Ya lo sabes. —Asentí despacio y volví a centrar mi mirada en mis manos.

—¿Qué está pasando?

—El motivo por el que se ha estrellado hoy no ha sido el alcohol, ni los nervios —contestó por mí—. Sino algo más fuerte.

—Joder.

—Y Leo lo sospechaba. —Tessa bufó.

—Leo se ha equivocado de profesión, debería ser detective.

Simon sonrió y yo seguí con la mirada borrosa. Lo sabía, sabía que había algo mal en él, algo que no concordaba con lo que había vivido en Londres. Allí, Paul salía, se divertía, pero nunca había mostrado un signo de violencia conmigo. Me enfadé conmigo misma por no haberlo visto antes.

Tessa, como si leyera mi pensamiento, me dijo:

—No creas ni por un momento que es tu culpa. —Levanté la mirada.

—No me di cuenta.

—Él fue quien decidió hacerlo. No puedes asumir esa carga. —Tragué saliva y afirmé. Aunque me dolía todo lo que había ocurrido, sabía que Tessa tenía razón.

—Cambiano de tema —mi amiga sonrió maliciosamente y clavó su mirada en Simon—. ¿Qué narices estás haciendo con tu vida? —Él abrió los ojos, sorprendido, y se removió un poco en su asiento.

—No creo que...

—¿Estás enamorado de esa chica? ¿Eres poliamoroso? ¿Cómo funciona eso?

—Sigues siendo tan directa como recordaba... —sonrió al apoyarse en sus piernas y desviar la mirada hacia el suelo—. Nunca he dejado de quererlo.

—¿Entonces qué puñetas haces?

—No es tan fácil, ¿sabes? —Se incorporó de nuevo y miró a mi amiga—. Con Leo tiene que ser todo intenso: o todo o nada. Meforcé en seguirle el ritmo, pero no pude. Y entonces la conocí a ella y me sentí atraído. Me confundí, pensaba que tenía que ser o blanco o negro y no, de repente había matices.

—Pero has dicho que quieres a Leo.

—Y es verdad. No he dejado de quererlo. Pero me presionó para decírselo a mis padres, a mi familia y de repente vi una salida. No hace falta que me digas que fui un cobarde, eso ya lo sé. Aunque tú estás haciendo igual por lo que he visto hoy. —Tessa hizo una mueca.

—No es lo mismo.

—¿Ah, no? —Simon enarcó una ceja—. ¿Acaso no estás huyendo de Ryan por el qué dirían? Por el amor de dios si os lleváis solo cinco años. Eso no es nada.

—Me encanta que tú me estés dando lecciones de atrevimiento.

No pude aguantarme. No sabía si eran los nervios acumulados, el estrés, un trauma o esa conversación, pero empecé a reírme hasta que me dolieron las costillas.

—Se ha vuelto loca. ¡Norita, respira! —Pero no tardó en unirse a la risa ella también.

—¿Sabéis? —soltó Simon al dejar de reír un instante—. Os he echado de menos.

Capítulo treinta y dos

DALLEN

Llegamos a ese callejón que me traía malos recuerdos, era de noche así que no tenía que haber nadie. Solo deseaba que no tuviera ninguna alarma conectada.

—¿Cómo narices llegaste hasta este lugar de ratas? —preguntó de nuevo Leo, mientras yo daba un vistazo a la fachada del edificio.

—Ya te lo dije, ese hombre jugó conmigo como si fuera un títere, solo para acercarse a Nora.

—No tiene sentido... —Leo se rascaba la barbilla pensativo—. Si de verdad es el padre, ¿por qué hacer todo lo que hizo contigo? ¿Por qué no se acercó a ella como está haciendo ahora?

Me encogí de hombros. Yo también me seguía haciendo esa pregunta y la única conclusión que sacaba era que quizás pensó que la opción más fácil de acercarse a ella sería yo. Y no lo culpaba, el Dallen que conoció en el entierro de mi abuelo hubiera sido capaz de todo por su único objetivo.

Pero había cambiado, ella me había cambiado y ahora no le había quedado otro remedio que ejecutar su plan «B», como había amenazado el día que le devolví el dinero. Lo único que necesitaba era que yo siguiera callado y eso sí que lo tenía bien atado. Recordé el accidente con Sebastian y se me cerró el estómago.

—Lo único que sé es que si lo ha hecho de este modo, es porque tiene una razón oculta. Sabe demasiado bien lo que hace. —Agarré a Leo por la chaqueta y lo arrastré hasta el punto exacto donde lo quería—. Ayúdame.

Leo entrelazó sus dedos y los bajó para que yo pudiera colocar mi pie derecho en ellos. Me apoyé en sus hombros y me impulsó con fuerza para que llegara a agarrarme a la barra de la escalera de incendios. Hice fuerza con los brazos y pude colarme por el agujero hasta llegar al rellano de aquella escalera.

Me tumbé con casi medio cuerpo fuera, con los pies enganchados entre las barras para no caerme, y me estiré hasta alcanzar los brazos de Leo y subirlo. Suerte que aquella escalera no estaba muy lejos del suelo, si no, no sé cómo lo hubiéramos hecho.

Subimos hasta el piso. La ventana de su despacho estaba abierta por apenas un centímetro, seguramente para ventilar la cantidad de humo que producía cada día. Y lo suficiente para que yo pudiera deslizar mis dedos y levantarla hasta arriba con facilidad. La suerte estaba de nuestro lado.

—¿Se puede saber qué buscamos? —preguntó Leo al aterrizar a mi lado.

—Algo. Cualquier cosa que nos indique qué trama. Algo que lo relacione con Nora.

—Me siento como la primera vez que entramos a un escape room.

—Más o menos lo mismo, pero sin que las pistas sean tan claras.

—Y con el peligro de que nos pille la policía.

—O peor: él.

Leo sacó cuatro guantes de látex y me pasó un par.

—¿De dónde has sacado esto?

—Los he robado del hospital —sonrió orgulloso—. Esto de ser detective no se me da tan mal,

mira qué bien lo hicimos contigo.

—No me lo recuerdes...

Leo empezó a tantear la estantería mientras yo fui directo a su escritorio. Pero todo parecía en orden, había carpetas de casos, llenos de fotografías y horarios, pero nada que lo relacionara conmigo ni con Nora.

—Dallen, aquí no hay nada... —murmuró Leo girándose despacio hacia mí.

Me pasé las manos por el pelo y dejé que mi espalda se apoyara en la ventana. Leo tenía razón, habíamos buscado por más de media hora, removiendo todo lo que había en aquel despacho: papeles, libros contables, cajones..., pero ahí no había nada. Parecía la perfecta coartada de un negocio fraudulento.

—Si no hemos encontrado nada —subí la mirada hasta encontrarme con la cara de circunstancia de Leo—, es porque se deben llevar toda la información comprometida a otro lado.

—Entonces, tendremos que encontrar la manera de descubrir a dónde.

Asentí y volví a levantar la ventana para escaparnos de aquel asqueroso lugar. No habíamos encontrado nada, pero sí que había avanzado en algo. Ahora tenía más claro que nunca que iba a descubrir la verdad. Costase lo que costase.

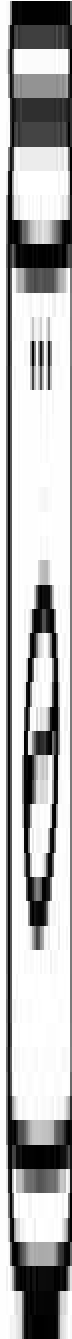
—Dallen, no le puedes contar esto a Nora. No todavía.

—Estoy cansado de tenerle miedo. Te lo he contado a ti y no parece haberse enterado, no sé cómo lo hizo con Sebastian, pero si vamos con cuidado...

—No —me cortó—. Nora es un libro abierto. Si se lo cuentas, por mucho que no diga nada, se va a dar cuenta. Y a saber qué puede llegar a hacer si ve que se le tuercen los planes.

Tragué saliva, y Leo continuó:

—Si vamos a descubrirlo, necesitamos que piense que todo va según su plan.



Llegamos a la casa cuando estaba amaneciendo. Esperaba que estuvieran todos dormidos, por eso me sorprendió ver, de lejos, la figura al borde del lago. Le hice una señal a Leo y asintió antes de entrar en la casa.

Me acerqué a ella y saqué una de las latas que había comprado en un 24h, expresamente para ella.

—Buenos días, mapache. —Nora dio un pequeño respingo al oírme, pero enseguida se le iluminó la mirada al ver lo que le estaba ofreciendo. «Maldita maravillosa yonki del café...».

—¿Habéis solucionado lo de Leo? —preguntó mientras me sentaba a su lado.

—Más o menos —contesté—. ¿Tú has hablado con Paul? —Nora afirmó y dio un trago a su lata.

—¿Y estás bien? —insistí.

—Ahora mismo tengo una mezcla de sentimientos. —Sus ojos se clavaron en el agua del lago—. Me siento aliviada y a la vez culpable de sentirme así. Soy horrible, ¿verdad?

—No. —Se giró hacia mí y me quedé de piedra al notar su mirada—. No eres horrible. Nunca lo has sido. —Me sonrió y dio otro trago a su café.

—¿Desde cuándo sabías lo de Paul?

—No lo sabía. No hasta ayer.

—Entiendo...

Me mataba. Me mataba ver cómo la culpa la exprimía por dentro. Solo quería ver esos labios arqueados, su sonrisa, su risa. Fijé mis ojos en el agua y me pregunté si estaría demasiado fría.

—Tengo una idea para animarte. —Me levanté bajo la intensa mirada de Nora.

—¿Qué vas a hacer? —Sonreí y me saqué la chaqueta, después el jersey y la camiseta que llevaba justo debajo.

—¡Ah, no! No. No. ¡No!

—¡Ah, sí! —contesté mientras desabrochaba mis pantalones y me los sacaba dejando solo los calzoncillos.

Hacía frío, pero no demasiado. Lo que no podía asegurar era lo fría que estaría el agua. Por lo menos esta vez la luz naranja de la salida de sol nos respaldaba un poco.

Nora se levantó de un salto.

—No pienso meterme ahí. ¿No te acuerdas de la última vez? Casi mueres congelado.

—Ni que hiciéramos el *avanto*⁸.

—¿«Avant» qué? —preguntó Nora, alejándose un paso de mí.

—Tienes una oportunidad de quitarte la ropa o te empujo conmigo. Tú eliges. —Di un paso hacia ella.

—Te odio —contestó a regañadientes, dándome una victoria aplastante. Sus dedos viajaron hacia la parte baja de su jersey y yo tuve que concentrarme en el frío para no demostrar lo mucho que me gustaba lo que veía.

—No me odias. —Sus labios se arquearon y se cruzó de brazos al quedarse en ropa interior.

—Me muero de frío.

—Entonces vamos a calentarnos.

La cogí de la mano y la llevé hasta el borde del lago.

—Un, dos... y...

No le di tiempo a contar hasta tres. Le apreté los dedos y salté con ella. El agua, helada, empezó a quemarme por la piel.

—¡Joder está más fría de lo que creía!

—¿Qué esperabas? —gritó Nora, sin dejar de nadar, a mi lado.

—Un poco menos, la verdad.

Al poco rato de movernos, mi cuerpo empezó a aclimatarse, aunque no podía dejar de hacerlo.

—¿Podemos salir ya?

—No, aún no.

Me acerqué a ella y, tocando el fondo de la orilla del lago, la besé. Sus brazos enseguida rodearon mi cuello y sus piernas se cruzaron en mi cadera. Sentía el contraste de temperatura de su cuerpo en esa agua tan helada. La apreté más hacia mí y la besé, una vez tras otra, tras otra, hasta que me di cuenta de que sus labios empezaban a tiritar por el frío y la llevé corriendo al interior de la casa. No se había levantado nadie. Así que pusimos la chimenea y nos quedamos abrazados a su lado, embriagados por ese calor tan deseado.

—Entiendo que quieras ir despacio, o incluso que no quieras nada —solté por fin.

Era algo a lo que le había dado muchas vueltas. Quería estar con ella cuando ella estuviera bien. Pero, para mi sorpresa, negó con la cabeza y me dio un beso tierno en los labios.

—Ya hemos esperado demasiado.

Capítulo treinta y tres

NORA

Paul se había ido, Brandon se estaba recuperando de la operación y yo intentaba centrarme en la fotografía para no pensar en esa pequeña culpa que se agrandaba si le prestaba demasiada atención.

El timbre anunció el final de clase y todos los alumnos corrieron para recuperar la libertad de un viernes. Prácticamente me quedé sola en el aula, cuando sentí la sombra de alguien acercarse a mí. Tragué saliva al reconocer a Jenny. Habían pasado tantas cosas que no me había dado cuenta de que la última imagen que tenía era de ella sentada en el regazo de Dallen. En esas semanas ella había estado con su grupo de amigos y yo apenas había hablado con nadie. «¿Cómo iba a decirle que Dallen y yo...?».

—Casi no nos hemos visto el pelo, Nora. Estás desaparecida. —Me colgué la bolsa en el hombro y empecé a bajar las escaleras de las gradas.

—He estado centrada en el club.

—Tranquila, Nora. —Paré antes de llegar a la puerta y me giré hacia ella—. Nunca he sentido nada por Dallen, no hace falta que te pongas nerviosa por eso.

Alcé las cejas. Se me había trabado la lengua porque, con la rapidez con la que hablaba, era imposible que mis pensamientos se ordenaran y se pusieran de acuerdo con mis labios para hablar.

—Y lo de la noche en... —Por fin pude articular una frase atropellada y nerviosa que quedó interrumpida por un codazo en las costillas y unas risas sonoras.

—Solo fue una artimaña para ponerte celosa. —Por un momento pensé que me explotaría la cabeza.

—¿Dallen quería ponerme celosa?

—Madre mía, Nora. Estás lenta hoy, ¿eh? —su sonrisa se amplió y con la mandíbula alzada me señaló algo detrás de mí.

Pero no fui nada rápida. Unos brazos me rodearon por la cintura hasta apretarme completamente contra su cuerpo. Di un respingo al sentirlo y me giré en el momento en el que Dallen me plantaba un beso suave en mis labios y me embriagaba con su olor. Allí. Delante de todos. Delante de Jenny.

—¡Por fin! ¡Enhorabuena! —Dallen se separó de mi cintura, sin dejar de rodearla con su brazo, y le sonrió: «¿Le acababa de sonreír?»—. Tu chica está un poco empanada hoy —comentó aún entre risas—. Y eso que no le he dado nada, te lo prometo. —Alzó sus manos para enseñarnos las palmas de sus manos. «¿Había dicho tu chica?».

—Parece que hoy no ha tenido aún su dosis de café —respondió Dallen apretando sus dedos en mi cintura. Mi cuerpo se estremeció aún más con aquel contacto.

Apenas pude escuchar lo que dijo Jenny al despedirse porque mi mente estaba centrada en la mano de Dallen, que había dejado mi cintura para colarse por dentro de mi suéter y acariciarme la espalda.

Cuando Jenny desapareció, me giré hacia él y fruncí el ceño:

—¿Cómo es eso de que te liaste con ella para darme celos? —Su expresión cambió de golpe y su mano se paró en seco.

—¿Te lo ha contado?

—Claro que me lo ha contado. ¿Sabes lo mal que lo pasé? —Me sentía estafada. Y lo empeoró aún más la sonrisa que apareció de repente en su rostro.

—Esa era la idea.

—¡Maldito sociópata!

—¡Oye! Solo quería ver si aún te importaba.

—¿Y no era mejor idea preguntármelo? —Su ceja se alzó interrogativa.

—¿En serio, Nora? —Apreté los labios con fuerza y dejé que sus manos volvieran a mi cintura acercándome más a él.

—Entonces... —sondeé sin saber cómo preguntarle aquello exactamente—, tú y yo...

—¿Tú y yo...? —repitió, juntando su frente con la mía con una media sonrisa dibujada. —Me separé unos centímetros de su rostro e hinché mis mejillas. Me había entendido a la perfección, pero quería que lo dijera yo.

—Sí, tú y yo.

—Tendrás que ser un poco más clara, mapache... —Sus manos volvieron a atraparme y a acercarme de nuevo hasta volver a apoyar nuestras frentes—. ¿Qué quieres de mí, Nora?

—Te quiero a ti. —Coloqué mis dos manos a ambos lados de su rostro y atrapé sus labios con los míos—. Y un café.

Su risa me erizó la piel al separarse de mí y su mirada clavada en la mía me cortó la poca respiración que me quedaba.

—A mí ya me tienes desde aquel bendito día en el que te conocí —las comisuras de sus labios se alzaron y volvieron a pegarse a mis labios—. Por lo demás..., he acabado mi turno y no tengo café, pero yo tenía en mente otro tipo de cita.

—A ver..., convénceme.

—Tú, yo, nuestra antigua cama... —Se me hizo un nudo en el estómago solo de pensarlo. Su sonrisa se amplió y empezó a enumerar—: El sofá, la encimera, la barra de la cocina...

—Sigue sin haber café en tu plan.

Acercó sus labios a mi oído y susurró:

—No echarás de menos el café cuando acabemos con todo lo que tengo pensado hacer contigo.

—Me has convencido.

—Creo que son las palabras más bonitas que me han dicho nunca. —Me reí y lo seguí hasta su moto.

No tardamos en llegar a su piso, al piso que habíamos compartido el año pasado, el piso que llenaba mi mente de recuerdos y emociones. Al piso que pensaba que no volvería a pisar nunca más.

Me paré en seco cuando llegamos delante de su habitación. Me sentía abrumada por estar allí, era como si no hubiera pasado el tiempo, pero a la vez como si fuera una extraña que estaba donde no tendría que estar. Pero todos esos sentimientos se disiparon en el momento en el que su mano volvió a agarrarme el brazo y me acercó para quedarme justo enfrente de él: de sus labios, de sus ojos, que me volvían loca.

—¿Estás bien? —preguntó con un susurro. Y sonreí.

—Más que bien.

Me abalancé hacia sus labios y los besé con urgencia, casi con necesidad. Tardó unas

milésimas de segundo en reaccionar y en devolverme el beso con la misma impaciencia.

Le saqué la camiseta de camino hacia su cama y paseé la yema de mis dedos por su torso desnudo. Notando como se le iba erizando la piel con mi contacto. Sus manos me correspondieron desabrochando cada botón de mi camisa hasta dejarme en sujetador. Sonreí victoriosa cuando sus ojos bajaron hacia mis pechos, deseosos. Había hecho bien en ponerme aquel sujetador de encaje que apenas había usado.

Sus manos me cogieron con fuerza y me soltaron sobre el colchón. Sus labios volvieron a recorrer mi cuerpo hasta llegar al sujetador, que duró menos de lo que me hubiera gustado. Su lengua empezó a jugar por mi piel mientras con sus hábiles manos me quitaba lo que quedaba de ropa. Se alejó de mis pechos y empezó a recorrer el camino hacia mi ombligo.

—Dallen... —gemí arqueando mi espalda hacia atrás cuando llegó al punto donde se acumulaba todo ese ardor.

Con delicadeza, separó mis rodillas y dejó que su lengua siguiera con sus caricias por mi interior. Empecé a sentir cómo mi mente se nublaba y aquella punzada en mi vientre se hacía cada vez más grande hasta perderme.

Me incorporé como pude y apoyé mis manos en sus mejillas para acercarlo de nuevo a mi rostro. Por un momento pensé que no me haría caso y que seguiría, pero me equivocaba. Con un movimiento rápido se introdujo dentro de mí, abriéndome totalmente a él. Llenándome de nuevo hasta que sentí por fin la explosión de mi cuerpo junto a la suya en mi interior.

Me giré ligeramente hacia él cuando se dejó caer a mi lado y le acaricié la mejilla con las yemas de mis dedos. Levantó la mirada y sentí de nuevo aquella falta de oxígeno que solo me producían sus ojos: aquellos ojos verdes eran capaces de volverme completamente loca.

—Te quiero —solté de repente, embriagada por sus ojos que se abrieron de golpe al escucharme.

Y en ese instante mi mano paró de golpe y sentí pánico al darme cuenta del valor de aquellas palabras. Pero no tuve demasiado tiempo para arrepentirme. Sus manos apretaron mis mejillas y sus labios besaron los míos. Apartó sus labios de los míos sin dejar de sujetarme y, con una sonrisa, que creo que no había visto hasta entonces, respondió:

—Yo también te quiero. —Y así nos dejamos llevar por otra ola de besos y caricias. No me engañaba cuando enumeró todos esos lugares. No salimos de su piso en todo el día. Yo me había saltado casi todas las clases, pero me daba igual, en su lugar habíamos recuperado el tiempo perdido en cada lugar que había dicho. Incluso en la ducha cuando se suponía que ya no podía más:

—No sé de dónde he sacado las fuerzas para esto —susurró aún dentro de mí.

Mi espalda chocaba con la pared mojada de la mampara, mientras él me sujetaba por los muslos y yo lo rodeaba con fuerza para no caerme. Volví a sentirme completa y él me dejó caer lentamente, jadeando de cansancio y placer. Lo besé de nuevo y nos reímos por toda aquella adrenalina y endorfinas que nos invadían.

Aquellos momentos con él me hacían olvidarme de todo, bloqueaban cualquier indicio de pensamiento intrusivo y me sentía un poco más yo, aunque había dejado de serlo aquel día en el hospital.

—¿Qué hora es? —pregunté al salir de la ducha. Él ya estaba en el sofá vestido de nuevo. Así que me senté a su lado y acomodé mi cabeza en su hombro.

—Las dos de la mañana.

—No hemos cenado —comenté.

—¿Quieres que pidamos algo?

—Estará todo cerrado ya.

—Podemos probar.

Me levanté y me dirigí a la cocina. Empecé a abrir todos los cajones como una loca. Dallen se acercó a mí con una sonrisa en el rostro.

—No hay café —murmuré. Rebuscando por donde ya había buscado.

—No.

—Nada de café —repetí.

—Nada. —Paré en seco y lo miré atónita.

—¿Cómo no puedes tener café?

—El plan no incluía el café.

—Pensé que era broma. —Se acercó a mí y me rodeó con los brazos.

—Creo que te he demostrado que hablaba en serio. —Me giré hacia él muy seria.

—Puedo vivir sin cenar, pero no sin café. —Dallen se apartó de mí con un suspiro.

—Está bien, vayamos a tu piso.

—¿Mi piso? —repetí.

—Sí, tu piso. Seguro que tienes café allí.

—Es muy tarde.

—¿Qué más da? —Me lanzó mi chaqueta y se colocó la suya.

—Además, quiero estrenar tu cama, la última vez me quedé con las ganas.

Justo en ese momento miré la pantalla de mi móvil; tenía algunos mensajes de Tessa en el grupo del piso y otro que no me esperaba para nada, y menos a esas horas:

Christopher:

Recordatorio para informaros de que mañana haremos una salida fotográfica. Quedamos a las 10h delante de la facultad. ¡Puntualidad!

Me había olvidado de aquella salida. Pero me llenó por dentro de algo parecido a la ilusión. Algo que se había marchado y estaba volviendo a mí poco a poco.

—¿Vamos? —me gritó Dallen desde la puerta de la entrada sacándome de mi burbuja.

—Vamos.

Capítulo treinta y cuatro

NORA

Le di un beso en la frente a un Dallen totalmente dormido y salí de puntillas de la habitación para no despertarlo. Eran las ocho de la mañana de un sábado, así que esperaba que estuvieran todos durmiendo. Por eso me sorprendió ver a Tessa con una taza de café en la mano que parecía estar ya frío, y la mirada perdida en el infinito.

—Creo que la respuesta a tus preguntas es cuarenta y dos.

—¿Qué?

—La respuesta al sentido de la vida, al universo y a todo lo demás.

—¿Has vuelto a ver «*Guía del autoestopista galáctico*»? —preguntó con sorna. Sonreí y me senté a su lado.

—Por el rato que llevas sin acercarte la taza a la boca, pensaba que te estabas debatiendo con algo grande.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—El suficiente para darme cuenta de que ocurre algo.

Me fijé en su pelo, ligeramente enredado, sus labios hinchados y su camisón negro de las conquistas.

—Tú no has dormido sola —casi chilló al decir aquello, pero Tessa me cerró la boca con la mano.

—Cállate —susurró, mirando de reojo a su cuarto.

—No me digas que...: ¡No! —Me levanté de golpe y corrí hacia su puerta mientras Tessa reaccionaba y salía detrás de mí, chillando sin alzar la voz.

—¡Nora Evans, vuelve aquí!

Entreabrí un poco la puerta y, aún a oscuras, pude ver la silueta debajo de las sábanas del que supuse que era Ryan. Cerré la puerta con cuidado y me giré hacia Tessa.

—¿No tienes nada que contarme? —pregunté, cruzándome de brazos y arqueando una ceja—. ¿Por eso estás así?

—Yo solo quiero un chico mayor que yo, que me dé el sexo maravilloso que me da este de aquí. —Me reí y me senté a su lado con las piernas cruzadas sobre el sofá.

—¿Solo es sexo, Tess?

—¡Cállate! —Se llevó la taza a los labios e hizo una mueca de asco—: Está helado.

—¿Por qué te importa tanto su edad?

Tessa volvió a torcer la boca, como lo hacía cuando algo no salía como ella quería, pero no quise insistir más y desvié la mirada hacia mi móvil; ya casi era la hora y aún tenía que vestirme y llegar a aquel local donde se reunía el club de fotografía.

—¿Quién es Christopher? —preguntó Tessa que se había asomado a ver mi pantalla.

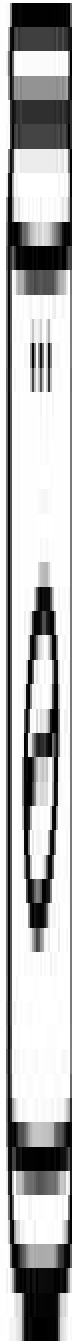
—El profesor del club de fotografía.

—¿Por qué vas a hacer cosas de la universidad un sábado por la mañana? —sollozó—. Te necesito en casa. —Me levanté y le di un beso en el pelo.

—Estás muy bien acompañada.

—¡Vete a to...!

—¡Nos vemos a la hora de comer! —la corté y salí del piso con el tiempo pisándome los talones.



Cuando quise darme cuenta, era la hora de comer y todavía estábamos en ese mercado lleno de colores y formas que fotografiar. Había encontrado mi válvula de escape.

—¿Alguno usará las fotos de hoy para la exposición? —preguntó Shanon mientras recogíamos nuestros *frankfurts* de la parada.

—¿Exposición? —pregunté yo.

—¿No te lo había dicho? —contestó Christopher—. Está confirmado. Tengo una conocida que nos ha hecho un hueco en una sala para que podamos hacer una pequeña exposición.

—No tenía ni idea.

—Es que llevas unos días un poco ida —comentó Josh, el chico de la nariz aguileña.

—Si necesitas ayuda para escoger o prepararlo, me lo dices —añadió Shanon, ignorándolo.

—Pueden venir familiares y amigos —añadió Amber.

—Ya os lo dije —continuó Christopher—. Os obligo a que vengan los familiares. —Todos se rieron menos yo.

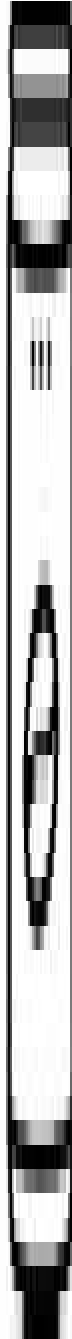
—¿Qué te ocurre? —preguntó la chica de las mil trencitas.

—Mi madre está muy lejos y no tengo espacio en el piso...

—Ya os dije que tengo una casa de alquiler. Puedo dejarla gratis —añadió el presidente y luego se giró hacia los demás—. A cualquiera que lo necesite para esta ocasión.

Me quedé en silencio mirando el medio *frankfurt*. Me moría de ganas de que viniera mi madre a verme, llevaba demasiado sin verla y la echaba de menos, pero estaba muy ocupada con la cafetería y quizás sería imposible hacerla venir hasta aquí solo para ver una fotografía mía.

Dejé de darle vueltas y volví a concentrarme en la conversación llena de risas en la que estaba envuelta.



—¡Qué tarde llegas! —Leo me miró desde el sofá con las cejas arqueadas—. ¿Estabas en eso de las fotos? —Asentí y me dejé caer a su lado.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, rendida.

—Dallen comentó algo antes de irse.

—¡Mierda! —Me incorporé de golpe y busqué como loca mi móvil dentro del bolso—. Le había prometido que iríamos a cenar.

—Canija, esa boca —se rio a mi lado, dándome un codazo en las costillas—. Creo que es un poco tarde para ir a cenar.

Desbloqueé nuestra conversación y escribí lo más rápido que pude.

Yo:

¡Lo siento!

Yo:

Prometo compensarte esta cena fallida.

Suspiré y dejé el teléfono encima de la mesita.

—Soy una novia horrible.

Sentí el contacto de los dedos de Leo en mi rodilla y lo miré. Sus cejas estaban ligeramente arqueadas y su rostro dibujaba una media sonrisa de aquellas que te reconfortan por dentro. De aquellas que solo sabía hacer él.

—Canija, eres muchas cosas, pero una novia horrible no está entre ellas.

Alcé una de las comisuras de mis labios y dejé que nos invadiera el silencio por unos minutos. Empezaba a odiar los silencios, pero estaba tan cansada que no tenía fuerzas para sacar otro tema de conversación.

—No fue tu culpa —manifestó de golpe, sin venir a cuento y sin mirarme—. El accidente... Fue mi culpa.

Clavé mi mirada confusa en su perfil. «¿Qué estaba diciendo? ¿Cómo iba a ser él el culpable de un accidente del que ni siquiera estaba presente?». Abrí la boca para replicarle, pero su mano desapareció de mi rodilla para coger el botellín de cerveza vacío y arremeter contra la etiqueta.

—¿Qué quieres decir con eso, Leo? —inquirí, sin apartar la mirada de él.

—Yo sabía lo de su adicción y dejé que se fuera —cerró los ojos al decir aquello— con Brandon.

—Ya lo sabía —contesté—. Y sigo pensando que no fue tu culpa, Leo. —Leo hizo una mueca.

—Estaba centrado en mis cosas y había bebido un poco de más —explicó con pesadez en la voz—. No pensé en que podía haberse ya metido mierda... Si hubiera pensado... No le hubiera dejado coger el coche, no hubiera dejado que Brandon subiera con él.

Apreté mi mano alrededor de su rodilla tal y como lo había hecho él conmigo y le obligué a mirarme.

—No es tu culpa.

—Entonces, tampoco es la tuya.

Sonreí, aunque fue una sonrisa fingida, porque, por mucho que me lo repitieran, por mucho que me lo repitiera yo misma, no me lo creía. Una cosa era descubrir dónde estaba metido Paul y otra muy distinta ser la causa de ello.

—¿Qué hablaste con Brandon antes del accidente? —Leo puso los ojos en blanco.

—Le pedí que se quedara, pero me tiró en cara que estaba enamorado de Simon y que no pasaba nada, pero que no tenía por qué soportarlo. —Alcé las cejas, sorprendida de la madurez de ese chico—. Que yo le gustaba y que si quería algo más, ahí estaría para cuando estuviera preparado.

—¿Y ahora?

—Ahora nada.

—¿Y el local? —Leo bufó.

—No sé qué pasará, la verdad.

El sonido de mi móvil interrumpió la conversación. Abrí el chat con rapidez al ver de quién se trataba.

Dallen:

Me lo anoto, «mapache tardón».

Dallen:

Cena algo, anda.

Iba a contestarle cuando otro mensaje me hizo sonreír.

Dallen:

P.D. El café no cuenta como cena.

Podía decirle un montón de cosas, podría replicarle y seguir aquel hilo que me sacaba tantas sonrisas. Pero lo único que me salió decirle fue lo más sincero que tenía en ese momento dentro.

Yo:

Te quiero.

Su respuesta no tardó en llegar.

Dallen:

Si me lo vuelves a repetir, me planto en tu piso y no te voy a dejar salir de la cama ni para cenar.

Me reí de nuevo y tecleé con toda velocidad:

Yo:

Te quiero.

Capítulo treinta y cinco

DALLEN

Tendrían que haber sido las malditas dos semanas más increíbles de mi vida. Porque estaba con ella, en la cama, en la cocina y en todos los rincones de su piso. Pero no lo eran, no lo podían ser hasta que descubriéramos qué estaba ocurriendo.

Pero no solo no habíamos encontrado nada, sino que encima Nora se pasaba casi todos sus ratos libres en aquel club de fotografía con el mayor peligro a su lado, sin poder acercarme y protegerla. Y eso me creaba un maldito sentimiento de inseguridad que no era normal en mí. «Joder, nunca había sentido algo parecido».

Abrí el portátil y busqué la lista de los testigos que declararon a mi favor. Enseguida encontré el que había sido clave para que dejaran a esa mujer en prisión provisional; una antigua pareja a la que había querido comerle la cabeza, pero no lo había logrado.

Le escribí para vernos justo cuando la puerta del baño se abrió, y Nora salió con una toalla envuelta en su cuerpo. Aquella imagen me dio un instante de respiro, en el que solo pude pensar en volverla a arrastrar hacia la cama otra vez.

—¿Vienes conmigo al aeropuerto? —preguntó mientras se acercaba a mí.

—¿Aeropuerto? —Ella soltó una risa que me erizó la piel.

—La llegada de mi madre. Viene a estar conmigo unos días.

—No me acordaba, estaba con... —Se apoyó en mi hombro y miró mi pantalla con la lista de nombres.

—¿Es del juicio? ¿Sabes algo? —Negué con la cabeza y cerré el ordenador. Le cogí las manos y me giré para atraerla entre mis piernas.

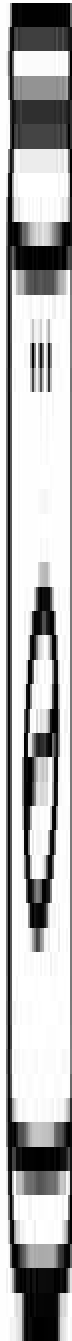
—El abogado me dijo que podía ser un proceso largo.

—Mientras esa mujer esté encerrada, me basta.

Sonreí de lado y la acerqué para poder besarla. Eso era lo que necesitaba para recuperar mis fuerzas. Sentirla a mi lado. Sentir que todo estaba bien. Aunque fuera efímero.

Me dio otro beso y se encerró de nuevo en su habitación cuando recibí la respuesta que esperaba:

Tengo mi pausa en veinte minutos. Te paso la ubicación.



Me sentí fatal por mentirle de nuevo. Tras recibir ese mensaje corrí a la habitación y le dije que tenía una urgencia con Leo y que no podía acompañarla.

Aparqué la moto delante de ese restaurante italiano en el que trabajaba ahora. El hombre, de piel tostada y musculado, me esperaba fumando fuera.

—No pensaba que nos volveríamos a ver nunca, la verdad. —Suspiré y me acerqué hasta él.

—Ojalá no lo tuviera que hacer.

—¿Qué ocurre?

—Tengo motivos para sospechar que alguien está frenando el juicio. Y quería saber si... Si has recibido alguna visita última mente. O antes de declarar. Cualquier pista me sirve...

—Para, para el carro. ¿Te has vuelto a meter en problemas? —Hice una mueca.

—La persona a la que pedí ayuda me tiene contra la espada y la pared.

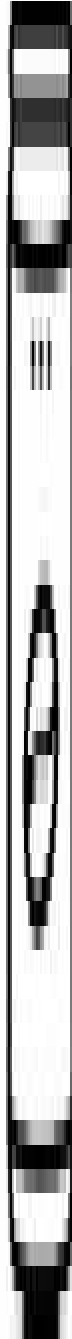
—Joder, chico. Te dije que salieras de aquí, que te fueras lejos, empezaras de cero.

—No puedo —pensé en Nora y se me produjo un nudo en la garganta—. Tiene a alguien a quien quiero en el punto de mira. —El hombre dio una última calada y apretó la colilla en la pared para apagarlo.

—Esta gente no suele dejar cabos sueltos. Saben muy bien lo que hacen. Pero suelen bajar la guardia cuando se precipitan. Es lo único que puedo decirte.

—¿No has tenido ninguna visita? —Negó con la cabeza.

—Todo era como una pesadilla de la que me había despertado hasta que me has escrito.



Impotencia. Eso era lo que sentía. Impotencia de dar pasos que no me llevaban a ningún lado. Que no me acercaban ni un poco a él. Que me hacían sentir que, a cada día que pasaba, la distancia para atraparlo se hacía más grande, imposible de alcanzar.

La única opción que me quedaba era la de convencer a su madre para que regresáramos a ese pueblo, o más lejos. Europa quizás.

—¿Qué puñetas haces aquí? —añadió—. Son las tres de la tarde y está cerrado. —Levanté la mirada y vi a Leo a mi lado.

—Beber.

—Eso ya lo veo.

—Siempre has sido muy observador. —Leo me apartó el botellín y le dio un trago.

—Es tu local, ¿no puedes pedirte una para ti?

—Cállate, no estoy de humor.

—Pues ya somos dos. —Le arrebaté la cerveza y me la acabé de un trago.

Me señaló su despacho con la cabeza y lo seguí sin rechistar. Los dos nos dejamos caer en el sofá que tenía justo en la pared de enfrente.

—¿Has vuelto a ver a Brandon? —Leo suspiró y se inclinó hacia delante. Por un instante pude sentir todo el peso invisible que parecía llevar encima.

—Sí, está mucho mejor. Quiere venir, pero ya le he dicho que descanse.

—¿Y a Simon?

Leo negó con la cabeza. Aunque ya me esperaba su negativa, no había vuelto a mi piso desde antes del viaje.

—No hemos vuelto a hablar desde la fatídica escapada. Y yo tampoco he tenido ánimos, la verdad.

—Sabes que Brandon está pilladísimo por ti, ¿verdad?

—No sé si puedo corresponderlo —contestó con un hilo de voz.

—Entonces déjaselo claro. Parece que está esperando algo de tu parte.

—Es que tampoco sé si quiero cerrar esa puerta.

—Entonces eres un maldito egoísta.

Leo se pasó una mano por su pelo, nervioso, y volvió a apoyar su espalda en el respaldo.

—No me sale bien. Mira mi «expediente»: Me enamoré de mi mejor amigo que estaba enamorado de una niña que no le hacía ni caso.

—La cual consiguió —remarqué divertido.

—Años más tarde, y después de varios ligues sin futuro, apareció Simon —dio un trago a su cerveza, ignorando mi intervención—, el chico en el armario por el que me armé de valor y di todo para darle una oportunidad. ¿Para qué? Para que después descubriera que a mí solo me quería en la intimidad.

No contesté. A veces es mucho mejor un silencio que un intento de frase reconfortante.

—No tengo más para dar —añadió tras mi silencio—. Creo que mi destino es estar solo y disfrutar de la compañía nocturna.

—Hubo un tiempo en el que yo también pensaba eso.

—Y, sin embargo, estás de nuevo aquí, solo, emborrachándote. —Ladeé la cabeza y lo miré con una media sonrisa en el rostro. La había clavado.

—Estás conmigo.

—Ya sabes qué quiero decir. ¿Qué narices pasa? —Me pasé la mano por la nuca, nervioso.

—He vuelto a fallar. He vuelto a perder tiempo tras otra pista inútil.

—¿Crees que ha dado algún otro paso? —preguntó Leo, ante mi silencio.

—No, que yo sepa, solo acaparar el tiempo de Nora. Quizás le está comiendo la cabeza y ni lo sabemos.

—Ahora que viene su madre quizás podríamos comentárselo. —Me giré hacia él.

—¿Estás loco? —Leo bufó.

—Lo que está claro es que, si no descubrimos nada, va a salirse con la suya —comentó despacio, rascándose la barbilla—. ¿Y seguirlo? Puedes esperar a que termine algo del club ese.

—Lo he intentado. Pero parece que lo sepa, porque desaparece.

—¿No te ha vuelto a contactar? —Negué con la cabeza.

—Y Sebastian sigue estable.

La puerta del despacho se abrió sin que nadie llamara antes, y los dos levantamos la vista hacia Tessa.

—Leo, el de la cerveza está aquí. ¿Qué hago?

—Firma tú —contestó mi amigo.

Empecé a pensar en lo que me había dicho ese hombre; observaba el escenario a través de la puerta que se había dejado abierta. Solo tendríamos una oportunidad de encontrarlo si bajaba la guardia. Si hacía algo de forma improvisada. Apresurada. Sin su control exhaustivo.

—Siempre se la deja abierta —soltó Leo con pesadez.

Tessa estaba hablando con un hombre que parecía ser un repartidor por las cajas que había apilado detrás de la barra. Me quedé mirándola y mi cerebro no se dio cuenta de lo que estaban viendo mis ojos hasta que le acercó una hoja al hombre.

—¿Qué acaba de firmar? —pregunté sin quitarle los ojos de encima. —Leo miró hacia la barra, confuso.

—Pues el registro.

—¿Lleváis un registro de todo?

—¿Cómo crees que se puede llevar un local si no, Dallen? —Leo me miró con las cejas arqueadas—. Todas las entradas y salidas de la mercancía tienen que estar registradas.

Sonreí. Sonreí y por un instante lo vi claro. El despiste. Su fallo.

—Creo que he tenido una idea. —Me puse de pie y le alargué la mano—. ¿Vienes? —Leo esbozó una sonrisa pícaro que casi no necesitaba respuesta.

—Por supuesto —contestó, agarrándose de la mano para ayudarse a ponerse en pie—. ¿De verdad pensabas que te iba a dejar solo con esto?

—Para nada.

—¡El equipo de investigación vuelve a la carga! —Me reí y lo seguí hasta salir de su local.

Capítulo treinta y seis

NORA

—¿De verdad que no quieres quedarte en el piso? —insistí cuando nos trajeron los postres. — Mi madre me sonrió y negó ligeramente tras limpiarse con una servilleta y dejar marcado un poco de carmín en ellos.

Estaba cambiada, la veía incluso más joven. Aunque hacía tiempo que no la veía sin el delantal puesto.

—No tenéis habitaciones libres, y no estoy para dormir en el sofá.

—Dormiría yo en el sofá.

—Cariño, el sitio que me recomendaste está genial. Es como si tuviera un piso para mí sola. — Me di por vencida y le di un bocado a la tarta de queso.

—¿Te pasarás al menos por el piso para verlo? —Sonrió y afirmó.

Tras una pausa en la que nos terminamos los platos, noté cómo me miraba con los ojos entrecerrados.

—¿Qué ocurre?

—¿Estás bien? —preguntó— Hacía semanas que ni me escribías; y antes lo hacías por lo menos los fines de semana.

Me removí en el asiento. No le había contado nada de Paul, ni de la escapada que acabó en una visita en el hospital. Nada. Ni siquiera sabía que había vuelto con Dallen y eso que quería habérselo dicho en el momento en el que aterrizó.

—Han pasado muchas cosas, mamá. —Su mano se deslizó por encima de la mesa para atrapar la mía.

—No esperaba menos. Por suerte tenemos un par de días antes de que me vaya.

Esa tarde se la dediqué exclusivamente a ella. Le había mandado un mensaje a Dallen, explicándoselo y la había llevado por todos esos lugares escondidos de esa ciudad que me había dado tanto.

La llevé a mi cafetería favorita: esa que relacionaba con Dallen y nuestros inicios de detectives con Leo. También a aquella calle escondida a la que me había llevado Cordelia una vez —al recordarla me recorrió un escalofrío por toda la espina dorsal—; pero donde no la llevé fue a ese faro alejado de la ciudad. Ese rincón lo reservaba solo para nosotros dos: para Dallen y para mí.

—Mamá... —empecé a decir cuando paseábamos por el parque central—, tengo que confesarte algo.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? ¿Has ido al médico?

—Sí, no, mamá, espera —frené de golpe y cogí aire—. He vuelto con Dallen. —Sus ojos pasaron de la incredulidad a la risa que acompañó de carcajadas.

—Hija, como vuelvas a darme un susto de estos... —Me abrazó y yo sentí como se deshacía ese peso que había acumulado en mi interior—. ¿Eres feliz?

Me aparté de sus brazos para mirarle a los ojos:

—Mucho.

—¿Lo quieres?

—Más que a nada.

—Entonces está bien. —Se separó completamente de mí—. Ahora entiendo porque te he visto tan guapa. El amor nos cambia. —Fruncí el ceño.

—Mamá, ¿tienes que contarme algo?

—¿Me ves guapa? —y sonrió, y yo supe que no hacía falta que me dijera nada para saber que pronto seríamos tres en esa familia.

—Se llama Dain, y hace cinco años que está divorciado. Hace tiempo que nos empezamos a ver, y ahora estamos dando un paso más.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Te acuerdas cuando me fui una semana ese verano? El de antes de que Tessa y Gabin se fueran a estudiar. —Hice memoria. Mi madre había abandonado la pastelería tres veces en su vida, y la última había sido para asistir a un taller intensivo de pastelería creativa, asentí al recordarlo—. Ahí lo conocí. De hecho... En ese mismo banco tuvimos nuestra primera cita.

—¿Viniste aquí? —Mi madre rio.

—¿No me escuchaste cuando te lo dije?

—¡Por eso insististe tanto en que me fuera! —exclamé.

—No. Nora, insistí por tu bien, tú no sabes cómo se te veía desde fuera. Era irte o ver cómo te morías lentamente por dentro.

Bajé la mirada hacia mis pies, recordé que ese verano estaba tan metida en mis miedos y en ese futuro incierto que se me venía encima, que apenas recordaba nada. Como si hubiera vivido en modo supervivencia.

—Gracias. De verdad.

—¿Me enseñas ahora ese club tan especial? Quiero conocer al responsable y agradecerle todo lo que ha hecho por ti. —Sonreí y volví a retomar el paso.

—Te va a encantar.

Capítulo treinta y siete

DALLEN

Llegamos al hospital casi en tiempo récord. Al ver firmar al repartidor, recordé que en aquel hospital me obligaban a hacer lo mismo cada vez que iba a visitar a Sebastian, era su protocolo. Un protocolo del que me había quejado abiertamente cada día, pero que ahora podría ser nuestra salvación.

—¿Me vas a explicar qué hacemos aquí? —preguntó Leo, corriendo para seguir mi ritmo.

—Vino a verlo.

—¿A Sebastian?

—Sí.

—¿Y...?

—Tú me has dado la idea.

—¿Yo? —Hice un amago de sonrisa al mirarlo, justo antes de apretar el botón del ascensor para subir a su planta.

—Bueno, tu local.

—Estoy perdido.

—Ahora lo entenderás.

Avanzamos por el pasillo hasta divisar la recepción de la planta. La chica que ya me conocía arqueó las cejas al verme y yo agradecí al universo que fuera ella la que estaba de guardia esa noche y no otra.

—¿Hoy vienes acompañado? —Rebuscó entre el cajón y sacó el formulario que yo ya me conocía.

—No hace falta.

—Sabes que son las normas...

—Lo sé, pero es que venimos a verte a ti. —La chica frunció el ceño y ladeó un poco la cabeza. Sin estar muy convencida de mi respuesta.

—¿Qué necesitas?

Me acerqué más al mostrador y dejé caer el peso de mi cuerpo encima de mis antebrazos. Clavé mis ojos en los suyos y pude ver el efecto de ese movimiento en su cuerpo, ligeramente nervioso. Vamos mejorando.

—¿Guardáis el registro de las personas que han venido a ver a Sebastian?

Sus ojos no dejaban de mirar los míos y, por la forma en la que tragó saliva, supe que había dado en el clavo. Pestañeó y aprovechó ese gesto para apartar su mirada hacia el escritorio. Detrás de mí escuché a Leo entender mi plan, victorioso.

—Sí, pero no puedo darte esta información.

—Venga, no se lo diremos a nadie —insistí.

—No puedo; si se enteran, me despiden. —Puse mis dos manos encima del mostrador y me acerqué un poco más hacia su rostro.

—Me conoces, me has visto venir aquí todos estos meses. —La chica tragó saliva, pero no se apartó de mí.

—Sí, pero...

—Sabes que soy de fiar —me atreví a decir, vigilando mis palabras como si fueran los pesos en una balanza. La chica inspiró fuerte por la nariz y volvió a tragar saliva. Casi lo teníamos.

—Es algo importante —añadió Leo a mi lado, que hasta ahora había estado de espectador.

La chica lo miró como si no se hubiera dado cuenta de su presencia hasta ese instante y miró hacia los lados de forma furtiva.

—Me puedo meter en un gran lío —murmuró, acercándose aún más a mi rostro al decir aquello. —Ahí estaba. Casi el estallido de llegar a la meta final.

—Te prometo que no se enterarán —concluí, sin dejar de mirarla directamente a los ojos.

Cogió aire, llenando por completo sus pulmones, y lo sacó en un suspiro sonoro. Un suspiro que era el precedente de una respuesta afirmativa que nos ayudaría más de lo que sospechaba esa chica. Porque solo necesitábamos una pista, un trozo de hilo del que pudiéramos tirar hasta llegar al origen de todo y parecía que por fin lo habíamos encontrado.

—Ahora es mi pausa. Voy a ausentarme cinco minutos de este puesto y sería demasiada casualidad que justamente alguien abriera la carpeta marrón del segundo cajón.

—Gracias —susurré y esperé a que desapareciera por la esquina para buscarlo.

—Dallen, ¿de verdad crees que ha sido tan idiota como para poner su dirección?

Saqué la carpeta con todos los registros y empecé a buscar por la fecha en la que más o menos me acordaba de que había venido. Ese día en el que apareció para darme otro susto y evitar que hablara.

—Quizás no pensó que podríamos llegar a verlo. No perdemos nada por intentarlo.

Todos eran míos, así que fue fácil sacar los sospechosos.

—Vamos —dije tras guardar la carpeta y doblar las hojas para meterlas en la parte de atrás de mi espalda.

—No ha dicho nada de robar.

—Por eso nos vamos antes de que vuelva y nos pille.

Llegamos a mi piso, por si Nora estaba en el de Leo, y desplegamos las cinco hojas con nombres extraños. Ninguno de los cinco pertenecía a la misma persona y, como había supuesto Leo, ninguno era con el nombre de Christopher. Leo estaba con el portátil en las piernas y se encargaba de buscar el nombre de esas personas por si daba con alguna información útil para descartarlas.

—Este de aquí parecía su amigo. Mira.

Me incliné hacia él y vi una fotografía de Sebastian junto a un hombre, en el bar de abajo. Ese que llevaba cerrado meses. El estómago se me encogió al ver esa mirada llena de vida.

—No sabía que habían ido a verlo —comenté—. No dije nada a nadie.

—Supongo que buscaron la forma de enterarse. No suele ser normal que un amigo desaparezca sin dejar señales de vida.

Sonreí de lado y le apreté el hombro antes de volver a las hojas de papel.

—Sin duda te has equivocado de profesión.

—Lo tendré en cuenta si al final tengo que venderle mi parte a Brandon.

Descarté las hojas de los dos amigos y nos quedamos con tres, dos de ellas habían repetido el apellido, así que supusimos que sería la misma persona con falta de imaginación.

—Eso nos deja con dos perfiles falsos. —Cerró el portátil y se inclinó para alcanzar una de las hojas—. ¿Qué hacemos ahora?

—Sin duda las direcciones y los nombres son falsos. Pero hay algo en lo que la gente no suele

mentir... —Alcé la mirada hacia mi amigo—: El número de teléfono.

—Explícame eso, porque no te sigo.

—El teléfono es una serie de números difícil de memorizar, sobre todo si te lo inventas. Es algo del subconsciente, para que no te pillen no sueles inventártelo, no todo al menos.

Saqué las dos hojas dispares y se las acerqué. Señalándole el teléfono para que se diera cuenta. Leo abrió los ojos, emocionado.

—¡Es prácticamente el mismo! —Asentí victorioso.

—De normal cuando te lo inventas cambias el último o los dos últimos números.

—Entonces lo más probable es que sea este mismo teléfono y no acabe ni en 1 ni en 4. Eres un genio.

Suspiré aliviado y me dejé caer hacia atrás. Estábamos un poco más cerca. Solo un poco. Pero aún faltaba lo más importante.

—Necesito que hagas algo. Algo que no te va a gustar.

—¿Qué?

Volví a incorporarme. Nosotros no podíamos hacer nada con el número de teléfono, no si ese teléfono no era de dominio público o estaba en alguna base comercial. Y solo conocía a unas personas que podrían tener los contactos para hacerlo.

—Pedirles ayuda a tus padres.

Leo apretó la mandíbula y desvió su mirada. Tras unos minutos de silencio asfixiante en el que estaba convencido de que me enviaría a tomar viento, contestó:

—Creo que tengo a alguien mejor.

Capítulo treinta y ocho

NORA

Acaricié el pelo sedoso de Dallen y dejé que susurrara algo ininteligible en mi pecho que me hizo sonreír. Toqué su frente con el meñique y se giró para darme la espalda.

—Cinco minutos más —refunfuñó escondiendo su rostro debajo de su brazo.

—Son casi las once.

Esa noche no había podido pegar ojo por los nervios de la exposición. Así que, cuando vi los primeros rayos de sol, caí rendida.

Dallen llevaba un par de días ausente, ayudando a Leo por la baja de Brandon. Así que, como apenas nos habíamos visto, tras dejarlo todo listo para la exposición, habíamos ido a cenar a su piso y me había quedado ya allí.

Acaricié con el índice su espalda y se estremeció. No podía creerme que estuviéramos así, en la misma cama de hacía un año, como si el tiempo no hubiera pasado. Como si todos esos meses fueran una nube borrosa en mis recuerdos.

Tras unos segundos más de caricias conseguí que se girara hacia mí. Sus ojos, esos ojos verdes a los que no lograría acostumbrarme en la vida, se clavaron en los míos.

—Buenos días, mapache. —Sonreí y le pellizqué el brazo con suavidad.

—¡Que no me llames «mapache»!

Se inclinó hacia mí hasta hacerme descansar completamente sobre mi espalda y me besó. Un beso suave, dulce, que vino acompañado por otra serie de besos cada vez más ansiosos, más llenos de deseo.

—Tengo que ir a preparar la exposición —gemí cuando sus labios besaron la curva de mi cuello.

—Creo que nos da tiempo. —Me reí y fue la señal que necesitaba para seguir recorriendo mi cuerpo con sus dedos y que yo perdiera mi cabeza por completo.

Cuando por fin pude deshacerme del imán de Dallen era ya la una de la tarde, me di una ducha y busqué desesperada por toda su cocina para hacerme un café antes de irme. Pero parecía una cocina de un recién mudado.

Abrí el último cajón de la cocina que me quedaba por investigar, con la esperanza de encontrar algún sobre de café escondido, pero lo que encontré fue un sobre abierto con una notificación. Con el ceño fruncido lo saqué al reconocer el sello y lo abrí.

—Ya te he dicho que no hay café. —Dallen frenó de golpe al verme con el sobre en las manos —. ¿Nora?

—¿Esto es...? —Dallen asintió con la cabeza y se acercó a mí.

—La notificación del juicio final, por así decirlo.

—Pensaba que estaba congelado... —tragué saliva cuando todos los acontecimientos del año pasado se estrellaron contra mi mente. Había dejado de hablarme antes del juicio, por lo que lo poco que supe lo sabía por Leo.

—Y lo está. Se celebró un juicio preliminar, lo llaman. En ese solo determinaron que había pruebas suficientes como para reabrirlo.

—¿Entonces podrían liberarla?

—Sí. Podría ser una opción. Pero nuestro abogado es increíble. Uno de los mejores.

Vi cómo se le produjo un nudo en la garganta. Todo ese proceso lo había hecho con Sebastian y estaba segura de que había sido difícil para él enfrentarse a esto de nuevo solo.

—¿Por qué no me lo has contado? —pregunté acercándome a él. Sus dedos rodearon mi cintura y me atrajo contra su cuerpo. Apoyé mi frente en su pecho y suspiré.

—No quería...

—Lo sé —lo corté y lo abracé. No quería preocuparme, quería protegerme, como siempre.

Coloqué mis manos en sus mejillas y levanté la mirada hasta clavar mis ojos en los suyos, que hablaban mucho más de lo que hacían nuestras bocas.

—Sé que quieres protegerme. Pero estoy aquí. No tienes por qué hacer esto solo. —Sus ojos brillaron—. Prometimos que confiaríamos el uno en el otro, que nos lo contaríamos todo.

Me puse de puntillas y, con ternura, apreté mis labios contra los suyos. Sus dedos se apretaron aún más en mi cintura y su lengua se hizo paso en mi boca, transformando ese beso de ternura a uno mucho más ansioso e intenso.

—Nora, te quiero —susurró al separarse de mis labios.

—¿Pero...? —Dallen se separó un paso de mí, pero sin dejar de soltar mi mano y el brillo de sus ojos me produjo una extraña sensación en el cuerpo.

—Hay algo que no te he contado. Que no puedo contarte sin ponerte en peligro.

Su boca se abrió y se cerró con nerviosismo. No, más bien con auténtico pánico. Hubo algo en su forma de mirarme que acalló las sirenas de emergencia que empezaban a sonar en mi interior. Hizo el amago de deshacerse de mi contacto, pero lo sujeté con fuerza:

—Puedes contar conmigo, Dallen. —Tragó saliva y vi la decisión de contármelo en sus ojos.

Estaba segura de que me lo iba a contar, si Leo no hubiese interrumpido con esa llamada que lo puso aún más nervioso. No pude escuchar nada con sentido, solamente que lo había encontrado y que tenía que ir a verlo con urgencia.

—¿Vas a llegar a la exposición? —pregunté tras darle un beso en la puerta de entrada.

—No me lo perdería por nada.

—Dallen —se volvió a girar para mirarme, con las llaves de la moto en la mano y la urgencia en sus ojos—, te quiero. —Sus labios se arquearon en una sonrisa tímida y sincera.

—Y yo a ti, mapache. Más que a mi vida.

Capítulo treinta y nueve

DALLEN

—¿Estás seguro de que es aquí? —pregunté a Leo al llegar a esa casa a las afueras de la ciudad.

—Eso creo. Al menos es lo que pone el mensaje.

No me había querido dar muchos detalles sobre la persona a la que había escrito para pedirle ayuda, solamente que era alguien del que no estaba muy orgulloso de conocer.

Cogí aire y toqué el timbre. Un joven de pelo rojizo, un par de años mayor que nosotros, salió a recibirnos. Lo primero que hizo tras abrir la puerta, fue mirar a Leo y sonreír.

—Pensaba que no iba a volver a verte en la vida. —Arqueé las cejas y miré a mi amigo.

—Veo que tu humor no mejora con los años, Tom. —El chico rio y abrió más la puerta para dejarnos entrar.

Estaba nervioso y ni siquiera entendía por qué. El año pasado había tenido que hacer aquello miles de veces y nunca había sentido ese temblor interno. Aunque, puestos a comparar, en esos tiempos no tenía tanto que perder.

—¿Vives con tus padres? —preguntó Leo tras coger una fotografía de la encimera.

—Sí, bueno. Digamos que tengo mi propio espacio. —Antes de desaparecer por la cocina, gritó—: ¿Café?

—Doble.

—¿Tienes una infusión? —pregunté yo.

—Creo que me queda algo de menta.

—Genial.

Cerré los ojos e intenté calmar mis miedos y nervios. Me había prometido contarle la verdad esta noche, cuando tuviera las pruebas suficientes como para protegerla. Por eso era tan importante identificar el dueño del teléfono. Nos lo jugábamos todo a la última carta.

—¿De qué os conocéis? —pregunté cuando volvió con las tres tazas en la mano. El chico sonrió de lado y miró a Leo antes de sentarse justo delante de nosotros.

—¿No se lo has contado? —Me pareció notar el tono irónico en la forma en la que hablaba. Me puso de los nervios.

—No le he contado nada a nadie.

—Vaya —suspiró con la misma sonrisa socarrona—, y yo que pensaba que había dejado una huella memorable en ti. —Leo suspiró y yo empecé a entender por dónde iban los tiros.

—Tom fue...

—Su primer compañero, por así decirlo. —Arqueé las cejas y miré a mi amigo, que había puesto los ojos en blanco.

—¿Por qué no tenía ni idea?

—Fue cuando te mudaste definitivamente aquí. Nos conocimos en un viaje que hicimos con mis padres, me ilusionó, y luego cogió mi corazón y lo pisoteó.

—Siempre has sido muy dramático.

—No me conoces. —Su sonrisa volvió a emerger.

—Tienes razón. ¡Pero volvemos a encontrarnos!

—¿Vas a ayudarnos o no? —espetó a mi lado.

—¿A quién queréis que encuentre?

Nos llevó hasta el sótano, que parecía ser donde vivía, la cama estaba deshecha con el mando de una play encima. Al fondo, hacia donde nos dirigíamos, tenía un largo escritorio con un ordenador que parecía mucho más caro que todo el resto de la casa junta.

—Dadme esa lista.

—¿Los nombres falsos también? —pregunté al facilitarle los registros.

—También. Es posible que haya repetido esa asociación de datos en otra ocasión.

Tom se escondió detrás de la pantalla y empezó a teclear a toda velocidad.

—Teníais su nombre, ¿verdad?

—Christopher, pero no recuerdo el apellido.

—¡La expo! —gritó de repente Leo, sacando su teléfono—. Su nombre estaba en el tríptico que nos pasó Nora.

Buscó el mensaje hasta dar con la respuesta:

—Christopher Hunter —leí y Tom tecleó su nombre al instante.

—¿Y cómo se llama la chica? Este hombre dice ser su padre, ¿no? —Me mordí la lengua. No quería dar su información, pero no podía hacer nada si servía para desenmascarar a ese capullo.

—Nora Evans.

—Esto quizás me lleve un rato. Podéis subir si estáis más cómodos.

—Preferimos quedarnos —contestó Leo por mí.

—No era una pregunta, cariño.

Leo pareció estar mucho más tranquilo lejos de ese personaje, aunque yo me sentía más ansioso.

—¿Se puede saber con quién te lías? —pregunté al volver a sentarnos en ese sofá floreado. —Leo sonrió por primera vez en lo que llevábamos allí.

—Ya te he dicho que no me enorgullezco. Estaba harto del viajecito lleno de postureo de mis padres y lo conocí a él y a sus amigos. Se dedicaban a hacer «troleadas» en algunas webs.

—¿Pasó de ti?

—Bueno, después de esa semana nos dimos los números y me hizo *ghosting*. No pensaba que me fuera a responder, la verdad.

—Suerte que no te pillaste por él. No me imagino tenerlo como cuñado. —Leo se rio.

—¿Como cuñado?

—Claro. Para algo eres mi hermano.

—¡Primera noticia de que me consideras un hermano!

—Qué imbécil eres.

—Calla, hermanito.

Me uní a su risa contagiosa hasta que el silencio volvió a reinar cuando apareció Tom:

—Lo tengo. He encontrado su dirección.

Me levanté de golpe, pero la mano de mi amigo me retuvo antes de que pudiera salir corriendo tras el chico.

—Quedan solo tres horas para la expo de Nora. Y estamos a una hora del sitio.

—Es la oportunidad perfecta, Leo. Christopher estará preparándolo todo. No estará en casa. No sabemos cuándo tendremos una ocasión así.

—¿Quieres que vaya yo? —Negué con la cabeza.

—No puedo dejar que te expongas así. Si te pasara algo, me muero.

Escuché como Tom carraspeaba, malinterpretando la situación, pero me dio igual.

—Está bien. Pero asegúrate de llegar a tiempo.

—De acuerdo, hermanito.

Capítulo cuarenta

NORA

Eran ya casi las seis de la tarde, la hora de la inauguración, y ya lo teníamos todo listo. Había ayudado a colocar mi fotografía en la zona que me habían asignado y a decidir cómo alumbrarla. Aunque todavía no tenía mucha idea y Christopher me había ayudado a que quedase perfecto.

La volví a mirar y me emocioné al pensar en la reacción de Dallen al verla. Aunque había insistido, era la única persona a la que no le había enseñado absolutamente nada.

En primer plano, había dos latas de café encima del muro en el que estuvimos sentados, y de fondo, la luna llena iluminando la parte que no lo hacía la luz del faro.

Bajé la mirada hacia la descripción y se me cerró un poco el estómago por los nervios. Me habían aconsejado hacerlo más corto, pero no había podido. Así que lo había dejado tal como me había salido al escribirlo aquella noche tan especial:

*«Hay insomnios que tienen nombre y apellido.
Recuerdos que hacen el amor cada noche hasta materializarse.
Miradas con más poder que cualquier palabra,
y noches en que la luna se esconde debajo de nuestras sábanas esperando a que decidamos quedarnos para
darnos una oportunidad».*

Nora Evans

—Es increíble —la voz de Leo a mis espaldas me sobresaltó; aunque en el estado en el que estaba, cualquier cosa podía hacerlo. Busqué con la mirada a Dallen, pero había venido solo con Tessa.

—¿Dónde está? —pregunté, sin necesidad de decirle el nombre. Leo se removió nervioso.

—Ha tenido que ir a un lugar por mí. Pero ha prometido intentar volver lo más rápido posible. —Apreté los labios y lo miré con el entrecejo fruncido.

—Leo, si hay algo que tenga que saber... —empecé a decirle, recordando los nervios de Dallen esa misma mañana—. Sé que ocurre algo. —Mi amigo forzó una sonrisa y apretó mi hombro.

—Está todo bien, de verdad. Va a llegar, ya lo verás. —Suspiré y un pequeño manojito de nervios se instaló en mi garganta.

—¿Por qué lo has llamado antes? —insistí.

—Fui a buscar a Simon, a su casa.

—¿A su casa?! —exclamó Tess que había estado ausente mirando su teléfono hasta ese momento.

—A su casa...

—¿Y la novia?

—En su casa...

—No...

—Sí...

—¿Y qué pasó? —Leo se pasó la mano por la nuca para acto seguido volver a mirarnos.

—Pues ya os podéis imaginar su cara al verme en su puerta. Le contó una milonga a su novia de que me había dejado la mía. ¿Os lo podéis creer?

—¿Y luego? —insistí.

—Luego, nada, me arrastró hacia un callejón y me preguntó si me había dado un golpe en la cabeza. —Leo puso los ojos en blanco.

—Sí, al conocerlo —comentó Tessa entre risas.

—Tess, déjalo terminar. —Leo se encogió de hombros.

—No hay mucho más, le dije que me había hartado de eso; que, si quería estar con su pobre novia, dejara de buscarme en los armarios, que yo estaría fuera con otros que sí que quisieran presumir de mí.

—¡Bravo, Leo! —aplaudió Tessa.

—Estamos orgullosas de ti.

—¿Y ahora le darás una oportunidad a Brandon? —añadió Tessa.

Leo negó con la cabeza y, con una sonrisa orgullosa en los labios, respondió:

—Creo que necesito un tiempo para quererme a mí y así poder volver a querer a alguien.

No dijimos nada más al respecto, nos sonreímos con aquel cariño que solo podemos encontrar con aquellas personas que, sin ser familiares, se convierten en parte de tu familia. Y ellos sin duda, lo eran.

DALLEN

Bufé cuando vi lo tarde que era. Sabía que Nora me iba a matar si no me presentaba a su exposición, pero su seguridad ahora era mucho más importante para mí.

Esperaba que Leo me estuviera cubriendo las espaldas porque yo no podía ni escribirle un mensaje. Una cosa era ocultarle la verdad hasta tener pruebas claras y la otra mentirle de nuevo. No podía con esa carga, no de nuevo.

La calle estaba completamente vacía y apenas se podían distinguir los árboles en la acera por la poca luz que había. Parecía un pueblo fantasma con las casas muy alejadas la una de la otra.

Me planté delante de la puerta de la casa más apartada del pueblo, deseando con toda mi alma que no respondiera nadie, y toqué el timbre dos veces. Esperé notando el aire erizándose la nuca. Aunque, si soy sincero, a esas alturas no podía decir con exactitud si era el frío o el miedo.

Después de varios intentos y de ninguna respuesta, di un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que nadie me estaba observando y busqué algo con lo que poder entrar. Recogí del suelo, casi enterrado en él, un gnomo de jardín y lo impacté contra la ventana hasta romperla. Por suerte, porque no estaba preparado para eso, no sonó ninguna alarma y pude entrar, raspándome un poco el antebrazo y los pantalones.

Casi me da un infarto al sentir como vibraba mi teléfono en mi bolsillo. Lo saqué, aún temblando y pude ver que tenía unas diez llamadas de Nora y un mensaje de Leo.

Leo:

¿Has llegado ya?

Leo:

¿Alguna noticia?

El mensaje no era de ahora.

Yo:

Estoy dentro. ¿Nora está muy enfadada?

Guardé el teléfono de nuevo en mi bolsillo y di un vistazo a aquel salón de aquella pequeña casa. A primera vista parecía una casa familiar, la decoración no era en tonos grises como había imaginado por su obsesión. Sino que se combinaba con cojines florales y tonos beige. Algo que no parecía para nada ir con ese hombre.

Me acerqué a la repisa del comedor, y observé las fotografías. Había tres, pero en las tres salía él con una mujer de pelo claro que le llegaba hasta a los hombros, sonriente.

Mi teléfono volvió a vibrar, sobresaltándome de nuevo. Si no me pillaban ahí dentro, moriría antes de un infarto.

Leo:

Más que enfadada, preocupada. Sabe que ocurre algo.

«Genial». Bufé y guardé el teléfono en mi bolsillo. Solo esperaba que, si dismantelaba al maldito mafioso, me perdonara. Otra vez. Zarandé la cabeza y me concentré, ahora no era momento de pensar en eso.

Abrí todos los cajones, incluso los de la cocina. Miré por toda la estantería y hasta abrí los cojines del sofá por si lo que escondía estaba allí, pero nada.

—Si yo escondiera algo que no quisiera que encontraran... —murmuré pasando mi mirada por las paredes de la casa.

Pasé mis manos por las paredes, por si detrás de aquel papel había alguna caja fuerte. Pero nada tampoco.

Subí a su dormitorio y abrí los armarios, pero aquello me extrañó todavía más. Si vivía con esa mujer, ¿por qué no había ni rastro de sus cosas? Todo lo que había eran esos trajes con tonalidades grises que tanto me faltaban en esa casa.

Después de más de media hora poniendo esa casa patas arriba, me dirigí a la última habitación a la que aún no había entrado y que esperaba que me diera las respuestas que esperaba. Empezaba a sentirme decepcionado, me estaba jugando demasiado para que allí no hubiera nada.

Al entrar, mis ilusiones cayeron a mis pies.

—¡Joder! —mascullé, dándole un golpe seco al marco de la puerta.

Aquello solo era un viejo despacho casi vacío. Con un escritorio al lado de la ventana y un armario viejo. Nada más. Cogí aire por la nariz y lo dejé ir de forma sonora por la boca. No podía perder la esperanza. Todavía no.

Me acerqué al escritorio y palpé cada centímetro de él por si había algún doble fondo, sin éxito. Con la fe casi enterrada, me dirigí al armario y rebusqué con la misma precisión que con el escritorio, con la diferencia de que, al pasar mi mano por el fondo, este sonó un poco distinto.

Como hueco.

Mi corazón se paró de golpe y mi cuerpo empezó a temblar. Un poco por miedo y otro poco por las esperanzas que volvían a mí:

—No me falles... —murmuré mientras le di dos golpes fuertes.

La fe volvió a mí y, con la luz de mi teléfono, alumbré alrededor del fondo del armario para dar con la forma de abrirlo y enseguida lo vi. El sitio donde brotaban todas mis esperanzas y miedos a la vez, un espacio hueco con el tamaño de un dedo.

Abrí aquella puerta falsa y, como si se tratase de *Narnia*, me adentré en el armario.

Capítulo cuarenta y uno

NORA

Volví a revisar el móvil, pero no había rastro de Dallen. No había sabido nada de él en todo el día y eso me inquietaba. «¿Dónde se había metido?».

Las dudas volvieron a penetrar en el escudo que yo misma había creado y la esencia de aquello que sentí la primera vez que desapareció de mi vida volvió a estallarme en el pecho. No quise escuchar esa voz, ese ruido, ese susurro incansable que amenazaba con destruir todo lo que había construido. Pero Dallen no contestaba al teléfono y ya había pasado una hora.

—Fui el primero que te aconsejó usar una frase más corta, pero tengo que admitir que le da un toque distinto. —Me giré hacia la voz de Christopher y sonreí.

—Gracias.

—¿Han venido familiares?

—Sí, mi madre; ahora ha salido a fumar fuera. —Las cejas de él se arquearon, como si se sorprendiera de aquello—. Antes te estaba buscando, quiere conocerte. —Su sonrisa titubeó.

—Por supuesto, aunque apenas tengo tiempo para hablar, con tanta gente... Si os veo, me pasaré a saludar.

—Claro, perdona —me disculpé al pensar que quizás me había extralimitado; al fin y al cabo, solo era un profesor.

Se despidió de mí y yo aproveché para dar una vuelta para ver las fotografías de mis compañeros. Aunque todos me felicitaron, yo solo quería que lo viese una persona. Una que no llegaba y que empezaba a preocuparme.

Cuando volví a mi fotografía, encontré a mi madre de nuevo, observándola.

—Es increíble —susurró al acercarme—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Es solo una foto, mamá. —Se giró hacia mí y me dio un pequeño pellizco en la mejilla.

—Es más que eso, es la prueba de que estás luchando por tus sueños sin miedo. Y eso es oro.

Sonreí. Mi madre siempre insistía en la importancia de tener valor y de no tener miedo. Quizás por eso me había animado a hacer ese viaje el año pasado. Sabía que no soportaba ver cómo se me hacía pequeño el espacio y no hacía nada por salir de ahí.

—Nora, van a empezar las presentaciones. ¿Vienes?

DALLEN

Salí a una sala bastante pequeña y claustrofóbica, sin ventanas ni ventilación, con las cuatro paredes abarrotadas de fotografías. Había tantas que apenas podía ver el color de la pared y, con la luz de mi móvil, no podía identificar de qué se trataba.

Me acerqué, casi a tientas, hasta chocar con un escritorio individual y lo palpé hasta encontrar un interruptor de una pequeña luz anaranjada que me permitió ver un poco más de aquellas fotos.

Aunque, al verlas, no sabía si hubiera preferido no descubrirlas...

—Joder.

Marqué enseguida el teléfono de Leo y esperé a que me lo cogiera.

NORA

Nos colocamos en semicírculo, alrededor de la mujer que había organizado esa exposición y nos había dado la oportunidad de ese pequeño hueco para nosotros.

—Primero de todo, muchas gracias por venir hoy aquí. Es un placer dar por inaugurada esta pequeña exposición en honor a un gran amigo que está ayudando a todos estos jóvenes que luchan por sus sueños y que, a veces, no son escuchados. Hoy, desde VisioArt Expo queremos dar esa oportunidad. Y, si me permitís decirlo, no pensaréis que lo han hecho estudiantes de universidad.

Los invitados se rieron y yo fijé mi mirada en mi madre que me sonreía y me dio esa seguridad que necesitaba al exponerme de ese modo.

—Y ahora, quiero presentar a la persona que me persiguió e insistió para hacer esto posible. — Los aplausos cesaron y la mujer se hizo a un lado—: ¡Christopher Hunter!

Los aplausos volvieron a inundar la sala en el instante en el que nuestro presidente se acercó al micrófono de pie del centro de nuestro círculo.

—Gracias, Addy, pero no tengo mucho más que añadir, estas personas de aquí tienen un talento innato. Y no hubiera insistido, si no lo creyera de verdad. Aunque hoy quiero hablar de una en especial. —Se giró hacia mí y en ese instante me sentí asfixiada, al notar cómo todas las miradas se centraban en mí—. Nora, por favor, acércate.

Tragué saliva y avancé casi temblando hasta su lado.

—Nora ha sido nuestra última incorporación, pero ha demostrado que tiene un talento oculto para esto.

Levanté la mirada del suelo, pero al ver la expresión de mi madre los nervios desaparecieron de golpe. Estaba blanca como el papel y apenas parpadeaba. Christopher seguía hablando sobre mi obra, pero yo solo podía ver cómo mi madre se apoyaba en la columna y con una mano en el pecho.

—¿Mamá? —ni siquiera me di cuenta de que lo había dicho en voz alta.

La gente empezó a buscar por la sala el origen de esa interrupción y yo corrí hacia ella.

—¿Mamá? ¿Estás bien? —Había cerrado los ojos y su respiración era entrecortada, como si le costara hacer una respiración profunda.

—Estoy bien... —susurró sin mirarme—. Dame un...

—Apartaos —Christopher se había acercado y junto a Addy estaban manteniendo a la gente a raya—. Por favor, seguid con la visita, ha tenido una bajada de azúcar —la voz firme del presidente consiguió que nos dejaran a solas con ella.

—¿Estás bien? —le dijo al acercarse a ella. Mi madre abrió los ojos y asintió sin decir ni una palabra.

—Mamá, ¿qué te ha pasado?

Por fin pareció que se daba cuenta de que yo también estaba allí. Porque al mirarme me

pareció ver que se sorprendía.

—Estoy bien, ha sido solo una bajada de tensión...

—¿Te ha pasado alguna otra vez?

—Sí, es... Solo necesito algo de azúcar y unos minutos.

—¿Desde cuándo te pasa? —insistí pero la mano de Chris topher me frenó.

—Tu madre necesita un momento para ella. Mike —se giró hacia mi compañero que nos miraba desde una distancia prudencial—, llévala a la sala donde daremos los premios.

—¿Premios? —pregunté, confundida.

—Era una sorpresa —me sonrió—. Yo cuidaré de tu madre. —Dudé un instante, pero mi madre volvió a mirarme e intentó sonreírme.

—Ve, estaré bien.

Así que seguí a Mike a esa misteriosa sala, preguntándome dónde se habían metido Tessa y Leo. Hacía rato que no los veía y no tenía ni idea de a dónde se habían ido.

DALLEN

La reconocí enseguida, todas aquellas fotografías estaban tomadas sin que se diera cuenta; en la pastelería, en la calle, subiendo al coche...

—Dime qué has descubierto —contestó cuando salió de la exposición.

Todavía temblaba, con la otra mano cogí una que era actual, de hacía unos días. Una en la que había pintado un círculo rojo en su rostro. Al girarla, me estremecí.

—Leo... —murmuré, sin que las palabras pudieran salir aún de mí.

—¿Qué pasa? —preguntó, alarmado—. ¡No me asustes! —Cogí aire y volví a la realidad.

—Leo, este hombre es un psicópata.

—Eso ya lo sabíamos.

—No —le corté—. Esta vez es de verdad. Tiene una sala secreta empapelada con fotografías de...

—¿De Nora? —me cortó antes de que pudiera acabar la frase.

—¿Qué ocurre? —escuché la voz de Tessa por detrás y caí en la cuenta.

—¿Dónde está Nora?

—Dentro, están presentando sus obras.

—¿Está sola?

—Bueno, con su madre y toda esa gente.

—¡Maldición!

—¿Qué ocurre!

—¡LAS FOTOS NO SON SUYAS! —grité.

—¿Cómo que no son tuyas?

—No —contesté—. Casi todas son de su madre.

Leo tardó un rato en reaccionar:

—¿Pero entonces...?

—Entonces estábamos equivocados, Leo —tragué saliva—. Nora no era su objetivo, solo el medio para acercarse a ella.

Lancé esa fotografía que seguía en mis manos encima del escritorio y cayó al revés. Dejando a la vista una palabra que removi6 todos mis malos pensamientos.

«*Venganza*».

Capítulo cuarenta y dos

NORA

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunté, tras unos largos quince minutos sin salir de aquellos vestuarios en los que había apenas un banco y un dispensador de agua.

—Es una sorpresa, tenemos que esperar.

—¿Solo nosotros?

Aquello empezaba a olerme mal. Mike, que siempre había sido un chico arrogante y pasota de todo, estaba nervioso. Hasta yo podía darme cuenta de que algo malo pasaba.

Me levanté del banco y me acerqué a la puerta, pero mi compañero me bloqueó el paso.

—Mike, no estoy para bromas. Mi madre no estaba bien y no quiero permanecer más tiempo aquí. —Di un paso a la derecha, pero volvió a ponerse en medio.

—No puedo, Nora. Tengo órdenes... —Di otro paso, pero esta vez las manos de Mike sujetaron mis hombros con fuerza.

—¡Mike, déjame!

—¡No puedo! Siéntate de una vez si no quieres que pase algo peor.

Me quedé blanca. No entendía qué mosca lo había picado, pero podía sentir cómo todas las células de mi cuerpo estaban en alerta. Me alejé y volví a sentarme en ese banco. Tenía que encontrar una manera de salir.

—No me mires así, no soy un secuestrador o... —Apreté los labios y me crucé de brazos. Sentí que mi móvil vibraba en mi bolso, pero no podía cogerlo. No con Mike delante.

—Estás actuando como uno.

—De verdad. Solo espera un poco más. Pero no me mires así.

—Vete.

—No puedo, si te largas me matan.

—¿Quién? —Mike arrugó la nariz y se pasó la mano por la cara, nervioso.

Empecé a respirar de forma acelerada, sus ojos se abrieron, asustados.

—¿Qué te pasa?

—Estoy teniendo un ataque de ansiedad —mentí. Hacía meses que no tenía ninguno. Pero sabía perfectamente qué era lo que se sentía—. Me voy a desmayar, por favor.

—¿Qué hago?

—Agua. Necesito agua. Y una bolsa. Por favor.

Mike dudó. Miró la puerta y luego a mí, tembloroso.

—Por favor, no me voy, ¿no me ves? Me voy a morir. ¡Por favor! —No volvió a dudar.

—No te muevas —fue lo único que dijo antes de salir disparado.

Cuando cerró la puerta saqué el teléfono y descolgué una nueva llamada de Dallen.

—¿Qué está pasando? —pregunté antes de que pudiera escucharlo.

—Joder, Nora. Estaba muerto de miedo. Leo y Tessa no te encuentran por ningún lado.

—Un idiota me ha encerrado en los vestuarios.

—¿Estás bien? —insistió—. ¿Te han hecho algo?

—No. Pero no entiendo nada. ¿Qué está pasando, Dallen?

—Tu padre... —soltó y yo fruncí el ceño.
—¿Quieres decir «mi madre»?
—No, tu padre... —suspiró y, sin verlo, pude ver que le estaba costando—. Tu padre es Christopher, Nora. Te ha estado engañando todo este tiempo para acercarse a ti. Bueno, para acercarse a tu madre.
—¿Qué? —fue lo único que pude articular. De repente me sentí como si me faltara el oxígeno, pero esta vez de verdad.
—Nora, sé que ahora tendrás muchas preguntas, pero necesito que me digas dónde está tu madre.
—Mi madre... está... —Me dejé caer en el banco e intenté que mis labios encontraran las palabras que quería decir. Pero era como si nadasen en un espacio en blanco.
—Nora, céntrate, por favor. ¿Dónde está tu madre?
—Con él. Está con él.

DALLEN

Me sentía derrotado. Impotente. Solo de pensar en cómo se estaría sintiendo Nora en ese instante me estaba matando por dentro. Pero no podía pensar en eso, no ahora que Leo me había dicho que no había ni rastro ni de su madre ni del psicópata con piernas de su padre.

—Nora, necesito que te centres una vez más. ¿Dónde pueden estar?
—No lo sé, Dallen, no... —escuché un sollozo que me rompió en dos. «Joder, solo quería estar con ella. Estar a su puto lado en estos momentos».
—Nora, por favor.

Silencio; silencio en el que me pareció escuchar cómo la puerta se abría y alguien le preguntaba que qué hacía.

—El piso —dijo apresuradamente—. El piso era de él. —Y colgó, aunque por la forma en la que lo hizo estaba segura de que le habían quitado el teléfono.

—¡Joder, joder, joder!

Escribí rápidamente a Leo y le confirmé que Nora estaba en los vestuarios, tal como me había dicho, y que la sacaran de allí mientras yo salía a toda velocidad de esa habitación tan atroz.

Su piso... Al llegar a mi moto empecé a buscar en nuestras conversaciones, recordaba que me había pasado el enlace para que fuera a buscarla una de esas tardes, solo esperaba no haberlo borrado. Tenía que llegar antes de que fuera demasiado tarde. Lo tenía que hacer por ella.

Capítulo cuarenta y tres

—¿Dónde me llevas?

Amber, la madre de Nora, se había subido a ese coche temblando, impulsada por el miedo de que pudiera sucederle algo a su hija. Martirizada por no haberse dado cuenta de que el hombre que tanto odiaba se había acercado a ella con tanta facilidad.

Mientras él apretaba el volante dejando sus nudillos blancos, ella recordó el pánico que le inundaba el cuerpo años atrás, cuando había aprendido a interpretar cualquier pequeño cambio en su rostro para saber que estaba en peligro: unas cejas fruncidas, una nariz aireada, unos puños... Incluso un cambio en su respiración o en su mirada era suficiente para saber que debía protegerse.

—¿Nora estará bien? —preguntó mientras apretaba sus manos en sus rodillas para no derrumbarse.

—¿Nuestra pequeña? —preguntó él, destensándose—. ¿Por quién me tomas?

Amber desvió su mirada hacia sus manos. Sus uñas se clavaban en sus medias hasta doler. Pero era la única forma en la que conseguía no derrumbarse en un mar de lágrimas. Si la veía llorar estaba perdida. Y era algo que no podía permitirse.

Mientras se alejaban del bullicio de la ciudad no dejaba de preguntarse cómo se había acercado a su hija. «¿Cómo había bajado la guardia de ese modo?». Se culpó, a fin de cuentas fue ella la que la impulsó a hacer ese viaje. Ni siquiera pudo pensar en que ese hombre volvería a sus vidas. La culpa volvió a golpearle el pecho y respondió clavando aún más sus uñas hasta hacerse sangre.

—Hemos llegado.

Christopher hacía lo imposible para mantener esa ira a raya, esa rabia contenida que se moría de ganas de salir a cantar victoria. Después de tanto tiempo por fin podría descansar en paz.

Dio un vistazo a su alrededor, asegurándose de que no había ningún vecino cotilleando, y dio la vuelta al coche para sacar a Amber. Ella no levantó la mirada. Lo siguió como si les uniera una cuerda invisible de la que no podía escapar. Solo reaccionó cuando se dio cuenta de a dónde la había llevado:

—¿Qué hacemos aquí? —se atrevió a contestar.

—Haz las maletas. Nos vamos.

Amber tragó saliva en ese instante, despertó. Como si hubiera estado en una pesadilla todo ese tiempo.

—¿Por qué haces esto? —soltó para intentar distraerle. Necesitaba tiempo.

Christopher hizo todo lo posible para que no se le desfigurase la cara al pensar en esa respuesta.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —Amber pudo ver auténtico odio en sus ojos. Esos de los que una vez estuvo enamorada. Y que tanto le había costado abandonar.

—No... Yo... —tartamudeó, dando un paso hacia atrás cuando él se giró hacia ella.

—Lo peor de todo es que eres capaz de arruinarle la vida a alguien y ni siquiera darle importancia.

Amber tembló. Tembló por la intensidad de esas palabras y por lo cerca que se encontraba él. Ella solo pensaba en cómo deshacerse de Christopher, al menos durante unos minutos. Solo tenía que hacer una llamada, un mensaje... Algo para que supieran dónde estaba.

—¡Haz las maletas! —rugió y se alejó un poco. Sin dejar de mirarla por si decidía correr.

Amber dudó, pero se mantuvo en su sitio. Si tenía tanta prisa por irse de allí, era porque en ese sitio estaba segura. Al menos durante un tiempo.

—Si voy contigo... ¿Me responderás a unas preguntas? —Christopher apretó los labios y se cruzó de brazos sin deshacerse de esa aura de alerta.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué ahora? ¿Por qué después de tantos años? —El asco volvió a sus ojos.

—Cómo puedes ser tan hija de puta como para preguntarlo. Me jodiste la vida una vez, la primera. Terminaste y te fugaste con tu hermana, me pusiste esa orden de alejamiento. Contra ti y contra mi hija, me robaste a mi familia una vez —respiró profundamente cuando sintió que la ira iba a dominarlo de nuevo, tenía que seguir con el plan, no podía salirse ahora—. En ese momento pensé que yo era el culpable, que me lo merecía, que no te había hecho feliz.

Amber tragó saliva y se apretó aún más a la pared. Recordó ese largo proceso en el que, si no hubiera sido por su hermana, no hubiera salido jamás. En cómo se fueron del estado y empezaron de nuevo. En cómo los años habían borrado esos recuerdos menos los peores. Y en cómo el miedo la había ido a visitar todos esos años hasta que conoció a Dain y decidió darles a los hombres una segunda oportunidad.

—Eso pasó hace años.

—No. Eso fue un engaño. Seguro que querías tirarte a otros y fue la excusa para mantenerme lejos. ¿Pero sabes qué? Eso me dio igual. —Sus ojos se encendieron y sus piernas empezaron a andar hacia la mujer que tenía aterrorizada—. Lo peor ocurrió hace dos años. ¿No te acuerdas?

Se quedó a escasos centímetros de ella. Observando, complacido, cómo su cuerpo se tensaba en respuesta.

—No te atrevas a tocar a Nora... —quería sonar fuerte, pero su voz empezaba a escaparse en hilos.

Él soltó una risa irónica. Reprimiendo sus ganas de hacerla volver a la conversación. A lo importante...

—No me has contestado. Haz memoria.

—No... No me acuerdo...

Ella bajó la mirada hacia sus pies y él apretó la mandíbula. Con agresividad le levantó la barbilla, provocando un grito por su parte y la mantuvo así. Quería mirarla a los ojos. Quería que lo mirase cuando se lo contara todo.

—Tenía una nueva vida. Tenía una mujer con la que me iba a casar. Iba a volver a empezar después de cómo me dejaste, después del desastre en el que me convertiste. —Los ojos de ella se abrieron de golpe—. Pero la encontraste, no sé cómo. La encontraste y la tuviste que engañar, contándole todas esas mentiras que yo mismo me había creído. ¡Y SE FUE! ¡ME QUITASTE TODO DE NUEVO!

—No, ella...

—¡ME LA ARREBATASTE! ¡ME ARREBATASTE LA VIDA QUE MERECEÍA!

Su mano apretó aún más la barbilla de esa mujer, hasta marcarse en rojo los dedos de él. Pero no podía parar. Había mantenido a raya demasiado tiempo esas ganas de venganza, esa ira.

—Me haces daño —intentó zafarse de su mano, pero él apretó con más fuerza—. No la contacté, ella... Ella me vino a buscar.

—¿Qué? —Su mano se aflojó y ella vio su oportunidad.

—Ella me vino a buscar —repitió—. Se enteró de lo nuestro y vino a verme, asustada.

—Mientes.

—No, no miento. Estás enfermo y ni siquiera te das cuenta del daño que le hiciste. —La vena de su cuello empezó a palpar y ella temió haberse excedido.

—¿Cómo lo supo? Nunca le conté nada.

—Tú más que nadie sabes cómo descubrir los secretos de la gente. A eso te dedicabas, ¿no? — Su agarre se soltó y ella se pasó la mano por su barbilla, dolorida—. Le habías levantado la mano, una vez. Y, por suerte para ella, fue suficiente para hacer sonar las alarmas. Me buscó y me preguntó el motivo de nuestro divorcio. —Aquello le hizo reaccionar.

—Divorcio... Maldita sea.

Christopher recordó el día en el que tenían que llevar todos los formularios para pedir el matrimonio. Entre ellos estaba su pasado divorcio. Había visto a su futura mujer revisando entre esos papeles, pero le había asegurado que no había visto nada y se lo había creído. Le había mentido.

Amber aprovechó esa distracción y salió corriendo hacia la habitación. Cerró la puerta tras su espalda y se apoyó en ella, intentando evitar que la abriera. Se había dejado el móvil encima de la cama antes de salir, así que solo tenía que estirarse un poco para cogerlo.

Esperó a que arremetiera de nuevo contra la puerta y salió disparada hacia el móvil mientras él se abalanzaba y caía, dándose un golpe en la frente contra la madera de los pies de la cama.

—¡Maldita seas!

Amber recogió el teléfono al vuelo y se escabulló de nuevo por la puerta. Corrió hacia la salida, sintiendo como el corazón le latía en la garganta, pero no llegó a la puerta. Christopher la agarró por el vestido y la hizo caer de bruces al suelo. Sintió el sabor del hierro en su boca y cómo el teléfono salía disparado de su mano. Se incorporó, como pudo, y se arrastró hacia la pared más alejada de él.

—¿Vas a matarme? ¿Vas a convertirte en un asesino? —consiguió decir, mientras él se acercaba a ella sin pestañear. Con los puños prietos.

—Tú me has llevado a esto. —La subió por el cuello del vestido hasta levantarla de nuevo—. Yo solo quería demostrarte lo que era quedarte sin nada. Llevarme a Nora. Pero entonces vi cómo rehacías tu vida, cómo habías dejado a tu hija tirada por ese hombre. —Su mano subió hasta rodear el cuello de Amber con firmeza.

—Me... haces... daño...

—Entonces me di cuenta de que no se parecía en nada a mí. Estoy seguro de que ni siquiera es mi hija. ¿Sabes el asco que me ha dado estar cerca de ella? ¿Las ganas que tenía de hacerle daño solo porque se parecía a ti? —Su otra mano se colocó encima de la primera para apretar con más fuerza, mientras las débiles uñas de Amber luchaban por liberarse—. Así que voy a quitarte todo, todo lo que tienes, sabiendo que me he acercado a tu hija sin que te dieras cuenta, sabiendo todo lo que le ha podido pasar sin que te dieras cuenta.

Amber apenas podía respirar. Intentaba empujarlo para que la soltase, pero era inútil, era más fuerte que ella y en aquella postura no podía hacer nada.

El rostro de Christopher se acercó a su oreja, y con un susurro, soltó:

—Agradece a Dallen Coleman que me llevase hasta ella.

Sus dedos siguieron apretando su cuello en el momento en el que Amber sintió cómo su mente se nublaba y dejaba de ver esos ojos brillando de satisfacción.

Capítulo cuarenta y cuatro

DALLEN

Sabía que me llegarían unas cuantas multas por exceso de velocidad, pero me daba igual. Con suerte me cruzaba con algún policía y me seguía.

Respiré hondo cuando llegué al destino y aparqué en la acera, pero no me importaba, solo podía pensar en haber llegado a tiempo. No me perdonaría llegar tarde, no otra vez.

Escuché un gruñido y vi que la puerta de entrada no estaba cerrada del todo. Agarré el casco con fuerza. No sabía qué podía encontrarme dentro y mejor llevar algo con lo que defenderme si se daba la ocasión.

Abrí la puerta sin hacer ruido, y lo que vi me heló la sangre: Las manos de Christopher rodeaban el cuello de la madre de Nora con tanta fuerza que podía ver los nudillos blancos y el rostro de su madre azulado. Justo en el momento en el que los brazos de su madre parecían perder la fuerza, cogí impulso y estrellé el casco directamente en su cabeza. Sus manos soltaron el cuello de su madre y su cuerpo se desplomó. Dejé el casco en el suelo y corrí a sujetarla.

—¿Estás bien? —pregunté intentando que se mantuviera en pie.

—No... —empezó a decir, pero un ataque de tos la interrumpió.

—No digas nada, tranquila, ya ha pasado...

Alguien me agarró del tobillo, haciéndome caer de morros al suelo. Liberé mi pierna con una patada y vi el rostro descompuesto por la rabia de Christopher. Tenía la esperanza de que mi golpe lograra que perdiera el conocimiento, pero no había sido así, solo lo había aturdido unos segundos. «Maldición».

Su mirada de odio se clavó en mí, mientras yo intenté incorporarme sin éxito. Retrocedí hasta chocar con mi espalda con los primeros escalones de la escalera antes de ver cómo se acercaba hacia mí con un odio irracional en su mirada.

—Tú...

—¡Déjalas en paz! —grité.

Pero era demasiado tarde. Aquel hombre no parecía el mismo que había conocido. Parecía exaltado, fuera de sí, como si hubiera liberado de dentro una bestia que mantenía a raya bajo toda esa fachada de serenidad espeluznante.

—¡Estás perdido! —grité con todas mis fuerzas—. ¡He visto todo lo que tienes de ellas y lo he enviado a la policía! —Sus ojos se agrandaron y por un instante pude ver el pánico recorrerlos.

Antes de que pudiera incorporarme, su puño impactó directamente en mi nariz, provocándome un dolor agudo que me sacudió todo el cuerpo. Levanté el brazo para protegerme, pero arremetió otro puñetazo contra mi mandíbula, desencajándomela.

—Te dije que no te metieras. —Mi cabeza daba vueltas y el dolor apenas me dejaba reaccionar—. Te advertí de las consecuencias.

Otro puñetazo golpeó mi cara, pero sentía tanto dolor que ya no podía diferenciarlo, mi mente se iba oscureciendo a cada golpe que recibía.

—Y te atreves a fastidiar mi plan que llevo meses trazando.

Cerré los ojos, o quizás ya los tenía cerrados, porque hacía rato que solo veía un telón negro, a

la espera de otro impacto más. Pero antes de que volviera a pegarme, mis labios se entreabrieron sin permiso.

—Nunca permitiría que le hicieras daño a lo que más quiero —mis palabras salieron casi susurradas, sin fuerza—. Y eres un idiota si pensabas que me iba a quedar de brazos cruzados. — Meforcé para abrir los ojos y los clavé en su rostro descompuesto por la rabia—. Si vas a tocarles un pelo será sobre mi cadáver.

Saqué todas mis fuerzas y me abalancé contra su cuerpo en una embestida. Mi puño fue directo a sus costillas, pero, al coger impulso para un segundo asalto, noté el peso de su ira de nuevo en mi rostro. Volví a quedarme ciego y sentí el dolor recorrerme todo el cuerpo al caerme de nuevo al suelo. Por un momento pensé que todo acabaría allí. Que ese era mi final. Mi merecido final.

Después de todo lo que había luchado, después de todo lo que habíamos pasado, después de todo: ese era mi fin. Un desenlace a manos de la persona que me había ayudado a cerrar el caso anterior. Eso probaba que todo en esta vida tiene un precio. Y que, si no lo tiene, es porque será uno demasiado alto como para que te arriesgues. Y ese había sido el mío. Ella había sido el mío. Ella y nuestra historia, que parecía que no podría tener un final feliz.

—Perdóname, Nora... —susurré con la cabeza en otro lado, justo antes de sentir cómo me sujetaba por la camiseta de nuevo y me intentaba levantar para darme un último golpe. Pero ese golpe no llegó.

Sentí cómo la mano que me sujetaba dejaba de apretarme y cómo mi cabeza caía hasta darse contra el mueble del comedor. Pero mis ojos no me respondían y seguían sin abrirse.

Quizás ya había muerto y ese era el paso antes de abandonar este mundo. Quizás ahora solo sentía mi alma y mi cuerpo se había quedado atrás, sentado en el suelo aguantando los siguientes golpes sin mí, hasta que el responsable se diera cuenta de que mi corazón había dejado de latir. Seguramente era eso. Aquello era estar muerto.

Estaba muerto y no me había podido despedir.

—¿Qué...? —la voz grave y rasgada sonó más lejana, como si me hubiera abandonado y se dirigiera ahora a otra persona.

Moví mis dedos de las manos y sentí la presión de estos en mi pierna. «¿Seguía vivo?». Quise levantarme, pero ni siquiera mis ojos reaccionaban, era como si mi cuerpo estuviera debajo de una plancha de acero que no me permitía moverme ni un ápice.

Un sonido fuerte de un impacto contra el suelo me devolvió al presente. Abrí los ojos y la vi, con un cuchillo grande ensangrentado entre las manos temblorosas. Mi mirada viajó inmediatamente hacia el cuerpo inerte de Christopher, encima de un charco de sangre que empezaba a empapar mis pies.

Quise levantarme para ayudarla, pero no había manera, mi cuerpo parecía estar dormido.

—Lo he matado... —murmuró sin poder apartar la mirada de su cuerpo.

Me miró y un silencio punzante lo envolvió todo. Absolutamente todo...

Capítulo cuarenta y cinco

NORA

—¡Aquí!, ¡es aquí! —Salí con el coche aún en marcha, sin quedarme a esperar que Leo y Tessa me siguieran.

Había perdido demasiado tiempo por culpa de ese Mike y solo quería llegar, y esperaba que Dallen hubiese llegado a tiempo y todo estuviera bien. Que mi madre estuviera bien.

Subí los escalones de dos en dos y di un empujón a la puerta medio abierta.

Creo que el miedo se había apoderado de mi cuerpo, porque quería correr, pero mis piernas no respondían a esa orden.

—¿Mamá? —pregunté con un hilo de voz al verla de rodillas, con la mirada fija, en una esquina del salón.

Mi mirada fue directa al cuerpo de Christopher, que estaba tumbado en el suelo encima de un charco de sangre. Ahogué un grito con mis manos y levanté la mirada, horrorizada, hasta clavarla en mi madre.

—¡Mamá! —grité fuera de mí—. ¡¿Qué ha pasado?!

Corrí hacia ella y la zarandeeé con mis manos, pero era inútil. Parecía que no había notado mi presencia. Estaba absorta, como si su cuerpo estuviera allí, pero su mente no.

—Nora... —la voz de alguien en mi espalda me sobresaltó. Me giré, con las pulsaciones en mi garganta, y pasé mi mirada por mi alrededor hasta encontrar el origen de aquel susurro ahogado.

De repente mi cerebro hizo *clic* cuando encontré a Dallen en el rincón extremo, con la cara empapada de sangre. Dejé de sujetar los hombros de mi madre y avancé hacia él, de forma atropellada para comprobar que estaba bien. Tenía el labio partido y el ojo izquierdo morado e hinchado. Tanto que apenas podía abrirlo.

—¿Estás bien? ¿Estás consciente? Dime algo, por favor.

—Nora...

—¡Joder! —Me giré y crucé la mirada con mis dos amigos—. ¡Llamad a una ambulancia!

Tessa se tapó la boca con las manos y salió de allí sin decir nada. Leo tragó saliva y se acercó a nosotros.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al arrodillarse a mi lado.

—Fuera... —apenas podía pronunciar bien las palabras por las heridas que tenía en los labios—. Aire.

—Ve con tu madre, yo me encargo. —Asentí y dejé que lo levantara por las axilas y lo acompañara hasta la puerta. Suspiré aliviada al ver que podía caminar.

Busqué una manta en el dormitorio y me acerqué a mi madre para envolverla con ella. Estaba blanca y sus manos tiritaban.

—Eh... Yo...

—Tranquila, mamá. Estás a salvo.

No me miró, pero sus ojos se llenaron de lágrimas y pensé que era una buena señal.

—Vamos fuera —agradecí que me ayudara a ponerse de pie y que entendiera al menos lo que le iba diciendo—. Muy bien, sígueme.

Rodeé su cuerpo tapado con la manta por la espalda y la empujé hacia la puerta. Solo quería salir de allí, dejar atrás el hedor ferroso, esa imagen que intentaba no mirar. La acompañé hasta el portal y la senté en las escalerillas de la fachada, dejando que apoyara su espalda en ella.

—Vienen enseguida —dijo Tessa al volver a mi lado.

—¿Te quedas con ella? —le pregunté y no hizo falta decirle nada más para que ocupara mi sitio y entrelazara sus manos con las de mi madre.

Dallen estaba sentado en el banco de enfrente, con los codos apoyados en sus rodillas y su rostro escondido entre sus manos. Tenía muchas —demasiadas— preguntas que hacerle, pero solo ver el estado en el que se encontraba me encogía el corazón, y el descanso de que no fuese él quien estaba tumbado en el suelo del recibidor superaba cualquier necesidad de explicación.

No sé de dónde sacaba las fuerzas para no gritar ni llorar, porque sentía la presión en mi pecho, pero entré de nuevo en esa casa y busqué en el baño un botiquín de emergencia.

—Os dejo solos. —Leo le dio una palmada en la espalda que fue suficiente para que Dallen levantara la cabeza.

Me senté a su lado y abrí la bolsa con la cruz en rojo. Lo miré una vez más antes de acercarle una gasa húmeda a la mejilla, para quitarle los restos de sangre seca y poder curarle. Sus ojos seguían cerrados mientras lo hacía, y lo agradecía. Lo último que quería era que pudiera ver mi expresión horrorizada en aquellos instantes: cómo intentaba enjaular el miedo y el terror para no acabar como estaba mi madre.

«¿Qué estaba pasando?». Zarandé la cabeza, ahora no era el momento para hacerme preguntas. Tenía que mantenerme fuerte hasta que alguien me explicase la situación.

—Nora... Lo siento...

—No digas nada —contesté mientras sacaba una de las gasas esterilizadas con yodo y la acercaba con cuidado a una herida de la mejilla—. Esto te va a escocer.

Apretó los ojos cuando sintió el contacto en su herida, pero no se quejó y me hizo caso. Su mano avanzó a tientas hasta encontrar mi rodilla y la apretó, como si con aquel gesto quisiera decirme todo lo que no podía con palabras. Y ese pequeño gesto me derrumbó un poco, dejando rodar mejilla abajo las lágrimas que pensaba que estaban controladas.

—Eres un idiota, Dallen —solté, cuando terminé de desinfectar sus heridas—. Un completo y estúpido idiota.

Sus ojos se abrieron con dificultad y aquel verde intenso se clavó en los míos, removiendo todo mi interior. Desatando aquellas emociones que estaba luchando para que no se descontrolasen.

—¿No aprendiste nada el año pasado? —insistí—. ¿No dijimos que se acababan todos los secretos y mentiras?

—Nora, yo...

—Te odio. —Sus dedos se apretaron más en mi rodilla—. Te odio porque por un instante he pensado que te había perdido. Otra vez. Y no lo he soportado.

Su mano buscó la mía y tiró hasta que me fundí con su cuerpo en un abrazo. Sentí como mi presión en su pecho le dificultaba respirar y quise apartarme, pero sus brazos me rodearon y me apretaron aún más contra él.

—No me vas a perder nunca —respondió con un poco menos de dificultad—. Merezco que me dejes, que te enfades, tendría que haber hecho las cosas de otro modo, pero te prometo que esta vez no ha sido por... —le costaba hablar, pero se esforzaba por hacerlo. Y yo no pude más. Mi cuerpo se liberó de sus brazos y choqué mis labios contra los suyos—. ¡Ay! —exclamó,

echándose un poco hacia atrás.

—Lo siento... —me disculpé separándome de él.

—No te disculpes.

Y, sacando fuerzas de donde ni él mismo sabía, apoyó su mano en mi nuca y me atrajo de nuevo a sus labios, que me besaron de forma más delicada, pero mucho más intensa. No por la fuerza de sus labios, sino porque era como si estuviera besándome todas las heridas que no era consciente de que aún seguían abiertas.

Las sirenas de las ambulancias y los coches de policía nos sacaron de aquella burbuja que acabábamos de crear. Y, antes de que pudiera darme cuenta, envolvieron a Dallen en una manta y lo alejaron de mí. Mi madre salió tras de él, en una camilla sin cerrar los ojos. Y, cuando la ambulancia se fue con ellos dos llenando las calles con su sonido estridente, del portal de la casa salió el cuerpo de aquel hombre, completamente encerrado en una bolsa plateada.

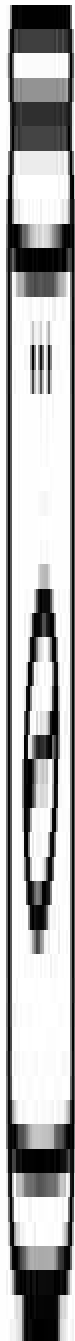
No pude apartar la mirada de ese bulto plateado hasta que las puertas de la ambulancia se cerraron. No podía creerme que ese fuera el presidente del club, no podía creerme que hacía menos de dos horas estaba sonriendo a mi lado. No podía creerme nada de lo que había pasado y a la vez desconocía.

Solo podía pensar que era una terrible pesadilla de la que seguramente me levantaría por la mañana con la sensación agri dulce en la garganta.

—Señorita... —Una mujer con el uniforme de policía se acercó a mí.

—Evans —contesté.

—Tenéis que acompañarnos a comisaría.



No sé cuánto tiempo estuvimos allí, pero se me hizo eterno. No tenía información de mi madre y aquello me mataba por dentro. No nos podían decir nada, pero la misma policía que nos había recogido en la escena del crimen me tranquilizó diciéndome que todo apuntaba a un caso de violencia de género, del que él ya tenía una orden de alejamiento que había incumplido reiteradas veces. No pude ni siquiera preguntarle sobre cuántas veces se había acercado a ella sin que yo lo supiese. Sin que yo supiese nada de lo que pasaba a mi alrededor.

Salí y me encontré con Leo y Tessa. Entonces la ira se apoderó de mí. Toda esa ira que había reprimido hasta ese momento.

—¡Lo sabías!

—Canija, espera.

—¡Lo sabías y no me dijiste nada! ¡Te pregunté por él! ¡Te pregunté dónde estaba y lo encubriste!

—Nora, déjame hab...

—¡Me mentiste! ¡¿Cuánto hace que lo sabías?! ¡¿Cuánto hace que sabías que era mi padre?! —Sus labios se apretaron y yo cogí aire fuerte por la nariz.

—Es una larga historia, Nora. Y no creo que sea yo quien...

—Habla. —Me crucé de brazos. Leo resopló y miró a Tessa que se limitó a asentir.

—Vale, pero vamos a casa.

Accedí, aunque me moría de inquietud de saber cómo estaba mi madre, pero me habían avisado de que me llamarían. Así que los seguí en silencio hasta que llegamos y Leo me lo explicó todo: Cómo Dallen había recurrido a Christopher para que lo ayudase a encontrar a esa mujer el año pasado. Cómo Christopher no era ningún profesor y mucho menos fotógrafo. Cómo había amenazado a Dallen para acercarse a mí y cómo había sido él el causante del accidente de Sebastian.

De repente todo mi mundo se vino abajo y mi alrededor se sumió en una oscuridad que me iba tragando poco a poco. Ahora lo entendía. Ahora entendía que Dallen desapareciese, entendí su vaivén. Quería mantenerme al margen para que no me hiriese también a mí.

«¿Cómo había pasado aquello delante de mis ojos? ¿Cómo había podido ser tan ingenua?». Sentí mis ojos llenándose y no pude evitar que las lágrimas cayeran rodando por mis mejillas.

—Dallen me ha llamado antes de que saliera —confesó tras un largo silencio.

—¿Por qué no me ha llamado a mí?

—Tiene miedo. Sabe que la ha cagado y piensa que vas a volver a dejarlo de nuevo. —Negué con la cabeza y clavé mi mirada en mi café intacto.

—Claro que tendría que habérmelo contado. Pero entiendo que no lo hiciera. No es como la última vez. La última vez se priorizó a él mismo y a la promesa de su abuelo. Esta vez solo tenía miedo de que me pasara lo mismo que a Sebastian, o peor.

—Eso tendrás que decírselo a él. Lleva meses cargando una culpa que se acaba de hacer enorme esta noche.

—¿Cómo está mi madre? —pregunté de repente—. Pensaba que me llamarían.

—Dallen está pendiente de ella. Sigue en *shock*. Se ha derrumbado y la han tenido que asistir en el hospital por los mareos y las náuseas. Necesitará ayuda psicológica para poder superarlo.

Asentí con cuidado y bajé la mirada a mis manos entrelazadas sobre mi regazo. No podía creerme que aquello me estuviera pasando a mí.

—Sigo sin entender por qué...

—Ninguno lo sabemos; Dallen encontró una habitación llena de fotografías de tu madre. —Me estremecí.

No sabía por qué había desaparecido de mi vida, pero ahora que conocía la verdad, una parte de mí se alegraba de que estuviera muerto. Una parte me hacía sentir culpable y la otra solo quería que me dejaran llorar hasta agotar todas las reservas de agua de mi cuerpo.

—No es tu culpa —añadió Tessa, que había estado en silencio—. Yo tampoco sabía nada y Leo se enteró hace poco.

—Lo sé, solo estaba...

—Culpándote por no verlo. —Levanté la mirada y dejé que las lágrimas volvieran a brotar de nuevo.

—Fui una ingenua...

—No digas eso, canija.

—Es la verdad.

—No, no lo es. Deja de sentirte culpable por todo lo que pasa a tu alrededor por una puñetera vez —la voz de Tessa se volvió firme y dura—. No es tu culpa que Paul se drogara. No es tu culpa que tu padre fuera un psicópata. No es tu culpa que tu madre te lo ocultara. Y menos aún que... Dejó de hablar al instante, como si se hubiera dado cuenta de lo que iba a decir.

—De que lo matara —continué yo, con la mirada perdida.

—Gabin está de camino. —Mis ojos se clavaron en Tessa al instante.

—¿Gabin? —repetí— ¿Se lo has contado?

—¿Cómo no iba a hacerlo? —contestó con un suspiro—. Sé que apenas hemos hablado estos meses, pero no deja de ser nuestro amigo.

—Lo sé.

Leo se levantó y me acarició la espalda.

—Canija, ¿quieres ir al hospital o prefieres descansar? —Negué con la cabeza y dejé la taza de café sobre la barra.

—Necesito ir ahora —determiné, levantándome de la silla—. Necesito ver a mi madre y a Dallen.

Cuando llegué, mi madre dormía plácidamente en la cama y Dallen estaba a su lado. La hinchazón había bajado un poco y ahora solo se veían todas esas marcas azuladas y amarillentas alrededor de sus ojos y por su rostro. Cuando nos vio entrar se levantó de la silla de un salto.

—Nora.

Me acerqué a él y lo abracé. Tardó unos segundos en reaccionar y en devolverme el abrazo. Pero, cuando lo hizo, me sentí en paz por un momento.

—Lo siento —murmuró apretándome más a él.

—Sigo pensando que eres un idiota.

—Lo merezco.

—Un estúpido.

—Lo sé.

—Pero te quiero.

Sus dedos me apretaron un instante antes de alejarme. Sus ojos brillaban, aunque no sabía si por las ganas de llorar o por la paliza que había recibido. Solo de pensar cómo podría haber acabado me dio un vuelco el estómago.

—Quería decírtelo, de verdad. Estuve a punto muchas veces, pero tenía miedo... ¿¿Qué digo?!, tenía pánico de que te hiciera algo. Prefería no estar a tu lado si así te mantenía lejos de él.

Pero...

—Lo sé —repetí su misma frase y aquello le hizo sonreír un poco, aunque al hacerlo hizo una mueca de dolor cuando la herida se le tensó.

Pasé mis dedos por sus labios y me incliné para besarlos. Dallen entreabrió la boca y profundizó ese beso, aunque estaba convencida de que con dificultad por la agitación de su pecho al respirar.

Se apartó y volvió a abrazarme.

—Ya no tienes que cargar con esto solo. —Soltó el aire y me apretó entre sus brazos. Y hasta yo pude sentir el alivio que sentían sus hombros en ese momento.

Capítulo cuarenta y seis

DALLEN

Había pasado una semana desde ese fatídico día, que ahora parecía una pesadilla muy lejana. Una semana en la que casi se me habían acabado de curar las heridas; los hematomas ya habían pasado a un color más amarillento y las heridas apenas eran una marca sobre mi piel. Aun así, había algo que me dolía diez mil veces más que eso: ver la tristeza en los ojos de Nora cada vez que fingía una sonrisa.

Habíamos vuelto a su pueblo natal con Tessa, Ryan y Leo. Aquello parecía una escapada, aunque la verdad es que lo agradecía.

La madre de Nora descansaba en casa, con la ayuda de su hermana. Que había venido desde Europa solo para estar con ella. Y Nora se pasaba allí la mayor parte del tiempo.

Calenté la leche y la batí para crear la espuma que tanto le gustaba. Al volver a la habitación, ella ya estaba despierta y se rascaba los ojos con el reverso de su mano. Tenía el pelo enredado y los párpados hinchados de haber llorado a escondidas.

—¿Me estás trayendo el desayuno a la cama? —preguntó, con una media sonrisa al verme entrar con cuidado de no derramar ni una gota—. Eso es nuevo.

—No te acostumbres.

—Podría llegar a hacerlo. —Sus manos rodearon la taza y se la acercó a los labios con delicadeza.

—¿Para qué mentirte? —susurré justo antes de posar mis labios en su frente—. Te lo traería cada día por tal de verte sonreír.

La voz de Tessa por encima del silencio matutino rompió el aura que acabábamos de crear. Ryan había venido y convivir con ellos dos era como estar en un espectáculo constante.

—Son como el perro y el gato —puntalicé, rodando los ojos.

—Pero se nota que se quieren.

Negué con la cabeza, divertido, aunque sabía que tenía razón.

—En serio —la voz de Tessa volvió a escucharse por encima de las otras—, ¿cuánto hace que conduces?

—No lo he hecho tan mal.

—Casi atropellas a Mary.

—¿Quién es Mary?

—¿Que quién es Mary? Por Dios. Llevas una semana aquí y no sabes quién es Mary...

Salimos de la habitación y nos encontramos cara a cara con los tres, dejando las bolsas de papel con toda la compra encima de la isla de la cocina.

—Ya estáis aquí —exclamé para cortar aquella conversación inútil.

—No vuelvo a ir con ellos nunca más. —Leo se dejó caer en el sofá, exhausto.

—Voy a ducharme. —Nora me miró con aquella sonrisa forzada de esos últimos días y dio media vuelta, soltando el agarre de mi mano.

—¿Te acompaño?

—No, necesito un momento para mí. —Su mano acarició mi mejilla y sentí cómo todo mi

cuerpo reaccionaba a su contacto como si fuera la primera vez que lo hacía.

Me quedé observando cómo se alejaba hasta que la perdí de vista. Tessa y Ryan habían dejado de discutir y ahora se comían la boca mientras iban colocando los alimentos de cualquier modo. Suspiré y me senté al lado de Leo, dejando caer mi cabeza para atrás.

—Necesitará su tiempo —miré a Leo con los ojos entreabiertos—, pero lo estás haciendo bien. —Ahogué una pequeña risa de incredulidad al escucharlo.

—No estoy haciendo nada —discrepé—. No quiere hablar del tema, no llora delante de mí, no confía en mí.

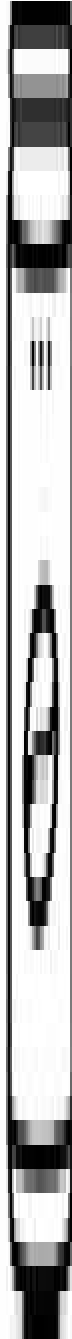
—No digas gilipolleces. Tú más que nadie tendría que saber por lo que acaba de pasar.

—Lo sé, pero...

—Dale su tiempo. —Me incliné hacia delante, apoyando mis antebrazos sobre mis piernas. Y lo miré de nuevo.

—¿Y si decide irse otra vez? —Leo apretó los labios y posó su mano sobre mi hombro.

—¿Ese es tu miedo? —preguntó, ladeando la cabeza—. No te tiene que preocupar si decide irse. Lo que tienes que pensar es qué harás si decide quedarse.



Gabin apareció esa misma tarde, mientras Nora estaba con su madre y su tía. Había llegado por la mañana y había ido a verla a su casa, para estar con ella a solas. Aunque sabía que no tenía derecho, aquello me dio un poco de celos.

—¿Cuántos días te vas a quedar? —preguntó Tessa apretándole la pierna con cariño a Gabin.

—El domingo tengo el vuelo, el lunes tengo los exámenes finales y no puedo saltármelos.

—Te echamos de menos.

—No es que os aburráis sin mí... —Puse los ojos en blanco y Leo me fulminó con la mirada al pillarme—. Podríais venir a verme alguna vez.

—Cuando todo esto pase, iremos a verte —contestó Tessa, prestándole atención solo a él, como si fuera alguien importante en la sociedad—. Y saldremos de nuevo los tres juntos.

Casi se me escapa la risa y tuve que disimularla con un ataque de tos. Leo volvió a fulminarme con la mirada, pero me daba igual lo que pensara de mí ese Gabin. No me caía bien desde el día que lo vi con ella en la entrada del cine.

En ese instante la cerradura de la puerta de entrada sonó, y apareció Nora. Sus dos ojos conectaron con los míos por un instante y lo que vi en ellos no me gustó, fue como un presagio de algo que me aterraba sin saber por qué. Desvió la mirada hacia donde estaban sentados sus dos amigos del alma y se acercó a ellos.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Tessa levantándose y dejándole un hueco al lado de Gabin para que se sentara.

—Está un poco mejor. Pero aún no quiere hablar. —Su mirada volvió a clavarse en la mía y tuve que contenerme las ganas de apartar a Gabin del sofá y abrazarla. «¡Qué digo!», en ese mismo momento quería echar a toda esa gente de ahí y preguntarle a qué venía esa cara si todo parecía ir bien.

—¡Eso es muy buena señal! —exclamó Leo.

—Sí, ¿verdad?

—¡Claro que sí!

—También... —bajó su cabeza hacia su regazo, donde empezaba a retorcerse los dedos, nerviosa— he hablado con mi tía.

—¿La que se fue a Europa? —preguntó Gabin con las cejas arqueadas. Nora asintió y se removió nerviosa en su asiento. Sin apartar la mirada de sus dedos.

—Me ha pedido que... —seguía sin mirarnos, como si lo que iba a decir fuera algo demasiado importante como para que se perdiera entre gestos— que nos vayamos a vivir con ella.

Y ese fue el momento en el que dejé de escucharla. Todo a mi alrededor desapareció por una milésima de segundo, el tiempo necesario para que aquellas palabras hicieran mella en mi cerebro y pudiera asimilarlas. «Yo tenía razón, se iba a ir». Mis pesadillas se hacían realidad un año después.

—¿Y qué harás?

—No puedo no hacerlo. Le vendrá bien a mi madre y a mí también... Al menos una temporada, hasta que ella se recupere del todo.

Mis ojos se cerraron un instante y sentí la imperiosa necesidad de respirar aire puro o de salir de aquella sala que parecía cada vez más pequeña. Sin abrir la boca, porque suficiente numerito haría al irme, di media vuelta y desaparecí de aquella casa que se me estaba cayendo encima. No sabía lo que hacía, solo sentía que el mundo se me estaba derrumbando y que necesitaba salir de allí si no quería estallar.

Caminé calle arriba hasta llegar a la colina que tanto recordaba; la casa de Leo no estaba lejos

de la que había sido la de mis abuelos y necesitaba ir allí una vez más. Aunque ahora estaba ocupada por una nueva familia que no tenía ni idea de todo lo que yo había vivido allí.

—¡Dallen, espera! —escuché su voz detrás de mí, pero no me paré. No podía hacerlo—. ¡Dallen, por favor, espérame!

Mis pies pararon en seco cuando ya pude divisar la casa y esperé a que llegara a mi lado, jadeando por el esfuerzo y la carrera que se había metido.

—Dallen... Lo siento...

—Ni siquiera has dudado.

—Me lo ha dicho hoy. Sabes que es lo mejor para ella.

—Ni siquiera te has planteado que yo pudiera ir contigo — respiré hondo y continué—. Mi abuela siempre me hablaba del destino. Pero el destino es una mierda.

—Lo sé —se limitó a decir. Me reí de forma irónica.

Supuse que ella se sorprendería de mi reacción, pero es que yo no sabía cómo tomarme todo aquello.

—¿Cuándo?

—En dos semanas —respondió con un hilo de voz, dándole cuerda a aquel tiempo atrás maldito. Me giré hacia ella—. Y si no te he pedido que me acompañes es porque no puedes venir. —Añadió, leyendo mis pensamientos.

—¿Por qué no?

—Porque tienes a Sebastian, y no me perdonaría que te alejases de él. Sé que es como un padre para ti. —Algo me terminó de romper lo poco que quedaba entero de mí.

—¿Entonces? ¿Ya está? ¿Te vas?

—No quiero una relación a distancia —se acercó hasta mí y colocó su mano en mi mejilla, obligándome a mirarla a los ojos—, pero podemos vivir estas semanas como si no me fuera.

—¿A qué te refieres? —Su sonrisa se alzó por su rostro y se puso de puntillas para llegar a mis labios.

—A que te quiero, Dallen Coleman. —Sus labios volvieron a posarse en los míos en un corto beso antes de alejarse de nuevo—. Eres, sin duda, lo mejor que me ha pasado en la vida y no te pido que me esperes, porque ya lo intentamos una vez y no funcionó. Pero quiero irme con tu mejor recuerdo.

Suspiré, porque sabía que no podía luchar contra esas palabras, contra su decisión. Y porque no tenía la fuerza suficiente como para negarme a aquella petición.

Aleje su mano de mi mejilla y, de un tirón, la atrapé entre mis brazos, hundiendo mi nariz en su pelo que olía a champú de frutas mezclado con aquel perfume de jazmín.

Volví a sacar el aire despacio de mis pulmones y, con un susurro, contesté:

—Yo también te quiero, Nora Evans.

Capítulo cuarenta y siete

NORA

Mi madre avanzaba a pasos agigantados, los médicos me decían que se notaba que tenía algo por lo que luchar y eso facilitaba mucho las cosas. Era agradable escuchar buenas noticias después de todo.

Tessa, Ryan y Leo habían regresado. Leo no podía estar ni un día más sin comprobar que su local no había ardido en llamas y Tessa no podía escapar de sus obligaciones laborales. Además, según ella, se iba para darnos a Dallen y a mí la despedida que merecíamos. Leo incluso había insistido para que nos quedáramos en su casa.

—¿Estás haciendo la renuncia?

Levanté la cabeza de mi portátil y mis ojos fueron directos a la toalla que envolvía las caderas de Dallen y dejaban su torso desnudo a la vista. Subí lentamente la mirada por su cuerpo hasta que me encontré directamente con aquellos ojos verde aceituna que me habían vuelto loca desde el primer día, y que ahora me miraban risueños.

—No —contesté al mismo tiempo que agarraba mi mano y me atraía hacia su cuerpo, aún húmedo de la ducha—. Estaba contestándole un *email* a Paul.

Las noticias de Paul también eran buenas, podía escribirme porque ya había pasado las semanas de abstinencia más fuertes; aunque, según me había contado, ahora quedaba lo peor. En el último correo me contaba que estaba eufórico y lleno de energía y que no veía el momento de salir de allí. Pero había investigado y sabía que eso no era más que otra etapa y que próximamente vendría una mucho peor.

Mi tía vivía en Luton, a una hora en coche de Londres y de donde estaba ingresado Paul, así que la noticia de que volvía y que podríamos vernos de nuevo, aunque fuera en horario de visita, lo había animado aún más.

Pude ver en sus ojos verdes que aquello había entristecido a Dallen, pero enseguida apoyó su frente en la mía de forma cariñosa, rodeando mi cintura con sus brazos y apretándome más a él.

—Te voy a echar de menos —murmuró en mi pelo.

—Dijimos que no hablaríamos de eso —repliqué—, que nos limitaríamos a vivir estas dos semanas como si no hubiera un final.

—Pero te vas el sábado.

—Eso quiere decir que aún nos quedan dos días por delante solo para nosotros. —Me aparté un poco de su rostro para poder mirarlo de nuevo a los ojos— ¿Qué te apetece hacer?

Su media sonrisa se amplió e incluso pude ver un atisbo de picardía en sus ojos. Sus manos bajaron hasta llegar debajo de mi trasero y, con un impulso, me subió sobre la mesa.

—Se me ocurren un montón de cosas interesantes —susurró en mi oído mientras yo rodeaba su cintura con mis piernas—, pero ahora mismo solo me apetece hacer una.

Y, sin pensar en que nos quedaban solo dos días, sin pensar en todo lo que había pasado, dejé que sus labios me recorrieran el cuello hasta llegar a mi clavícula.

Sus labios volvieron a impactar contra los míos, profundizando un beso que provocó que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo. Aún no me había acostumbrado a sentirme tan deseada

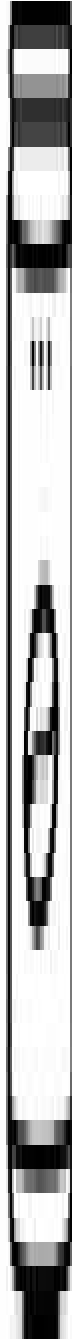
cuando estaba con él, a sentir aquellas emociones con tanta intensidad. Pero me hacían sentir viva, me hacían sentir eufórica por unos instantes y era lo que necesitaba en esos momentos.

Sus dedos bajaron hasta deslizarse entre mis muslos y a dibujar pequeños círculos sobre mi delicada piel. Tiré mi cabeza hacia atrás y dejé que sus labios se posaran en mi cuello, hasta dejarse perder por mi pecho. Mis dedos se enredaron en su pelo y lo arrastré hacia mí, para poder impactar mis labios en un beso mucho más intenso. Necesitaba más de él, mucho más y así se lo hice sentir.

Antes de que pudiera darme cuenta, estábamos encima del colchón y Dallen volvía a estar entre mis piernas, haciéndose paso lentamente en mi interior, llenándome de todo lo que necesitaba en ese instante, llenándome de él y de aquellas emociones que me desbordaban el corazón, llenándome hasta sentir aquella desconexión en mi cabeza seguida de su gemido en mi oreja. Clavé mis uñas en sus hombros y abrí los ojos cuando dejé de notar la electricidad por mi cuerpo.

—Nunca dejaré de quererte —susurró en mis labios, clavándome sus preciosos ojos verdes en los míos.

Y yo le respondí con otro beso ansioso y deseoso de sus labios y sus caricias.



—¿A dónde me llevas?

—Es un secreto.

—¿No puedes quitarme la venda? —insistí, poniendo morros.

—Todavía no, «mapache preguntón».

Su mano apretó la mía y tiró de mí para acelerar el paso. Me había tapado los ojos con un pañuelo y me había hecho prometer que no haría trampas para ver dónde me llevaba. Le hice caso, aunque me moría de ganas de saber el misterio. Porque Dallen siempre estaba rodeado de misterio.

—Estamos a punto de llegar —anunció—. Vigila el pie.

Sentí un escalofrío cuando su otra mano rodeó mi espalda. El suelo se había vuelto más inclinado y, con los ojos cerrados, me había dado la impresión de que estaba a punto de caerme. Pero, como siempre, él me sujetaba.

—Ya puedes abrirlos.

Poco a poco, para saborear aquel momento de misterio, me desaté el pañuelo y lo bajé lentamente. La casa de sus abuelos estaba justo delante de nosotros y, al verla, se me hizo un nudo en la garganta, porque ese había sido el inicio de todo aquello, al menos para mí. Recordé lo que sentí al ver que, el desconocido al que tenía que ayudar, no era otro que el chico antipático que me había desarmado con su mirada la noche anterior.

Me reí y la voz de Dallen me interrumpió, nerviosa.

—¿Te gusta?

Ahí me di cuenta de que no hablaba de la casa, ni del sitio, sino que en el césped había preparado un picnic con dos latas de café y dos trozos de pastel de fresa.

—¿Vamos a cenar café y pastel? —pregunté sin poder borrar la sonrisa de mi cara.

—Bueno..., pensé que era lo que más nos representaba...

Pensé en soltar una respuesta con sorna, pero estaba inquieto. Dallen estaba realmente nervioso y no entendía por qué me gustaba tanto descubrir esa faceta en él.

—No me gusta —le corté, acercándome hasta rodear su cintura con mis brazos y hundir mi nariz en su pecho—. Me encanta. —Noté el alivio en su cuerpo y me devolvió el abrazo que fue eterno y efímero a la vez.

—¿Comemos? —preguntó al separar sus labios de los míos.

Asentí y me senté justo a su lado, encima de aquel mantel que había improvisado con una sábana de los padres de Leo.

—Aquí fue la primera vez que estuve a punto de cometer la locura de besarte —confesó con la mirada fija en esa casa.

—¿Aquí? —Dallen asintió y alzó una de las comisuras de sus labios.

—Me miraste como lo estás haciendo ahora y apoyaste tu mano en mi mejilla, justo así —agarró mi mano y la acompañó hasta su mejilla, fría, casi congelada, y sentí el hormigueo en la punta de mis dedos.

—Me acuerdo —musité—. Entonces vino Leo.

—El oportuno de Leo —una carcajada salió de su interior más sincero, erizándome toda la piel.

—¿Si Leo no hubiera venido...? —empecé a preguntar con un hilo de voz. Sus ojos se oscurecieron y su sonrisa pasó a una con segundas intenciones.

—Hubiera hecho esto: —Su cabeza se inclinó hacia la mía y, con una delicadeza propia de un primer beso, sus labios rozaron los míos hasta abrirse.

La electricidad recorrió mi cuerpo y dejé que su cuerpo acompañara el mío hasta notar el césped mojado en mi espalda.

—No creo que lo hubieras hecho —me reí entre sus labios.

—Seguramente no me hubiera atrevido —confesó con una media sonrisa— y me hubiera arrepentido.

—¿Te arrepentiste?

—Me arrepentí de todos los besos que no te di, me arrepentí de las veces que no fui del todo sincero contigo, me arrepentí de dejarte ir aquel día en el aeropuerto y de no esperarte cuando prometí que lo haría.

Se me paró todo el cuerpo al escucharlo, mirándome con aquellos ojos a escasos centímetros de mi rostro.

—No me importa todo lo que no pasó —contesté, agarrando su rostro entre mis dos manos—. Lo único que me importa es que estás aquí, ahora, conmigo.

Su sonrisa se amplió y sus labios volvieron a impactar con los míos, pero esta vez con más fuerza, con más intensidad. Sonreí y le devolví el beso porque aquella noche sería sin duda, nuestra despedida perfecta.

Dallen recogió los restos del pícnic y se sentó de nuevo a mi lado.

—Como se despierten y nos vean aquí, van a llamar a la policía —comenté, señalando la casa que de momento seguía con las luces apagadas.

—Si no nos han detenido ya, no lo harán ahora —contestó gracioso. Me giré hacia él y le sonreí.

—¿Ahora qué harás?

Dallen cogió aire y retiró la mirada de mí, sabía que le costaba hablar del momento en el que nos íbamos a separar.

—Tengo el juicio dentro de poco y después me quedará con Leo y Tessa.

—¿Vas a ocupar mi habitación?

—No podría ni queriendo —sonrió al decir aquello, pero yo sabía que esa frase escondía el dolor que no quería mostrar—. Solo hasta que encuentre algo.

Nos quedamos un instante en silencio, como aquella primera vez, hasta que sus ojos volvieron a llamar mi atención.

—Prométeme una cosa —susurró.

—Lo que quieras.

—Prométeme que, si alguna vez vuelves, vamos a empezar de cero. Vamos a estar juntos.

Tragué saliva e intenté bloquear las ganas de llorar que tenía en ese momento. Y, antes de que pudiera sentir cómo una de las lágrimas estaba a punto de deslizarse por mi rostro, contesté:

—Te lo prometo.

Capítulo cuarenta y ocho

DALLEN

Decir que la pasada noche había sido mágica era quedarse corto.

Sabía que no tenía que pensar en que sería nuestra última vez, pero era inevitable. Y, después de darle muchas vueltas, había preparado todo aquello para que fuera mejor despedida que la última. Aunque al final apenas habíamos comido y mi lata seguía llena cuando decidimos volver a la casa de Leo a por otra ronda de besos y otras cosas que no quería dejar de hacer. Pensé en todos los sitios que tendría que desinfectar antes de que volviesen sus padres y me reí.

Nora se había quedado dormida, abrazada a mi cuerpo y, aunque yo no podía cerrar los ojos, no quería moverme para no despertarla. Estaba tan preciosa cuando dormía... Y pensar que esa podría ser la última vez que... «¡Basta!».

Cerré los ojos y me apoyé en el cabecero de la cama. Todos esos días me había estado debatiendo en si pedirle que se quedara o no hacerlo. Porque me moría de ganas de pedírselo, pero a la vez no me sentía con derecho a hacerlo... «¡Joder! La echaría tanto de menos...». La última vez fue un verdadero tormento, aunque las circunstancias fueron muy diferentes a estas.

«¡Maldición! ¿Podía dejar de darle vueltas a eso?». Miré el reloj en mi teléfono y me sorprendí al ver tantas llamadas perdidas y mensajes, lo había dejado en silencio para que no nos molestasen y me había olvidado de él al volver de nuestra pequeña aventura. Entre todos los mensajes de aviso de llamada, encontré uno familiar y lo abrí enseguida.

Leo:

Dallen, llámame cuando puedas, es urgente.

Fruncí el entrecejo y Nora se removió a mi lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó, con los ojos medio cerrados.

—No lo sé —contesté, esperando a que Leo estuviera aún despierto y cogiera mi llamada.

—¡Por fin!

—¿Qué ocurre, Leo?

—Ha pasado algo, Dallen.

—Suéltalo ya, sabes que no me gusta la incertidumbre. —Nora se había incorporado y se había puesto mi camiseta para cubrirse el cuerpo desnudo.

Pude escuchar como Leo tragaba saliva al otro lado de la línea:

—Sebastian. —Se me hizo un nudo en el estómago al escuchar su nombre.

—¿Qué le ha pasado?

—Se ha despertado. —Algo dentro de mí se soltó de golpe. Como si las cuerdas que sujetaban algo pesado se rompieran y liberaran mi cuerpo, que se sentía mucho más ligero.

—¿Está bien? —pregunté, saltando de la cama—. ¿Se acuerda de algo?

—Dallen, respira —me tranquilizó Leo al otro lado de la línea—. Está bien, pero quiere verte.

Las manos de Nora en ambos lados de la cara me obligaron a parar a mirarla tras colgar y

quedarme absorto.

—Tienes que ir —dijo Nora, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Era nuestro último día.

—Ayer ya tuve la mejor despedida que podría haber imaginado nunca —continuó, depositando un beso suave en mis labios—. Prométeme que me vas a llamar cuando lo veas.

—¿Estás segura?

—Sí, de verdad. Ve con él y escíbeme cuando lo veas.

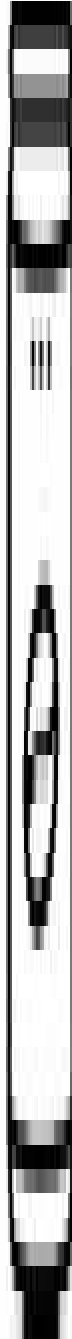
—Lo haré.

—Y prométeme que el lunes me dirás cómo va el juicio.

—Te lo prometo. —Su mirada pasó de mis labios a mis ojos y la vi tragar saliva antes de volver a abrir sus labios.

—Y prométeme que no me vas a olvidar. —Sonreí y la atraje hasta besarla de nuevo.

—Te lo prometo.



—¿Seguro que a Nora no le importa? —Negué con la cabeza al llegar a las puertas del hospital, el viaje había sido largo, pero las ganas de poder verlo de nuevo superaban cualquier cosa.

—Ella misma insistió en que viniera.

—Su avión hace escala aquí, ¿verdad? —preguntó Tessa. Rascándose la barbilla—. Podemos ir a despedirla al aeropuerto.

Asentí, con un nudo en la garganta, que no sabía identificar si era por Sebastian o por Nora, y abrí la puerta de la habitación. Esa que había abierto tantas noches, esa que me vaciaba por dentro cada vez que la traspasaba, esa misma que ahora se abría llenándome de un sentimiento distinto.

Los ojos de Sebastian se giraron hacia mí al escucharme entrar y me pareció ver que sus ojos se humedecían sin llegar a soltar una lágrima. Y si no lo hacían, los míos sí.

No sé decir cuál fue la última vez que lloré, hacía tanto que ni siquiera me acordaba del motivo. «¿Fue cuando murió mi madre? No... Fue mucho antes, mucho antes de eso». El día en el que las circunstancias me hicieron pensar que no podía permitirme llorar, y que lo mejor era cerrar bajo llave todo aquello que me removiera las entrañas. Por eso me extrañé al sentir el rastro húmedo que caía de forma suave por mi mejilla. Atrapé la lágrima con mi dedo índice y la observé durante una milésima de segundo. El tiempo necesario para darme cuenta de que por fin había abierto la cerradura que había estado atascada tantos años dentro de mí y ahora me sentía realmente aliviado.

—Da... Dallen —la voz de Sebastian me hizo reaccionar de nuevo.

Casi corrí hasta aquella cama que conocía de sobra y dejé que sus brazos me apretaran con fuerza contra su cuerpo. Sentí el calor de sus brazos y aquella sensación de estar en casa me atrapó por completo. Y es que, a veces, una persona puede ser un hogar, puede ser el puerto e isla a los que siempre puedes regresar. Y eso era Sebastian para mí. Mi isla, mi puerto, mi faro en la oscuridad.

—¿Estás bien? —pregunté al separarme de él—. ¿Te acuerdas de mí?

—Sí...

—Al inicio no se acordaba de nada, nos asustó —contestó Tessa. La mano de Leo se apoyó en mi hombro y me giré hacia él.

—Nos han dicho que el proceso puede ser lento. Sigue un poco desorientado, pero parece que nos reconoce y eso es mucho.

—¿Qué os han dicho? —pregunté con el entrecejo fruncido, viendo como Sebastian cerraba los ojos de nuevo. Tessa me arrastró hacia una esquina de la habitación.

—Que, al estar tanto tiempo en coma, la recuperación puede ser muy lenta. —Aquellas palabras me estrujaron un poco el estómago—. Que es importante que estemos ahí con él.

—Yo viviré con él —anuncié sin pensármelo—. Pienso hacer que se recupere. —Leo me estrujó entre sus brazos y enseguida pude notar el contacto de Tessa añadiéndose al abrazo.

—Estaremos a tu lado —añadió ella.

Nos quedamos un rato más en la habitación, hablando con Sebastian, aunque apenas nos contestaba con monosílabos y, a la hora de su cena, nos fuimos hacia el piso en el que había estado tantas veces y que ahora iba a estar sin ella allí, sin Nora.

—¿Querrás ir a despedirte de Nora? —preguntó Leo.

—No estoy seguro. —Apreté los labios y desvié la mirada hacia su puerta—. Ya nos hemos despedido y... —Suspiré y me pasé la mano por la nuca mientras intentaba encontrar las palabras

exactas.

—Si vas, quizás... —añadió Tessa con un poco de incertidumbre en la voz.

—¿Qué quieres que haga?, ¿que le pida que se quede? —pregunté, hundiendo mi cabeza entre mis manos. «Como si no lo hubiera pensado ya...».

—Podría ser un buen comienzo —insistió Leo—. Podrías empezar por decirle la verdad por una vez en tu vida, Dallen.

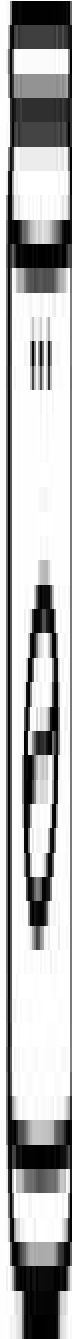
—Sois injustos —exclamé, echando la cabeza para atrás—. Ya corrí detrás de ella una vez y no funcionó.

—Mentira. —Me volví a incorporar.

—Le dijiste que la esperarías, no que se quedara. Son cosas distintas.

—Os odio. —Tessa dibujó una sonrisa y Leo la acompañó con un par de palmadas en mi espalda.

—Solo porque tenemos razón —su sonrisa se amplió y añadió—: Tienes una última oportunidad de hacer las cosas bien. ¿Qué vas a hacer?



Volví a mi piso para cambiarme y quedamos en vernos de nuevo en el local de Leo.

Subí de nuevo a mi moto, pero con una mezcla de emociones que apenas me dejaban concentrarme en la carretera. Las palabras de esos dos liantes resonaban en mi cabeza, pero a la vez me sentía un maldito egoísta solo de pensar en hacerlo. Nora había pasado demasiado, y todo por mi culpa; lo mejor que podía hacer era irse con su madre y su tía, y empezar de cero. Conocer gente nueva, centrarse en la fotografía, enamorarse... «¡Maldición!, solo de pensarlo se me revolvía el estómago».

Si una cosa tenía clara era que yo nunca la superaría, había sido mi amor platónico de la infancia y, aunque pasaron muchas chicas después de ella, nunca pudieron igualar lo que sentía cada vez que aparecía. Pero podría vivir con ello, podría por ella. Por pensar en ella por una vez y no en mí.

Hice aquel camino de forma automática; por suerte lo conocía demasiado bien y la carretera estaba prácticamente vacía, si no, hubiera podido tener algún susto. Tessa y Leo me esperaban en la puerta del local cuando aparqué la moto.

—¿Entramos? —De reojo vi como el segurata rodaba los ojos al pasar por su lado. No entendía por qué le caía tan mal a ese pobre desgraciado.

El local estaba lleno, como de costumbre, no importaba si era un día entre semana o fin de semana. Y parecía que, incluso con la ausencia de Leo, aquello había funcionado.

—Has triunfado con esto —comenté al sentarnos en los sofás de la zona *VIP*.

—¡No me puedo quejar! —Leo alzó la mano y enseguida apareció uno de sus camareros a tomarnos nota—. Tres cervezas.

—¿Se lo has contado ya a tus padres? —Leo negó con la cabeza.

—Estoy esperando a reunir todo el dinero que...

—Que robaste —le cortó Tessa.

Leo la fulminó con la mirada y prosiguió:

—Que pedí prestado «sin pedirlo». —Tessa dibujó una sonrisa y cogió una de las cervezas que el chico había dejado en la mesa, yo hice lo mismo—. Y entonces, les contaré todo.

—Me parece increíble que no se hayan dado cuenta. —Tessa rodó los ojos al decir aquello y Leo se encogió de hombros.

—Mis padres nunca han estado, cómo decirlo... Son mis padres y no dejarán de serlo, pero cuando pienso en ellos es como si yo estuviera en una isla y ellos a miles de kilómetros de distancia. Cuando nos vemos, las conversaciones son tan superficiales que podrías patinar sobre el hielo que se forma en ellas. Son mis padres, y los quiero, pero mi verdadera familia es otra.

Sus labios se torcieron en una leve sonrisa antes de acercarse el botellín a los labios.

—Entiendo a lo que te refieres —añadió Tessa—. Yo no me hablo con los míos.

Los dos la miramos al escucharla decir aquello, a decir verdad, nunca nos había hablado de su familia.

—Mis padres se separaron cuando era pequeña, fue cuando nos mudamos, y conocí a Nora y Gabin. Creo que pasé una etapa de rebeldía por el divorcio, pero la verdad es que... —Sus ojos se perdieron en la superficie brillante de la mesa—. Siempre había sentido que era una carga para ellos. Me repetían cosas como: «si no te tuviéramos, estaríamos en la “Conchinchina” de vacaciones», «tendrías que haberte quedado con tu padre, si tan mal estás conmigo»,... En fin.

—No tenía ni idea —comentó Leo con las cejas arqueadas—. Nunca habías hablado de ello.

—Lo sé. No es algo que me apetezca recordar.

—¿Qué pasó? —La mirada clara de Tessa me atravesó el cráneo y por un instante me vi a mí

mismo. Cuando negaba mis emociones por miedo a que me rompieran en dos de nuevo.

—Discutíamos siempre, y un día, no me acuerdo por qué fue, o quizás no quiero ni acordarme... Pero me dijo que no volviera a llamarla y le hice caso. —Sus ojos no parpadeaban, como si tuvieran miedo a hacerlo y romperse.

—¿Y no has pensado en ir a verlos? —Tessa negó con la cabeza rompiendo el contacto visual.

—¡Brindemos! —Leo llevó su cerveza al centro de la mesa—. ¡Por la familia que sí se elige!

—¡Por la familia elegida! —repetimos los dos chocando las cervezas con un estruendo que casi nos deja sin cervezas a todos.

En medio de todo aquel caos de cerveza por toda la mesa y risas que llenaban todos los espacios que se habían creado a lo largo de los años, apenas notamos que una cuarta persona se había unido a nosotros y nos miraba, de pie al lado de la mesa.

Alcé la mirada con el entrecejo fruncido y me sorprendí al reconocer quién era. La última persona que esperaba que estuviera allí.

—¿Simon? —preguntó Leo, igual de confuso que yo—. ¿Qué haces aquí?

—Tengo que hablar contigo.

—No tengo nada de qué hablar.

—Quizás es mejor que os dejemos solos... —empecé a excusarme, aunque la mirada agrandada de Tessa me indicaba que no pensaba moverse de allí ni a patadas.

—Ni de coña, si tiene que decir algo puede hacerlo delante de nosotros. —Como pensaba, Tessa no iba a ceder.

Simon se rascó la nuca, nervioso.

—Está bien... —suspiró y volvió a clavar su mirada en Leo—. La he dejado.

El silencio nos cubrió por unos segundos mientras asimilábamos esa información, e inmediatamente después los dos clavamos la mirada en Leo para ver su reacción:

—¿Y? —«Vale, no esperaba esa».

—Quiero... quiero estar contigo. —Leo se estremeció un segundo, pero se mantuvo implacable.

—Tessa, mejor... —susurré inclinándome hacia ella para que no me escuchara Leo.

—Ssssh —Tessa hizo un movimiento rápido con la cabeza y me obligó a enderezarme de nuevo y a presenciar esa situación tan «cómoda».

—Quizás soy yo el que no quiero estar contigo —contestó Leo tensando aún más el ambiente.

—Sé que no es así.

—Parece que sabes muchas cosas. ¿Ya sabes si te gustan las chicas o los chicos?

—Eres injusto, tú más que nadie tendría que saber que nada es blanco o negro.

—No, tú eres el injusto; puedo aceptar que seas bisexual, eso me da igual, ¡joder! —su voz sonaba cada vez más fuerte—. Pero no que me usaras, no el ser tu juguete escondido por meses, merezco muchísimo más y lo sabes.

—Lo sé.

—Entonces no hay más que hablar.

—Lo sé y por eso pienso hacer que cambies de opinión.

—Hostia p... —soltó Tessa—. Perdón.

Leo volvió a prestarle atención a Simon, que no había apartado su mirada de él.

—Haz lo que te dé la gana. —Leo se levantó del sofá y nos miró directamente a nosotros—. ¿Nos vamos? Mañana tenemos que estar en el aeropuerto.

—¿Te vas? —preguntó Simon afectado.

—No, se va Nora —añadió Tessa—. Él se queda. —El cuerpo de Simon se destensó.

—Sé que lo he hecho mal. Sé que no tengo excusa, pero me asusté y a la vez no quería perderte. He sido un cobarde y entiendo que no quieras volver a verme ni en pintura, Leo; pero, si dentro de ti aún sientes algo, por pequeño que sea, por mí, por favor, ven mañana al sitio de siempre. —Leo apretó los labios—. A la hora de siempre.

Aguantó su mirada por un instante que pareció no terminar con aquella tensión en el ambiente y se alejó de nosotros, no sin antes pararse y mirar a Leo de nuevo.

—Te estaré esperando.

Capítulo cuarenta y nueve

NORA

Suspiré cuando nos plantamos delante de las escaleras mecánicas del aeropuerto. Tenía un nudo en el estómago que se intensificaba a cada paso que daba, y que sabía que acabaría por asfixiarme cuando lo viera a él de nuevo, porque no estaba preparada para echarlo de menos otra vez.

Tessa había insistido en venir a despedirse al aeropuerto. Ella, que odiaba las despedidas. Sabía que lo hacía por él y ese pensamiento me estrujaba más aún el corazón. No sabía si sería capaz de soportar alejarme de él de nuevo. Pero en el fondo sabía que era lo que tenía que hacer, y que, si creía en el destino, quizás nos juntaría de nuevo como ya había hecho tantas veces atrás.

—Puedo sola —me recriminó mi madre con una sonrisa.

Subimos las escaleras mecánicas que parecían interminables y llegamos a la zona de salidas del aeropuerto. Justo antes de pasar el control de seguridad, visualicé la silueta de los tres, quietos entre la multitud que se movía de un lado al otro. Esperándome.

—Ve con ellos —señaló mi madre.

Cogí aire y casi no lo dejé ir hasta llegar a ellos.

Al verme, Tessa fue la primera que se abalanzó hacia mí para rodearme entre sus brazos:

—¡Te voy a echar mucho de menos! —Me apartó de sus brazos y, manteniendo sus manos encima de mis hombros, añadió—: Quiero videollamadas diarias. —Sonreí y arrugué la nariz en su dirección.—Eso te dije yo la primera vez y pasaste de mí.

—Pero ahora es distinto —contestó, rodando los ojos.

Antes de que pudiera replicarle, mi cuerpo quedó atrapado entre los brazos de Leo.

—Canija, que sepas que no te vas a deshacer de nosotros tan fácilmente —su voz sonaba un poco rota en mi oído—. «Reconocerte» fue lo mejor que me pasó en esta vida.

Me reí, entendiendo a qué se refería. No me arrepentía de no haberme acercado a él en el instituto, porque si lo hubiera hecho quizás ahora no tendríamos la amistad que teníamos en ese momento.

—Me gusta el concepto de «reconocerme». —Apreté sus manos con fuerza al separarme de él y, con un movimiento de mano y un último adiós, se alejaron de nosotros hasta la cola de facturación, donde se encontraba mi madre.

Respiré hondo para coger la fuerza suficiente como para no romperme en dos y me giré. Sus ojos verdes conectaron con los míos, enviándome una descarga eléctrica que viajó por todas las células de mi cuerpo.

—Hay muchas cosas que he pensado y que no te he dicho —empezó a decir sin dejar de mirarme. —Arqueé una ceja.

—¿Cómo qué? —Su media sonrisa volvió a impactar contra mi pecho, como si se tratase de una flecha en plena diana.

—Como que me gustabas cuando era niño y que la tarta de fresa no era mi favorita, solo era el motivo para verte. En realidad, me gusta la de limón.

Dio un paso hacia mí y mi cuerpo se tensó.

—Que no tengo café en casa desde que te fuiste, porque me recordaba demasiado a ti.

Su sonrisa se amplió al ver la mía asomarse al escuchar aquello.

—Que sé que podrías encontrar a cualquier chico que estuviera tan enganchado al café como tú. Que te dijera a todo que sí y no te crispas los nervios porque te llamaría por tu nombre. A alguien que no tenga tantos traumas ni heridas. —Dio otro paso hacia mí, reduciendo un poco más el espacio que nos separaba—. Podrías, pero en el fondo sabrías que nunca llegaría a ser yo.

—Dallen... —empecé a contestar, pero me cortó la respiración y el habla cuando sentí su mano sujetando mi nuca.

—Y que, al pensar en todo lo que no te he dicho, me he dado cuenta de que nunca te pedí que te quedaras. —No podía pensar con claridad, sus ojos me miraban sin pestañear y su mano seguía firme en mi cuello.

—¿Me estás pidiendo que me quede?

—Sí —confesó—. Aunque sé que no lo vas a hacer y lo entiendo.

—No sé a dónde quieres llegar, Dallen. —Se aclaró la garganta y acercó su nariz hasta chocar con la mía.

—Lo que quiero decir es que esta vez sí que voy a esperarte. Me da igual si tengo que esperar un día, un año o una vida. —Sus labios se acercaron hasta provocar chispas entre ambos—. Pero pienso esperarte, Nora. Hasta el día que decidas volver y esta vez sea para quedarte.

Y ya no fui consciente de nada más. Porque mi cuerpo se había fundido con el suyo sin preguntar antes a mi cerebro. Dejé que sus brazos me rodearan, atrapándome en un abrazo que deseaba que no acabara nunca y que sus labios se adueñaran de los míos en un beso profundo y sincero.

Yo también quería decirle muchas cosas, pero mi voz se había atascado, como si las palabras no fueran lo suficiente para superar ese momento. Así que fue él quien habló de nuevo:

—Solo te pido que no encuentres otro Paul. —Me reí y levanté mi rostro para poder mirarlo a los ojos de nuevo.

—Y tú no te vayas con otra chica al baño de un bar cualquiera. —Su sonrisa se amplió justo antes de impactar sus labios contra los míos de nuevo.

—Ni de coña, mapache.

Capítulo cincuenta

DALLEN

Ver a Nora cruzar el control de seguridad había sido realmente desgarrador. Al verla desaparecer entre la gente, fuimos directos a mi piso para acondicionarlo para la llegada de Sebastian. Habíamos decidido que viviría conmigo hasta recuperarse y luego yo me iría a vivir con ellos dos en el cuarto que había dejado libre Nora. «¿Masoca? Un poco, pero, ahora que había decidido esperarla, me daba igual».

Tessa dejó la compra encima de la encimera de la cocina y empezó a sacar los paquetes uno a uno:

—No creo que esta compra esté recomendada por un nutricionista —comentó al sacar el tercer paquete de fideos instantáneos.

—¿Y esto? —Leo metió su mano en la bolsa y sacó un paquete de color oscuro—. ¿Esto es... café?

Salté sobre él y se lo saqué de las manos en un arrebato.

—¿Desde cuándo compras café? —preguntó de nuevo con una sonrisa en el rostro.

—Me apetecía. —Leo arqueó una ceja y acto seguido estalló en risas.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Tessa, confusa.

—Nada —bufé, guardando ese paquete en el armario.

—Hay cosas que nunca cambian —añadió Leo apretándome el hombro con cariño—. Ahora te hago una taza.

—Yo quiero uno —añadió Tessa.

—Esperad, yo no he dicho que... —Pero hicieron oídos sordos a mis réplicas.

Nos sentamos en la mesa pequeña del comedor y Leo me acercó la taza oscura que me había regalado para mi cumpleaños. Era de esas tazas mágicas que con el calor aparecía la foto de su furgoneta naranja.

—¿Café solo? —pregunté al llevármelo a los labios.

—No has comprado leche, «lumbreras».

—Está asqueroso.

—Pensaba que te apetecía café —contestó divertido.

—Pero no sin leche.

—Ya, claro, ¿no será que lo has comprado para acordarte de alguien?

—Tonterías.

—Lo que tú digas...

—¡Ahora lo entiendo! —exclamó Tessa entre risas.

En ese momento tocaron al timbre y los tres nos miramos con el entrecejo fruncido.

—¿Esperamos a alguien? —preguntó Tessa.

—Como no sea el correo... —añadió Leo desapareciendo por el pasillo hacia la puerta de entrada.

Tessa lo siguió en el momento en el que Leo abrió la puerta y yo me quedé de pie, observando desde el pasillo con un extraño nudo en la garganta. El nudo me apretó con más fuerza cuando la

puerta acabó de abrirse por completo y me topé de lleno con los ojos avellana que aparecían en todos mis sueños.

—Bueno, yo tengo que ir a un sitio. —Leo pasó por mi lado para buscar su abrigo, pero ni siquiera lo miré. Mi mirada no podía alejarse de ella, quizás por miedo de que fuera un espejismo y desapareciera si lo hacía.

—Y yo me voy a casa, que Ryan me espera —añadió Tessa, guiñándome un ojo.

Ni siquiera les dije «adiós». Me quedé completamente quieto hasta que escuché la puerta cerrarse detrás de ellos.

—Veo que al final has comprado café. —Sus pasos se acercaron por el pasillo—. ¿No vas a decirme nada?

—¿Qué haces aquí? —Su sonrisa se amplió, dejó caer su maleta en el suelo y corrió hasta rodear mi cuello con sus brazos.

De un salto se agarró a mi cintura con sus piernas y tuve que dar un paso atrás para no caernos al suelo. Sus manos se deslizaron por mi cuello y se colocaron cada una sobre mis mejillas justo antes de inclinarse completamente hacia mis labios y besarlos.

Poco a poco sus piernas dejaron de rodearme la cintura y sus pies tocaron el suelo de nuevo. En ese momento reaccioné y la apreté aún más hacia mi cuerpo, intensificando ese beso que deseaba que no acabara nunca. Una risa salió de sus labios y pude entender el verdadero significado de la felicidad.

Sus labios se alejaron unos centímetros para poder mirarme directamente a los ojos y respondió:

—He decidido quedarme.

Fin



Epílogo

NORA

Seis meses después

—¿Dónde vamos?

Hacía una semana que se había celebrado el último juicio. Dallen había estado de los nervios, aunque desde la muerte de Christopher, todo parecía haber vuelto a ir sobre ruedas. Como si, de alguna manera, él lo hubiera frenado todos esos meses.

Aunque no fue el único que no pudo dormir esas noches, la mirada de aquella mujer era algo que aún podía sentir si cerraba los ojos. Lo único que nos produjo paz mental fue saber que le había caído cadena perpetua y que jamás saldría para hacer daño a nadie.

El caso había causado tanto revuelo que salió en todas las noticias y, meses más tarde, contactaron con Dallen para que escribiera un libro sobre aquello. Accedió, aunque ahora que ya se había terminado todo, había noches en las que maldecía haber aceptado ese trabajo —A regañadientes, porque luego lo encontraba sentado delante del ordenador con una sonrisa de satisfacción.

—Leo me contó algo el otro día. —Dallen me pasó el casco de la moto y me hizo una seña para que subiera.

—¿Leo también viene?

—No seas impaciente, mapache.

Habíamos vuelto a casa de mi madre tras la resolución, para disfrutar de una semana de vacaciones de verano. Así que no me costó adivinar a dónde me llevaba.

Cuando aparcamos cogió mi mano para arrastrarme a través de aquellas rocas hasta llegar a una cala de piedras y arena que conocía demasiado bien.

—¿Qué hacemos aquí?

Leo fue el primero que vino a estrujarme entre sus brazos.

—¿Qué le dijiste? —insistí al ver que no me querían decir nada.

—Tú misma me dijiste que nunca te habías atrevido a saltar.

Abrí más los ojos y miré a Tessa y a Gabin que me esperaban en la pequeña subida rocosa que llevaba al acantilado.

—Ni hablar. —La sonrisa de Leo se amplió y Dallen apretó más sus dedos.

—Yo voy a hacerlo contigo. —Lo miré, frunciendo el ceño.

—¿Vas a saltar conmigo?

—Sí.

—¿No me vas a soltar?

—Nunca.

—¿Me lo prometes? —Su sonrisa se amplió satisfecha. Y sus labios me dieron un suave beso en la sien.

—¿Vamos?

Tragué saliva y asentí. Sintiendo cómo todos los nervios empezaban a crecer en mi interior, a hacerse enormes. Tessa y Gabin saltaron a la vez, dándonos paso a nosotros dos.

En ese instante quise recular, pero no había marcha atrás: En el camino por el que habíamos subido, tenías que dar un pequeño salto para acceder y era imposible volver para atrás si no querías caerte encima de rocas afiladas. La única salida era por el agua, pero el miedo me había paralizado las piernas.

—No puedo.

—Sí puedes. —La mano de Dallen me apretó y me giré hacia él—. ¿Contamos hasta tres?

Asentí con miedo y miré hacia abajo.

—Una...

—Dos... —Cogí aire y lo retuve.

—¡Tres!

Cogí el impulso de algún sitio de mi interior y salté. La adrenalina me subió por el cuerpo y se arremolinó en mi vientre, dándome una sensación de vértigo excitante. Sin dejar de sujetar la mano de Dallen, traspasamos la capa superficial del agua, que se me clavó en el cuerpo como pequeñas agujas que cedieron con el peso de nuestros cuerpos y me sumergí completamente, llenando todo mi espacio de burbujas.

Lo primero que vi al salir fue la sonrisa de Dallen:

—¡Lo he hecho! ¡Lo he hecho! —rodeé su cuello con mis brazos y atrapé su cintura con mis piernas.

—Lo has hecho.

—¡He saltado!

La carcajada de Dallen me erizó la piel. Le devolví la sonrisa y me incliné para besarlo de nuevo. Lo quería, sabía que nuestra historia no había sido fácil pero ahora que no había secretos ni pasados oscuros, no había nada que amenazara con destruirnos: ERA FELIZ.

Por primera vez, en mucho tiempo, era feliz, y él también.

Me aparté un poco para volver a perderme en el brillo de esos ojos verdes y pregunté:

—¿Saltamos otra vez?

Agradecimientos

Primero quiero darte las gracias a ti, por darle una oportunidad a esta bilogía. Por quedarte hasta el final y descubrir la historia de Nora y Dallen. Gracias de verdad.

Gracias a todos los que me habéis dejado una reseña, habéis compartido vuestras frases favoritas del primer libro y me habéis llenado de amor. ¡No sabéis lo importante que es para mí! Con mención especial a Ángela (@winonareader) porque fue de las primeras bookstagramer que conocí y es luz. Gracias por apoyar mi trabajo.

Gracias a las chicas del club de lectura, por los ánimos, por querer leerla y por todos los momentos mágicos que estamos compartiendo. En especial a Chloe, por acompañarme en este camino tan de la mano.

Gracias a Marisa, por ser la primera lectora de esta novela y hacer que me enamore de nuevo de mi propia historia.

Y gracias a Marc, por engancharte a mis manuscritos aunque sean solo borradores, por apoyarme e impulsarme para que cumpla mis sueños.

Gracias

1 Sé quién quiero que me lleve a casa.

22 Tú, te ves tan bien como el día que te conocí. Olvidé el por qué te dejé, estaba loca

33 No, no puedo parar Así que nena ponme más cerca de ti en el asiento trasero de tu Rover

4 Pero si crees que lo quieres intentar. Entonces considera esto una invitación para que puedas besarme el culo.

5 La forma en que sonríes, la forma en que caminas El tiempo que te tomaste para enseñarme. Todo lo que me habías enseñado. Dime, ¿cómo se supone que voy a seguir adelante?

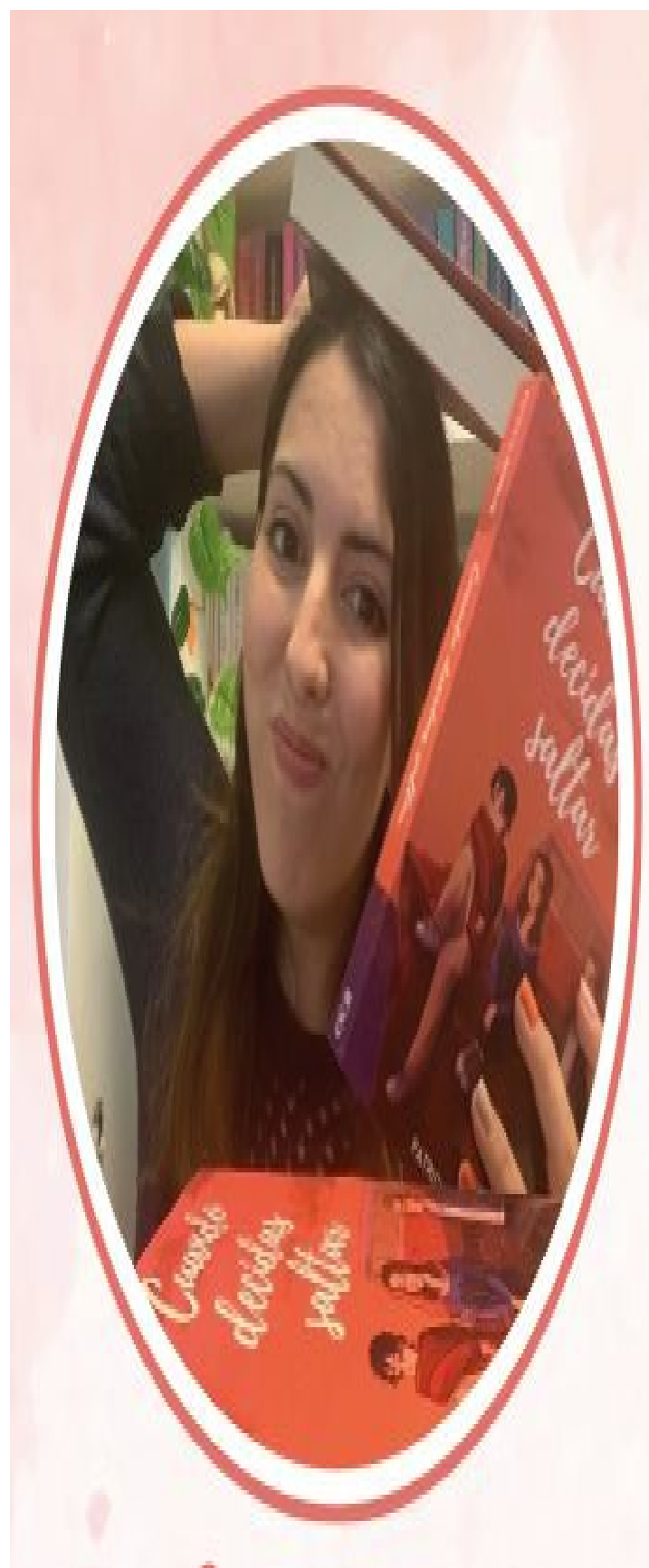
6 Oh, estoy arruinado sin ti aquí. Sí, estoy arruinado desde que te fuiste. He tratado de dejar todo esto atrás. Creo que estuve arruinado todo el tiempo.

7 Últimamente, me estoy convirtiendo en todo lo que odio. Deseando que estuvieras cerca Pero ahora es demasiado tarde. Mi mente es un lugar donde no hay forma de escapar de tu fantasma.

8 Popular pasatiempo finlandés de bañarse en invierno en un agujero en aguas heladas.



Esta novela decidió quedarse
en julio del 2024



Patricia Moreno, nacida en marzo de 1990, es una escritora apasionada que, al igual que una verdadera Aries, persigue con determinación sus sueños.

Comenzó su carrera en Wattpad, donde ha cautivado a los lectores con tres novelas en el género de la romántica juvenil y New Adult.

En su primera obra publicada, Cuando decidas saltar, Patricia Moreno te llevará en un viaje emocional lleno de amor, desafíos y crecimiento personal.

Prepárate para ser conquistado por sus palabras y descubrir un mundo de emociones.

Puedes encontrarme en:

TIKTOK: @patt.seren

INSTAGRAM: @seren.patt

THREADS: @seren.patt

www.patriciamorenoescritora.com